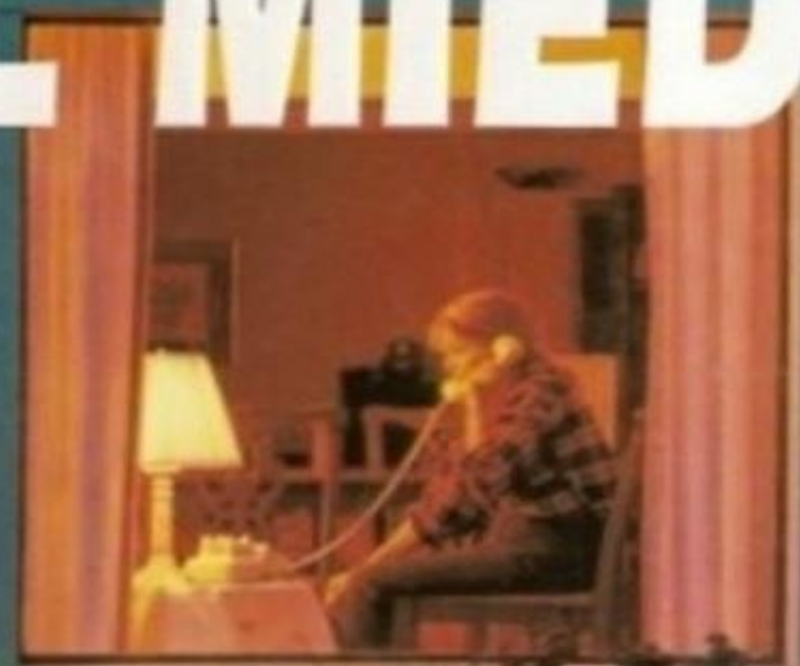


JOY FIELDING

EL ABISMO DEL MIEDO

Una mujer sola
vive aterrada
el acoso
de un asesino.



BESTSELLER
★ **MUNDIAL**

Lectulandia

Tras veinte años de feliz matrimonio, el marido de Joanne entra en la crisis de los cuarenta y abandona a su mujer y a sus dos hijas adolescentes. Poco después, Joanne se siente acosada por un misterioso comunicante telefónico que la amenaza con violarla y asesinarla. Sola y totalmente desligada de su entorno, no tiene a quién acudir, ya que su única amiga, Eve, se encuentra sumida en una profunda depresión. Sólo puede recurrir a su abuelo nonagenario que está recluido en un asilo y que apenas puede entender sus temores.

Con sus hijas de vacaciones, su marido ausente y como símbolo de su desolación una piscina a medio construir, Joanne se siente cada vez más aterrorizada. Un día recibe una llamada en la que su acosador le anuncia su muerte inminente...

Joy Fielding

El abismo del miedo

ePub r1.0

maherran 15.11.2019

Título original: *The deep end*
Joy Fielding, 1986
Traducción: Teresa Camprodón
Ilustraciones: Jay Freis
Diseño de cubierta: Ripoll Arias/Mercedes Galve

Editor digital: maherran
ePub base r2.1

Capítulo 1

Suena el teléfono.

Joanne Hunter lo contempla desde su asiento junto a la mesa de la cocina. No hace el menor movimiento para descolgarlo; ya sabe quién es y qué va a decirle. No desea volver a oírlo.

El teléfono sigue sonando y Joanne, sentada sola a la mesa de la cocina, cierra los ojos intentando conjurar imágenes de tiempos felices.

—Mamá...

Joanne oye la voz de su hija menor como a través de un túnel. Abre los ojos despacio y sonríe a la niña que aparece en el umbral.

—Mamá —repite su hija—, el teléfono está sonando.

La niña mira hacia el teléfono blanco de la pared.

—¿Contesto? —pregunta, claramente desconcertada por el estado sonámbulo de su madre.

—No —le dice Joanne.

—Debe de ser papá.

—Lulu, por favor...

Pero es demasiado tarde. La mano de Lulu ya se está llevando el auricular al oído.

—¿Diga? ¿Diga? —Hace una mueca—. ¿Hay alguien ahí?

—Cuelga, Lulu —le ordena bruscamente su madre, pero al instante cambia de tono—. Cuelga, cariño.

—¿Para qué llama si no va a decir nada? —pregunta la chiquilla con un mohín.

Joanne sonríe a su hija, Lana según el certificado de nacimiento, pero a quien todos llaman Lulu, salvo su profesor de sexto grado. La niña posee la notable capacidad de aparentar a veces menos y a veces más edad que sus once años.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Lulu.

—Perfectamente —responde Joanne con una sonrisa en los labios y voz firme y segura.

—¿Por qué hace alguien eso?

—No lo sé —dice Joanne con sinceridad; luego, miente—: Tal vez se ha equivocado de número.

¿Qué otra cosa puede decirle a su hija? ¿Que la muerte está al otro lado de la línea? ¿Que está al acecho?

—¿Estás preparada? —le pregunta cambiando de tema.

—Odio este estúpido uniforme —proclama Lulu mirándose de arriba abajo—. ¿Por qué no pueden elegir uno más bonito?

Joanne inspecciona la robusta figura de su hija. Lulu es de una constitución parecida a la de su padre; Robin, en cambio, ha salido a ella, aunque ambas niñas tienen la cara de él. Los pantalones cortos de color caqui y la camiseta amarilla limón le parecen favorecedores y cree que sientan bien a la tez blanca y al cabello largo y castaño de su hija.

—Los uniformes de campamento siempre son estrambóticos —le dice a la niña, sabiendo que sería inútil intentar convencerla de lo contrario—. Estás muy mona —añade, incapaz de contenerse.

—¡Me hace gorda! —replica Lulu, idea que Robin acaba de meterle en la cabeza.

—No te hace gorda. —La inflexión en la voz de Joanne indica el fin de ese tema de conversación—. ¿Está lista Robin?

Lulu asiente.

—¿Aún está enfadada?

—Robin siempre está enfadada.

Joanne se ríe, pues sabe que es cierto, aunque desearía que no fuera así.

—¿A qué hora viene papá a buscarnos?

Joanne mira el reloj.

—Pronto —dice en voz alta—. Será mejor que me arregle.

—¿Por qué? —pregunta Lulu mientras su madre se pone en pie—. ¿Vas a venir con nosotros?

—No —admite Joanne, recordando que ya habían decidido que era mejor que fuese Paul quien acompañara a las niñas al autobús—. Sólo pensaba que tengo que cambiarme...

—¿Para qué?

Joanne recorre con mano nerviosa su camiseta anaranjada y sus pantalones cortos de color blanco. Recuerda de pronto que el naranja es el color que menos le gusta a Paul; los pantalones están viejos; hay una mancha en la que no se había fijado antes... Le gustaría ponerse guapa para Paul. Se mira los pies descalzos. Las uñas de los dedos gordos se le han puesto

cárdenas de jugar a tenis con unas zapatillas demasiado pequeñas. Pensaba ponerse unas sandalias, pero decide seguir descalza para que Paul le vea los dedos y, así, tendrán tema de conversación. Hace varias semanas que no hablan de nada que no sean las niñas.

Suena el timbre de la puerta. La mano de Joanne vuela inquieta hasta su cabello. Aún no se ha peinado. Quizá podría subir la escalera en un santiamén mientras Lulu abre la puerta, pasarse un cepillo por el pelo, ponerse el vestido turquesa que a Paul tanto le gustaba y aparecer en el vestíbulo exactamente cuando Paul y las niñas se estén marchando a fin de permitirle sólo la más fugaz de las miradas, lo justo para abrirle el apetito: a ver si así piensa dos veces en lo que ha hecho.

Pero ya es demasiado tarde. Lulu está en la puerta principal, sin permitir a Joanne la más mínima posibilidad de huida. Con la mano en el picaporte, Lulu se vuelve hacia su madre, cuyos labios dibujan automáticamente una sonrisa.

—Estás guapa, mamá —la tranquiliza Lulu; y abre la puerta de la calle.

El extraño que las saluda es Paul Hunter, marido de Joanne desde hace casi veinte años. Es de estatura y compleción normales, aunque Joanne percibe que se le empiezan a marcar músculos bajo su camiseta azul de manga corta, sin duda resultado de sus recientes sesiones de culturismo. En ese instante, Joanne piensa que prefiere sus brazos tal como los conocía: finos, no tan marcados. Joanne siempre ha tenido muchas dificultades para adaptarse a los cambios. Ésa, probablemente, debe de ser una de las cosas que en principio alejaron a Paul.

—Hola, Joanne —dice Paul cordialmente, con el brazo alrededor de su hija pequeña—. Tienes buen aspecto.

Joanne intenta hablar pero no le sale la voz. Nota que le fallan las rodillas, teme caerse o estallar en lágrimas, o ambas cosas. No quiere que eso ocurra. Paul se sentiría incómodo, lo cual es lo último que desea. Sobre todo, quiere que el hombre que ha sido su marido desde hace casi veinte años se sienta cómodo en su propia casa, porque aún conserva la esperanza de que decida regresar. Al fin y al cabo, todavía no se ha decidido nada. Sólo han sido dos meses. Paul aún «continúa pensando en el asunto». Ella sigue en el limbo; en última instancia, su futuro tomará el rumbo que las cavilaciones de Paul tracen para ambos.

—¿Qué tal lo has pasado? —pregunta Paul, quien llena el recibidor con su presencia.

—Bien —miente Joanne a sabiendas de que él la creerá porque eso es lo que quiere creer.

Paul no verá el anhelo en sus ojos, ni oirá el temblor en su voz; y no es que sea un hombre cruel: es que está asustado. Teme ser arrastrado otra vez a una vida que ya no desea. Y está asustado porque no sabe por cuál la quiere cambiar.

—¿Qué te ha pasado en los dedos de los pies? —pregunta Paul.

—Mamá ha jugado al tenis con unas zapatillas demasiado pequeñas — Lulu responde por ella.

—Deben de dolerte mucho —observa Paul. Entretanto, Joanne se da cuenta por primera vez de lo bronceado que está y lo descansado que parece.

—En realidad no me duelen —le dice Joanne con toda sinceridad—. Me dolían antes de que se me amorataran —añade—, pero ahora creo que los tengo como dormidos.

Joanne piensa que, probablemente, éste es un buen modo de describir su vida, pero no lo dice; en lugar de ello, sonríe preguntándose si debería invitarlo a sentarse en el salón.

Paul mira el reloj.

—En seguida nos vamos —dice con voz indiferente, como si en realidad no tuviera ganas de irse—. ¿Dónde está Robin?

—Iré a buscarla. —Lulu se ofrece voluntaria y desaparece escaleras arriba, dejando a sus padres, que andan sobre una invisible cuerda floja, sin la red de seguridad que proporciona su presencia.

—¿Quieres una taza de café? —pregunta Joanne mientras sigue a Paul por el pasillo central hasta la ancha y luminosa cocina.

—Será mejor que no.

Paul se encamina directamente hacia la puerta corredera de cristales que se abre en la pared sur de la cocina y contempla el patio trasero.

—Qué desastre —comenta sacudiendo la cabeza.

—Te acostumbrarías —le dice Joanne. Piensa que ella ya se ha acostumbrado.

El desastre al que se refiere, y al que Joanne se ha acostumbrado, es un agujero grande, vacío, remozado de cemento y en forma de bumerán que iba a ser su piscina nueva. La había diseñado Paul (aunque es abogado de profesión) con objeto de aprovechar al máximo el espacio para nadar. En un principio pretendía ser el equivalente de unas vacaciones estivales o, como el hombre de Piscinas Rogers dijo pocos días antes de que su empresa se fuera al traste, su «casita en el campo, fuera del tráfico».

—Estoy haciendo todo lo posible por volver a ponerla en marcha —le dice Paul.

—Seguro que sí. —Joanne sonríe para demostrarle que comprende que no es culpa suya—. ¿Qué le vas a hacer? —añade encogiéndose de hombros.

—Fue idea mía.

—De todos modos, yo no sé nadar —le recuerda ella.

Paul se da media vuelta.

—¿Cómo está tu abuelo?

—Igual.

—¿Y Eve?

—Igual. —Ambos ríen.

—¿Más llamadas telefónicas? —continúa él tras una ligera pausa.

—No —miente Joanne, considerando que decir lo contrario sería inquietarle.

Y él se vería obligado a repetirle lo que ya le ha dicho: que todo el mundo recibe llamadas de chiflados, que no corre peligro, que si realmente está preocupada debería volver a llamar a la policía o, mejor aún, llamar a Brian, el esposo de Eve, ya que es sargento de policía y vive en el vecindario. Esto es lo que ya le ha dicho. También le ha dicho —con toda la amabilidad que ha podido— que le parece que está reaccionando con desmesura y probablemente exagera, aunque no sea aposta, que es su modo de mantenerlo atado a ella, haciéndole sentir responsable de ella cuando Paul ha renunciado a tal responsabilidad, al menos por un tiempo. No le ha sugerido, como ha hecho su amiga Eve, que las llamadas pueden ser producto de su imaginación, su manera de enfrentarse a su actual circunstancia. Joanne no comprende esta teoría de Eve, pero Eve es psicóloga, además de su mejor amiga. ¿Y Joanne qué es? Joanne es una mujer separada.

Separada, repite Joanne en silencio siguiendo a Paul por el pasillo. Una definición especialmente ajustada. Casi esquizofrénica. Separada, piensa, como un huevo.

Las chicas los esperan al pie de la escalera.

—¿Lo tenéis todo? —pregunta su padre.

Joanne contempla inquisitiva a sus hijas, buscando los rastros de las niñas que una vez fueron en las jóvenes que ahora son. Lulu ha cambiado lo mínimo desde la infancia —piensa Joanne—: los enormes ojos marrones, un regalo de su padre, siguen siendo el centro de su rostro; los demás rasgos existen como mero fondo. Si los carrillos infantiles se han adelgazado y afinado al aproximarse a la adolescencia, si los labios han adquirido un mohín

casi sensual y la nariz es ahora claramente una nariz y no sólo un fino pedazo de carne respingona en mitad de la cara, los ojos siguen siendo los mismos. Lulu ha crecido en torno a ellos.

Robin es distinta, aunque también ella tiene la nariz respingona y la mandíbula cuadrada de su padre. A los quince años, no ha hecho más que empezar a salir del desgarrado cascarón que impone la pubertad, cascarón en el que Lulu aún no ha entrado. Por ese motivo, nada acaba de concordar: las piernas son demasiado largas, el cuerpo demasiado corto, la cabeza demasiado grande. Dentro de un año o dos —piensa Joanne—, Robin será el hermoso y elegante cisne en el que se transformará el patito feo. Sin embargo, lo que es sorprendente, y a diferencia de Joanne a su edad, el aspecto de Robin es muy «moderno». Se viste en consecuencia. Incluso ahora, que ha desafiado la rígida imposición del uniforme del campamento anudándose un pañuelo de gasa rosa chillón al cabello corto, demasiado rizado. Sus ojos —corrientes ojos castaños como los de su madre— miran al suelo con determinación.

—Esperaré en el coche —les dice Paul abriendo la puerta principal y saliendo a la brillante luz del sol.

Joanne sonríe a sus hijas y se nota el corazón latiéndole en el pecho. Es la primera vez que es consciente de que estará completamente sola. Se ha pasado la vida viviendo con —viviendo para— otros. Sin embargo, durante los próximos dos meses no tendrá que cuidar más que de sí misma.

—No te preocupes, mamá —empieza Lulu antes de que Robin pueda decir nada—. Me sé el discurso de memoria: tendré cuidado, no correré riesgos estúpidos, escribiré al menos una vez a la semana y no me olvidaré de comer. ¿Me dejo algo?

—¿Qué te parece «lo pasaré bien»? —pregunta Joanne.

—Lo pasaré bien —asiente Lulu, y echa los brazos al cuello de su madre—. ¿Tú estarás bien?

—¿Yo? —pregunta Joanne apartando unos mechones de los ojos de su hija—. Como unas pascuas.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Las cosas se resuelven solas —entona Lulu con tanta seriedad que Joanne tiene que llevarse la mano a la boca para ocultar un amago de sonrisa.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tú —le informa Lulu—. Constantemente.

Esta vez la sonrisa de Joanne se le escapa más allá de los dedos, hasta los confines de su rostro.

—¿Quieres decir que de veras escuchas lo que digo? No imaginaba que fueras tan lista.

Besa a Lulu tanto como la niña lo permite; luego la observa bajar los escalones hasta el coche de Paul. Al momento, Robin está en la puerta, detrás de ella.

—¿Al menos lo intentarás, pasártelo bien? —pregunta Joanne.

—Claro, como unas pascuas —responde Robin cortante, empleando las palabras de Joanne.

—Pensé que comprendías que se había decidido lo mejor...

—Vosotros tomasteis la decisión —le corrige Robin—. No yo.

—Te refieres a tu padre y a mí —prosigue Joanne, consciente de que en toda su vida no ha tomado una decisión importante ella sola—. Todos necesitamos tiempo para que las cosas se enfríen y pensar en ellas...

—¿Tal como hacéis papá y tú? —sugiere Robin en un tono lo bastante educado para que Joanne se pregunte si la crueldad implícita en el comentario es o no intencionada.

—Eso espero. En cualquier caso —vacila—, intenta sacarle partido. Puede que incluso acabes disfrutando del verano —a tu pesar, piensa Joanne.

—Sí, claro —gruñe Robin.

—¿Puedo darte un beso de despedida?

Joanne aguarda el permiso de su hija e interpreta su silencioso encogimiento de hombros como un «adelante», abraza a la joven y la besa en las mejillas salpicadas de colorete. Robin se arregla con la mano el maquillaje que su madre ha alterado. ¿O se borra mi beso?, se pregunta Joanne viendo a Robin, de niña, limpiándose obstinadamente los besos no deseados.

—Cuídate —dice a su hija mayor mientras la observa bajar los escalones a saltitos y desaparecer en el asiento trasero del coche de su padre.

Paul, desde el asiento del conductor, mira hacia la casa.

—Te llamaré.

Y saluda a su esposa con la mano antes de partir.

Cuando Joanne entra de nuevo en la casa, el teléfono está sonando. Lo ignora al pasar por la cocina, se agacha para desbloquear la barra de seguridad situada en la base de la cristalera corredera, abre la cerradura lateral y corre la puerta de par en par. Sale al recién levantado porche trasero, que aún espera una última capa de barniz, y baja los escalones recién construidos que conducen a la piscina. El teléfono aún suena a su espalda. Baja despacio hasta

una de las losetas rosadas que rodean el agujero revestido de cemento y suspende el pie sobre lo que se suponía iba a ser el lado hondo de la piscina. Es difícil sentir lástima por una mujer con piscina, piensa. Levanta la vista hacia la casa vecina y ve a su mejor amiga, Eve, quien la observa desde la ventana del dormitorio.

Joanne levanta la mano y saluda, pero la figura borrosa de la ventana retrocede inopinadamente y se marcha. Joanne se lleva la mano a los ojos y los protege del sol intentando volver a localizar a su amiga. Pero Eve ya no está allí y Joanne se pregunta si en realidad ha estado alguna vez. En los últimos tiempos su mente le ha jugado malas pasadas...

—No digo que no te esté llamando alguien por teléfono —oye decir a Eve.

—¿Pues qué insinúas?

—A veces la mente juega malas pasadas...

—¿Has hablado con Brian?

—Claro —le dice de repente Eve a la defensiva—. Tú me lo pediste ¿no? Dice que todo el mundo recibe llamadas obscenas y que lo que debes hacer es colgarle el teléfono a ese tipo.

—Ni siquiera estoy segura de que sea un hombre. Es una voz tan extraña... No sé si es joven o viejo, hombre o mujer...

—Claro que es un hombre. —Eve la mira de plano—. Las mujeres no hacen llamadas telefónicas obscenas a otras mujeres.

—Son más que llamadas obscenas —le corrige Joanne—. Dice que va a matarme. Dice que yo soy la próxima. ¿Por qué me miras así?

Eve está a punto de protestar, pero cambia de idea.

—Me preguntaba —admite, tratando de ablandar la dureza de sus sospechas con una sonrisa comprensiva— si las llamadas telefónicas empezaron antes o después de que Paul se fuera.

Joanne se pregunta lo mismo, intentando con todas sus fuerzas ordenar los acontecimientos de los últimos meses. Pero, como un niño atrapado en la eterna adivinanza del huevo y la gallina, es incapaz de determinar con exactitud qué fue primero.

Sólo sabe que en los últimos meses su vida entera se ha vuelto del revés, que está colgada del techo por los talones observando cómo los objetos familiares se alejan de ella y, de pronto, los percibe distorsionados y extraños. No hay donde agarrarse, ni brazos que la lleven a lugar seguro. Las cosas se resuelven solas, oye repetir a Lulu, que utiliza a propósito la misma frase que

Joanne ha empleado tantas veces en el pasado, las mismas palabras que su madre le repetía a ella.

Joanne se pone en pie, consciente de que el teléfono ha dejado de sonar. Camina alrededor del lado poco profundo de la piscina abortada y desciende los tres escalones que van a dar al hoyo vacío. Tal vez estoy loca, piensa; y decide que ésa es, probablemente, la solución más fácil a sus problemas.

Joanne Hunter observa al mundo alejarse mientras se interna en lo hondo del agujero de cemento vacío. Apoya la espalda contra el burdo cemento, allí donde se dobla el bumerán, y resbala despacio por la rugosa superficie hasta el fondo. Sentada con las rodillas dobladas contra el pecho, oye el teléfono de pared de la cocina comenzar una vez más su persistente llamada. Ahora sólo estamos tú y yo, parece decirle. Joanne asiente con la cabeza en mudo reconocimiento del hecho tácito. E intenta conjurar imágenes de tiempos mejores.

Capítulo 2

Joanne recuerda que, casi dos meses atrás, el teléfono había estado sonando justo antes de que llegara Eve.

—¿Diga? —dijo Joanne al auricular. Era más una pregunta que un saludo—. ¿Diga, diga? —Se encogió de hombros y colgó el aparato—. Críos —murmuró sacudiendo la cabeza. Aún estaba consternada cuando hizo pasar a Eve minutos más tarde.

—¿Estás preparada? —le preguntó Eve.

—Sólo me falta encontrar la raqueta. —Joanne abrió el armario del vestíbulo principal—. Creo que la enterré aquí en el fondo, en alguna parte.

—Bueno, date prisa y encuéntrala. El profesor nuevo es encantador y no me gustaría perderme ni un minuto de clase.

—No sé por qué dejo que me enredes en estas cosas.

—Porque siempre dejas que te enrede en todo. Es parte de tu encanto.

Joanne dejó de buscar durante un minuto, acuclillada bajo los diversos abrigos primaverales de la familia, y se volvió hacia la que era su amiga desde hacía casi treinta años.

—¿Recuerdas lo que solía decir mi madre? —La expresión de curiosidad de Eve indicaba que no—. Solía preguntarme: «Si Eve te dijera que te tirases del puente de Brooklyn, ¿te tirarías?».

Eve se echó a reír.

—Al menos ella no llamaba a todos tus amigos a las dos de la madrugada para saber dónde estabas, ni bajaba a «arreglar las tuberías» cuando estabas coqueteando con un chico en la sala de juegos.

—Yo nunca coqueteaba con chicos en la sala de juegos —le recordó Joanne reanudando su búsqueda.

—Sí, lo sé. Eras siempre tan asquerosamente pura... —miró hacia la cocina—. Parece que la piscina va viento en popa. La controlo desde la ventana del dormitorio.

—Bueno, el hombre dijo de diez días a dos semanas como máximo, así que me da la impresión de que la terminarán según lo previsto. ¡La encontré!

—exclamó rescatando, triunfante, la raqueta del fondo del armario—. Voy a decir a los hombres que me marchó.

—Date prisa, llegaremos tarde.

—Siempre tienes tanta prisa... —rió Joanne mientras regresaba corriendo a la cocina y abría la cristalera corredera para informar a los obreros de que estaría fuera varias horas.

—Y tú siempre eres tan lenta... —replicó Eve cuando Joanne regresó—. Se necesita un cartucho de dinamita para ponerte en movimiento.

—Por eso somos amigas desde hace tanto tiempo. Si ambas fuéramos como yo, nunca llegaríamos a ningún sitio. Si ambas fuéramos como tú, nos estrellaríamos.

Es cierto, pensó Joanne durante el trayecto en coche hasta Fresh Meadows Country Club. Reflexionaba sobre la duradera relación con su mejor y más antigua amiga. Se habían conocido en séptimo grado, a la fastidiosa edad de doce años. Ya entonces, Eve descollaba: alta, delgaducha y pelirroja, de risa contagiosa y un imperioso tono de voz.

—Necesito una compañera para ciencias —había anunciado Eve una mañana en clase indicando a Joanne que se trataba de ella.

Joanne no dijo nada, se le trabó la lengua y le abrumó que la chica más popular del curso la hubiera elegido a ella como compañera.

—¿Siempre eres tan callada? —le preguntó Eve más tarde mientras el profesor repartía ranas muertas para la disección.

—Estoy asustada —susurró Joanne con la esperanza de no desmayarse cuando dejaron caer ante ella, sobre la mesa, el cuerpo hinchado y sin vida de una rana.

—¿Asustada de una rana muerta? —Eve la cogió con dedos indiferentes.

—No creo que pueda hacerlo.

—No tienes que hacerlo —le garantizó Eve, obviamente encantada—. Yo lo haré. Me encantan estos asuntos. Sangre y tripas. Es fantástico. Si fuera chico, de mayor sería médico.

Eve enmudeció brevemente, estudiando a su nueva compañera con tanta detención como si fuera ella, y no la rana, el espécimen que debían diseccionar.

—¿Por qué nunca dices nada en clase? Nadie sabe que estás aquí.

—¿Por qué me elegiste como compañera? —le preguntó Joanne en lugar de responder.

—Porque nunca dices nada en clase y nadie sabe que estás aquí. —Eve sonrió arteramente—. Me gusta ser el centro de atención.

Se hicieron amigas inseparables; rara vez se veía a la una sin la otra. Uña y carne, solía llamarlas la madre de Joanne, no sin afecto. Si Eve te pidiera que te tirases del puente de Brooklyn, ¿lo harías?

Probablemente, pensó Joanne al entrar en el repleto aparcamiento.

—Hay un sitio allí. A tu derecha.

Eve giró automáticamente a la izquierda.

Joanne se echó a reír recordando que su amiga había aprobado el carnet de conducir a la tercera.

—¿No es ésa Karen Palmer?

—¿Dónde? —Eve casi rozó un coche estacionado al hacer marcha atrás para aparcar en un sitio libre. Chocó contra el guardabarros trasero de un Mercedes nuevo.

—Allí. Entrando. Parece ella, pero tiene algo distinto.

—¡Dios mío, se ha hecho las tetas!

—¿Qué?

—Se ha operado las tetas y se ha estirado la cara. ¿Desde cuándo Karen Palmer tiene senos saltarines?

—¿Por qué se habrá hecho una cosa así? —preguntó Joanne mientras las dos mujeres se dirigían hacia el club.

—Su marido es un hombre de tetas —le confió Eve—. ¿No has notado que siempre te mira el pecho cuando habla contigo?

Dejaron las bolsas en sus taquillas y se encaminaron directamente hacia las pistas.

—¿Tan importantes son? —se preguntó Joanne en voz alta.

Eve se encogió de hombros.

—Para algunos hombres. Brian, por ejemplo, es un hombre de culos. ¿Te he contado lo que hizo la otra noche?

—Ahórramelo —la interrumpió Joanne—. No quiero saberlo.

—Eres una sosa. Nunca me dejas contarte nada.

—Es que me azoraría mirar a Brian a la cara si supiera demasiados detalles de vuestra vida sexual.

—Confía en mí. La cara no es su mejor rasgo.

—¡Eve!

—¡Joanne! —la imitó Eve.

—¿Eve y Joanne? —preguntó el rubio alto y musculoso—. Soy Steve Henry, el nuevo profesor de tenis.

—Realmente, Dios existe —susurró Eve mientras ella y Joanne ocupaban posiciones delante de la red.

—¿Qué piensas?

—Parece un buen monitor.

—No me refería exactamente a eso —aclaró Eve a su amiga con un malévolo guiño.

—Yo no miro así a los hombres —respondió Joanne con una expresión mitad mueca, mitad sonrisa.

—Bien, no cabe duda de que él sí te miraba a ti —la hostigó Eve.

—Miraba mi penoso revés, querrás decir. Si oigo las palabras «no la pierdas de vista» una vez más, me pondré a gritar.

—Era tu trasero, no tu revés, lo que él miraba, y tú lo sabes.

—Es un auténtico ligón, eso es todo. Además, él cree que tentar a las mujeres de mediana edad forma parte de su trabajo.

—A mí no me ha tentado.

—Tu trasero no está lo bastante caído.

—No, es que yo no tengo tus piernas.

—Y yo no tengo tu boca. Cállate, me estás abochornando.

—¿Por qué siempre te infravaloras? —planteó Eve en un tono repentinamente serio.

—Yo no me infravaloro.

—Sí, sí te infravaloras. Llevas haciéndolo desde que te conozco.

—Es que tengo una noción realista de mis propias limitaciones.

—¿Qué sentido se supone que tiene eso? Mírate. No hay absolutamente nada defectuoso en ti, salvo esa poca confianza en tu persona y unas pocas mechas rubias que no te haces.

Joanne se pasó una tímida mano por el cabello marrón claro.

—Y perder tres kilos y librarme de las bolsas en los ojos y arreglarme los dientes.

—Habla con Karen Palmer. Su marido es dentista. Y, ya que estás en ello, pregúntale quién le hizo las tetas.

—Pregúntaselo tú; está justo detrás de ti.

—Hola —saludó una mujer con una permanente expresión de sorpresa—. ¿Habéis oído lo del último asesinato macabro en Great Neck?

—El tercero en lo que va de año —detalló Eve—. El mismo M. O., como diría mi marido; eso quiere decir *modus operandi*. ¡Creo que tendremos que mudarnos a Long Island para estar seguras!

—Esa pobre mujer: ¡estrangulada y luego cortada en pedacitos! —Karen Palmer siguió adornándolo, adoptando un deje misterioso a medida que entraba en materia—. ¿Os podéis imaginar lo que habrá pasado por su mente

durante esos últimos momentos de horror? ¿El terror que habrá sentido? — Los ojos de Karen Palmer se abrieron aún más, como si estuviera contemplando mentalmente la escena—. Una vez, Jim alquiló una película de porno duro. Se suponía que era una de esas películas «reales»... ya sabéis, de ésas en las que matan de verdad a alguna pobre chica ante la cámara, y os juro que podías mascar el miedo de la chica...

—¿Tenemos que hablar de ello? —interrumpió Joanne.

—Es una sosa. —Eve sonrió a la obviamente contrariada Karen Palmer—. Nunca permite que le hables de nada picante.

Karen Palmer se encogió de hombros.

—¿Habéis tenido clase? —preguntó, en busca de terreno seguro.

—El profesor de tenis bebe los vientos por Joanne —se rió Eve sacando el bolso de su taquilla y cerrándola de un portazo.

—Oh, si yo fuera tú, a ése no lo perdería de vista —le aconsejó Karen con manifiesto entusiasmo.

—Ése es exactamente el problema —declaró Eve—. Que a ella no le importa «perderlo de vista»...

—Muy gracias —les dijo Joanne notando cómo se arrebolaba.

—Se está sonrojando —dijo Eve triunfante, casi complacida por haberle sacado los colores a su amiga—. Cuando el río suena...

—Si ese chico apenas ha salido de la adolescencia...

—Está en su punto.

—Tiene veintinueve años —les dijo Karen.

—Ya ha pasado su punto —se lamentó Eve—. Pero, de todos modos, no está mal.

—Estáis locas —les riñó Joanne en broma mientras salían del club y se dirigían al aparcamiento—. Las dos tenéis unos maridos perfectamente guapos.

—Guapos, sí —corrigió Eve—. Pero no perfectos —miró fijamente a Karen, quien pareció sorprenderse de verla—. ¿A qué peluquería vas ahora? —le preguntó, intentando, con poco éxito, apartar la vista del recién agrandado torso superior de la mujer.

Karen Palmer sonrió.

—A Rudolph. Hace años que voy.

—Tengo que buscarme otro peluquero —dijo Eve con el semblante impasible—. Estoy harta de los peluqueros homosexuales. Les dices que quieres estar sexy y te dejan como un chico —todos los ojos se movieron inmediatamente hacia el pecho de Karen.

—Bueno, me alegro de volverte a ver.

Observaron a la mujer meterse en su Corvette y darse con los senos en la puerta al agacharse para entrar.

—Aún no me he acostumbrado a ellas —sonrió algo cohibida—. Pero vale la pena —añadió encendiendo el motor— sólo por ver la sonrisa en el rostro de Jim cada mañana.

—Déjame decirte lo que le hace sonreír a Brian —empezó Eve al llegar al coche.

—¡Disculpe, señora Hunter! —gritó una voz masculina desde el otro confín del aparcamiento.

Joanne levantó la mirada para ver al nuevo profesor de tenis corriendo hacia ellas a largas y desmañadas zancadas.

—Una visión vestida de blanco —bromeó Eve.

—Se dejó esto en la pista —dijo al alcanzar a las dos mujeres, sacando del bolsillo trasero un manojito de llaves que colgaban de una cadena.

—Oh, Dios mío, gracias. Siempre me las olvido en todas partes.

Joanne notó difuminársele el rubor por las mejillas y el cuero cabelludo al coger las llaves de la mano que le tendía el instructor de tenis.

—Hasta la semana que viene —sonrió y se fue.

—La señora Hunter está roja como un tomate —rió Eve al entrar en el coche.

—La señora Hunter se va a casa a darse una ducha.

—¿Crees que podrás lavarte la vergüenza? —bromeó Eve.

—Disfrutas abochornándome ¿verdad? —preguntó Joanne de buen humor.

—Sí —admitió Eve, y ambas mujeres se echaron a reír—. La verdad es que sí.

Cuando Joanne salía de la ducha, estaba sonando el teléfono.

—Maldición —murmuró, envolviéndose el cuerpo mojado en una toalla y dirigiéndose hacia el teléfono de la mesilla de noche—. ¿Diga? —No hubo respuesta—. Diga... ¿Diga?

Observó el reguero que las gotas de agua formaban en su pierna izquierda y desaparecía en la alfombra *beige* claro extendida bajo sus pies.

—Una última oportunidad... ¿Diga? —Devolvió con fastidio el auricular a su sitio—. Adiós.

Al decir esto sorprendió en el patio trasero a uno de los obreros que pasaba bajo su ventana para consultar algo con un compañero. El hombre levantó la vista y la miró a los ojos, aunque no dio muestras de notar su

presencia. En seguida, Joanne se agazapó debajo del alféizar. ¿La había visto? Creía que no y gateó hasta el cuarto de baño. Ella podía verlo a él, pero él no podía verla a ella.

La idea de observar a alguien que no es consciente de ser observado produjo a Joanne un estremecimiento momentáneo. Llegó al baño, se aseguró de que las cortinas de la ventana estuvieran bien corridas y sólo entonces se puso en pie. La toalla resbaló desde su cuerpo hasta las baldosas del suelo.

Vio su imagen desnuda en el espejo de cuerpo entero e instintivamente volvió la cabeza. Nunca le había gustado enfrentarse a su cuerpo desnudo, ni siquiera antes de que el tiempo y el embarazo de las niñas pusieran algunos kilos aquí y quitara otros allá, según lo que se mirase. Pensó en Karen Palmer. Era unos años más joven que ella y ya había sometido su cuerpo y su psique a las repetidas acciones del bisturí. ¿Para qué? ¿Para su marido? ¿Para su propia vanidad? ¿Cómo se siente una mujer que se sorprende ante el espejo a diario sacando cada año un nuevo modelo de sí misma, como si fueran nuevas líneas de coches?

Joanne se sintió atraída hacia el espejo de cuerpo entero del cuarto de baño y centró la mirada en su rostro. ¡Envejecer es un proceso tan sorprendente!, pensó. Alisó con los dedos las pequeñas arrugas que nacían alrededor de sus ojos.

¿Cuándo habían aparecido? Acarició los contornos de su cara, moviendo las manos a lo largo del cuello, estudiando los estragos naturales del tiempo. Qué modo más patente de envejecer, pensó, y, sin embargo, qué invisible. Sus ojos, si bien no reflejaban gran sabiduría, ciertamente reflejaban el paso de los años. Eran más astutos, menos confiados. Las bolsas que se formaban bajo ellos, y que antes solían desaparecer tras una buena noche de sueño, constituían ahora parte permanente de sus rasgos. ¿Cuánto hacía que nadie la miraba a los ojos y le decía lo bonita que era? Mucho tiempo, pensó.

Su mirada bajó con reticencia hasta los senos, senos que en su juventud habían sido prominentes y firmes pero ahora habían perdido definición. Se hundían ligeramente justo antes de los pezones, cobrando la apariencia exótica de las babuchas de Aladino. El estómago, en otro tiempo cóncavo, se había redondeado un poco y la cintura se deslizaba inexorablemente hacia la zona de sus todavía delgadas caderas. Sólo sus piernas, el atributo del que siempre se había sentido más orgullosa, no amenazaban con traicionarla, no presentaban venillas moradas que germinaran detrás de las rodillas como aquellas de las que Eve empezaba a quejarse. A los cuarenta y un años aún no le preocupaban las «pistoleras» ni la celulitis y, si su trasero estaba ahora unos

milímetros más bajo, bueno, al menos Paul nunca se había quejado. Quizá no es hombre de culos, pensó al recordar el comentario de Eve. Espero que sea un hombre de piernas, decidió, percatándose de que Paul nunca había expresado ninguna preferencia en particular, mientras buscaba el secador en el armario de debajo del lavabo.

No estaba en su lugar habitual.

—Oh, fantástico, ¿dónde lo habrá puesto Paul? —preguntó a su reflejo abriendo otro armario.

No estaba allí, pero en su lugar encontró otra cosa: una revista apretujada en el fondo del estante.

—Oh —exclamó.

La desplegó para descubrir a una sonriente joven de senos generosos mirándola como si fuera una vieja y querida amiga. Aunque se veía cierta inocencia en la expresión de la chica, nada de inocente había en su postura, que exhibía su cuerpo desnudo y de incuestionable voluptuosidad reclinado contra un aparato estéreo, grande e igualmente bien equipado, con un micrófono hundido sin demasiado pudor entre las piernas.

—¿Y qué vamos a cantar hoy? —preguntó Joanne, oyendo la voz de Eve filtrándose a través de sus palabras.

Empezó a hojear las páginas. Sus ojos se iban haciendo cada vez más grandes a cada nueva fotografía.

—Dios mío —exclamó intentado apartar la mirada, con los ojos clavados en las fotos de vistosos colores—. ¿Desde cuándo Paul sale con tías como tú?

Y recordó que, no hacía mucho, Paul parecía distraído, que su sonrisa normalmente fácil se había hecho más cara de ver, que a menudo parecía absorto, incluso deprimido. Joanne supuso que eso tenía relación con su trabajo —Paul siempre había preferido no traerse la oficina a casa— y decidió ignorar lo que suponía era un malestar pasajero. Había llegado a la conclusión de que todas las parejas, en especial aquellas que llevan tanto tiempo casados como llevaban ella y Paul, atraviesan períodos de declive de la pasión.

Cuando sus preocupaciones laborales disminuyeran, reflexionaba Joanne, regresaría a su carácter normalmente sociable y recuperaría el interés por ella. ¿Podía ser, se preguntaba ahora, que Paul hubiese dejado de encontrarla atractiva? ¿Se había vuelto su vida sexual tan rutinaria que él ya no requería su participación activa? ¿Había perdido su cuerpo ese encanto espontáneo que antes tenía para su marido?

—¿Por eso estás tú aquí? —preguntó a la sonriente fotografía—. ¿Qué es lo que ve cuando te mira? ¿Qué es lo que ve —rectificó la pregunta,

estudiándose a sí misma en el espejo— cuando me mira a mí?

Lenta y tímidamente, Joanne adoptó una postura similar a la de las mujeres de las fotografías, con los brazos atrás, sacando pecho, las rodillas levantadas y las piernas muy abiertas.

—¿Cómo lo tienen tan rosado? —preguntó en voz alta, y se levantó bruscamente turbada, aunque estaba sola.

Jamás había sometido su cuerpo a tan intenso escrutinio, jamás había intentado verse a través de los ojos de Paul. De repente, se agachó y se cogió los dedos de los pies, evocando otra pose de la revista.

—Hermosa —dijo con sarcasmo, contemplándose la entepierna de arriba abajo.

—¡Oh, mamá... qué grosería!

Joanne se apresuró a erguirse, arrojó la revista dentro del armario y cerró la puerta con el pie. Al mismo tiempo cogió una de las toallas del suelo y se envolvió en ella, notando cómo se le calentaba la piel húmeda a causa de la turbación.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó Lulu.

—Me estaba mirando los dedos de los pies.

—¿Te estabas mirando los dedos?

—Me hice daño jugando a tenis —repuso Joanne con voz notablemente estridente—. ¿Qué haces en casa tan pronto?

—Los profesores tenían una reunión o algo así. Ya sabes que siempre tienen reuniones los viernes por la tarde —levantó los ojos al techo—. ¿Puedo ir a casa de Susannah? Su padre le ha comprado una máquina del millón nueva.

—Claro, ve. Pero no llegues tarde a cenar —dijo cuando Lulu ya había bajado la mitad de la escalera—. ¡Santo Dios! —suspiró, con una mezcla de pesar y alivio al oír abrir y cerrar la puerta de la calle.

Sonó el teléfono.

Se apresuró a responder, evitando acercarse demasiado a la ventana.

—¿Diga? —Al igual que antes, no obtuvo respuesta—. Oh, otra vez no.

Aguardó un segundo, escuchó el amedrentador silencio al otro lado de la línea, notó unos ojos invisibles fijos en ella, como si el teléfono fuese una cámara, y dejó caer el auricular en su lugar igual que si acabara de recibir una súbita descarga eléctrica.

—Vete a molestar a otro —le advirtió desplomándose sobre la cama. Se sentía en peligro, aunque no sabía por qué.

Esa estúpida revista, pensó. Y la turbación volvió a recorrerle los brazos y las piernas desnudas mientras le parecía ver aún la expresión de perplejidad de su hija al sorprender a su madre con la cabeza entre los muslos. No es que fuera una puritana respecto a su cuerpo, pensó Joanne. Era sólo que, por principio, no desfilaba desnuda delante de sus hijas. Y cayó en la cuenta de que tampoco ella había visto a su madre desnuda hasta que ésta estuvo demasiado débil y enferma para vestirse sola. ¿Qué hacía Paul comprando revistas de ésas? Y ¿por qué?

—¿Hola? ¿No hay nadie en casa? —gritó una voz masculina. Joanne oyó abrir y cerrar, otra vez, la puerta de la calle.

—¿Paul? —Joanne se sentó, perpleja. Cogió rápidamente una bata del ropero y se la puso antes de que su marido apareciera por la puerta—. ¿Qué haces en casa a media mañana? ¿Te encuentras bien?

No tiene buen aspecto, pensó besándolo con ternura en la mejilla.

—Quería hablar con el señor Rogers —dijo mirando por la ventana—. ¿Ha estado aquí hoy?

—Sólo los obreros. Aunque quizá haya estado... Yo he salido unas horas. Eve y yo hemos ido al club a clase de tenis. Profesor nuevo. Le parece que tengo cierta habilidad natural, pero no lo sé. Hace tanto tiempo que no juego...

¿De qué estaba cotorreando? ¿Por qué estaba tan nerviosa?

Contempló la espalda de su marido mientras éste miraba por la ventana. Había algo en su postura, algo alrededor de su coronilla, la visible tensión en sus hombros, que la desasosegaba. Paul se volvió hacia ella y a Joanne no le gustó la expresión de su rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó, deseando poder apartar la revista de su mente—. ¿Ocurre algo malo? ¿Es algo relacionado con la piscina? —Pero sabía instintivamente que no se trataba de la piscina.

Él negó con la cabeza.

—No; sólo pensé que si estaba Rogers podría hablar con él unos minutos. Pero no es eso —prosiguió casi sin respirar—. No he regresado a casa pronto por eso. No es la piscina. Soy yo.

—¿Tú? ¿Qué ocurre? —Empezaba a sentir pánico—. ¿Has tenido dolores en el pecho?

—No, no —la tranquilizó en seguida—. No, no es eso. —Hubo una larga y desagradable pausa—. Tengo que hablar contigo —dijo por fin.

Joanne se hundió en el sillón azul situado a los pies de la cama. Asintió como muestra de que se disponía a escuchar. Paul la miró con la misma

trepidación que evidenciaba su rostro aquella tarde, tres años atrás, cuando llegó a casa en pleno día para decirle que su padre había sufrido un ataque al corazón y lo habían llevado al hospital. No sabía qué tenía que decirle. Sólo sabía que, dijera lo que dijera, no iba a gustarle.

Capítulo 3

Más tarde, esa misma noche, después de que su marido hubiese metido algunas cosas en una maleta pequeña y se fuera a pasar la noche a un hotel, Joanne repasó en su mente la escena tal y como Eve la habría interpretado.

Imaginó a su amiga en su lugar, inclinada hacia adelante en el sillón azul, con la cabellera pelirroja cayéndole en atractivas ondas a ambos lados de su fino rostro y la exigua barbilla apoyada en la palma de la mano. De pie, de espaldas a la ventana, Paul, inconsciente de la sustitución, contempla a Eve como si fuera su esposa, habla con ella como si fuese Joanne.

—¿Qué ocurre? —Joanne oye preguntar a la imagen de Eve, pero el tono de voz de Eve es enteramente el suyo propio, aunque más informal, menos timorato. Curioso, casi desafiante—. ¿Ha sucedido algo en el trabajo?

Joanne reclinó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos observando desarrollarse la escena en la que su mejor amiga ocupa su lugar, captando la vacilación en los ojos de su marido, notando el temblor de sus labios mientras se esfuerzan en escupir las palabras.

—Llevo semanas preparando mentalmente esto —dice Paul—; creí que sabría cómo decirlo...

—Oh, por el amor de Dios, Paul —interrumpe Eve, en una mezcla de impaciencia e intriga—, dilo de una vez.

Paul se vuelve hacia la ventana, incapaz de enfrentarse cara a cara a su esposa.

—Creo que deberíamos separarnos —dice por fin.

—¿Qué? —la exclamación de Eve adquiere tintes de carcajada.

Sabe que es un chiste, el preludio de una ocurrencia que sin duda la complacerá.

Paul se vuelve despacio en dirección a ella, con la voz más firme, adquiriendo confianza a través de la repetición.

—Creo que deberíamos separarnos, vivir cada uno por su cuenta durante un tiempo...

—¿Todo esto porque me negué a ir a esquiar el invierno pasado? —Lo hostiga Eve—. ¿No crees que exageras una pizca?

—Lo digo en serio, Joanne.

Eve se da cuenta de que va en serio. Hunde la espalda en la blandura del sillón azul. Durante un instante, pero sólo durante un instante, se le empañan los ojos con el asomo de unas lágrimas, y luego, casi imperceptiblemente, muda su rostro, se le endurece la mandíbula y las nubes han pasado, las presuntas lágrimas se evaporan. Eve contempla a Paul con ojos fríos y diáfanos y, cuando por fin habla, su voz es dura y sus palabras amargas.

—¿Te importaría decirme por qué?

—No estoy seguro de poder.

—Creo que deberías intentarlo.

—Es que no sé por qué —admite Paul después de una dilatada pausa.

—No sabes por qué —repite Eve, asintiendo como si comprendiera, lo cual sólo sirve para subrayar la absurdidad de lo que Paul acaba de decir—. Eres abogado, Paul —lo azuza Eve—. Vamos, sueles ser muy bueno con las palabras. Seguro que se te ocurrirá algo, alguna pequeña razón que ayude a explicar por qué quieres acabar con un matrimonio de casi veinte años, por no hablar de las dos hijas de ese matrimonio. No creo que te esté pidiendo una insensatez.

—Por favor, Joanne —le insta Paul—, no me lo hagas más difícil.

Eve se pone en pie, paseando furiosamente de un lado a otro.

—Sí... Dios no quiera que te lo hagamos más difícil de lo que es —escupe bruscamente cada palabra.

—Créeme —intenta Paul sin demasiada convicción—, no quiero herirte.

—¿Entonces por qué lo haces?

—Porque te heriría aún más si me quedara.

La expresión del rostro de Eve es una mezcla de burla y desconcierto.

—¿Cómo podrías herirme más si te quedaras? —le exige. Y, al no obtener respuesta, insiste—: ¿Cómo?

Ella aminora el paso, se planta directamente ante él, midiendo con esmero la fuerza de sus palabras:

—No creo que estés haciendo esto por mí, Paul. No estás haciendo esto por mí. Al menos sé sincero. La única persona por la que haces esto es por ti.

—Muy bien —admite, alzando enojado la voz por primera vez—. Lo hago por mí. ¿Es que yo no cuento?

—En absoluto —le dispara Eve con intención de herirle y consiguiéndolo.

—Lo siento. ¿Qué más puedo decir?

—Puedes decirme por qué —persiste Eve, pues no está dispuesta a dejarlo ir con una mera disculpa, por sincera que sea.

El rostro de Paul escruta la habitación en busca de razones. Oye las risas de los obreros que están fuera, alrededor de su futura piscina.

—No soy feliz —dice por fin—. Me doy cuenta de lo banal que suena...

—Pero ¿te das cuenta de lo banal que es? —contraataca Eve rápidamente. Estocada y quite—. ¿Tiene algo que ver con Barry Kellerman? (Barry Kellerman es uno de los socios del despacho de abogados de Paul. Hace alrededor de un año se separó de su esposa después de dieciocho años de matrimonio y la dejó con cuatro niños pequeños, menores de diez años. Tras ocho meses de salir con una colección de adorables y adoradoras jovencitas, se comprometió con una exMiss Condado de Erie, quien, a sus veinte años, tiene la misma edad que la primera señora Kellerman cuando Barry se casó con ella).

Paul parece realmente desconcertado.

—¿Qué tiene que ver Barry Kellerman con nada?

—¿Con el hecho de que quizá le tienes envidia? —sugiere Eve—. ¿Con el hecho de que quizá creas que te estás perdiendo algo?

—No le tengo envidia —responde Paul con demasiada precipitación. Eve aguarda a que continúe—. Siento que me estoy perdiendo algo —admite por fin—. Tengo cuarenta y dos años, Joanne. Nos casamos cuando yo aún estaba en la escuela.

—Mis padres nos ayudaron a mantenernos —le recuerda ella.

—Tú sólo eras la tercera chica con la que había salido en serio.

—Tú el primero —dice ella, sabiendo que no es necesario añadir «y el único».

—¿Nunca has deseado a otro hombre? —requiere Paul de sopetón, sorprendiéndola—. ¿Nunca te has preguntado cómo sería estar con otro?

—Puedes apostar el culo a que sí —replica Eve con aspereza—. Todo el mundo tiene estos pensamientos de vez en cuando. ¡Pero no rompes un matrimonio, no abandonas a dos hijas que necesitan a su padre, no rompes una familia sólo porque «no eres feliz»! ¿Quién te prometió que ibas a ser siempre feliz?

—Quiero más —argumenta débilmente.

—¡Quieres menos! —le corrige ella—. Una esposa menos, dos hijas menos...

—Aún soy el padre de las niñas.

—¿Igual que Barry Kellerman es aún padre? ¿Siempre que le resulta cómodo serlo? ¿Siempre que puede irrumpir con regalos caros y unas pocas y superficiales palabras de afecto y sacar a los niños un par de horas colmadas de diversión antes de devolverlos a mamá cuando empiezan a sacarlo de quicio? ¡Él no es el que tiene que afrontar el caos que deja atrás después de subirse a su nuevo coche deportivo y dirigirse hacia su nueva vida! Es mamá la que se queda para enfrentarse a toda la ira y la confusión que crean sus supervisitas paternas.

—¡Yo no soy Barry Kellerman!

—Lo siento —dice Eve con premura—. En este momento me resulta bastante difícil percibir la diferencia.

—Nunca te he engañado, Joanne. Nunca en veinte años —le dice.

—¿Se supone que con eso me he de sentir mejor? —pregunta Eve—. Cuando me presenten los papeles del divorcio, ¿se supone que debo encogerme de hombros y decir: «bueno, al menos nunca me engañó»?

—Yo no he dicho nada de divorcio.

Eve contempla al marido de Joanne.

—Debo haberme perdido algo. ¿De qué estamos hablando?

—Estamos hablando de una separación —explica Paul—. Seis meses, quizá un año. Podemos seguir viéndonos... podemos ir al cine... salir a cenar...

—¿Quieres una cita? —pregunta Eve, incrédula—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

Paul asiente, con el optimismo reflejado en el rostro.

—¿Quieres ir hacia atrás? ¿Quieres que empiece a salir con el hombre con el que llevo casada media vida?

La confusión de Eve es auténtica. Por primera vez durante esta confrontación, no sabe qué decir.

—No sabría qué hacer. No sabría quién ser.

—Sé tú misma.

—¡Tú no me quieres!

—Por favor, Joanne, sólo te pido un poco de tiempo para meditar sobre el asunto. No quiero precipitarme a un divorcio. Sólo necesito tiempo para decidir qué es lo que quiero, si quiero seguir siendo abogado, si quiero seguir estando casado... ya no lo sé. Necesito tiempo para estar solo, para ser yo mismo. Espero que en pocos meses pueda ver claro mi camino y tomar decisiones concretas, que esta separación sea buena para nosotros, que descubramos un modo de volver a estar juntos.

—La gente no se separa para juntarse. Se separa para divorciarse.

—No necesariamente.

—Paul, no seas ingenuo. Ya has visto lo que les ha sucedido a otros. Ya has visto lo que les ha sucedido a Barry y Mona Kellerman. Una separación tiene vida propia. Luego ya no tratas con los problemas con los que empezaste a lidiar: has de luchar también contra la separación. Si tenemos problemas, debes quedarte e intentar solucionarlos. Tienes que empezar a hablar conmigo, a contarme qué te preocupa en lugar de intentar aislarme constantemente. Mis padres me hicieron eso y se equivocaron, porque se pasaron la vida intentando protegerme y luego, de improviso, se fueron; tú estás haciendo lo mismo. Y no es justo.

—Tú estarás bien —interrumpe Paul rápidamente al notar que ella le está contagiando el pánico. Se esmera por tranquilizarse y tranquilizarla—. Eres fuerte, más fuerte de lo que tú te crees. Saldrás adelante como siempre lo haces: maravillosamente. En realidad, es probable que empieces a vivir la mejor época de tu vida. Yo esperaré...

La voz de Eve surge repentinamente apagada.

—Por favor, no me digas cómo voy a estar.

Se hace un silencio mientras cada uno medita sobre lo que queda por decir.

—Pensaba buscar un apartamento cerca de la oficina —anuncia Paul. Fuera estalla una disputa a gritos entre dos obreros—. Tú y las niñas os quedaréis aquí, por supuesto. Seguiré pagándolo todo. Si necesitas o quieres cualquier cosa, dímelo. No habrá ningún problema con el dinero, te lo prometo.

—Hasta que conozcas a otra —le informa Eve con socarronería—. El mundo está lleno de mujeres que luchan con los problemas de «dinero» que sus exmaridos les dejan después de superar su culpabilidad inicial —sacude la cabeza—. La culpabilidad es algo sorprendente.

Se produce otra larga e incómoda pausa en la que cada uno aguarda a que hable el otro.

—¿Quién se lo dirá a las chicas? —pregunta Eve al oír que Robin llega a casa.

—Yo —consiente Paul.

—¿Cuándo?

—Cuando quieras.

—Esta tarde estamos haciendo lo que tú quieres —le recuerda.

De repente, la voz de Paul suena tan fría como la de ella.

—Entonces será ahora —dice, oyendo a su hija deambular por la cocina, que está inmediatamente debajo de ellos.

—Lulu está en casa de Susannah —le dice Eve.

—¿Te importaría llamarla?

—Eres tú el que quiere hablar con ella —replica Eve, desabrida—. Llámala tú.

Paul asiente.

La imagen persistió cuando Joanne abrió los ojos para contemplar la oscuridad de la habitación invadida por la noche.

Nada de esto había sucedido así.

Ella no dijo nada. Nada en absoluto. Simplemente se sentó allí y escuchó cómo Paul intentaba explicarse disertando sobre su confusión, disculpándose, intentando dar algún sentido a sus palabras. Joanne no abrió la boca, no se movió salvo para secarse lágrimas no deseadas. Se había sentado y permaneció inmóvil, incapaz de mirarlo a los ojos. No protestó, no lanzó súplicas con voz melosa ni dirigió contraataque alguno. Se limitó a escuchar y, al final, telefoneó a Lulu a casa de Susannah como Paul le había pedido y le dijo que volviera en seguida. Permaneció en la habitación mientras Paul repetía a sus dos hijas su intención de irse de casa y, más tarde, cuando éstas reaccionaron, dirigieron su ira contra ella, no contra el hombre que se había ido, tal como Joanne sabía que iba a suceder.

—No es culpa mía —había querido decirles, pero no lo hizo, pues sentía que, en cierto modo, sí lo era.

Joanne se levantó de la cama; la asfixiaba el espacio vacío que se extendía a su lado. Se dirigió hacia la ventana y contempló el patio trasero. La negrura de la noche sin estrellas ocultaba piadosamente el agujero vacío que los obreros le habían dejado. Miró hacia la vecina casa de Eve. Las luces que rodeaban el patio brillaban acusadoras. Cerrando las cortinas herméticamente, descolgó el teléfono y marcó el número de su amiga, para colgar al no responderle después de ocho llamadas. Era tarde y recordó que Eve le había dicho que esa noche ella y Brian iban a asistir a una función de la policía. Se preguntó a qué hora regresarían a casa y comprobó en el reloj de la mesita que ya era casi medianoche.

Lulu estaba dormida, o al menos lo fingía cuando Joanne entró a echar un vistazo. Robin había ido a una fiesta.

Moviéndose como un autómata, Joanne se arrebujó entre las sábanas de la grandísima cama que Paul y ella habían comprado al trasladarse a esa casa haría unos doce años, después de pasar ocho durmiendo en un colchón sobre

el suelo en su anterior, y más pequeño, hogar de Roslyn. «Trepando por la escalera del éxito», pensó. Sintió que su vida se reducía a una desagradable estadística.

Sus padres le habían mentado, reflexionó intentando no ver sus caras a través de los párpados cerrados. Le habían prometido que con la mayoría de edad adquiriría estabilidad y conocimiento; si no con estas palabras, con su propia presencia como adultos. Joanne crecería, le habían prometido en silencio sus miradas, y el mundo sería suyo. Controlaría sus propias acciones, su destino. Tomaría decisiones, votaría; estaría segura en un mundo que era fijo y permanente.

Y durante un tiempo tuvieron razón: había crecido esencialmente según lo planeado, se había casado, tal como vaticinaban, y había tenido hijas, hijas que, a su vez, la miraban a ella como el adulto oficial y el guardián de la sabiduría. Y Joanne se había convertido en parte de la conspiración secreta que, aunque nunca mentaba abiertamente, nunca decía realmente la verdad. Al oír girar la llave en la cerradura, Joanne, consciente de los pasos de Robin en la escalera, se quedó dormida con el recuerdo del olor del perfume de su madre.

En su sueño vio el radiante sol, despejado de nubes, haciendo centellear como diamantes espléndidos los cuadros de cemento del angosto camino que aparecía ante ella, cálido bajo sus pies descalzos, al caminar hacia la blanca casita de campo que tenía delante. Tendría Joanne unos cinco años. Su hermano, dos años menor, estaba durmiendo la siesta. Oía risas procedentes del interior; sabía que su madre y su abuela ya estaban en la cocina preparando la cena para cuando sus hombres regresaran de la ciudad, como hacían cada viernes por la tarde durante los dos meses estivales en que toda la familia compartía esa casa de campo. La niña que Joanne era saltaba hacia la puerta de la calle escrutando de soslayo el camino, anticipándose una hora o más a la llegada de los dos coches, uno detrás del otro, por la vereda. Llegaría primero su abuelo, un hombre grande y robusto, y luego su padre, más bajo pero con una risa fuerte y sincera, y aparecerían con los brazos abarrotados de pan recién hecho, racimos de arándanos y cerezas suficientes como para abastecerlos hasta el siguiente fin de semana. Su padre se inclinaría para besarla antes de desaparecer en el interior de la casa, pero su abuelo se demoraría, dejando en el suelo las bolsas de papel repletas de alimentos cocinados, y la levantaría en sus brazos de mamut, haciéndole dar vueltas y más vueltas. Cuando seas mayor, le diría, te enseñaré a jugar al *gin rummy*. Y, cada semana, Joanne se preguntaba si ya era lo bastante mayor. Llegó a la

puerta de la casa, deseosa de abrazar la cálida penumbra de las habitaciones interiores, y oyó la risa penetrante y jovial de su madre campanilleando a través de la maciza puerta de madera.

El teléfono estaba sonando. Joanne lo cogió, aturdida. Sus ojos no deseaban abrirse, su mente se adhería a su cuerpo de niña y la risa de su madre la invitaba a volver a conciliar el sueño.

—Hola —dijo, sin estar segura en aquel momento de quién era ella: sólo de que ya no era una niña.

Allí no había nadie. No había ni siquiera silencio, se percató despacio, ya despierta del todo. Sólo la señal de comunicar. ¿Había sonado el teléfono? Volvió a tumbarse. El corazón le latía salvajemente. Joanne pasó el resto de la noche atrapada en algún lugar entre el sueño y la vigilia, preguntándose si el timbre que la había despertado había sido el teléfono o la risa de su madre diciéndole por fin la verdad.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, las niñas aún dormían —o fingían dormir— cuando Joanne salió de casa justo antes del mediodía. Estaba fatigada, tenía los ojos hinchados a causa de una combinación de lágrimas y falta de sueño. Se los restregó y oyó a su madre decirle que eso sólo los empeoraría. «¿Qué me dirías ahora, mamá?», preguntó al cielo despejado mientras atravesaba el jardín delantero para ir a casa de Eve. «¡Ponte derecha, mete el estómago!», oyó responder a su madre, y sonrió. Su madre tenía respuesta para todo.

«Siempre te gustó Paul», prosiguió Joanne en silencio, advirtiendo la presencia de su madre a su lado al subir los escalones que conducían a la casa de Eve. «¿Qué es lo que no había de gustarme?, —respondió su madre con sencillez—: un chico listo, bien plantado, de buena familia, que quería ser abogado, que amaba a mi hija...».

«Amaba —repitió Joanne en su mente—. ¿Mamá, qué se hace —preguntó llamando a la puerta de Eve— cuando de golpe alguien deja de quererte?».

Nadie acudió. Joanne volvió a picar en la puerta y luego tocó el timbre. El sonido de la campanilla le recordó el del teléfono en mitad de la noche. ¿Había sonado de verdad o lo había soñado? Y ¿qué clase de mente enferma se divierte telefoneando a las personas a altas horas de la madrugada y dándoles un susto de muerte? No había dejado de dar vueltas y más vueltas en la cama durante el resto de la noche, incapaz de hallar una postura cómoda sin el cuerpo de Paul que le sirviera de guía. Iba a necesitar dormir todo lo posible para no desmoronarse en los tiempos que se avecinaban, para mantener la calma exterior delante de sus hijas. No os preocupéis, queridas, todo se arreglará.

Entretanto, necesitaba hablar con Eve. Eve le daría la perspectiva adecuada. Ella la ayudaría a comprender el punto de vista de Paul.

—Toda historia tiene siempre dos vertientes —podía oírle decir—. ¡La tuya... y la de los cabezas de chorlito!

Eve la haría reír y, si no, al menos podrían llorar juntas. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no acudía a la puerta?

Brian, el marido de Eve, apareció justo cuando Joanne estaba a punto de rendirse y volver a casa. Un hombre alto, que siempre parecía vagamente incómodo con la fuerte e imponente imagen que proyectaba de modo natural, con ojos sorprendentemente amables que no revelaban los horrores diarios a los que con frecuencia le exponía su trabajo. El rostro del perfecto policía, pensó Joanne mientras Brian Stanley, que aparentaba su edad, cuarenta y cinco años, la acompañaba adentro, sonriente pero obviamente preocupado. Si en general era hombre de pocas palabras, aquel día dijo aún menos.

—A ver si le contagias un poco de sentido común —sugirió, indicándole que su esposa se hallaba en la cocina.

Joanne atravesó el vestíbulo principal de la casa, que era la imagen especular de la suya. Encontró a Eve sentada a la mesa de la cocina, abrazada a una taza de café. En cuanto vio a su amiga, Joanne notó que había algo fuera de lugar. (¿Cuál es el error en esta fotografía?, resonaba en el fondo de su cabeza).

—¿Qué ocurre? —preguntó al ver que Eve aún estaba en albornoz y que no se había peinado el cabello, normalmente impecable.

—Nada —le dijo Eve, sin esforzarse por disimular su fastidio—. Mucho revuelo por nada.

—Claro que no es nada —corroboró la madre de Eve, que había aparecido por ninguna parte para poner el termómetro en la boca reticente de su hija.

—Hola, señora Cameron —dijo Joanne, sorprendida al verla.

Su cabello rubio con reflejos rojizos tenía unos tonos muy claros que Joanne no recordaba. Se preguntó qué estaría haciendo allí la madre de Eve.

—¿Qué sucede?

—Sucede —repitió la mujer— que anoche mi hija se desmayó y tuvieron que llevarla corriendo al hospital.

—¿Qué?

Eve se quitó el termómetro de la boca.

—No me desmayé. Estoy perfectamente bien.

—Vuelve a ponerte el termómetro en la boca —le ordenó su madre como si Eve fuera una niña de cuatro años. Eve miró al cielo, como implorando, pero hizo lo que su madre le decía—. ¿No sufriste dolores anoche y tuviste que abandonar la fiesta? ¿No te llevó Brian al servicio de urgencias del hospital universitario de North Shore? ¿No me llamó esta mañana a primera hora y me pidió que cuidara de ti porque él tenía que salir?

—Tuve unos dolores —corrigió Eve, quitándose otra vez el termómetro de debajo de la lengua— y todo el mundo se alarmó.

—¿Qué clase de dolores? —preguntó Joanne, olvidando por el momento sus propios problemas.

—Unos dolorcitos en el pecho —Eve señaló la zona exacta con la punta del termómetro—. Llevo padeciéndolos desde hace unas semanas.

—¿Sólo unos dolorcitos? —repitió su madre, llena de incredulidad—. ¿Te ha contado que los dolores eran tan fuertes que no podía aguantarse de pie? —le preguntó a Joanne.

—¿Acaso estabas tú allí? —demandó Eve.

—¿Puede alguien decirme qué está pasando? —imploró Joanne, recordando las incontables escenas parecidas de las que había sido testigo entre aquellas dos mujeres a lo largo de su niñez.

Se sintió transportada atrás en el tiempo, pues, a pesar de que ahora Eve descollaba sobre la figura regordeta de su madre, seguían siendo lo que siempre fueron: la madre dominante frente a la hija rebelde.

Brian dijo desde la puerta:

—Estábamos en la fiesta que daba un compañero de mi división.

—Ya te hablé de ella —interrumpió Eve.

—Ella te lo cuenta todo —añadió su madre de inmediato—. ¿Tú crees que a mí me cuenta algo?

—¡Mamá!

—Miren, señoras, tengo que irme. Ya llego tarde —la voz de Brian superaba el límite de la exasperación—. Lo cierto es que a eso de la medianoche Eve empezó a experimentar ciertos dolores en el pecho y tenía problemas para sostenerse en pie, de modo que la llevé al hospital.

—Donde me hicieron varias pruebas y decidieron que todo estaba en orden —afirmó Eve.

—Donde le hicieron un electrocardiograma y lo que hacen cuando creen que estás sufriendo un ataque al corazón... —intentó agregar Brian.

—Y descubrieron que no era así.

—Y le recomendaron que fuera a hacerse más pruebas a finales de semana.

—¿Para qué? —preguntó Joanne, preocupada.

—Úlcera, vesícula biliar, esas cosas —respondió Brian—. Pero ella se niega a ir.

—Fue una pequeña indigestión, por el amor de Dios. No voy a someterme a una caterva de pruebas desagradables sólo para que algún médico pueda adquirir a mis expensas la experiencia que tanto necesita. Ya he visto todo lo que quería ver de los hospitales, muchas gracias.

—A ver si le haces entrar en razón —repitió Brian—. Tengo que irme.

Besó a su mujer en la frente, gesto que a Joanne le produjo un pinchazo de dolor en el pecho y la amenaza de lágrimas en los ojos. Antes de que pudieran formarse, Joanne se volvió y, velozmente, se frotó el rostro con la palma de la mano. Estaba claro que no era el momento de anunciar la súbita partida de Paul.

Las tres mujeres escucharon en silencio cómo Brian cerraba la puerta al salir. Cuando Eve abrió la boca para hablar, su madre le metió automáticamente el termómetro.

—¡Por el amor de Dios, deja de hacer esto! —exclamó Eve. Enojada, tiró el termómetro al suelo y observó cómo se rompía limpiamente en dos trozos y el mercurio se derramaba sobre la baldosa, formando a prisa grupos de pequeños grumos grises.

—Nunca haces caso a nadie —su madre recogió los cristales rotos y, con mano experta, hizo lo mismo con el mercurio mediante la ayuda de un papel—. Ése ha sido siempre tu problema y ¿adónde te ha llevado?

La señora Cameron agitaba el termómetro roto ante el rostro de su hija.

—Mamá, vete a casa —dijo Eve amablemente. La alegría de su voz se convirtió en un repentino jadeo de dolor y dobló el cuerpo hacia adelante, sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué te ocurre? —preguntaron a la vez Joanne y la madre de Eve y, al momento, las dos mujeres estaban a su lado.

—¿Dónde te duele? —indagó la madre con voz débil y manos temblorosas.

—Ya estoy bien. El dolor pasó —Eve enderezó los hombros y se sentó hacia atrás—. Dejad de preocuparos... no era tan grave.

—Sí era tan grave. Mírate: estás blanca como un fantasma.

—Siempre estoy blanca como un fantasma. Eres tú la que me dice que me ponga más maquillaje.

—Quizá deberías ir al médico —la instó Joanne, intentando parecer indiferente—. ¿Qué daño pueden hacerte unas cuantas pruebas más?

Los ojos de Eve se movieron desde su madre hacia su más antigua e íntima amiga.

—De acuerdo —consintió después de una larga pausa.

—Claro —saltó su madre—. Irás por ella. Cuando yo te lo he pedido ¿a mí qué me has contestado?

—He dicho que iría, mamá. ¿No es eso lo que quieres?

La señora Cameron dirigió, de golpe, su atención hacia Joanne.

—¿Cómo están tus hijas? —preguntó cambiando bruscamente de tema y arreglándose las para parecer casi interesada.

—Son buenas niñas —sonrió Joanne—. Igual que Eve.

Eve se echó a reír. Su madre no.

—Claro, haced pareja como siempre habéis hecho. Dime que me equivoco por preocuparme de que a mi hija tenga que llevarla su marido de prisa y corriendo al hospital, y eso que todos sabemos que no es precisamente un alarmista. Al revés: no le presta a Eve suficiente atención.

—Mamá...

—Sí, ya sé, no es asunto mío. ¿Te dicen tus hijas que las cosas que les conciernen no son asunto tuyo?

—Señora Cameron —empezó Joanne—, si eso le hace sentirse mejor, yo misma llevaré a Eve al médico —se volvió hacia Eve—. ¿Cuándo tienes la visita?

—El viernes por la mañana —guiñó un ojo—. Así no nos perderemos nuestra clase de tenis.

—Tenis —se burló su madre—. ¿No es demasiado pronto para jugar a tenis después del aborto? En principio, eso debe de ser lo que te produce los dolores.

—Oh, no volvamos a empezar —suplicó Eve—. El aborto fue hace seis meses y he dado una clase de tenis ayer por la tarde. Ni siquiera era una clase privada, por Dios. No creo que esté haciendo precisamente demasiado ejercicio.

—Trabajas demasiado, das demasiadas clases complementarias, haces demasiadas cosas.

—Soy maestra, mamá.

—Profesora —corrigió su madre, mirando a Joanne para comprobar que no se había perdido la diferencia—. Psicóloga.

—Profesora de psicología ¿vale? Una maestra. No trabajo demasiado. Tengo los viernes libres. Estoy dando unos cursillos extra por las noches.

—¿Para qué necesitas más cursillos? Tienes cuarenta años. Necesitas hijos, no tesis doctorales. ¿Es un error desear nietos?

—No quiero hablar de eso —dijo Eve dando un fuerte manotazo en la mesa—. Me vuelves loca, mamá.

—Claro, culpa a tu madre de todo. Dime, Joanne, ¿tus hijas te dicen estas cosas?

Joanne pensó en la tarde anterior, después de que Paul hiciera su maleta pequeña y la dejase para enfrentarse sola a la confusión de sus hijas.

—Estoy segura de que, de vez en cuando, todos decimos cosas a nuestras madres de las que después nos arrepentimos.

—Dime —añadió la señora Cameron—. ¿Cómo está tu abuelo?

—Está bien. Voy a visitarlo esta tarde.

—¿Ves? —apuntó la madre de Eve—. Esto es una chica responsable. Nadie tiene que enseñarle a demostrar el debido respeto a sus mayores.

Joanne levantó los ojos en dirección a su amiga y Eve le sacó la lengua como respuesta.

—Eso, reíd. Voy a ver la tele. Llamadme si necesitáis algo. Me alegro de verte, Joanne —casi estaba en la puerta de la cocina cuando se volvió—. Habla con ella, ¿quieres? Recuérdale que no puedo estar siempre encima.

—Sólo lo bastante para volverme loca —dijo Eve cuando ya la mujer había desaparecido en la otra habitación—. ¿A quién pretende engañar? Ya ha enterrado a tres maridos. Nos sobrevivirá a todos.

—No ha cambiado ni un pelo —se maravilló Joanne—. A estas alturas ya deberías estar acostumbrada.

—Hay cosas a las que nunca te acostumbras —sentenció Eve, y Joanne supo al instante que eso se aplicaba a la partida de Paul—. Pareces cansada —comentó Eve de sopetón.

—Algún idiota telefoneó a medianoche y colgó —le dijo Joanne—. Eve...

—No creerás que esos dolores tengan algo que ver con el aborto, ¿verdad? —interrumpió Eve. Ahora tenía un aspecto muy frágil.

—¿Qué quieres decir?

Eve intentó reír.

—Bueno, ya sabes, quizá se olvidaron algo dentro después de limpiarme. Perdí mucha sangre.

—Estoy convencida de que no se olvidaron nada dentro de ti —la tranquilizó Joanne, observando cómo volvía poco a poco el color a las mejillas de su amiga—. De lo contrario, ya estarías muerta —añadió. Y ambas mujeres se rieron con ganas.

—Gracias —sonrió Eve—. Tú siempre sabes cómo alegrarme.

La residencia de ancianos Baycrest estaba situada en la carretera del sur, a una manzana y media del Hospital de Great Neck. Era un viejo edificio de ladrillos que había sobrevivido a varias restauraciones sin notable cambio de aspecto. Por fuera, habían reemplazado las ventanas por cristales más

modernos de panel térmico; por dentro, aunque recientemente habían pintado las paredes en tonos melocotón, los pasillos seguían pareciendo tan tristes y abandonados como la mayoría de los residentes que paseaban por ellos. La profusión de colores brillantes y arte moderno no podía disimular la forzada jovialidad del marco institucional. La muerte se acompaña de flores, pensó Joanne mientras se encaminaba hacia la habitación de su abuelo, situada al final del pasillo.

Joanne oía el bullicio antes de que la enfermera apareciese en el umbral.

—¡Santo Dios, qué hombre! —exclamó la enfermera, muy gorda y muy negra, alisándose el uniforme y esforzándose por conservar la calma—. Oh, no es su abuelito, cariño —le dijo a Joanne cuando la reconoció, dirigiéndole una sonrisa—. Su abuelito no da ninguna molestia; duerme como un niño toda la noche. Y está tan mono con su sombrerito...

—¿El señor Hensley sigue ocasionándole problemas? —preguntó Joanne.

El señor Hensley era famoso entre las enfermeras de la residencia Baycrest. Había ido pasando por diversas plantas desde su llegada hacía seis meses.

—Entré a preguntarle si tenía problemas para ir al baño, y ¿sabe qué hizo? Me lanzó el orinal. ¡Gracias a Dios que estaba vacío! Sinceramente, no sé qué les ocurre a algunas personas cuando se hacen viejas. —La mujer se calló bruscamente—. No quiero que lo considere una falta de respeto, señora Hunter —vaciló—. Su abuelito es un hombrecillo tan dulce... Nunca da problemas a nadie.

—Mi abuelo no sabe dónde está la mayor parte del tiempo —dijo Joanne suavemente, pensando lo extraño que le resultaba oír hablar en diminutivos del hombre tan monumental que había sido su abuelo y que lo calificaran de dulce.

Recordó que había empezado a encogerse al año siguiente de la muerte de su esposa, con la que llevaba casado casi sesenta años. Poco a poco, bajó de peso, se le hundieron los hombros y se le encorvó el poderoso cuello. Últimamente, Joanne notaba que se parecía menos a un hombre que a una vieja tortuga.

Había empezado a tejer su crisálida poco después de entrar en la residencia Baycrest cinco años atrás, y se selló dentro de ella para siempre cuando la madre de Joanne se descubrió un bulto en el seno izquierdo. Nunca preguntaba por qué las visitas de su hija se hacían menos frecuentes, y cuando ésta sucumbió a la enfermedad hacía tres años —¿tres años ya?, se maravilló Joanne al abrir la puerta de la habitación de su abuelo— Joanne y su hermano

decidieron no decírselo. Al faltar la madre, ella había pasado a ocupar el papel vacante y visitaba al anciano cada semana, no por sentido del deber, como había insinuado antes la madre de Eve, sino porque él constituía su único vínculo tangible con el pasado.

Éste era el hombre que se había sentado con ella durante las tardes lluviosas en la casa de campo y, con paciencia, le había explicado las complejidades del *gin rummy*, el hombre que le había hervido perfectos huevos de cinco minutos, los había cubierto con gorritos de ganchillo para conservarlos calientes y, observando cómo se los comía, le hablaba animadamente de la semana que había pasado en la ciudad, sin darse jamás aires de superioridad ni de condescendencia, siempre exuberante y lleno de vida.

—¿Linda? —preguntó su abuelo cuando Joanne se acercó a su cama y le cogió la mano entre las suyas. Su voz era casi una parodia de lo que había sido.

—Sí, papá —respondió Joanne, adoptando de modo inconsciente la voz de su madre mientras acercaba una silla—. Aquí estoy.

¿Cuándo fue la última vez que la había llamado por su verdadero nombre?, se preguntó. Soy Joanne, quiso decirle, pero él ya estaba durmiendo, y Joanne se quedó agarrada a su mano a través de los barrotes laterales de la cama preguntándose si alguna vez se acostumbraría a que la llamaran por el nombre de su madre.

—Es sorprendente cómo pueden dormirse así —dijo una voz a su lado.

Joanne miró hacia la otra cama, en la que en aquel momento el viejo Sam Hensley dormía pacíficamente.

—Hace un minuto —agregó la mujer que estaba al pie de la cama— estaba furiosamente enloquecido. Tendría que haberlo visto. ¡Le arrojó el orinal a la enfermera! No sé qué voy a hacer. Si lo echan de esta planta, no sé adónde lo vamos a llevar. Ésta es la tercera residencia a la que hemos tenido que llevarlo. Salgo a fumar un cigarrillo.

Se dio media vuelta y, por primera vez desde que entró en la habitación, Joanne reparó en que también se hallaba presente el hijo de la mujer, quien apoyaba el recto respaldo de la silla de madera contra la pared y descansaba la cabeza en el hombro izquierdo con los ojos cerrados.

—¿Puede creerlo? —preguntó la mujer—. Si alguna de estas dos bellas durmientes se despierta, dígame que he salido al vestíbulo a fumarme un cigarrillo.

Joanne observó salir a la mujer, intentando encontrar un nombre a la curiosa mezcla de rostro derrotado y pavoneo desafiante. Las habían presentado hacía un mes, cuando el padre de la mujer fue trasladado a esa habitación. Marg no sé qué, recordó Joanne, notando que la mano de su abuelo se agitaba dentro de la suya. Crosby, recordó con cierta satisfacción. Marg Crosby y su hijo, Alan, un chico de unos dieciocho años. Quizá más, quizá menos. ¡Es tan difícil saberlo en estos tiempos!, habría dicho su abuelo.

—Linda —murmuró éste.

—Sí, papá —respondió Joanne, casi por costumbre—. Aquí estoy.

El anciano volvió a tranquilizarse. ¿Dónde estás tú?, le preguntó Joanne en silencio. ¿Adónde vas? Sus ojos recorrieron lentamente aquella cara pálida, delgada. Sus mejillas, reducidas a la mitad del tamaño que tuvieron en otros tiempos, estaban rasposas debido a la pelusilla sobrante de un mal afeitado matutino, perpetrado a diario por uno de los asistentes. Su antaño ancha boca, ahora se arrugaba hacia adentro, y su despejada frente estaba completamente oculta por la desgastada gorra de Sherlock Holmes que alguien le había puesto en la cabeza, un regalo de Joanne por su ochenta y cinco cumpleaños, diez años atrás.

La década los había diezmado: su abuela pasó a mejor vida y su abuelo inició su retirada; su madre se descubrió un cáncer en el pecho izquierdo que se extendió a todos los rincones de su cuerpo y finalmente la mató en dieciocho meses; y su padre falleció de un ataque al corazón sólo nueve días después de que enterraran a su madre. Y, ahora, se había ido Paul. También él había desertado.

—Paul me ha dejado, abuelo —susurró, consciente de que no la oía—. Ya no quiere estar casado. No sé qué voy a hacer —lloró en voz baja.

El anciano abrió los ojos y la miró fijamente, como si de pronto comprendiera a la perfección quién era ella y qué le había dicho.

—¿Abuelo? —le preguntó al ver un destello del hombre que recordaba de su niñez.

Su rostro se relajó en una sonrisa despaciosa.

—¿Trabajas aquí, querida?

De improviso, el viejo Sam Hensley se irguió en su lecho y entonó una canción.

—It's a long way to Tipperary —bramaba en un tono sorprendentemente afinado—. It's a long way to go.

Junto a él, el joven Alan Crosby casi se cae de la silla al despertarse con el súbito cántico.

—Abuelo —susurró con apremio, poniéndose en pie de un salto y mirando inquieto hacia la puerta—. Cállate.

—Cállate tú si no te gusta —replicó en voz alta el anciano. Y volvió a su canción.

—Es de su etapa militar. —Alan sonrió débilmente a Joanne mientras su madre y la enfermera regresaban corriendo a la habitación.

—Oh, por el amor de Dios, papá, cállate —ladró Marg Crosby al tiempo que la enfermera intentaba amablemente acomodar a Sam Hensley sobre la almohada.

—Cálmese, cálmese, señor Hensley —decía la enfermera—, han cancelado el concierto.

—Váyase al infierno, no me toque —vociferó Sam Hensley haciendo blanco en el vasto diámetro de la mujer con una caja de pañuelos de papel que tenía sobre la mesilla.

—Papá, por el amor de Dios...

—¿Por qué no le dejáis cantar? —preguntó Alan Crosby mientras se inclinaba otra vez contra la pared intentando reprimir una sonrisa.

—Oh, Alan —exclamó su madre con impaciencia—, no empieces tú también.

—Linda —gritó una voz asustada—, ¿qué es todo este jaleo?

—No pasa nada, papá —susurró Joanne dando unos golpecitos tranquilizadores en la mano temblorosa de su abuelo—. Estoy aquí.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, el teléfono la despertó cuando aún no eran las siete.

—Hola —dijo Joanne aturdida, restregándose los ojos y esforzándose por averiguar la hora en el reloj de la mesilla—. ¿Hola? ¿Quién es?

No hubo respuesta.

Joanne se sentó en la cama. Depositó el teléfono en su regazo antes de devolver el auricular a su sitio.

—Malditos críos —murmuró mirándose el viejo camisón de algodón que siempre llevaba para dormir—. No me extraña que tu marido te dejara.

Se arropó con las sábanas hasta el cuello, intentando frenar las primeras luces de la mañana que atravesaban las cortinas del dormitorio. Pero en cuanto enterró la nariz en la blanda y grandísima almohada, olió el rastro de Paul; su ausencia se le filtraba a través de los orificios de la nariz. Notó cómo el brazo de Paul caía con descuido sobre la curva de su cadera, cómo él acomodaba las rodillas contra el dorso de las suyas y ella apretaba el trasero contra el arco de la ingle de él.

Abrió los ojos; ahora Paul estaba dentro de su cabeza y lo iba a estar el resto del día. No importaba lo que hiciera o dónde fuese: Paul estaría a su lado. Lo llevaría consigo aunque luchara por dejarlo atrás. Su única escapatoria había sido unas pocas horas de sueño después de sentirse demasiado exhausta para soportar más recriminaciones, demasiado fatigada para más lamentos. El nuevo día le traería una flamante lista de detalles por los que podría recriminarse cosas: si no hubiera hecho esto, si no hubiese hecho aquello. Si Paul regresara, ella sería más así, menos así.

Se había desplomado en la cama a la una de la madrugada, tras quedarse a ver en la tele una película que no deseaba ver. Aún estaba despierta cuando oyó la puerta de la calle abrirse pasadas las tres y a Robin andar de puntillas ante el dormitorio de su madre y cerrar la puerta de su habitación.

Debieron de dar las cinco de la madrugada antes de que Joanne se rindiera por fin al sueño. Dos horas enteras, pensó ahora, intentando sugestionarse un

poco más. Iba a resultarle difícil aparentar veinte años con sólo dos horas de sueño cada noche, y esa madrugada, justo antes de irse a dormir, había llegado a la conclusión de que su aspecto tenía mucho que ver con la partida de Paul. La mujer con la que se había casado tenía veintiún años. Paul no había calculado que se haría tan mayor. Tal vez debería hablar con Karen Palmer y preguntarle quién le había arreglado los ojos...

Media hora más tarde, Joanne aún intentaba conciliar el sueño cuando el teléfono volvió a sonar.

—¿Hola? —susurró, con la esperanza de que fuera Paul para decirle que él tampoco podía dormir, que deseaba regresar a casa.

No hubo respuesta.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Por qué hace esto? —suplicó. Y estaba a punto de colgar cuando oyó algo—. ¿Ha dicho algo? —preguntó, volviéndose a llevar el auricular al oído.

Hubo una breve pausa.

—¿Señora Hunter?

—¿Sí? —Joanne intentó rápidamente reconocer la voz algo ronca, pero, aunque tenía un rasgo vagamente familiar, no supo determinar con precisión quién era. Ciertamente, nadie que la conociera bien, pues se habría dirigido a ella por su nombre.

—Señora Hunter —repitió la voz.

—¿Quién es? —preguntó Joanne, temerosa de la voz aunque no supiera por qué. Se percató de que desafiaba toda clasificación: ni joven ni vieja y curiosamente asexual.

—¿Ha leído el New York Times esta mañana, señora Hunter?

—¿Quién es?

—Lea el periódico matinal, señora Hunter. Hay algo en él que le concierne. Página trece de la sección primera.

La comunicación se cortó.

—¿Hola? —repitió Joanne. Pero ya había colgado.

Se sentó inmóvil en la cama durante varios minutos oyendo los latidos de su corazón, con los sentidos alerta como un animal cuando percibe por instinto la presencia del peligro. ¿De quién era la voz que había oído y por qué la intriga? ¿Qué podía haber en la página trece del periódico matutino que le concerniera a ella? ¿Algo sobre Paul?, se preguntó saliendo de la cama.

Metió los brazos por las mangas de su bata de estar por casa y bajó de puntillas la escalera hasta la puerta de la calle. Las niñas aún dormían. Ni siquiera estaba segura de que el Times estuviese allí tan pronto.

Descubrió que allí estaba, cogió el pesado periódico del domingo, lo llevó a la cocina y lo dejó caer sobre la redonda mesa de pino. El hombre del tiempo pronosticaba lluvia, según leyó, y se puso a inspeccionar el cielo, progresivamente nublado, a través de la cristalera corredera que se abría en la pared sur de la cocina. Deseó que la lluvia cesara al día siguiente para que los hombres pudiesen continuar trabajando en la piscina: Joanne estaba ansiosa por tenerla acabada y que los extraños que desfilaban de aquí para allá bajo la ventana de su dormitorio salieran de una vez de su vida. Especialmente ahora que Paul se había ido.

Lo hojeó con rapidez hasta la página trece y dedicó una mirada superficial a las diversas columnas sin ver nada que le concerniera. Normalmente evitaba la primera plana del periódico: la información que contenía solía ser demasiado deprimente y no era modo de empezar el día. Joanne razonaba que las noticias importantes para ella ya le llegarían, tarde o temprano, y tenía una noción precisa, aunque no detallada, de lo que ocurría en el mundo. Quizá a Paul eso no le había bastado, reflexionaba ahora. Al fin y al cabo, él era abogado, un hombre instruido, y, si bien ella había recibido educación universitaria, también era cierto que en los últimos años se había aislado de tantas noticias desagradables como le fue posible. Desde la muerte de sus padres, tres años atrás, Joanne leía regularmente sólo la sección de entretenimientos y de familia de los periódicos. Eso hacía la vida más fácil, racionalizaba Joanne mientras sus ojos, lenta y cuidadosamente, escrutaban la página indicada.

No había nada sobre Paul ni sobre su bufete de abogados; nada sobre nadie conocido. Sólo eran continuaciones de artículos de otras páginas, algo sobre un conflicto sindical dentro de la industria del vestir, un reportaje sobre un incendio en una casa de huéspedes que se había cobrado cuatro vidas y algunos detalles más sobre la mujer que había aparecido cortada a pedacitos en su hogar de Saddle Rock Estates. Joanne se encogió de hombros y cerró el periódico. Lo volvió a abrir rápidamente para comprobar la página contigua. Pero tampoco había nada destacable en esa página. ¿Qué quería que viera el que había llamado? Dejó a un lado la primera sección del periódico y repasó la de entretenimientos, decidiendo que esa semana tal vez llevaría a las niñas a Manhattan a ver una función de Broadway.

La última obra que había visto fue una reposición de *Come Blow Your Horn* en el Burt Reynolds Dinner Theatre de Júpiter, Florida, donde ella y Paul habían disfrutado de unas breves vacaciones el año anterior. Quizá Paul deseaba una mujer más interesada en el panorama cultural, una esposa que

tuviera por norma sacar entradas para los últimos acontecimientos teatrales. Si ése era el caso, no habría tenido más que decirlo.

Pensó en la noche que habían ido al teatro en Florida. Paul parecía bastante feliz, relajado, como siempre que estaba bronceado. Habían disfrutado del espectáculo y de una agradable cena y, al concluir la velada, Paul le había comprado una camiseta como recuerdo. Era roja con letras blancas en relieve que proclamaban por delante: «HE PASADO LA NOCHE CON BURT REYNOLDS...». Y, al darle la vuelta a la camiseta, continuaba en la espalda: «... EN EL BURT REYNOLDS DINNER THEATRE».

Cayó en la cuenta de que no se la había puesto nunca. Debió habérsela puesto. Paul se la había comprado para ella, con la intención de que se la pusiera.

Andaba por la tercera taza de café cuando Lulu apareció somnolienta en la cocina con su pijama de muñeca y sus pantuflas.

—Está lloviendo —anunció como si fuera culpa de su madre.

—Tal vez no dure —respondió Joanne, esperanzada—. ¿Qué quieres desayunar?

—¿Torrijas? —pidió Lulu dejándose caer en una de las sillas de la cocina mientras su madre le servía un vaso grande de zumo de naranja.

Con una mano, Joanne rompió algunos huevos en un cuenco y añadió rápidamente leche, vainilla y una pizca de canela.

—¿Has dormido bien?

Lulu se limitó a encogerse de hombros, hojeando, ausente, el periódico matinal.

—He pensado que quizá podamos ir al teatro esta semana —ofreció Joanne—. ¿Hay algo que te apetezca ver? —Lulu sacudió la cabeza con indiferencia—. ¿Y esa nueva obra de Neil Simon?

—Eso estaría bien —decidió Lulu desgranando una sonrisa en sus ojos entreabiertos. Miró hacia el patio—. ¿Cuándo van a terminar eso de ahí fuera?

—Pronto, espero —Joanne puso dos rebanadas de pan empapado en la sartén.

—¿Vendrá papá al teatro con nosotras?

A Joanne empezó a temblarle la mano.

—No lo creo —respondió, esforzándose por evitar el temblor de su voz.

—¿Se lo podemos preguntar?

Joanne vaciló.

—Creí que era algo que podíamos hacer las tres. Ya sabes, una especie de noche de chicas.

—Me gustaría preguntárselo a papá —insistió Lulu—. ¿Puedo?

—Claro —consintió Joanne con la esperanza de que eso zanjase la conversación—. Si quieres.

—¿Por qué se ha ido papá? —preguntó la niña de improviso.

Joanne dirigió otra rebanada de pan hacia la sartén, pero falló y el pan aterrizó sobre la encimera, salpicando su pegajoso aderezo sobre su bata. Recuperó la rebanada errante y observó cómo se rompía contra los afilados dientes del tenedor.

—No estoy segura —dijo, intentado mantener la voz neutral mientras manipulaba la rebanada de pan desmigada en la sartén y sacaba las otras dos—. ¿No te lo contó él?

—Dijo que necesitaba estar solo un tiempo.

—Eso es lo que me dijo a mí.

—Para meditar las cosas. ¿Qué cosas? ¿Por qué no puede pensar en casa? —añadió Lulu en tono acusador.

—No lo sé, cariño —le contestó Joanne con sinceridad, colocando las tostadas doradas en un plato y sirviéndoselo a su hija sobre la mesa—. Estas preguntas se las tendrías que hacer a tu padre.

Observó a Lulu untar un gran pedazo de mantequilla en cada torrija antes de anegar el plato en miel de arce.

—¿Están buenas? —preguntó Joanne mientras Lulu empezaba a llenarse la boca con determinación casi maníaca, evitando con cuidado los ojos de su madre.

—¿Es por mi culpa? —preguntó por fin la niña, incapaz de contener por más tiempo las lágrimas ni ocultárselas a Joanne—. ¿Porque no lo estoy haciendo demasiado bien en la escuela?

Joanne tardó un minuto en relacionar esa idea con la partida de Paul.

—Oh, no, cariño mío —se apresuró a tranquilizarla—. La marcha de papá no tiene nada que ver contigo —y todo que ver conmigo, casi añade—. Además —corrigió apartando el pelo de la frente de Lulu—: lo estás haciendo bien en el colegio. No hay nada malo en tus notas.

—No son tan buenas como las de Robin.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Robin.

—Era de esperar.

—Robin está muy rara últimamente —apostilló Lulu—. ¿Lo has notado?

—¿Más rara de lo normal? —le preguntó Joanne, y Lulu sonrió—. Es igual, no quiero que te preocupes por tus notas. Robin es otro tipo de

estudiante. Nunca le ha costado memorizar datos. Es un poco como Eve, que aún no distingue su mano izquierda de la derecha pero puede memorizar cualquier cosa que le pongas delante. Eso no significa que Robin sea más lista que tú. Tú tienes otro modo de demostrar lo lista que eres.

—No te he pedido un sermón —gruñó Lulu. Y salió de la habitación.

El teléfono sonó cuando Joanne rebañaba la miel del plato de Lulu. Comprobó la hora por precaución. Eran las once en punto.

—Hola —contestó, mirando el New York Times que estaba sobre la mesa de la cocina.

—¡Nunca adivinarías quién va a convertirse en estrella de cine! —respondió la excitada exclamación al otro lado de la línea.

—¿Warren? —prorrumpió Joanne sin apenas reconocer la voz de su hermano—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué sucede?

—Quieren convertir a tu hermanito en una estrella. Nada menos que Steven Spielberg. Espera... Gloria te lo contará todo.

—Gloria, ¿qué le ha ocurrido a mi hermano? —rió Joanne cuando la mujer de su hermano se puso al teléfono.

—Es cierto —anunció Gloria; su voz profunda sonaba más ronca que de ordinario—. ¿Te lo imaginas? Yo aquí, esclava en este negocio desde hace años, y ¿adónde he llegado? Tu hermano ayuda a dar a luz al bebé de una estrella y le presentan a Steven Spielberg, que busca un ginecólogo para que haga de asesor en su nueva película. Le basta una mirada al pequeño Warren y decide darle un papelito. Rodarán en agosto. Estoy tan celosa que lo mataría.

Joanne pudo oír gritos agudos como ruido de fondo.

—¿Qué ocurre?

—Las chicas se están peleando, como de costumbre —le explicó Gloria—. Siempre están igual. Kate odia a Laurie. La odia de veras.

—Estoy segura de que no la odia.

—Sí, la odia. Pero es normal. Lo comprendo. Yo también la odio. ¿Cómo va todo por la Costa Este? ¿Cuándo vais a entrar en razón y venir con nosotros a la tierra de la fantasía?

—Aquí todo va bien —mintió Joanne comprendiendo que la realidad no tiene cabida en el mundo de la fantasía. Además, ¿por qué preocupar a su hermano y a su mujer? ¿Qué podían hacer ellos a cinco mil kilómetros de distancia?

—Te paso a tu hermano —dijo Gloria.

Durante cinco minutos, Joanne y Warren mantuvieron una agradable conversación, aunque esencialmente mundana: Warren puso al corriente a su hermana de los acontecimientos más importantes acaecidos en las últimas semanas; Joanne omitió hacer lo propio.

—¿Estás segura de que todo va bien? —le preguntó su hermano en las postrimerías de la conversación.

—¿Qué podría ir mal? —preguntó Joanne como respuesta antes de colgar. Robin estaba de pie en el umbral de la puerta.

—El tío Warren te envía recuerdos —le dijo Joanne mientras Robin se dejaba caer en la silla que su hermana había ocupado antes y gruñía en voz alta—. Me sorprende que te levantes tan pronto. Anoche llegaste muy tarde.

Joanne observó a su hija poner los hombros tiesos, del mismo modo que lo hacía Paul cuando se enfrentaba a algo que no quería discutir.

—Eran más de las tres, ¿no?

Joanne dejó un vaso de zumo de naranja sobre la mesa. Robin se lo bebió en seguida.

—No me di cuenta de la hora.

—Bueno, yo sí, y no quiero que vuelvas a llegar tan tarde —advirtió Joanne, sin severidad—. ¿Está claro?

Robin asintió.

—¿Fue una fiesta divertida? —continuó Joanne amablemente.

—No demasiado.

—Pues ¿por qué te quedaste hasta tan tarde? —Joanne era consciente de que su pregunta rompía el delicado equilibrio entre el interés y la intromisión.

—No nos quedamos.

—¿Quiénes?

—Scott y yo.

—¿Quién es Scott?

—Un tío. —Robin miró a su madre con timidez—. Es realmente agradable. Te gustará.

—Me gustaría conocerlo. La próxima vez que salgas con él, ¿por qué no lo traes para que pueda saludarle?

—Claro —admitió Robin rápidamente.

—Nunca habías mencionado a Scott —insistió Joanne—. ¿Va a tu clase?

—No —dijo Robin, consciente de que su madre esperaba más explicaciones—. No va a la escuela.

—¿No va a la escuela? ¿Qué hace?

—Toca la guitarra en un grupo de rock. —Robin se balanceaba inquieta en su silla.

—Toca la guitarra en un grupo de rock —repitió Joanne, oyendo ecos de la madre de Eve en su voz—. ¿Cuántos años tiene?

Robin se encogió de hombros.

—Diecinueve, tal vez veinte.

—Es demasiado viejo para ti —opinó Joanne lisa y llanamente.

—No es demasiado viejo para mí —discutió Robin—. Los chicos de mi edad son unos críos.

—Y tú también. —Los ojos de Robin reflejaron puñales...— Lo siento —se disculpó Joanne—. No eres una cría. Pero un tipo de veinte años sigue siendo demasiado viejo para ti. ¿Qué hace además de... rock?

De nuevo su hija volvió a encogerse de hombros.

—Se tarda tiempo en abrirse camino —explicó Robin.

—¿Supongo que no va a la universidad?

—No dan licenciaturas a los grupos de rock en la universidad.

—No, pero dan licenciaturas en música —le recordó Joanne.

—Scott dice que no necesita una licenciatura.

—Todo el mundo necesita una educación.

—¡Ma... má!

Joanne se mordió el labio superior.

—¿Dónde conociste a Scott?

—En una fiesta en casa de alguien.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Hará un mes.

—Eres muy poco precisa.

—No es ésa mi intención. Mira, he dicho que lo traeré la próxima vez que lo vea. ¿Qué más quieres?

Joanne miró fijamente la veta de la madera de la mesa de la cocina como si ésta pudiera brindarle la respuesta apropiada.

—¿Quieres desayunar algo?

Robin negó con la cabeza.

—Le prometí a Lulu que la ayudaría a estudiar el examen de historia.

Joanne asintió sin palabras mientras Robin se iba.

El teléfono sonó en el preciso instante en que arriba estallaba una sonora disputa entre hermanas.

—¡Chicas, por favor! —les gritó Joanne al acercarse a coger el teléfono.

Si la oyeron, lo cual dudaba, la ignoraron.

—Hola —dijo, cerrando la puerta de la cocina para amortiguar el ruido de la pelea.

—Señora Hunter...

Joanne reconoció al momento la extraña voz.

—¿Sí? —preguntó, otra vez asustada pero sin saber por qué.

—¿Ha leído la página trece del periódico de la mañana?

—Sí —respondió sintiéndose algo estúpida. ¿Por qué estaba hablando con alguien que no conocía?—. Pero creo que ha cometido un error o se trata de otra señora Hunter...

—Usted es la próxima —dijo sencillamente la voz. Y luego colgó.

—¿Hola? Hola —repitió Joanne—. De veras, creo que está cometiendo un error.

Colgó el teléfono. Sus ojos regresaron lentamente a la mesa de la cocina. El periódico matutino estaba allí encima, casi en la misma posición que lo había dejado. Despacio, la extraña voz la atrajo por la habitación, como un imán invisible, hasta que rozó con los dedos el áspero borde del periódico. Con nerviosismo pero con creciente decisión, lo hojeó hasta que volvió a encontrar la página trece. Cada vez más inquieta, rastreó las columnas, saltándose la posible huelga de los trabajadores del textil, leyendo con más detenimiento el reportaje sobre el incendio de la casa de huéspedes, para fijarse, por fin, en la historia del ama de casa que había sido reducida a pedacitos en su hogar, cerca de Saddle Rock Estates. Sin previo aviso, Joanne notó una presencia invisible a su lado que se inclinaba para susurrarle al oído:

—Tú eres la próxima.

Capítulo 6

—Por el amor de Dios, ¿por qué no me lo dijiste? —Eve Stanley paseaba de un lado a otro del salón de Joanne.

Joanne estaba sentada en una de las dos mecedoras de color crema que flanqueaban la gran chimenea de mármol negro que se abría en un extremo de la sala rectangular.

—Lo intenté el pasado fin de semana —dijo bajito sintiéndose vagamente culpable sin saber por qué, salvo que esos días se sentía culpable por todo—. Pero no te encontrabas bien y estaba tu madre... El resto de la semana se me ha pasado volando.

—Sí, bueno, lo entiendo —admitió Eve dejándose caer en la otra mecedora de color crema y columpiándose nerviosa hacia adelante y hacia atrás—. En realidad fue Brian quien mencionó que no había visto el coche de Paul en toda la semana. Yo ni siquiera me había dado cuenta. He estado tan ocupada con mis dolores y mis molestias... Incluyo a mi madre en esa lista. De cualquier modo —añadió de un tirón, como para borrar cualquier comentario anterior—, al llegar a casa esta tarde vi a Lulu sentada fuera. No parecía muy feliz, por cierto...

—Ha suspendido el examen de historia.

—... y le pregunté si Paul estaba de viaje y me contó las novedades. No es necesario que te diga que casi me caigo muerta.

—Lo siento, debí llamarte. Últimamente no doy pie con bola.

—No me extraña. No puedo creer que Paul haya hecho una cosa así, el muy hijo de puta que ojalá se pudra en el infierno.

Joanne sonrió.

—Sabía que me alegrarías.

—¿Qué es exactamente lo que te dijo ese gilipollas?

—Dijo que no era feliz —rió Joanne mordiéndose fuerte el labio superior para evitar que la risa se mudara en llanto.

—No tiene derecho a ser feliz. Espero que le entre dolor de muelas cada vez que se ría. ¿Te puso ejemplos?

Joanne tardó un momento en ordenar sus ideas.

—Creo que era un malestar general, más que nada en concreto.

—Malestar —repitió Eve saboreando la palabra—. Ni que tuviese la malaria. ¿Crees que hay otra persona?

Joanne negó con la cabeza.

—Él dice que no. Dice que nunca me ha sido infiel.

—¿Tú le crees?

—Siempre le he creído.

—Tú crees a todo el mundo —afirmó Eve con voz apagada.

—¿Crees que hay otra persona?

—No —respondió Eve convencida.

—Yo creo que, simplemente, ha dejado de amarme —dijo Joanne con franqueza.

—Lo que yo creo es que es un gilipollas —corrigió Eve—. Vamos, no puede ser tan impreciso. La gente no deja de querer a otra persona sin motivo. Tiene que ser algo más concreto. ¿Qué tal era vuestra vida sexual?

—¿Qué?

—Ya sé que no te gusta hablar de estas cosas, pero tenemos que llegar al fondo de la cuestión.

—Nuestra vida sexual estaba bien —dijo Joanne notando su propio rubor—. Quizá no tan buena como la de Brian y tú...

—¿Y la de quién es buena? —dijo Eve con expresión de suficiencia. Y ambas mujeres se echaron a reír—. ¿Con qué frecuencia hacíais el amor?

Joanne se revolvió en el asiento. Notó que la mecedora de Eve quedaba absolutamente quieta y su amiga se inclinaba hacia adelante para descansar los codos sobre las rodillas.

—No lo sé. Nunca he llevado la cuenta. Una o dos veces por semana, no lo sé. Siempre que nos apetecía.

—¿Estás segura?

—¿Bromeas? Ya no estoy segura de nada.

—¿Eras osada?

—¿Qué quieres decir con osada?

—Ya sabes, ¿probabas cosas nuevas, hacías...?

—Eve, de veras que no quiero hablar de esto. No veo qué sentido tiene. He repasado cualquier motivo posible que le haya hecho irse de casa. Tal vez fuera por nuestra vida sexual, no lo sé. Nunca se quejó, pero quizá no he sido lo bastante... osada. Puede que yo no fuera un montón de cosas. En realidad,

estoy segura de que yo no era un montón de cosas. Estoy segura de que todo ha sido culpa mía.

—Aguarda un minuto —insistió Eve levantándose bruscamente, lo que hizo que la mecedora girase en círculos—. ¿Quién ha dicho que fuera culpa tuya?

—Nadie tiene que decirlo. Es obvio que ha sido culpa mía. ¿Por qué si no ha tenido que irse? No hice nada bien.

—Oh, ya veo. ¿En veinte años? ¿No has hecho nada bien?

Joanne negó con la cabeza.

—¿Y qué hay de Robin? ¿Qué hay de Lulu?

—No cuentan. Son personas autónomas.

—¿Quién las ha hecho personas autónomas? No me digas que no hiciste nada bien. Tienes dos hermosas hijas...

—Tengo dos hermosas e insoportables hijas —la corrigió Joanne. Y miró contrita a su alrededor, por si alguna de ellas había entrado en la sala sin hacerse notar—. Las quiero más que a nada en el mundo, pero no sé qué les sucede a las chicas cuando llegan a cierta edad. ¿Nosotras éramos así?

—Según mi madre, aún lo soy —Eve sacudió la cabeza—. Puede que en el fondo fuese bueno que tuviera ese aborto —continuó desapasionadamente.

Eve se volvió a sentar, esta vez sobre el sofá de terciopelo a rayas azules y *beiges* que estaba frente a las dos mecedoras.

—Ella siempre ha deseado que me saliera una hija como yo. Ésa es la única razón por la que quiere nietos, ya sabes. Así podría verme sufrir. Bueno, da lo mismo... —se palmeó sonoramente las rodillas—. Pero no estamos hablando de mi madre, estamos hablando de ti, de que no has hecho nada bien en veinte años y, probablemente, en toda tu vida, para el caso —Joanne intentó sonreír, pero no pudo—. ¿No eres una gran cocinera? ¿Existe alguien en todo el mundo que haga mejores pasteles y tartas que tú?

—Eso no cuenta.

—¿Qué quieres decir con «eso no cuenta»?

—Contaría si realizara un trabajo de jornada completa —Joanne se puso en pie, gesticulando como si recopilara físicamente sus ideas—. Esta semana he cocinado un montón de pasteles y tartas —explicó, asintiendo al hacerlo—, y, mientras cocinaba todos esos estúpidos pasteles y tartas, he estado pensando en los últimos veinte años y en cómo los he pasado... en lo que yo he hecho y en lo que han hecho los demás... y ¿sabes, Eve? Soy un anacronismo. Todo lo que he llevado a cabo ha pasado de moda.

—¿Ser una esposa fiel ha pasado de moda? ¿Ser una buena madre ha pasado de moda? ¿Ser una amiga estupenda ya no cuenta? ¿Quién lo dice? Dime quién lo dice y le daré un porrazo ahora mismo; y el hijo de puta que se pudra en el infierno —se detuvo—. Da igual, mejor no digo nada más porque si Paul y tú volvéis a estar juntos, lo cual haréis, me odiarás y habré perdido la única amiga que tengo en el mundo.

—Nunca me perderás —sonrió Joanne—. Tú eres lo único constante de mi vida. No puedo imaginarme un tiempo en el que no fuéramos amigas.

—Te quiero —dijo Eve sencillamente, caminando hacia ella.

—Yo también te quiero —repitió Joanne. Las dos mujeres se unieron en un largo y consolador abrazo—. ¿A qué hora tienes cita mañana con el doctor? —preguntó. Y fue la primera en separarse.

—Oh, lo olvidé, no tienes que llevarme.

—No seas tonta. ¿Por qué vas a ir sola? Además, si me quedo en casa todo lo que haré será cocinar más estúpidos pasteles y tartas.

—Vale, me llevarás tú. Se supone que tengo que estar allí a las nueve y media. Y no puedo comer nada después de medianoche, así que no vuelvas a hablar de pasteles ni de tartas —vio su reflejo en el cristal de uno de las diversos cuadros que adornaban las paredes—. Oh, Dios, ¿quién es esta mujer? ¡Mírame! Estoy horrible —se apartó varios mechones de la frente—. Mira esto.

Se frotó la piel alrededor de las cejas, lo cual hizo caer pequeños copos que aterrizaron en sus pestañas.

—Me estoy cayendo a trozos.

—Se llama piel seca —le dijo Joanne.

Eve se echó a reír.

—Piel seca estacional. No sé, siempre he tenido piel grasa.

—Las alegrías de la mediana edad.

—Supongo. Bueno, será mejor que me vaya. Tengo un millón de papeles que rellenar.

—Eve... —la voz de Joanne frenó a su amiga cuando llegaba al recibidor—. ¿Qué sabes de esa mujer de Saddle Rock Estates?

Eve la miró perpleja.

—Ya sabes, la que fue asesinada.

Eve se encogió de hombros.

—No mucho, sólo lo que he leído en los periódicos. Que la violaron, la golpearon, la estrangularon y la pincharon. Todo lo que podía hacerle se lo hizo.

—¿Y dices que es la tercera en lo que va de año?

—Según Brian es el mismo tipo. ¿Por qué?

Joanne le contó lo de la llamada telefónica.

—Dice que soy la próxima.

Para sorpresa de Joanne, Eve estalló en risas.

—Lo siento —dijo en seguida—. En realidad no quería reírme. Es que pareces tan preocupada...

—Bueno, lo estoy. Paul se ha ido y...

—Y un chalado te llama y te dice que eres la próxima de su lista. Ya sé. No debería reírme. Pero ¿sabes a cuántas mujeres debe de haber llamado? Apuesto que a la mitad de Long Island. Es inofensivo, Joanne. Los tipos que se hacen pajas a larga distancia rara vez tienen redaños para hacer nada en persona. Es algún chiflado que se divierte aterrorizando mujeres por teléfono. ¿Tienes alguna idea de cuántos enfermos de esos hay en una ciudad como Nueva York? Probablemente la mitad de la población masculina. Escucha, estoy segura de que no es nada, pero si te vas a sentir mejor se lo diré a Brian, ¿vale?

—Te lo agradecería.

—No tienes que agradecermelo —sonrió Eve, estrechando a su amiga—. No te preocupes. Ya tienes bastantes problemas por ahora. Y dile a Lulu que no sufra por haber suspendido el examen. Recuérdale que yo suspendí todo en la escuela superior y que nunca me habría graduado si mi madre no hubiera ido a ver al director amenazándole con volverme a mandar al año siguiente si no me aprobaba —se rió abriendo la puerta de la calle—. ¡La energía que tiene esa mujer! Mañana por la tarde no te olvides de nuestra lección de tenis —gritó en mitad de los escalones.

—Nos encontraremos en el camino de entrada a las nueve —Joanne la saludó con la mano hasta que Eve desapareció en la casa vecina.

—Sólo tendrías que haber estudiado más —decía Joanne al cabo de unos minutos mientras Lulu daba buena cuenta del segundo pedazo de pastel recién salido del horno—. Es suficiente, Lulu: cenaremos dentro de una hora.

—¿Por qué los haces si no podemos comerlos?

Lulu se metió en la boca la punta del humeante pastel de limón sin hacer el menor gesto para limpiar las migas que habían caído desde su labio inferior al suelo.

—Los he hecho para postre.

—Pues también tomaré un poco para postre.

Joanne decidió atajar el tema.

—Quizá podamos idear una especie de sistema que te ayude a recordar fechas —Lulu frunció el ceño, acentuando sus enormes ojos marrones—. Yo siempre recuerdo la fecha de la batalla de Nueva Orleans porque había una canción sobre ella cuando estaba en la escuela superior. «En 1814 hicimos un viajecito...» —empezó; luego se detuvo—. Bueno, no recuerdo toda la letra, pero siempre me acuerdo de la fecha: 1814... Apuesto a que todos los niños del colegio la sabían.

—Le podemos pedir a Michael Jackson que escriba una canción sobre la guerra civil —sugirió jocosamente Lulu.

—No es mala idea.

—La vida no es como Barrio Sésamo, mamá —le recordó Lulu acabando con la porción de pastel.

Una mocosa de once años me explica lo que es la vida, pensó Joanne.

Un repentino golpe en la puerta de cristales hizo que Joanne se volviera. Uno de los obreros de la piscina le sonreía desde el otro lado del cristal. Joanne se levantó despacio de su asiento y quitó el pestillo para abrir la puerta.

—Ya hemos acabado por hoy —le informó el hombre, alto, enjuto, de cabello castaño y arremolinado—. Me preguntaba si podría usar su teléfono.

Joanne se hizo hacia atrás para dejarlo entrar. Al cerrar la puerta, se fijó en el rastro de dedos sucios que había dejado en el cristal y en la tierra húmeda que sus zapatos desperdigaban sin el menor cuidado por el suelo de la cocina.

—Está en la pared —le indicó señalando el teléfono blanco.

—Gracias —respondió el hombre. Y sonrió a Lulu.

Cuando se volvió hacia la pared para hablar, Lulu hizo una mueca a su madre en señal de desaprobación. De improviso, el operario se dio media vuelta, apoyando la espalda contra la pared.

—Me mantienen a la espera —murmuró, y Joanne asintió comprensiva—. ¿Está su marido en casa?

Joanne negó con la cabeza.

—¿Necesita hablar con él?

—Nada que no pueda esperar —el hombre desvió su atención hacia el teléfono—. Hola, sí, podría... —resopló con impaciencia—. Otra vez me hacen esperar —se miró las botas tímidamente.

—Ha llamado papá —dijo Lulu, que acababa de recordarlo.

—¿Cuándo? —Joanne notó que le empezaban a temblar las manos y las frenó entre las rodillas—. ¿Por qué no me llamaste?

—Estabas en el baño. Y no te llamé porque no me dijo que quisiera hablar contigo. Sólo conmigo.

Joanne notó cómo se le pegaba la saliva a la garganta.

—¿Qué quería?

—Saber cómo me fue el examen. Hacer planes para el fin de semana.

—¿El fin de semana? —Joanne no había pensado ni remotamente en el próximo fin de semana.

—Quiere que lo pase con él en la ciudad. Le dije que muy bien.

—¿No crees que deberías habérmelo consultado antes?

—No —respondió Lulu desafiante—. Es mi padre. Puedo verlo si quiero.

—Nadie te dice que no.

El hombre del teléfono se aclaró la garganta como para recordarles su presencia y luego se volvió hacia la pared. Habló en una voz tan baja que parecía un susurro. Joanne también bajó la voz.

—¿Y Robin?

—Robin tiene una cita el sábado por la noche.

—Muy bien —consintió Joanne—. Puedes pasar este fin de semana con tu padre. Pero que te traiga pronto el domingo por la noche. El lunes tienes clase.

—Ya sé que tengo clase el lunes, y papá también —informó Lulu a su madre con bastante enojo.

—Lulu, por favor, vigila cómo me hablas.

—¿Qué hay de malo en cómo te hablo?

—Disculpen —interrumpió el hombre del teléfono—. Ya he terminado. Gracias.

Se apartó de la pared. Joanne se fijó en las marcas de sus dedos sucios alrededor de la cara blanca del teléfono.

—¿Qué le parece, le gusta? —preguntó al salir, haciendo un barrido con sus manazas en dirección a las losas de piedra recién puestas.

—Bonito color —dijo Joanne.

—Hasta mañana.

Joanne corrió la puerta y echó el cerrojo tras él.

—Ese tipo me da grima —susurró Lulu observando cómo al cabo de unos segundos el obrero alto y enjuto se reía distendidamente con otro de los trabajadores en el lado hondo de la piscina.

—¿Por qué? —preguntó Joanne—. Parece bastante agradable.

—No me gusta el modo que tiene de mirar a la gente. Te taladra con la mirada igual que hace con esos trozos de piedra.

—Has visto demasiada televisión —dijo Joanne, sintiéndose incómoda con la analogía—. Además, no se quedará mucho tiempo. Pronto habrán acabado.

—Eso espero. Estaría bien usar la piscina antes de irnos de campamento. ¿Qué hay para cenar?

—Pollo.

—¿Otra vez pollo?

—Hace tiempo que no comemos pollo.

—¿Por qué no haces uno de tus pasteles de limón?

—¡Porque no me da la gana! —espetó Joanne, sorprendiéndose ambas por la furia con que lo había dicho.

Paul le había pedido que hiciera un merengue de limón. Su favorito. Su madre siempre se los hacía y nunca había conocido a nadie cuyos pasteles se pudieran comparar con los suyos.

—Apuesto a que los míos sí —le dijo Joanne, aceptando el reto y corriendo a casa a preguntar a su madre cómo se hacían.

—Debe de ser especial este Paul —oyó decir a su madre mientras reunía los ingredientes que necesitaba.

—Lo es.

—Muy bien —su madre sonrió—. Le haremos un pastel de limón que vencerá al horno de su madre. Observa con atención. Se hace así —se inclinó hacia delante en actitud conspiradora—. El secreto está en el merengue.

Joanne observó a su madre mezclar diversos ingredientes que constituyeron el relleno y la cresta del merengue.

—¿Por qué usas una base de pastel congelada? —le preguntó, sorprendida al observar que su madre no la amasaba ella misma.

—Hacer las bases de los pasteles es un quebradero de cabeza. Además nadie nota la diferencia entre una base precocinada y otra en la que te pasas esclavizada medio día. Confía en mí, querida: él nunca notará la diferencia.

Pero Paul notó la diferencia. El merengue era un arco alto y perfecto que Paul masticaba con deliberada lentitud. Luego, bajó el volumen del pastel hasta el plato. Entretanto, Joanne lo miraba expectante.

—Es el mejor merengue que he probado en mi vida —dijo. Y Joanne, aliviada, aspiró una profunda bocanada de aire—. Pero no lo comprendo —agregó sacudiendo la cabeza.

—¿No comprendes qué?

—No comprendo cómo unas manos que hacen este magnífico merengue pueden hacer también esta base tan horrorosa —dijo. Y aguardó la reacción de Joanne.

Su reacción fue irse a casa y hacerle otro. Y otro. Amasó ella misma la base hasta que Paul la encontró perfecta. Hasta que hacer bases de pasteles quedó tan arraigado en ella como el resto de las habilidades culinarias que su madre le había enseñado. Hasta que él se vio obligado a admitir que los pasteles de su madre no podían compararse a los de Joanne y que la amaría eternamente, aunque ¿le había hablado alguna vez de los increíbles pasteles de melocotón de su madre?

Ahora, cada vez que Joanne cocinaba, Paul se quejaba de que estaba ganando peso. Las comidas ricas en calorías no le sentaban bien, le dijo Paul, necesitaba rebajar el consumo de grasas. Mucha fibra, poca grasa, le informó. Necesitaban recapacitar sobre su modo de comer. Más pollo, menos carne roja. Más fruta y más verdura, menos pastas y menos salsas suculentas. Salvado, repetía Paul a menudo, como si la mera palabra fuese sagrada.

Y así fue cómo dejó de cocinar pasteles y empezó a comprar pollo y pescado en lugar de costillas de cordero y bistecs, y el frigorífico se llenó hasta la saciedad de manzanas y pomelos y coliflores y calabazas, y bolsas de plástico de salvado de las tiendas de dietética se apilaron en los estantes de la cocina, y todo el mundo fue al baño con alarmante regularidad y todos se quejaban de que nunca había nada en casa para comer.

Y a pesar de eso se ha ido, pensó Joanne, conjurando la imagen de absoluta satisfacción que había fluido por los rasgos de Paul cuando por fin le hizo perfecto el pastel de limón. Ahora, Joanne luchó por conservar esa imagen ante sus ojos cuando por fin los cerró y, en vano, intentó conciliar el sueño.

Capítulo 7

—¿Cómo te ha ido?

—Por favor, salgamos de aquí, luego hablaremos.

Joanne tuvo que caminar velozmente para atrapar a su amiga, que ya le llevaba una delantera de medio pasillo.

—¿No podemos bajar en ascensor por esta vez? —suplicó mientras Eve se dirigía hacia una puerta en la que ponía: «Salida».

—Ya sabes cómo son los ascensores de los hospitales —respondió Eve empujando la puerta y empezando a bajar las escaleras—. Esperas media hora y luego aparecen miles de personas y tienes que esperar otra media hora. Además se detiene en cada planta. Vamos, iremos mucho más de prisa por aquí. Me muero de hambre; no he comido nada desde anoche, ¿recuerdas? Salvo ese horrible bario que me hicieron beber esta mañana.

—¿Qué tipo de pruebas te han hecho?

Pero Eve ya iba un piso por delante y no respondió a la pregunta. Cuando llegaron al rellano de la séptima planta, ambas mujeres resollaban audiblemente.

—Al menos es mejor bajar —sonrió Eve.

—Mis pantorrillas nunca me lo perdonarán —le dijo Joanne.

—Con los años te lo agradecerán. Es un buen ejercicio. Yo siempre voy por la escalera. Los ascensores son un complot comunista.

—¿Vas a decirme qué te han hecho o no? —volvió a preguntar Joanne mientras las dos mujeres abrían la pesada puerta del hospital y salían a la persistente llovizna del exterior.

—Oh, mierda, aún llueve.

—¿Adónde quieres ir a comer? —preguntó Joanne.

—Vayamos a The Ultimate. Siempre es agradable y nos queda cerca.

Estaba completo y tuvieron que esperar quince minutos a que les dieran mesa. Cuando por fin se sentaron, Eve pidió una botella de vino blanco para acompañar sus ensaladas César.

—¿Sabes si te conviene beber? —Preguntó Joanne mientras Eve tragaba un vaso como si fuera ginger ale y luego se servía otro—. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Nada que un ser humano normal pueda comprender. Hablan el lenguaje de los dioses que creen ser.

Joanne se echó a reír.

—Tú querías ser médico —le recordó.

—Por suerte para todos nació una década demasiado pronto. —Eve dio un bocado a su ensalada—. ¿No vas a probar el vino?

—No creo que deba. Ya sabes cómo me marea el vino. Sobre todo por la tarde.

—Tú estás siempre mareada. Vamos, no seas tan tímida —le regañó Eve, observando cómo Joanne bebía precavidamente un sorbito—. El vino en las comidas ya no está mal visto. Ahora estamos liberadas, ya sabes.

—Me has convencido —suspiró Joanne, permitiéndose un generoso trago.

Este vino es bueno, pensó saboreándolo en la boca unos segundos antes de tragárselo; luego, dio otro largo sorbo.

—¿Así que —preguntó, devolviendo con reticencia la copa a la mesa— tienes o no tienes úlceras o piedras en la vesícula?

—Después de atarme a su estúpida mesa y volverme la cabeza prácticamente del revés, el doctor dijo que no veía nada por los rayos X —respondió Eve seriamente—, y los resultados del análisis de sangre tardarán un poco.

—¿Por qué te han hecho análisis de sangre?

—¿Por qué hacen lo que hacen? Les gusta pinchar a la gente con agujitas. Les produce una enorme sensación de poder. ¿Qué tal está tu ensalada?

—No tan buena como el vino —Joanne vació su copa—. ¿Y qué haremos ahora?

—La vida continúa. Acabaremos de comer, luego jugaremos un poco al tenis...

—Está lloviendo —le recordó Joanne.

—Entonces seguiremos sentadas aquí y beberemos —respondió Eve sin perder el hilo.

Las cosas se arreglan solas, pensó Joanne.

Al final, decidieron ir al cine.

—No puedo creer que me hayas convencido para venir a ver esta película —protestó Joanne, soltando una risita nerviosa.

Notaba como si la cabeza se le balanceara precariamente sobre los hombros.

—Película es decir demasiado —rió Eve—, para lo que estamos a punto de ver.

Cogió un puñado de palomitas del regazo de Joanne y miró cómo la mitad del recipiente se derramaba por el suelo.

—Muchas gracias —le dijo Joanne—. Creí que habías dicho que nunca comías palomitas.

—Creí que habías dicho que nunca irías a ver películas de terror.

—Estoy aquí porque tú me has arrastrado.

—No estabas en condiciones de conducir. Probablemente te he salvado la vida.

—¿Hay alguien más aquí? —Joanne miró despacio a su alrededor. Sus ojos enfocaban con dificultad los escasos y dispersos espectadores que pudo distinguir justo antes de que apagarán las luces—. ¿Se está haciendo de noche?

—No, querida —respondió Eve seriamente—. Tienes el espantoso síndrome de Bette Davis en Amarga victoria. Prepárate: sólo te quedan treinta segundos de vida.

Las dos mujeres se deshicieron en risas ebrias mientras la sala se sumía en una total oscuridad y se abrían las cortinas.

En la pantalla apareció: ¡PRÓXIMAMENTE EN ESTA SALA! Los sesenta segundos siguientes consistieron en el sonido de una ametralladora y la visión de cuerpos desplomándose.

—Le hicieron daño —narraba en tono didáctico una voz mecánica—. Ahora, él ha regresado para vengarse.

—Es mi tipo de película favorita —graznó Eve.

Joanne notó un leve movimiento a sus espaldas. Se volvió en su asiento cuando un joven que llevaba un casco de motorista se sentaba directamente detrás de ellas a pesar de que el resto de las butacas del cine estaban libres. Parecía sonreír: una hilera de dientes resplandecientes y blancos se recortaron en la oscuridad mientras se ponía el casco en el regazo y dejaba las manos debajo de él. Joanne se giró rápidamente hacia la pantalla, sintiendo que su cabeza luchaba por mantenerse erguida.

—Cambiémonos de sitio —le susurró a Eve.

—¿Por qué? Estoy cómoda.

—Prefiero sentarme en medio —insistió Joanne, agachada pero a punto de levantarse.

Eve tiró de ella para volverla a sentar.

—Ya sabes que me gusta sentarme al lado del pasillo.

—Vale —Joanne señaló el pasillo, varias filas hacia adelante—. Bueno, sentémonos allí.

—Demasiado cerca.

—Eve, es este tipo raro de detrás. No me gusta cómo nos mira.

Eve se dio una brusca media vuelta para mirar al joven sentado detrás de ellas.

—A mí me parece bien —susurró—. Bastante guapo, por lo que he podido distinguir.

—¿Por qué se tiene que sentar tan cerca? ¿Por qué tiene ese casco en el regazo?

—¿Por qué no dejas de preocuparte y miras la película? —le reprendió Eve, y Joanne comprendió que no se iba a cambiar a ningún otro sitio—. Relájate; va a ser fantástico.

Entretanto, una hermosa e ingenua joven de pelo largo, liso y rubio, corría aterrorizada en la pantalla. Joanne observó a la chica indefensa caer directamente en los brazos de un loco deforme con un cuchillo, que le echó violentamente la cabeza hacia atrás y procedió a degollarla. Su sangre roja y brillante cobró una apariencia casi tridimensional al brotar de su garganta y formar charcos en la base de la pantalla, para volver a levantarse segundos más tarde en forma de letras mayúsculas, grandes y ondulantes: EL MONSTRUO MALDITO DEL PANTANO. Joanne notó que se le revolvía el estómago.

—Fantástico —murmuró Eve.

—Eres una enferma —le susurró Joanne bajando la vista. Notó cómo vibraba el respaldo de su asiento e intentó no pensar en lo que podía estar haciendo el muchacho de atrás.

Sin levantar la cabeza, alzó los ojos hacia la pantalla para ver a otra joven, bastante parecida a la primera, deambulando a hurtadillas por una casa antigua que obviamente no era la suya. La música le advertía a voz en grito que pusiera pies en polvorosa de inmediato, pero como la chica no podía oír la música, decidió Joanne, quizá era al público al que se le recomendaba que se fuese. ¿Por qué meten siempre las narices donde no deben?, se preguntaba Joanne mientras la chica se acercaba a la vieja borla roja de las cortinas y tiraba de ella para abrirlas. Un joven cayó hacia adelante con un puñal hundido en el pecho que le atravesaba limpiamente el tórax desde la espalda. La chica gritó cuando el muchacho caía en sus brazos al tiempo que estallaba

en aullidos de risa demente. Joanne observó horrorizada cómo el chico se quitaba el falso puñal del pecho y los dos jóvenes, ambos rubios adolescentes perfectamente bronceados estilo californiano, hacían el amor sobre el crujiente suelo de madera sin percatarse de que el deforme monstruo del pantano los contemplaba desde el umbral con el cuchillo preparado y listo para ser utilizado.

¿Qué hacía ella allí?, se preguntó Joanne apartando resueltamente los ojos de la pantalla. ¿Qué hacía ella en mitad de una tarde de viernes, en mitad de una vida que se desintegraba a su alrededor, viendo una película de miedo con una amiga que podía tener úlceras o no y un chico en el asiento de atrás que podía estar masturbándose o no dentro de su casco de motorista? ¿Necesitaba este agravante en su vida? ¿No bastaba con que su marido la hubiese abandonado y cierto lunático fetichista de los teléfonos la amenazara con cortarla a pedacitos? ¿Era necesario también «el monstruo maldito del pantano» en ese momento de su vida?

No; ella debió haberse negado a entrar al ver las fotos en el vestíbulo.

—¡Esta película nos dará pesadillas el resto de nuestra vida! —dijo Eve, muy motivada.

¿Quién necesita pesadillas el resto de su vida?, estuvo a punto de preguntar. Pero Eve ya estaba en la taquilla comprando las entradas. Al comprender que era el modo que tenía Eve de hacer frente a sus frustraciones de la mañana y al notar que ella estaba demasiado ebria para conducir, Joanne había consentido. ¿A quién estaba engañando? Había hecho del consentimiento una ocupación de por vida. Joanne Hunter siempre estaba dispuesta a consentir cualquier cosa que alguien deseara hacer, a ir a cualquier sitio al que alguien quisiera ir.

—¿Estás llorando? —preguntó Eve de pronto.

—No creo —respondió Joanne sinceramente.

—¿Te estás mareando?

—No, que yo sepa.

—Entonces ¿por qué bajas la cabeza? ¿Por qué no miras la película?

Joanne levantó la cabeza justo a tiempo para ver a otra joven, ésta con una cara larga y angulosa y sin senos visibles, que espiaba con una mezcla de envidia y desdén a otra pareja estilo californiano que se desnudaba mutuamente sobre el mismo crepitante suelo de madera. Sonó el teléfono.

—Yo lo cojo —declaró el rectángulo de pecho plano, ajena al peligro que acechaba justo fuera del punto de vista de la cámara.

Nadie le prestó atención y la chica salió de la habitación con el estridente acompañamiento de la banda musical. La cámara la siguió hasta la cocina, donde descolgó el teléfono.

—¿Diga? —pidió con los ojos abiertos y voz dulce. Y volvió a repetirlo al no obtener respuesta.

Joanne se rebullía inquieta en su asiento mirando a su amiga, quien tenía los ojos fijos en la pantalla. ¿Por qué la había llevado Eve allí?

—No te pongas tan nerviosa —la tranquilizó Eve—. Ella será la superviviente. Se sabe porque no tiene tetas ni novio. Sólo matan a las que siempre se lo están haciendo. En cuanto ves sexo, sabes que son aptas para morir. El precio del pecado y todo eso. No te preocupes por ésta; no le pasará nada.

—¿Diga? —repitió la chica de la pantalla al teléfono.

—Señora Hunter —susurró amenazadoramente la voz al oído de Joanne.

—¡Qué! —exclamó Joanne, notando el cálido aliento en la nuca y dando un salto en su asiento al darse la vuelta.

Allí no había nadie. Incluso el chico del casco de motorista había desaparecido.

—¿Qué demonios haces? —gritó Eve—. ¡Casi me matas del susto, por el amor de Dios!

—Creí que había oído algo. ¿Has oído a alguien llamarme por mi nombre? —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Señora Hunter —repitió intentando dar la entonación perfecta.

—Ya sé cómo te llamas —respondió Eve, irascible—. Y no, no he oído a nadie llamarte. Nunca asusto a una mujer que ha bebido demasiado. Ahora tengo que ir al lavabo —se puso en pie, a punto de dirigirse al pasillo.

—Espera, voy contigo.

—Claro que no. Alguien tiene que quedarse y contarme lo que me he perdido.

Joanne observó a Eve desaparecer por el pasillo y reparó en un joven sentado solo en la parte trasera de la sala. ¿El chico del casco?, se preguntó, esforzándose por distinguirlo en la oscuridad. Pero el joven se llevó la mano a la cara —¿para rascarse? ¿Para taparse la pantalla? ¿Para ocultarse?— y Joanne no pudo ver nada. Volvió a mirar al frente.

La joven pareja aún estaba rodando por el suelo, pero esta vez entre estertores de agonía, no de pasión. Sobre ellos, la repulsiva criatura deforme estaba reduciendo al infeliz dúo a borlas para las cortinas con un cuchillo de carnicero del tamaño de Long Island. ¿Qué hacía ella allí?, volvió a

preguntarse Joanne echando otra ojeada subrepticia alrededor del cine en penumbra. El chico de la fila de atrás se había marchado. ¿Había estado alguna vez? Miró al techo. ¿Cuándo empezamos a actuar como adultos?, se preguntó en silencio mientras Eve se arrellanaba en el asiento de al lado. Vieron el resto de la película en silencio.

—Al menos ha dejado de llover —dijo Eve al salir del cine, empezando a caminar calle abajo hacia el coche de Joanne.

—No me vuelvas a hacer esto nunca más —le advirtió Joanne—. Emborracharme y luego arrastrarme a ver una película de éstas. Aún me da brincos el corazón.

—Ve a casa y duerme una siesta.

—Tal vez lo haga —acordó Joanne, intentando quitarse la pesadez de la cabeza—. No entiendo por qué hacen películas como ésta.

—Porque la gente como tú y como yo paga sus buenos dineros por verlas —opinó Eve.

—¿Y por qué lo hacemos? —preguntó Joanne, auténticamente interesada en la respuesta de su amiga.

—Porque sabemos que en realidad no corremos ningún peligro —le explicó Eve mientras cruzaban la calle—. Creo que vamos por mal camino —anunció después de haber andado varias manzanas.

—¿De veras? —de repente, Joanne no tenía ni idea de dónde había dejado el coche.

—¿No aparcaste en Manhasset?

—¿Lo hice?

—Eso creo —las dos mujeres dieron de inmediato media vuelta y empezaron a caminar en dirección contraria—. ¿Es ése?

Eve señaló un Chevrolet marrón estacionado al fondo de la calle.

—Creo que sí. ¿Qué es eso que hay en el parabrisas?

—Mierda... Una multa —se acercaron al coche—. No, es demasiado grande para ser una multa. Es un pedazo de periódico. Parece como si el viento lo hubiera arrastrado hasta tu parabrisas. Sí, seguro que es eso.

Eve llegó al coche antes que Joanne y liberó el recorte de periódico del limpiaparabrisas. Le echó un breve vistazo y luego lo arrojó a la calzada.

—Malas noticias sobre el incendio en una casa de huéspedes —dijo mientras ocupaban sus respectivos asientos.

—¿De qué hablas? ¿Qué incendio en una casa de huéspedes? —preguntó Joanne.

Débiles retazos de la banda musical de la película flotaban en su memoria cuando encendió el motor y alejó el coche del bordillo.

—Fue la semana pasada, creo —dijo Eve—. No lo sé, lo he leído en ese periódico que te quité del parabrisas.

Joanne pisó fuerte el freno, proyectando violentamente a ambas mujeres hacia adelante en sus asientos a pesar de los cinturones de seguridad.

—¡Cielo santo! ¿Qué estás haciendo? —exclamó Eve.

—¡El periódico! —exigió Joanne—. ¿Dónde está?

—Ya me viste... Lo tiré. ¿Por qué? ¿Qué estás haciendo?

Pero Joanne ya había abierto la puerta y corría hacia el otro lado del coche.

—¡Por el amor de Dios, Joanne! ¿Adónde vas? —gritó Eve mientras Joanne recuperaba el papel de un bordillo—. ¿Hay rebajas en Bloomingdale o qué?

Joanne no dijo nada. Se quedó inmóvil a un lado de la calzada, sujetando firmemente entre los dedos el húmedo recorte de papel de periódico. La mitad de la página se había roto y la lluvia había dejado prácticamente ilegible buena parte del resto. Sin embargo, no había lugar a dudas:

El New York Times del pasado domingo. Página trece.

Capítulo 8

—Podría ser una coincidencia —repitió Eve, tanto para ella misma como para su amiga, mientras las dos mujeres aguardaban en la sala de estar de Joanne a que Paul llegara.

—Eso ya lo has dicho —le recordó Joanne—. ¿De veras lo crees?

—No sé.

—¿Puedes intentar localizar a Brian otra vez?

—Ya le he dejado dos mensajes.

—Bien, quizá podría hablar con otra persona.

—Adelante —Eve siguió a Joanne a la cocina—. ¿No crees que deberías esperar a que llegue Paul?

—¿Quién sabe cuándo llegará? Ya sabes cómo está el tráfico un viernes por la tarde —Joanne levantó el teléfono y lo sostuvo contra su pecho—. No parecía muy contento ante la idea de tener que venir hasta aquí. Va a llevarse a Lulu a pasar el fin de semana y eso significa que tendrá que hacer dos viajes.

—Aun así —dijo Eve sencillamente—. Un loco amenaza a la madre de sus hijas; creo que lo mínimo que puede hacer es venir hasta aquí y prestarte cierto apoyo. ¿Vas a usarlo o simplemente te gusta sostenerlo? —dijo Eve señalando el auricular que Joanne tenía en la mano.

—No sé el número.

—555 5212. —Eve cogió la agenda telefónica de Joanne de la encimera que estaba debajo del teléfono—. Mira, te lo escribiré.

Los dedos de Joanne marcaron los números, se equivocó en uno y tuvo que volver a marcar, luego marcó un tres en lugar del último dos y tuvo que repetir el procedimiento otra vez.

—Deja que lo haga yo —dijo Eve cogiendo el teléfono. Marcó los números rápida y certeramente—. También puedo hablar yo. Siéntate. Parece que te vayas a desmayar.

Joanne se sentó en una de las sillas de la cocina sin recordar haber cruzado la habitación. Miraba a Eve, que sonreía como para convencerla de

que todo iría bien. Ella se ocuparía de todo.

—Sí, hola. Me llamo Joanne Hunter —dijo Eve con aplomo, haciendo una mueca en dirección a Joanne—. Me gustaría hablar con alguien sobre unas amenazas telefónicas que he estado recibiendo. Gracias —se apartó el cabello de la cara y aguardó—. Hola. Sí, soy Joanne Hunter. Vivo en el 163 de Laurel Drive. Me gustaría informar de unas amenazas telefónicas que he recibido. ¿Con quién hablo, por favor?

Joanne se recostó en su silla, admirada. Ella nunca habría preguntado el nombre de su interlocutor.

—Sargento Ein —repitió Eve. Luego, lo copió sobre un trozo de papel—. Sí, últimamente estoy recibiendo llamadas de éstas. ¿Empezaron...? —miró a Joanne en busca de la respuesta necesaria.

Joanne se encogió de hombros.

—El pasado domingo me habló por primera vez, pero hace varias semanas que recibo llamadas raras —susurró rápidamente.

—Sí, aún estoy aquí. Hace algunas semanas que las recibo —dijo parafraseando la respuesta de Joanne—. Un tipo... —Joanne levantó las manos en el aire para indicar duda—. Al menos creo que es un tipo —corrigió Eve—. Ha estado llamándome a todas horas, a primera hora de la mañana, a medianoche, esa clase de cosas, y, luego, el domingo, me amenazó. Sí, me amenazó. ¿Qué me dijo exactamente? —repitió.

—Me dijo que yo era la próxima —susurró Joanne.

—Bien, cuando me llamó el pasado domingo —adornó Eve— me dijo que leyera la página trece del New York Times —Joanne asintió en señal de aprobación—. Lo hice y contenía un artículo sobre la mujer que fue asesinada en Saddle Rock Estates, que precisamente está aquí al lado. Y luego volvió a llamar, más tarde, y me dijo que yo era la próxima —hubo una pausa—. Sí, eso fue todo lo que dijo. No, no me dijo abiertamente que iba a matarme... pero hoy he encontrado un pedazo de papel de periódico en el parabrisas de mi coche y, precisamente, era la página trece del Times del domingo pasado. La misma página, de modo que es evidente que ese tipo me ha estado siguiendo, y me temo que es el que ha matado a esa otra mujer... Sí, lo sé. Sí, estoy segura de que lo son. Sí, me doy cuenta, pero... Bien, odio hacer esto. ¿No pueden hacer nada? —hubo una larga pausa—. Sí, lo comprendo. Muchas gracias —colgó el teléfono con evidente enojo—. Lo mejorcito de Nueva York —dijo con sarcasmo.

—¿Qué ha dicho?

—Lo que ya sabía que diría.

—¿Qué?

—Que «tú eres la próxima» no es exactamente la peor amenaza que ha oído, y que si tengo alguna idea de cuántas llamadas telefónicas recibe la policía en las últimas semanas de mujeres que están convencidas de que son la próxima víctima del estrangulador del extrarradio; así es como lo llaman. Dice que algunas mujeres incluso han acusado a sus maridos y novios, y que si tuvieran que investigar todas las llamadas de chiflados que recibe la gente no les daría tiempo a nada más. Así que me aconseja —o, mejor dicho, te aconseja— que te cambies el número de teléfono, porque en realidad no te puede aconsejar nada más, y físicamente no puede hacer otra cosa a menos que el tipo haga un movimiento.

—En cuyo caso yo ya estaría muerta.

—Vamos, alégrate. Brian no dejará que te ocurra nada. Ésa es una de las ventajas de ser vecina de un poli. Esta noche le contaré a Brian lo de las llamadas. Eso si llega a casa antes de que me duerma, lo cual es poco probable dada la semana que lleva.

—¿Qué dijo el policía cuando le contaste lo del periódico en el parabrisas?

Eve se encogió de hombros.

—No mucho. Dijo que podía ser una broma... o una coincidencia. Oye, es una triste gracia, te lo aseguro, pero, si examinamos objetivamente la situación, ¿qué puede hacer la policía?

—¿No podría pinchar mi teléfono?

—Eso sólo ocurre en las películas. Básicamente es como dijo el hombre: tienen que esperar a que ese chalado haga un movimiento... lo cual no hará —dijo Eve rápidamente—. ¿Y si instalas una alarma antirrobo? Ahora que Paul se ha ido... —se interrumpió bruscamente—. Quiero decir, incluso si... incluso si Paul regresa...

—Es una buena idea —aceptó Joanne—. Me sentiré más segura. Se lo preguntaré a Paul cuando llegue.

—¿Por qué no se lo dices, sencillamente?

—Se lo preguntaré —repitió Joanne cuando sonó el timbre de la puerta.

—Yo abro —se ofreció Eve dirigiéndose a la puerta principal. Joanne esperaba que Eve se excusara inmediatamente y se fuese, pero, después de saludar al marido de Joanne de un modo sorprendentemente afectuoso, siguió a Paul a la cocina y se apoyó en la encimera, observándolos cuidadosamente sin dar muestras de querer marcharse.

Joanne sintió un dolor sordo al verlo. Estaba tan guapo, tan preocupado...

—¿Qué es eso de que un tipo te amenaza? —preguntó Paul, yendo directamente al grano.

Joanne explicó con voz vacilante las llamadas telefónicas y el recorte de periódico que habían dejado en el parabrisas del coche.

—¿Has llamado a la policía? —preguntó Paul.

—Eve acaba de hablar con ellos.

—¿Y?

—Y no pueden hacer nada a menos que el tipo haga un movimiento —le dijo Eve—. Hablaré con Brian más tarde y veré si puede convencerles de que hagan un poquito más.

—¿Dónde está el recorte de periódico?

Joanne no se acordaba. ¿Qué había hecho con él?

—Está en la sala de estar, sobre la mesa del café —le recordó Eve, mostrándole el camino.

Paul cogió el recorte de periódico de la mano de Eve y lo leyó rápidamente.

—Aquí no dice nada de ningún asesinato.

—Ese trozo se perdió —explicó Joanne, notando un súbito vacío en el pecho.

—Ni siquiera tiene número de página —prosiguió Paul, denotando una ligera impaciencia en la voz.

—Es la página trece —le dijo Joanne—. Lo sé porque leí todos los artículos de esa página varias veces y contenía un relato sobre el incendio de la casa de huéspedes y, debajo, ése otro sobre los trabajadores del textil.

—Esta página puede proceder de cualquier sitio.

—Y los artículos del otro lado son los mismos.

—Joanne, veo que estás asustada, y no intento desestimar tu temor, pero ¿no crees que estás dejando volar un poco tu imaginación?

—No, no lo está haciendo —dijo Eve.

—No lo sé —reconoció Joanne, hundiéndose en una de las mecedoras. ¿Estaba dejando volar su imaginación?

—Mira —continuó Paul con delicadeza—, algún chiflado te llama por teléfono y te da un susto de muerte. Es natural que estés un poco impresionada, sobre todo ahora que yo no estoy... —se interrumpió, mirando hacia Eve.

—Será mejor que me vaya —se apresuró a decir Eve—. Me alegro de verte, Paul. No te olvides de decirle lo de la alarma —añadió antes de cerrar la puerta tras de sí.

—¿Qué alarma?

—Eve cree que sería una buena idea poner un sistema de alarma antirobo. Claro que si piensas que es demasiado cara...

—No, no será demasiado cara. La casa ya tiene la preinstalación para una alarma. Si eso te hace sentir mejor...

—Sí.

—Perfecto. Entonces hazlo.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Joanne, sintiéndose algo estúpida.

—Yo lo haré y te llamaré el lunes.

—Gracias.

Se quedaron en el centro de la sala de estar, tan azorados como si fueran los involuntarios partícipes de una cita a ciegas que confirmaba los peores temores de cada uno.

—¿Quieres sentarte? Prepararé café...

—No, gracias —respondió impensadamente—. Tengo que volver a la ciudad. ¿Dónde están las chicas?

—En una competición de atletismo.

—¿Qué tal están? —Hizo una pausa—. ¿Te han causado algún problema?

—En realidad no. Echan de menos a su padre.

—Lo sé —dijo Paul en voz baja—. Yo también las echo de menos a ellas. Hay mucho silencio sin ellas.

—Lulu está anhelando que llegue mañana —dijo Joanne, obligándose a parecer alegre—. Se muere por ver el apartamento de su padre.

—No es gran cosa —explicó Paul—. Es muy pequeño, muy impersonal. ¿Te dio Lulu mi número de teléfono?

—Sí.

—Si necesitas algo, no dudes en llamarme.

—No dudaré.

—Si es importante, siempre puedes localizarme en la oficina.

—Gracias. Es bueno saberlo —se produjo una pausa embarazosa—. ¿Ya has tenido tiempo para reflexionar? —preguntó ella por fin.

Paul miró alrededor de la habitación.

—No. He estado tan ocupado con el traslado, intentando organizarlo todo... Sólo hace una semana...

—Ayer hice un pastel de limón buenísimo —dijo Joanne, cambiando presurosa de tema—. Creo que aún queda un poco.

—No, gracias —se dio palmaditas en el estómago—. Intento cuidar la línea.

—Tienes buen aspecto.
—Gracias.
—Yo debo de estar horrorosa.
—Estás bien. Un poco cansada, tal vez. Esas llamadas telefónicas no te habrán dejado dormir, estoy seguro.
—Estaba aterrorizada.
—Claro.
—Tú no estabas...
—Intenta no preocuparte —dijo Paul, evitando el comentario—. La próxima vez que ese cabrón vuelva a llamar, cuélgale el teléfono.
—¿Y si fue él quien mató a esa mujer?
—No fue él.
Joanne contempló a su marido.
—Te echo de menos —dijo sencillamente.
—Joanne, no...
—No creo que pueda arreglármelas sin ti.
—Claro que puedes. Eres fuerte.
—No quiero serlo.
—Tienes que hacerlo —se produjo un silencio—. Lo siento, no quería ser tan duro. Joanne, tú sabes que siempre estaré aquí si me necesitas.
—Te necesito.
—Pero no puedes acudir corriendo a mí cada vez que tengas un problemita. No es bueno para ti y no es bueno para mí.
—No se trata de un mero problemita.
—¿Qué es? —preguntó, sosteniendo el recorte de periódico—. Seamos realistas. Un tipo te llama y te dice que mires en el periódico y que tú eres la próxima. Una semana más tarde encuentras la mitad de un recorte de periódico en el parabrisas de tu coche y tú reaccionas exageradamente...
—No estoy reaccionando exageradamente.
—Tal vez no. Pero veo este tipo de cosas constantemente; la gente se precipita a sacar conclusiones...
—No me precipito a sacar conclusiones.
—¿Ha vuelto a llamar?
—¿Qué?
—¿Ha vuelto a llamar? —repitió Paul, aunque sabía que le había oído la primera vez.
Joanne negó con la cabeza.
—¿Lo ves?

—No. ¿Qué es lo que he de ver?

—Que no tienes por qué asustarte. Joanne, si yo estuviera en casa, no pensarías en este asunto ni un segundo.

—Pero tú no estás en casa.

—No —dijo. La suavidad de su voz minaba la dureza de sus palabras—. Y tampoco esto me va a hacer volver. ¿No ves lo que estás haciendo?

—¿Qué estoy haciendo?

—No creo que lo hagas a propósito —explicó torpemente—; al menos no a nivel consciente.

—¿Qué es lo que hago a propósito?

—Creo que inconscientemente —subrayó Paul—, es tu manera de atarme a ti.

—No.

—Joanne, si nuestro matrimonio tiene alguna esperanza de sobrevivir tienes que darme esta oportunidad de estar a solas para reflexionar sobre ello. No puedes seguir buscando excusas para traerme aquí.

Joanne no dijo nada. ¿Estaba Paul en lo cierto? ¿Intentaba ella atarlo? ¿Exageraba? El periódico estaba mojado y rasgado; era cierto que el número de página se había borrado...

—Ahora tengo que irme. Me esperan clientes.

Joanne asintió, siguiendo a Paul hasta la puerta de la calle.

—No era mi intención parecer tan frío.

—No lo has sido.

—Creo que es lo mejor.

—Claro. Tienes razón.

Sonó el teléfono.

—¿Quieres que espere?

Joanne asintió y corrió hacia la cocina, descolgando el teléfono antes de que volviera a sonar.

—¿Diga?

—Señora Hunter.

Joanne se quedó helada ante el sonido de la voz familiar. Sus ojos imploraban frenéticos a Paul, quien la miraba desde el recibidor. Paul se acercó rápidamente a ella y le cogió el auricular de la mano extendida. Joanne contuvo la respiración mientras los sonidos normales del hogar crecían amenazadoramente a su alrededor.

—Diga —dijo Paul con voz potente—. ¿Quién es?

Joanne aguardó. Gracias a Dios que Paul estaba allí.

—¿Quién? —le oyó preguntar—. Ah sí, está aquí mismo. Lo siento, debe de haberle entendido mal —volvió a tender el auricular a Joanne. ¿Qué estaba sucediendo?—. Tengo que irme —le dijo en voz baja—. Dile a Lulu que mañana por la mañana la recogeré a las diez en punto. Te llamaré el lunes para lo de la alarma.

—¿Diga? —preguntó Joanne al aparato, oyendo cómo se cerraba la puerta de la calle.

—¿Señora Hunter? —volvió a decir la voz. Esta vez parecía más una pregunta—. Señora Hunter, soy Steve Henry, el profesor de tenis de Fresh Meadows. Señora Hunter, ¿está usted ahí?

—Sí —susurró, recordando la expresión que había pasado por los ojos de Paul al marcharse. La llamada telefónica no había hecho más que confirmar sus sospechas—. Lo siento, no había reconocido su voz.

Steve Henry se echó a reír.

—No tenía por qué reconocirme. Aún no. —Joanne se planteó a qué se refería, pero no se lo preguntó—. Pensé que querría acordar otra lección para recuperar la que se ha perdido hoy. Tengo algunas horas libres esta semana...

—No, eso es imposible.

—Muy bien —dijo en seguida—. ¿Todo marcha bien? —parecía preocupado de veras—. La noto algo extraña.

—Estoy bien. Creo que incubando un constipado.

—Beba mucho zumo de naranja y montones de vitamina C. A mí siempre me funciona. Bien —continuó Steve Henry al ver que ella no decía nada—, supongo que dejaremos su clase para el próximo viernes.

—Sí —colgó sin mayor comentario.

¿Cómo podía haber cometido un error tan torpe? Sobre todo cuando Paul estaba allí. ¡Estaba tan segura! Cuando descolgó el auricular, cuando oyó el sonido de su voz. «Señora Hunter», había dicho en el mismo tono.

El teléfono volvió a sonar. Joanne lo cogió de forma automática, pensando que probablemente era Eve, quien sin duda había visto salir el coche de Paul y estaba ansiosa por saber el resultado.

—Señora Hunter —dijo la voz sin que Joanne tuviera ocasión de decir «diga»—. ¿Recibió mi mensaje, señora Hunter?

Esta vez no había ningún error.

—¿Qué mensaje? —preguntó Joanne, aunque sabía la respuesta.

Joanne resbaló lentamente hasta las baldosas color mostaza que tenía bajo los pies, casi sin respiración.

—El que dejé en su coche, señora Hunter. No es posible que no lo haya visto. Lo dejé en su parabrisas, donde seguro tuvo que encontrarlo. ¿Le gustó la película, señora Hunter?

—Oiga —suplicó Joanne, intentando aparentar fortaleza pero pareciendo simplemente desesperada—. Oiga —repitió—. Creo que será mejor que deje esta bromita ahora mismo. Mi marido no lo encuentra divertido.

—Su marido se ha ido, señora Hunter —le informó la voz de modo inesperado—. De hecho, es mejor que se haya ido. ¿No es verdad, señora Hunter? Yo sé lo cachondas que se ponen las mujeres cuando sus maridos no están a su lado para cuidarlas. Yo me ocuparé de que usted no tenga ese problema. Sí señora, no tiene que preocuparse por eso... Antes de matarla, voy a enseñarle lo que es pasar un buen rato.

Joanne dejó caer el teléfono. Lo oyó caer al suelo con estrépito. Permaneció en aquella posición, la espalda contra la pared, las rodillas dobladas contra su pecho y el teléfono dando la desagradable e insistente señal desde algún lugar a su lado, hasta que oyó una vuelta de llave en la puerta de la calle y sus hijas irrumpieron en casa exigiendo saber qué había para cenar.

Capítulo 9

Los dos hombres de Alarmas Ace llegaron a las diez en punto de la mañana del jueves siguiente para empezar la instalación del nuevo sistema de alarma del hogar de Joanne. Paul lo había dispuesto todo; lo único que se requería de Joanne era su presencia.

—Supongo que querrán ver la casa —dijo Joanne a los dos hombres, ambos musculosos y de cabello castaño, separados por una generación.

Seguramente son padre e hijo, pensó Joanne recordando que Paul se había sentido contrariado cuando su segunda hija fue otra niña. Quizá si le hubiera dado un hijo...

Basta ya, se regañó a sí misma. Sonrió a los hombres y luchó contra las ganas de salir huyendo hacia el santuario de su dormitorio. Disimulando una creciente inquietud, en vano trató de recordar al pie de la letra lo que Paul le había dicho que debía hacer. El lunes pasado le había hablado de muchas cosas cuando la telefoneó para informarle de los preparativos que había hecho: que a lo largo del fin de semana, tras conversar con diversos amigos, conocidos y socios, se había convencido de que Alarmas Ace eran los mejores, si no los más baratos; que tras charlar con representantes de diversas empresas, había confirmado esta impresión; y que ya había resuelto con los hombres que acudirían el tipo de sistema más conveniente para su hogar. Joanne había olvidado cualquier otra cosa que Paul hubiera dicho; sólo recordaba claramente la referencia a su casa como si él aún viviera en ella, o planease regresar algún día.

—A su marido no le pareció necesario hacer la instalación en todas las ventanas —le informó el hombre mayor (había dicho que se llamaba Harry) mientras Joanne los guiaba hasta la cocina—. Sólo en las del piso de abajo, en la puerta principal y en las cristalerías correderas. Abajo hay otra como ésta, ¿verdad? —Harry se arrodilló en la base de la puerta corredera de la cocina, examinando su construcción—. Vaya porquería tiene ahí fuera —añadió dirigiendo los ojos hacia el patio de atrás.

—Hoy van a verter el cemento —le dijo Joanne—. Espero que eso signifique que casi han terminado.

—Éstos no terminan nunca —dijo Harry, desdeñoso—. A la que empiezas una piscina, siempre surge algo. Más problemas de los que se merece, si quiere mi opinión. Pero supongo que a usted le gustará nadar...

—No sé nadar —le dijo Joanne—. Nunca aprendí.

—Bueno —prosiguió el hombre, impertérrito—, supongo que es un modo de asegurarse de que verá más a sus hijos este verano.

—Las niñas van a ir a un campamento —dijo Joanne, cada vez más aturrida—. Mi marido es el que nada.

Claro que mi marido ya no vive aquí, quiso confesarle. Pero no lo hizo.

—¿Nos enseña la puerta de arriba? —preguntó Harry.

—Oh, claro —respondió Joanne oyendo su voz, de repente, más aguda. Los hombres la siguieron hasta el vestíbulo—. Ya han visto la puerta principal —chilló Joanne, apretando las manos para que dejaran de temblarle. ¿Por qué estaba tan nerviosa?

—Al entrar —dijo Harry haciéndose el gracioso.

—Sí, claro.

Acompañó a los dos hombres abajo, hasta la planta baja de su casa de tres pisos, construida de tal manera que los tres quedaban por encima del nivel del suelo.

—Cambiamos las cerraduras —le dijo Harry al entrar en el cuarto de estar, situado en la parte trasera de la casa, debajo de la cocina—. Las que tiene son de chiste. Es un milagro que no le hayan entrado ya. Todo lo que se necesita para abrir esa puerta de la calle es una buena patada.

De nuevo se inclinó para examinar la cristalera que conducía al patio trasero.

Joanne echó un vistazo al enjuto trabajador de pelo oscuro que le daba grima a Lulu. Él la observaba desde un lado de la piscina, pero en seguida desvió los ojos cuando ambos cruzaron una mirada. Joanne se volvió para encontrarse, ahora, enfrentada a los ojos pardos, casi negros, del hijo de Harry, quien, según recordaba, no había dicho ni una palabra desde que entró por la puerta. Notó que le faltaba el aliento y se recomendó a sí misma respirar hondo. Quería sentarse en el sofá de pana gris, pero los pies no la obedecían: afiladas agujas, hirientes como cuchillos, le atravesaban los dedos y los talones y la clavaban al suelo de madera oscura. ¿Qué le estaba ocurriendo?

—Bueno, pondremos cerrojos en estas puertas correderas —le informó Harry— y otro en la principal. Eso no evitará necesariamente que alguien entre, pero al menos tendrá que sudar para entrar. A la mayoría de los chorizos no les gusta trabajar tan duro. ¿Dónde está la caja de fusibles?

—No lo sé —dijo Joanne, cayendo en la cuenta de que no lo sabía—. ¿Dónde suelen estar?

Eso suscitó la carcajada del hijo de Harry. «Cree que soy un ama de casa idiota —pensó Joanne—. Y tiene razón. Soy un ama de casa idiota. ¿Por qué no sé dónde está la caja de fusibles? Eve sabría dónde está su caja de fusibles».

—¿Dónde está el cuarto de la caldera? —sonrió Harry con indulgencia—. ¿Sabe dónde está el cuarto de la caldera, verdad?

Lo dijo como un chiste, pero, como sucede con los chistes, tenía una corrosiva parte de verdad que confería a sus palabras una pátina acibarada. Sin embargo, su rostro era amable, casi travieso, y Joanne ignoró la condescendencia implícita en el comentario.

Condujo a los hombres hacia el cuarto de la caldera. La gran caja metálica de fusibles estaba situada en un lugar prominente de la pared, visible nada más entrar por la puerta, como burlándose de ella con una silenciosa amenaza.

—¿Puedo ofrecerles una taza de café? —propuso Joanne mientras padre e hijo se disponían a examinar los diversos fusibles.

—Sí, gracias, es usted muy amable —aceptó Harry—. ¿Y tú, León? —León asintió pero no dijo nada—. Con crema y azúcar para mí. Café solo para mí hermano.

Así que son hermanos, pensó Joanne al regresar a la cocina para preparar las dos tazas de café. Les separa casi una generación, calculó. Y se puso a fantasear la posible historia de los dos hombres: la familia se había dividido. Probablemente, el padre había abandonado a la madre de Harry por otra mujer más joven cuando éste era un niño —sí, eso era lo más probable—; al cabo de unos años, el padre de Harry empezó una nueva familia y León era el resultado. Al principio, a Harry le costó mucho adaptarse, pero, al hacerse mayores, los dos hermanos, del mismo padre y de madres distintas, aprendieron a quererse y, con el tiempo, se embarcaron juntos en un negocio. Así que al final todo el mundo fue feliz. Excepto la madre de Harry, la abnegada esposa que luchó por salir adelante sólo para que la dejaran atrás: ella siempre sería una ex y una extraña para la nueva y respetable unidad familiar.

Joanne observó caer el café en una única y lenta gota desde el filtro hasta el recipiente de cristal de la cafetera. Si Paul se volvía a casar el año próximo, calculó —incluyendo el tiempo mínimo para el divorcio—, y fundaba otra familia —suma otro año—, bueno, pues, en menos de dos años, Robin, que tendría dieciocho, y Lulu, que tendría trece, podían tener un hermanito; porque, por supuesto, el bebé sería un niño...

Alguien llamó a la puerta corredera. Joanne se volvió hacia ella como si la hubieran golpeado. El obrero alto de cabello oscuro que a Lulu le daba grima la sonreía desde el otro lado del cristal.

—Necesito usar su teléfono —dijo vocalizando.

Joanne se encaminó vacilante hacia la puerta y la abrió. El hombre, que andaría entre los veinte y los treinta años, según sus cálculos, entró rápido, deslizando los ojos sobre la prenda de algodón rosa que Joanne vestía con la misma atención que si llevara un transparente negligé.

—Ahí está —dijo Joanne, y al decirlo cayó en la cuenta de que él ya sabía dónde estaba.

—Gracias.

El hombre sonrió sólo con la comisura de la boca. Sus ojos parecían fijarse hasta en el menor detalle de la habitación mientras la cruzaba para coger el teléfono. Apoyado contra el papel pintado de flores amarillas y blancas de la pared, al pulsar los pertinentes botones, volvió a dejar otro rastro de huellas sucias en el teléfono blanco recién lavado.

—Ha cambiado de número, ¿eh? —señaló el nuevo número que estaba escrito en el centro del teléfono.

Joanne asintió. Intentando no escuchar su conversación, sacó ruidosamente varias tazas del armario, la crema de la nevera y el azúcar de la estantería, reparando incómodamente en que la voz del hombre poseía los familiares rasgos de una leve ronquera.

Joanne fijaba los ojos en su coronilla en el mismo instante en que él se volvía, de manera que se descubrieron mirándose fijamente el uno al otro. El operario colgó el auricular con indolencia y relajó su postura de un modo casi provocativo, sin el menor asomo de querer marcharse.

—¿Está su marido en casa?

Las mismas palabras que había empleado la semana anterior, pero en tono diferente.

—Está trabajando —respondió Joanne, consciente de que, probablemente, el hombre había oído la última parte de la conversación con Lulu y se había figurado la situación.

De pronto llamaron fuerte a la puerta de la calle y Joanne se sobresaltó.

—Un día muy ocupado —dijo el hombre, torciendo los labios en una mueca de suficiencia.

Joanne se movió intranquila. El hormigueo en los pies que la había inmovilizado en el piso de abajo volvió a dejarla clavada en el sitio. Quería moverse, pero no podía. La mueca del hombre se agrandó en una sonrisa.

—¿No va a abrir?

No seas tonta, se reprendió en silencio recuperando el control de sus pies y dirigiéndose hacia la puerta principal. Que el hombre tenga un aspecto torvo no quiere decir que sea torvo. ¿Cuántas veces había advertido a sus hijas cuando eran pequeñas de que los malos no siempre parecen malos, de que las apariencias engañan? Mucha gente tiene la voz vagamente ronca. Eso no significa nada. Estaba siendo ridícula al dejar volar su imaginación. Todo el mundo le sonaba ronco. Todo el mundo le parecía siniestro.

Abrió la puerta.

—Señora Hunter —dijo el hombre bajito con forma de pera que tenía ante ella.

—Señor Rogers —correspondió Joanne reconociendo al propietario y director de Piscinas Rogers.

—Me preguntaba si podría usted quitar la furgoneta del camino. Mis hombres necesitan entrar para derramar el cemento.

—Oh, sí, espere un minuto. —Joanne corrió por el vestíbulo hasta el rellano de la escalera para gritar—: Señor... Harry. —No estaba segura de si le había dicho su apellido—. Harry... León, ¿puede uno de ustedes mover la furgoneta?

León bajó los escalones de dos en dos sin decir ni una sola palabra, saludó con un gesto al señor Rogers y saltó los peldaños de la entrada. Tal vez no puede hablar, especuló Joanne. Un accidente de nacimiento quizá...

—¿Está haciendo obras? —le preguntó el señor Rogers interrumpiendo sus pensamientos.

—Estamos instalando una alarma antirrobo.

—Buena idea. ¿Qué sistema van a poner?

—No lo sé —tuvo que responder Joanne, volviendo a sentirse estúpida. ¿Por qué no lo sabía?—. Mi marido lo ha concertado...

Pero el señor Rogers ya había entrado en la cocina, dando por supuesto que había sido invitado a hacerlo.

—¿Qué le parece? —preguntó mirando el patio trasero a través de la cristalera.

—Bueno, es un lío, todo esto —dijo Joanne siguiéndolo dócilmente, y aliviándose al comprobar que el hombre torvo se había ido de la cocina, aunque dejando una hilera de pisadas enfangadas.

Vio su bolso en el suelo, junto al teléfono. ¿Estaba allí cuando ella corrió a abrir la puerta o lo habían movido?

—Será maravillosa. Ya verá. Le encantará. No tendrá más que salir al patio y será como estar siempre de vacaciones. Como en una casa de veraneo. Mejor. Sin tráfico.

—¿Cuándo cree que estará acabada? —aventuró Joanne.

—En unos pocos días. Depende del tiempo. Ya la habríamos terminado de no ser por la lluvia. Hoy pondremos el cemento. Después sólo es cuestión de dar los toques finales.

—Pues parece que falte mucho trabajo.

—No, en realidad no; sólo hay que poner el cemento. Lo cual, por cierto, significa otro pago. ¿Cree que tendrá un cheque para mí al final del día? Déselo a Rick.

—¿Rick?

Joanne miró hacia la piscina, esperando que el obrero alto y enjuto que había estado dentro de su casa reconociera la presentación informal saludando con su mano sucia. Pero el señor Rogers señaló hacia otro trabajador también enjuto y de cabello negro, quien sonrió y saludó con la cabeza.

—Ése es Rick —dijo el señor Rogers—. Déle a él el cheque.

—¿Cuánto? —preguntó Joanne. Pero el señor Rogers, que también tenía la voz un tanto ronca, ya le tendía la factura.

—Hasta luego —se despidió el señor Rogers al cruzarse con León en la puerta principal.

—Ya tienen el café —anunció Joanne mirando a León, pero éste no dijo nada y continuó bajando la escalera como si no la hubiese oído.

¿Por qué no habla?, se preguntó. Regresó a la cocina y sirvió el café en las tazas que aguardaban. Tal vez sea tímido. O quizá teme que reconozca su voz...

Joanne se había quedado helada, le temblaban las manos y el café recién servido se acercó peligrosamente al borde de las tazas. Dejó las tazas en la encimera. Si no tenía cuidado se escaldaría. Y ¿por qué se sentía así? ¿Porque todos los hombres que hablaban con ella, o, para el caso, que no le hablaban, podían ser el de las llamadas misteriosas? Todo el mundo le aseguraba que sólo era un chiflado inofensivo. Y ya llevaba unos días sin llamarla, al haberse cambiado el número de teléfono.

—Muy bien —dijo Harry, apareciendo detrás de ella sin avisar.

—Dios mío —exclamó Joanne dándose media vuelta y derramando sin querer una de las tazas.

Joanne observó con impotente frustración cómo el líquido marrón oscuro se derramaba en el suelo junto a sus pies descalzos, como si fuera sangre.

—¿Tiene papel de cocina? —preguntó Harry al ver que Joanne no hacía movimiento alguno para limpiar el desastre.

Sus palabras fueron como un codazo en las costillas y, al instante, Joanne estaba en el suelo limpiando el café derramado. Luego le sirvió otra taza.

—Lo siento mucho.

—Cuidado —le advirtió Harry, quitándole ambas tazas de las inseguras manos y dejándolas sobre la mesa de la cocina—. Podemos empezar ahora mismo —le informó.

Joanne se percató de que León había entrado sigilosamente en la habitación en algún momento, durante la confusión de los últimos minutos, y la había estado observando. Su rostro parecía estudiarla con absorto menosprecio. Cree que soy idiota, pensó Joanne.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó cuidándose de mantener los ojos fijos en Harry, con el que se sentía más cómoda.

—Un par de días. Tenemos mucho que hacer.

—¿Qué exactamente? —preguntó Joanne, que deseaba sentarse.

—No se preocupe por eso —dijo el hombre, tras decidir que, obviamente, su labor escapaba a la comprensión de ella—. Ya lo planeamos con el hombre de la casa. Le explicaré cómo funciona todo después de instalarlo. ¿Ya ha decidido dónde quiere el interfono?

—¿El interfono? —ahora que oía la palabra, Joanne recordó vagamente que Paul le había dicho algo sobre...

—Su marido nos dijo que instaláramos un sistema de interfonos. La casa ya dispone de preinstalación para ello. La mayoría de la gente quiere el terminal en la cocina —echó una ojeada alrededor de la habitación—. Allí, junto al teléfono. Probablemente sea el mejor sitio.

Miró a Joanne en busca de aprobación. Ella asintió en silencio. Le zumbaron levemente los oídos. Probablemente eran todas aquellas mariposas que aleteaban en su estómago, pensó intentando concentrarse en lo que Harry le estaba diciendo. Pero cuanto más esfuerzo hacía por escuchar, más difícil le resultaba conseguirlo. Algo sobre interfonos en todas las habitaciones, sobre poder oírse y hablar entre ellos sin tener que gritarse. Era evidente que el hombre no tenía hijas. Joanne sonrió, consciente de que el operario había

terminado de hablar y que consideraba su sonrisa una aprobación. Al fin y al cabo, él ya había tratado todo lo importante con «el hombre de la casa». Claro que el hombre de la casa había olvidado mencionar que ya no era de «la casa». ¿Significaba eso que planeaba regresar?

Sonó el teléfono.

—Joanne, soy Paul —dijo la voz, atareada aunque educada, como si les uniese una relación agradable pero distante—. ¿Están ahí los hombres?

—¿Los de la compañía de alarmas? Sí, están aquí mismo —sólo entonces se acordó de que tenía que telefonarle cuando llegaran—. Lo siento, me olvidé...

—Déjame hablar con Harry.

Tendió en silencio el teléfono a éste y escuchó mientras charlaba con su marido. Sonrió nerviosa a León, quien le devolvió la sonrisa sin hablar, sorbiendo lentamente el café y perdido en sus meditaciones.

—A trabajar —anunció de repente Harry. León salió con premura de la habitación detrás de su hermano.

—¿Mi marido no quería hablar conmigo? —preguntó Joanne a sus espaldas.

—No lo dijo —respondió Harry, desapareciendo escaleras abajo.

Sin pensar lo que iba a decirle, a sabiendas de que Paul consideraría cualquier cosa que le dijera otra invasión de su tiempo, pero incapaz de contenerse, Joanne descolgó el teléfono y marcó el número de la oficina de Manhattan de su marido.

—Paul Hunter —dijo a la recepcionista de la gran empresa. ¿Sabría la joven que Paul se había mudado? La recepcionista la puso de inmediato con la oficina de Paul—. ¿Puedo hablar con Paul? —preguntó a Kathy, su secretaria. ¿Lo sabría ella?

—Está en una reunión —respondió Kathy con voz decididamente inefable—. ¿Puede llamarla él?

—Le estoy devolviendo la llamada —insistió Joanne—. Es importante.

—Aguarde un minuto. Veré si puedo interrumpirle.

Segundos más tarde, Paul se puso al aparato.

—¿Algún problema, Joanne? Acaban de entrar cuatro tipos en mi oficina.

Joanne le contó que el señor Rogers quería más dinero y Paul respondió que los cheques estaban en el cajón de debajo del teléfono, donde siempre habían estado. Aunque controló la voz, estaba claramente molesto por lo que consideraba una interrupción innecesaria.

El resto de la tarde, Joanne tuvo la sensación de contemplar una fotografía desenfocada, con la casa llena de hombres que corrían como ratones. Los obreros de la piscina necesitaban llegar a una tubería a la que sólo tenían acceso a través del cuarto de la caldera, de modo que se juntaron con los dos hombres de Alarmas Ace que ya estaban allí ocupados en conectar cables y acoplar cajitas. De vez en cuando sonaba una estridente sirena.

—Estamos probando el sistema —le informó Harry.

Y, cada vez, Joanne se sobresaltaba. Eve telefoneó al regresar del trabajo para preguntarle qué estaban haciendo todas esas furgonetas en la calle y decirle, ante todo, que creía haber pillado unas anginas. Robin y Lulu irrumpieron por la puerta manteniendo una acalorada discusión, que continuó después de que ambas estuvieran en sus habitaciones, supuestamente haciendo los deberes. A las cinco en punto, como un reloj, Rick se acercó para recoger su cheque, en el preciso instante en que Harry le preguntaba a Joanne qué combinación de números había elegido para la alarma.

—¿Números? —preguntó Joanne después de que Rick saliera con el dinero.

De golpe fue consciente de que León, quien siempre parecía caído del cielo, la estaba observando, justo cuando ella creía estar a solas con Harry. Intenta averiguar si siempre soy tan atolondrada, pensó Joanne.

—Su marido dijo que los números son cosa suya. —Joanne miró a Harry—. Usted debe elegir cuatro números, señora Hunter —agregó Harry con amabilidad. Aunque notaba que había algún problema, no deseaba arriesgarse a preguntar cuál era—. La combinación que quiera.

La condujo hasta una cajita que habían instalado a la izquierda de la puerta de entrada. Contenía una serie de botones idénticos a los del facial del teléfono.

—Siempre que vaya a salir de casa, pulse los cuatro números. Se encenderá una luz verde. Entonces tiene treinta segundos para salir y cerrar la puerta principal. Lo mismo cuando regrese. Usted entra y tiene treinta segundos para pulsar los números que desconectan el sistema. Se apagará la luz verde. Si no lo hace, se disparará la alarma. ¿Lo entiende?

Joanne asintió. Las mariposas de su estómago habían trepado hasta su pecho y en aquel momento estaban atrapadas en el laberinto de sus costillas.

—Pues elija cuatro números.

—¿Los que quiera?

—Los que desee su corazoncito.

León reprimió una carcajada, disimulándola como una tos mientras desde arriba llegaba una andanada de gritos acusadores y estruendo de portazos.

—¡Chicas! —gritó Joanne, alegrándose en secreto de la distracción—. ¡Dejadlo ya!

—¡Me ha llamado mentirosa! —chilló Lulu.

—¡Es una mentirosa! —aulló Robin—. Dice que no ha estado en mi habitación.

—Sólo entré para coger un libro que me pertenece.

—¡Mentirosa! —gritó Robin.

—¡Ladrona! —fue la réplica instantánea.

De nuevo se llenó el recibidor de ruido de portazos.

—¿Los números? —preguntó Harry con paciencia.

—¿Cuándo comenzó la guerra civil? —inquirió Joanne, cuya mente se encontraba arriba, con sus hijas.

—¿Perdón? —dijo Harry—. ¿La guerra civil? —añadió mirando a su hermano.

—Mil ochocientos sesenta y uno —informó León tranquilamente.

Una voz muy agradable, pero es obvio que no la ejercita más de lo estrictamente necesario, pensó Joanne.

—¿Puedo usarlos? —preguntó.

—Puede usar el comienzo de la guerra de los bóers, si lo desea —le dijo Harry—. 1 8 8 0, ya está.

—Mi hija menor anda floja en historia... le cuesta recordar fechas. Tal vez esto la ayude —le confió Joanne, pero los dos hombres ya habían bajado la mitad de la escalera.

Joanne regresó a la cocina. El obrero alto y torvo estaba de pie en el umbral. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Llamé a la puerta de la cocina —explicó—. Supuse que no me había oído. ¿Ha llegado ya su marido?

Joanne sacudió la cabeza, incapaz de hablar: las mariposas amenazaban con escapar por su garganta.

—Dijo que quería hablar conmigo antes de que prosiguiéramos con la lechada de cemento para las baldosas. Lo haremos mañana.

—Le llamaré —dijo Joanne recuperando la voz y los pies al mismo tiempo y regresando a la cocina.

Al cabo de unos segundos, mientras escuchaba al hombre hablar tranquilamente con su marido por teléfono, pensó que su voz había perdido la ronquera que percibía antes en ella. De hecho, para ser objetiva tenía que

admitir que era una voz bastante agradable. Tampoco había nada especialmente torvo en su modo de mirar, pensó al observarlo de cerca. Se aclaró la garganta para desembarazarse de la molesta sensación que parecía haberse alojado allí.

El obrero alto y enjuto que a Lulu le daba grima (no a Joanne, ahora que era objetiva) colgó el auricular y giró sobre sus talones para mirar a Joanne.

—Gracias —sonrió atravesándola con los ojos, como si supiera algo que ella ignoraba.

Al instante regresaron todas sus aprensiones. ¿Había estado él hurgando en su bolso? ¿Cuánto tiempo llevaba en el umbral? ¿Había oído los números que le dijo a Harry? ¿Sabía él para qué eran? No podía correr ese riesgo; tenía que cambiar la combinación.

—Harry —gritó Joanne segundos después de que se fuera el obrero alto y enjuto y tras cerrar con llave la cristalera corredera.

—¿Sí, señora Hunter? —Respondió la voz de Harry con benévola impaciencia, como si ya supiera lo que iba a decirle.

—¿Cuándo empezó la guerra de los bóers? —preguntó. Y oyó a León estallar en una risotada incontenible. Cree que soy idiota, pensó Joanne.

Capítulo 10

—¿Cómo estás? —le preguntó Karen Palmer en un tono más solícito que el que requería la pregunta.

Lo sabe, pensó Joanne, notando de repente un mareo en el estómago. Metió el bolso en la taquilla e intentó sonreír. Se había contenido hasta ahora; no iba a derrumbarse en el cuarto de las taquillas del Fresh Meadows Country Club. Y menos delante de esa mujer, que era una amiga ocasional, en el mejor de los casos.

—Bien —respondió Joanne simplemente, oyéndose temblar la voz.

Se mordió fuerte el labio inferior, pero se le fue escapando y, de improviso, rompió a llorar. Las lágrimas silenciosas se convirtieron en fuertes gemidos que no podía controlar. Viendo que, irremediablemente, se venía abajo, Joanne se plantó en mitad del suelo alfombrado de gris y aulló como un animal herido.

—Oh, Dios mío, pobrecilla mía —exclamó Karen Palmer, abrazándola en seguida—. Venga, vamos a sentarnos.

Joanne se dejó conducir hasta una hilera de cómodas butacas alineadas contra una pared rosa pálido del cuarto de las taquillas de mujeres.

—Adelante, llora, sácalo fuera —le aconsejó Karen Palmer mientras Joanne enterraba la cabeza en el enorme busto de la mujer.

Es como recostarse sobre una almohada de gomaespuma, pensó Joanne entre sollozos, incapaz de dejar de temblar. Le flojeaban los brazos y las piernas y tenía una nauseabunda sensación en las tripas. Esperaba no ponerse a vomitar. Eve se molestaría mucho si se perdían otra clase. ¿Dónde estaba Eve? ¿Por qué no había llegado aún?

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó amablemente Karen.

Joanne se enjuagó los ojos y los sollozos llegaron a su fin cuando recuperó el control y levantó la cabeza.

—¡Dios mío! ¿Qué te has hecho en el pelo? —preguntó mirando a la otra mujer por primera vez en aquella tarde.

La mano de Karen Palmer viajó inmediatamente hasta su cabeza y peinó con los dedos los vestigios de lo que en otro tiempo había sido una exuberante cabellera castaña.

—Es punk —explicó Karen—. Jim se estaba cansando del viejo peinado. Hacía mucho que llevaba el mismo —intentó reír—. Dijo que parecía que me hubiera congelado en los cincuenta. Y tenía razón. Rudolph estuvo de acuerdo. No pudo esperar a meterme las tijeras. Claro que ahora Jim asegura que él nunca dijo que lo quería así de corto. ¡Oh, malditos hombres! La mitad de las veces no saben lo que quieren... —se interrumpió—. He oído lo de ti y Paul. Lo siento mucho.

—Es sólo provisional. Estamos intentando arreglar las cosas —Joanne oyó sus palabras como si salieran de la boca de otra persona.

—Claro que lo haréis —acordó Karen. Y Joanne se preguntó cómo alguien podía estar seguro de nada, en especial de cosas que no le concernían, aunque se dio cuenta de que, probablemente, ella habría dicho lo mismo si la situación hubiera sido la inversa—. No sé qué les ocurre a los hombres cuando llegan a cierta edad —añadió Karen—. Es como dicen los libros: sufren una especie de locura. ¿Qué tal te las arreglas?

—Bien —repuso Joanne. ¿Para qué decir más?—. Estoy instalando un sistema de alarma antirrobo —agregó cuando vio que Karen esperaba más explicaciones.

—¿Quieres decir que no tenías uno?

Joanne sacudió negativamente la cabeza.

—No es que hagan gran cosa —continuó Karen—. Siempre se disparan cuando no deben y, en cualquier caso, la policía nunca aparece.

—¿A qué te refieres?

—La policía está demasiado ocupada para responder a todas las falsas alarmas.

—Pero ¿cómo saben que son falsas?

—La mayoría lo son. Y aunque no lo fueran, la policía está demasiado ocupada. ¿En alguna ocasión has intentado avisar a urgencias? ¿Al 911? —Joanne negó con la cabeza—. Inténtalo alguna vez. Ya verás lo que sucede. No sucede nada: eso es lo que pasa. Sale un mensaje grabado diciendo que todas las líneas están ocupadas. Si aún estás con vida al cabo de los veinte minutos que se tarda en hablar con alguien que no sea una máquina, la policía quizá decida investigar... si tienes suerte —se rió—. Claro que, si la tuvieras, ya no los llamarías. Pero es buena idea instalarse uno —añadió sin ninguna

lógica—. Me refiero a que es mejor que nada. ¿Vas a instalar botones de pánico?

—¿Botones de pánico? —¿pánico?, repitió Joanne en silencio: una palabra que podía comprender.

—Deberías ponerte algunos, por si alguien irrumpe en la casa cuando estás dentro. Todo lo que tienes que hacer es apretar el botón y la alarma se dispara. Suponiendo que puedas llegar al botón, claro —sonrió Karen.

Joanne se preguntó por qué estaba hablando con aquella mujer. Era peor que la película de terror que Eve le había llevado a ver. Miró el reloj.

—Me pregunto dónde se habrá metido Eve —dijo en voz alta—. Normalmente es tan puntual...

—¿Tenéis otra clase de tenis?

—Dentro de cinco minutos —le dijo Joanne levantándose y dirigiéndose a la puerta.

—Pronto llegará —afirmó Karen Palmer con la misma autoridad con la que antes le había asegurado que su matrimonio se arreglaría.

¿De dónde sacaba tanta omnisciencia?, se preguntó Joanne. Se excusó y escapó de la calidez rosa y gris del cuarto de las taquillas hacia la frialdad verde y blanca del vestíbulo.

—La hemos estado llamando —le informó segundos más tarde una mujer que apenas reconocía—. Hay un mensaje para usted en el mostrador principal.

Joanne se acercó a una joven rubia de cabello ondulado que se encontraba detrás del mostrador de recepción y decidió que en su próxima vida sería esa mujer. La joven le tendió una nota que decía que llamara a Eve Stanley a su casa.

—¿Qué estás haciendo en casa? —preguntó nada más oír la voz de Eve—
¿Te encuentras bien?

Hubo una pequeña pausa.

—Bueno, no estoy segura. Tengo este estúpido dolor de garganta y estos estúpidos pinchazos en el pecho. Hoy no he ido a la escuela. Mi madre está aquí.

—¿Pues por qué me has dicho que nos encontraríamos en el club?

—Porque sabía que no irías si yo no iba.

Joanne no dijo nada. Eve tenía razón.

—En cualquier caso, probablemente no sea nada, pero pensé, o, para ser precisa, mi madre pensó, que si me quedaba en la cama un par de días, me libraría de esta cosa, sea lo que sea.

—¿Tienes los resultados de los análisis de sangre?

—Sí. Negativos. Todo comprobado.

—Bueno, eso es un alivio.

—Mi madre no está satisfecha. Me ha concertado con el cardiólogo otra visita.

—Dime cuándo es. Yo te llevaré.

—Gracias. Será mejor que vuelva a la cama. Mamá me está haciendo gestos.

—Muy bien. Te llamaré en cuanto llegue a casa.

—Que lo pases bien en clase.

—Muchas gracias.

—Tiene un fuerte revés natural, señora Hunter —explicó Steve Henry con entusiasmo—. Sólo tiene que aprender a ser más agresiva. Espera demasiado para pegar a la pelota. Debería pegar a la pelota cuando está aquí —indicó dónde—, no aquí atrás —sonrió—. Ha de usar más el cuerpo. Confía demasiado en su brazo. Es un brazo bonito y fuerte, pero no debe trabajar tanto. Inclínese más hacia la pelota. Así, eso es.

Se colocó detrás de ella para guiarle el brazo derecho, tiró de él hacia atrás desde el lado izquierdo de su cuerpo y luego lo empujó hacia adelante para golpear a una pelota imaginaria.

—Vaya a buscarla. Así es. Cuando vea que la pelota viene hacia usted, gírelo... así es... el pie trasero firme en el suelo... ahora inclínese hacia la pelota y péguela cuándo esté aquí —indicó dónde—. No aguarde a que esté aquí atrás. De este modo ha perdido la mitad de su potencia. ¿De acuerdo? Probemos algunos más. Lo está haciendo muy bien, señora Hunter. Relájese. Se supone que se lo está pasando bien.

Joanne sonrió, echando una mirada furtiva a su reloj para saber cuánto tiempo de clase quedaba. Estaba cansada, le dolían las piernas, le dolía el brazo, el sol le daba en los ojos, estaba sudando su traje de tenis nuevo. ¿No ve que soy una señora mayor?, se preguntó golpeando la súbita aparición de una pelota amarilla limón como si fuera una mosca molesta.

—No la pierda de vista, señora Hunter —le ordenaba la voz desde el otro lado de la red—. No la pierda de vista.

¿De qué habla?, se preguntó Joanne, pegando furiosamente a la siguiente pelota y luego haciendo un globo involuntario con la que inmediatamente la siguió en el aire. ¿Qué quiere de mí este hombre? ¿Qué estoy haciendo aquí?

Las clases de tenis fueron idea de Eve, ¡maldita sea! ¿Por qué se queda en casa, enferma en la cama, mientras yo tengo que correr por esta estúpida pista cazando pelotas fluorescentes? ¿No te das cuenta de que tengo cosas más importantes que hacer?, gritó Joanne sin palabras al joven del otro lado de la pista. ¿Como qué?, oyó que le preguntaba mientras le devolvía sin esfuerzo la pelota que Dios sabe cómo se las había arreglado para superar la red. Montones de cosas. Frunció los labios, corriendo hacia atrás para alcanzar un tiro raso en la línea de fondo. ¡Como esperar a que mis hijas regresen del colegio! ¡Como esperar a que a mi esposo se le aclaren las ideas! ¡Como cocinar un montón de malditos pasteles de merengue de limón mientras espero! Estrelló la siguiente pelota directamente contra la red.

—Acompañe el movimiento, señora Hunter —gritó Steve Henry, echando el cuerpo hacia adelante para recalcar sus palabras.

Tú no puedes comprenderlo, se percató Joanne, eres demasiado joven. Tu generación cree que lo puede tener todo. Y tal vez sea cierto. Buena suerte. Pero yo soy de la generación a la que la suerte se le escapó. Cuando yo era joven, no estaba de moda que las chicas fueran demasiado brillantes ni demasiado independientes. Se alentaba a las chicas a que alentaran a sus hombres. Nos enseñaron a ser listas pero nunca más listas, a ser brillantes pero dependientes, y a querer sólo lo que un hombre fuera capaz de darnos. ¡Y yo era buena en eso! ¡Me gradué con honores! Y luego apareces tú y me robas mi graduación. ¿Es eso justo? Soy demasiado vieja para aprender un nuevo reglamento. Joanne golpeó con furia la siguiente pelota, falló de pleno y dio con el trasero en el suelo.

Al instante, Steve Henry estaba a su lado.

—¿Se encuentra bien? —su voz era solícita y pasó los brazos por debajo de los suyos para ayudarla a levantarse—. Bueno, ha acompañado muy bien el movimiento —sonrió—, pero ha perdido la pelota de vista.

—Nunca le pillaré el truco —le dijo quitándose el polvo de su vestido blanco de tenis, ahora festoneado con rayas de arcilla verde.

—Le iría bien comprarse una raqueta nueva, de tamaño grande. Su juego mejoraría enormemente.

—No me refería al tenis —le aclaró—. Me refería a la vida.

Steve Henry se echó a reír.

—¿Quiere descansar unos minutos?

—¿Quiere decir que la clase no ha terminado aún?

Esta vez, ambos comprobaron sus relojes.

—Aún faltan diez minutos.

—Creo que ya tengo bastante —dijo Joanne—. Soy demasiado vieja para esto.

—¿Demasiado vieja? Tiene las mejores piernas del club.

Fue un comentario informal, expresado como un sencillo e indiscutible hecho consumado. Joanne se ruborizó.

—Lo siento, no pretendía ofenderla —se excusó en seguida, aunque su sonrisa persistió.

—No lo ha hecho —le dijo ella, saliendo con premura de la pista.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Steve Henry, que, de improviso, se encontraba a su lado.

Joanne respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Cuarenta y uno —respondió con sinceridad. Y recordó que, ni siquiera en su lecho de muerte, su madre había revelado su verdadera edad a los médicos.

—Parece diez años más joven.

—Me temo que no es suficiente.

—¿Para quién? ¿Qué teme?

Joanne se mordió el labio inferior. ¿Se le estaba insinuando? Descartó la turbadora idea y decidió que, probablemente, no reconocería una insinuación aunque la tuviera encima. No, él era halagador por naturaleza. Se supone que los monitores de tenis han de hacer que sus alumnos se sientan bien consigo mismos. Es parte de su técnica.

—Su marido es un hombre afortunado —dijo Steve Henry al abrirle la puerta de la pista y echarse atrás para dejarla pasar.

—No es un hombre que se fije en las piernas —se oyó Joanne responder, sin dar crédito a sus oídos. ¿Por qué había dicho eso? Era lo que habría contestado Eve.

—Entonces es un idiota —le dijo Steve Henry, zanjando el tema—. Se olvidó esto en la pista —y sacó sus gafas de sol azules del bolsillo de atrás y se las ofreció—. Hasta la semana que viene.

¿A quién pretendía engañar este chico?, pensó Joanne mientras se enjabonaba en la ducha del club después de la clase. Ella aparentaba cada uno de sus cuarenta y un años; tal vez más. Lo extraño era que no se sentía más vieja que veinte años atrás. Por dentro aún era la jovencita insegura que siempre había sido, que intentaba ser la materialización perfecta de lo que cada uno quería que fuese, que temía reírse demasiado fuerte o hablar demasiado, correr demasiado de prisa o desear demasiado, decir algo de lo que más tarde pudiera arrepentirse, fracasar en algo que jamás habría debido

intentar. Se descubrió a sí misma riéndose bajo el poderoso chorro de agua caliente. En cualquier caso, había fracasado. ¿Pero por qué? Había sido una buena chica. La hija perfecta que se había convertido en la perfecta esposa y madre, despidiendo un aire de festiva invencibilidad. Eres fuerte, le había dicho su marido al dejarla; y se lo repitió hacía una semana. Soy una mujer, cantaba Joanne en silencio mientras sumergía la cabeza bajo el chorro de la ducha.

¿Y ahora qué?, evaluó, saliendo de la ducha y envolviéndose en una de las lujosas toallas rosas del club. Rosa para las chicas, pensó. ¿Qué se hace, volvió a preguntarse, cuando alguien, de repente, deja de quererte?

¿Cuándo había dejado de quererla? ¿Cuando cumplió cuarenta años? ¿Cuando cumplió treinta? ¿Había sido poco a poco o de golpe? ¿Había sido un declive gradual o, de repente, algo le ocurrió una mañana al darse la vuelta en la cama y verla tumbada a su lado, durmiendo con la boca abierta y el cabello derramado sobre la almohada? ¿Cuándo se había cansado de las cosas que antes le parecían tan tranquilizadoras? ¿Cuándo había dejado de amarla?

Paul había dicho que no era feliz. ¿Quién es feliz? Nadie puede ser feliz todo el tiempo, ni siquiera la mayoría del tiempo. Normalmente, la gente se encuentra en un punto medio neutral. Lo único que impide a la gente ser feliz las veinticuatro horas del día, pensó Joanne soltando una carcajada, es la vida.

Una mujer bajita y sorprendentemente musculosa subida a una báscula lanzó a Joanne una extraña mirada. Una no se ríe en alto cuando camina sola por el cuarto de las taquillas de un lujoso club de Long Island. Joanne se dejó caer pesadamente frente a un tocador preparado para secarse el cabello, enchufó el secador que se encontraba a su lado en la mesita y se acercó el aparato con forma de falo a la cara. ¿Alguien quiere una mamada?, oyó a Eve preguntar jocosamente; y se miró al espejo para verse sonrojar.

¿Qué había querido decir Paul con que no era feliz? ¿Y era ella la responsable de su felicidad? ¿Acaso no había dejado en manos de Paul la responsabilidad de su propia felicidad hacía muchos años? Contempló un poco traumatizada a la mujer de mediana edad que reflejaba el espejo.

—¿Qué demonios me he hecho en el pelo? —preguntó en voz alta contemplando una masa de rizos enredada en su cabeza.

Es punk, oyó decir a Karen Palmer. Decidió volver a mojárselo y empezar de nuevo. Se iría directa a casa, donde ella y Lulu pasarían la velada viendo la televisión. Robin tenía una cita. ¿Irá Scott a buscarla para que por fin pueda presentárselo a su madre?

—No estoy preparada para hijas que salgan ya con chicos —susurró Joanne a su reflejo; luego, sacó la lengua.

La mujer bajita y musculosa de la balanza se sentó a la mesa de al lado de Joanne y le dirigió otra mirada preocupada. Cree que estoy loca, pensó Joanne. ¡Bienvenida al club! Se levantó, chocando con la silla en la que había estado sentada. ¿Qué pasa si hablo sola? Como mi madre decía: Siempre que quiero hablar con una persona inteligente...

Las cosas serán distintas para mis hijas, pensó, recuperando el hilo de sus pensamientos mientras localizaba su taquilla y empezaba a ponerse desmañadamente su ropa. Se han educado en un mundo diferente, les han enseñado a sostenerse sobre sus propios pies, a no depender de nadie para su felicidad. Se detuvo de sopetón cuando se estaba poniendo una camiseta roja por la cabeza, con los codos en el aire y el rostro completamente oculto bajo la suave prenda.

¿Cómo iban a ser distintas las cosas para sus hijas? ¿Qué tipo de ejemplo habían tenido Lulu y Robin? ¿Una mujer que se trasladó de casa de sus padres al apartamento de su marido sin ni siquiera conocerse a sí misma? ¿Una esposa que se casó joven y había dedicado su vida a hacer recados y pasteles de merengue de limón? ¿Una madre que se pasaba los días recogiendo detrás de todos y soltando frasecitas estúpidas como «yo quiero lo que te haga feliz», tal como su madre le había dicho a ella? ¿Una mujer que nunca había tomado una decisión importante —una decisión propia— en toda su vida de adulta? ¿Una hija que había disimulado su pena tras la muerte de sus padres para que sus hijas no se angustiasen sin necesidad; que lamentaba la pérdida de su marido del mismo modo silencioso, protegiendo a sus hijas como siempre la habían protegido a ella de niña, intentando ahorrarles la preocupación? ¿De qué? La vida no te ahorra ninguna, pensó.

Yo quiero lo que te haga feliz, oyó susurrar a su madre desde el suave interior de la camiseta.

—¡Bueno, no soy feliz! —gritó enojada, en voz alta, pasando la cabeza por la camiseta y metiendo los brazos por las mangas cortas—. ¡No soy feliz! ¿Me oís? ¡No soy feliz! —se derrumbó en el suelo, con el resto de las ropas en un montón alrededor de sus rodillas desnudas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó a Joanne la mujer de la báscula (¿la estaba siguiendo?) mientras se agachaba y soportaba su peso en las musculosas pantorrillas—. ¿Se encuentra bien? —repitió al no obtener respuesta.

Joanne miró a la mujer a los ojos y vio que estaba vagamente asustada. Permitted que la ayudara a ponerse en pie.

—Mi marido me ha dejado y un lunático me llama por teléfono todo el día diciendo que va a matarme —respondió sencillamente Joanne.

El rostro de la mujer se quedó totalmente en blanco.

Bien, pensó Joanne mientras se ponía el resto de la ropa y dejaba a la mujer sola en medio del cuarto de las taquillas. ¡No haber preguntado!

Capítulo 11

—Esta tarde, al llegar a casa, recibí una llamada telefónica —anunció Joanne mirando a su hija mayor, sentada frente a ella a la mesa de la cocina.

Robin, con un puñado de relucientes espaguetis colgando entre los labios fruncidos, contemplaba a su madre con una mezcla de curiosidad y fastidio.

—Ya sabes por qué, supongo.

Robin aspiró una larga bocanada de aire, como si estuviera fumando un cigarrillo, y, lentamente, deglutió la ristra de espaguetis rezagados. Antes los masticó con indiferencia durante unos segundos sin decir nada, mirando, obstinada, el plato como si los espaguetis fueran toda su vida, negándose a reconocer a su madre.

—Robin... ¿vas a responderme?

Robin no dijo nada.

—Robin...

—¿Por qué habría de responderte? —exigió Robin—. Ya conoces la respuesta. Siempre haces lo mismo. Siempre haces preguntas de las que ya sabes las respuestas. ¿Por qué?

Joanne no sabía cómo responder.

—No lo sé —dijo por fin—. Supongo que quiero oír la respuesta de tus labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lulu, desplazando los ojos de su madre a su hermana y al revés, como si fuera la espectadora de un partido de tenis.

—Cállate —espetó Robin en dirección a su hermana.

—Robin... —la amonestó su madre.

—¡Cállate tú! —replicó Lulu.

—Chicas, por favor...

—¿Por qué no vas a reptar a otro agujero? —continuó Robin—. Eres un gusano.

—Robin: ya es suficiente.

—Al menos es mejor que ser una serpiente —gritó Lulu.

Esta vez eran los ojos de Joanne los que iban y venían de un lado a otro de la mesa de la cocina.

—Los gusanos son lo más bajo —se burló Robin—, sobre todo los gordos.

—Ya basta, Robin. —Joanne se esforzó por mantener la voz baja—. ¿No podemos comer tranquilas ni una sola vez, sin pasar por estas peleas? —era más una súplica que una pregunta—. Chicas, sois hermanas; sois todo lo que tenéis...

—Preferiría no tener ninguna hermana —Robin se embutió, enojada, otro tenedor lleno de espaguetis.

—Sí, y yo preferiría que estuvieras muerta —vociferó Lulu.

—¡Basta! —gritó Joanne, perdiendo el control por un momento—. Basta —repitió en voz baja, recuperándolo—. Ahora sentaos aquí en silencio y acabad de comer. No quiero oír ni una sola palabra de ninguna de las dos.

Joanne intentó enrollar algunos fideos en el tenedor y falló, dejó el cubierto en el plato y respiró hondo. Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y se apresuró a secárselas.

—Vais a tener que ayudarme, chicas —les dijo, esforzándose por mantener la voz serena—. Lo estoy pasando muy mal. Ya sé que vosotras también, pero para mí aún es más duro. No os pido que andéis de puntillas a mí alrededor. Sólo os pido que os tratéis correctamente, al menos durante las comidas. Me gustaría disfrutar de alguna comida sin que se me hicieran nudos en el estómago.

—No estoy gorda —dijo Lulu.

—Estás demasiado gorda —fue la respuesta inmediata.

—No está gorda —corrigió Joanne—. Y os advierto a las dos que si decís otra palabra sin permiso, os castigo el fin de semana. —Robin miró a su madre—. Lo digo en serio —insistió Joanne al oír a Lulu agitarse en su asiento.

El resto de la comida —pasta fresca hecha por la propia Joanne— transcurrió en un tenso silencio. El gusto de la sabrosa salsa de tomate casera se perdió, la fina textura de los fideos de cabello de ángel pasó desapercibida.

—Quiero hablar contigo —dijo Joanne a Robin mientras recogía los platos y ambas chicas se disponían a levantarse de la mesa.

—Tengo que arreglarme para salir —protestó Robin.

—Eso tendrá que esperar —le dijo Joanne con firmeza. Robin soltó un suspiro de impaciencia—. Tú puedes irte —insinuó a Lulu.

—Quiero oírlo —se quejó Lulu.

—¿Quieres salir de aquí? —gritó Robin.

—¿Por qué no intentas echarme tú?

—Lulu, ve a tu habitación y procura mantenerte ocupada durante cinco minutos —ordenó Joanne.

—¿Qué hago?

—No lo sé. Haz los deberes.

—Ya los he hecho.

—Entonces date un baño.

—¿Ahora?

—Lulu, no me importa lo que hagas, pero hazlo en otro sitio.

—¡Me llamo Lana! A partir de ahora quiero que me llaméis por mi verdadero nombre... Lana.

—El mismo gusano bajo otro nombre...

—Robin, te lo advierto: una palabra más y puedes ir olvidando la cita de esta noche.

—¿Qué he hecho yo?

Joanne se maravilló del rostro absolutamente inocente que tenía ante ella y casi se puso a reír. En lugar de eso, respiró hondo varias veces, contó en silencio hasta diez y volvió a dirigirse a su hija menor:

—Lulu, por favor, hablaré contigo más tarde.

—Lana.

—Lana —repitió Joanne.

Observó a su hija salir despacio de la habitación, lo más despacio que la había visto moverse nunca. Oyó el eco del nombre en su interior e intentó metérselo en la cabeza. El nombre había sido idea de Paul, ella prefería Lulu, pero él lo creyó más adecuado como sobrenombre. De modo que llegaron a un acuerdo y la bautizaron Lana, pero la llamaron Lulu. Y ahora Paul se había ido y se le había quedado Lulu —pensó Joanne. Apartó la silla contigua a la de su hija mayor y se preguntó qué era lo que había empezado a decir.

—Esta tarde me ha llamado tu profesor de matemáticas —empezó.

Robin no dijo nada. Bajaba los ojos hacia la mesa con la misma intensidad que antes había estudiado su comida.

—Últimamente el señor Avery no está muy satisfecho de tu trabajo. Dice que has estado saltándote clases.

—Yo no he... —protestó Robin; luego, se interrumpió—. Son tan aburridas, mamá...

—No me importa lo aburridas que sean. No tienes elección en esto. — Joanne escogió con esmero sus siguientes palabras—. Dice que el último

examen de matemáticas no lo hiciste demasiado bien.

—Suspendí el último examen.

—Sí, eso es lo que dijo.

—¿Y por qué no me dices que suspendí? ¿Por qué nunca dices lo que piensas?

—Pensé que lo hacía.

—Nunca lo haces.

—Robin, no estamos aquí para hablar de mis defectos. Lo podemos hacer en otra ocasión que dispongamos de más tiempo. En este momento estamos hablando de ti. Quiero saber por qué te has saltado clases.

—Ya te lo he dicho: son aburridas.

—Ése no es motivo suficiente. —Joanne miró alrededor de la habitación, con la esperanza de que apareciera milagrosamente algún cartel que le apuntara sus próximas frases—. Siempre has sido muy buena en matemáticas. Si tienes algún problema de comprensión, puedes hablar con el señor Avery. Parece un buen hombre.

—Es un pelmazo.

—Tendrás que esforzarte más, Robin. —Joanne se cogió un mechón de cabello que había caído sobre sus ojos y lo apretó en una bola—. Robin...

—¿Qué te has hecho en el pelo? —preguntó la niña, repentinamente consciente del peinado de su madre del mismo modo que Joanne lo había sido del de Karen Palmer en el club.

Joanne se soltó el cabello y miró hacia el techo, derrotada.

—No lo sé —respondió débilmente—. Tenía prisa después de la clase de tenis. No presté atención.

—Me gusta —le dijo Robin con manifiesta sinceridad.

—Gracias —dijo Joanne, maravillada de lo rápido que los jóvenes saben cambiar de tema—. Volviendo al señor Avery...

—Oh, mamá, ¿tenemos que hacerlo?

—Sí.

—No me saltaré más clases. ¿Vale? Te lo prometo.

—Dijo que no había ningún motivo para que suspendieras el examen, porque eres una chica muy brillante. También dijo que últimamente no prestabas demasiada atención en clase, cuando aparecías.

—Tengo un montón de cosas en la cabeza.

Joanne no dijo nada. Se sintió responsable del estado mental de su hija y aceptó tranquilamente la culpa. Sabía que todos estaban atravesando una mala racha.

—Sólo falta otro mes para acabar la escuela. Lo puedes soportar, ¿no? Lamentaría que echases a perder otro buen año sólo porque...

Porque nosotros hayamos echado a perder nuestras vidas, pensó; pero no lo dijo.

—Seré buena chica —le dijo Robin.

Joanne sintió un desagradable remordimiento. ¿Sería la buena chica que Joanne había sido siempre? ¿Para eso estaba educando a Robin?

—¿Puedo ir a arreglarme? Scott llegará dentro de una hora.

Joanne asintió. Permaneció en su silla mientras oía a Robin subir la escalera. Aún no se había puesto en pie cuando sonó la voz de Robin reverberando en toda la casa.

—¡Gorda! —chilló con voz estridente.

—¡Jodida gilipollas! —fue la rápida y áspera respuesta.

Joanne apoyó la frente en la mesa, con los brazos inertes a los costados, mientras oía dos portazos.

Cuando por fin apareció por la puerta, Scott Peterson resultó ser el perfecto anticlímax. Flaco como un espárrago y no demasiado alto, al estilo de muchas estrellas de rock de nuestros días, presentaba una figura absolutamente insignificante. Tenía el pelo corto y rubio oscuro. Sin mechetas rojas ni anaranjadas —¿estarían ya pasadas de moda?— ni pendientes ni sombra de ojos. Vestía unos tejanos blancos ajustados y una holgada y chillona camisa roja. Su rostro, aunque fino y pálido, no estaba más pálido de lo que la vigente norma social aceptaba. Parecía más el mecánico de un garaje local que un futuro Elvis Presley, pero era lo bastante viejo como para recordar a Elvis Presley.

Joanne intentó imaginar un mundo de jóvenes para el que el nombre de Elvis fuera simplemente otro símbolo del pasado, una emblemática curiosidad de una época que no les interesaba, como Glenn Miller lo había sido para la mayoría de su generación.

Apaga ese ruido, recordó que le gritaba su padre. Y Joanne gruñía pero hacía lo que le ordenaban, prometiéndose a sí misma que nunca sería lo bastante vieja para apreciar el genio de Little Richard y Dion and the Belmonts. ¡Pero, al menos, aquello era música! Los chavales aún escuchaban a algunos de los veteranos de su época, como Mick Jagger y Elton John.

¡Dios mío, pensó Joanne mientras daba un paso al frente para que los presentaran, soy mayor que Elton John!

—Scott, ésta es mi madre —oyó decir a Robin.

—Hola —dijeron a la vez Joanne y el chico.

Scott Peterson la miró directamente a los ojos, pero ella advirtió que no la veía: no podía verla. Lo que veía era la madre de Robin, no una persona. Miraba a través de Joanne como si fuera invisible, como los jóvenes suelen mirar a sus mayores, como ella misma —reconoció con un cierto shock— seguía mirando a los de la generación anterior. La imagen de la madre de Eve —no anunciada ni invitada, tal y como siempre se presentaba en la vida— se apareció de repente ante sus ojos.

Scott Peterson seguía mirándola como si fuera ciego. En realidad no soy más vieja que tú, intentó comunicarle Joanne con su expresión. Por dentro tengo la misma edad que tú. La diferencia no está en mí; está en como tú me percibes. De nuevo la madre de Eve se abrió paso hasta un primer plano de la imaginación de Joanne. Qué duro debe de ser, comprendió de repente Joanne, que te crean mayor, que te clasifiquen, te coarten y, en definitiva, te rechacen. ¿Es así como terminaría ella?, se preguntó Joanne. Y la imagen de su abuelo dormido en el lecho se superpuso a la de la madre de Eve. ¿Vieja y sola; en un asilo o siendo un estorbo?

—Ejem —dijo una tos al pie de la escalera.

Lulu se retorció el largo cabello castaño entre los dedos nerviosos.

—Ésta es mi hermana —dijo Robin a regañadientes; y, luego, a propósito —: Lulu.

—Lana —corrigió la pequeña de inmediato.

—A mí me gusta Lulu —dijo Scott sonriendo—. La pequeña Lulu y los Lunettes. Gran nombre para un grupo.

Lulu no dijo nada, con el rostro paralizado de admiración.

—Será mejor que nos vayamos —anunció Robin poniendo una mano autoritaria sobre el brazo de Scott.

—La traeré a casa hacia la una, señora Hunter —aseguró Scott a Joanne sin necesidad de que se lo recordara—. Me alegro de conocerla. A ti también, Lana.

—Lulu —se apresuró a decir la niña.

—¿Te ha gustado? —preguntó Joanne a su hija menor cuando la puerta se hubo cerrado. ¿Por qué preguntaba? Como Robin le había dicho antes, ya sabía la respuesta.

—Es guapo —dijo Lulu, flotando por el recibidor—. Robin no se lo merece.

—¿Es que nunca puedes decir algo agradable de tu hermana?

—Ella me llamó gusano.

—Y tú la has llamado j... Ya sabes lo que la has llamado.

—Esta noche dan una buena película en la tele. ¿Quieres verla conmigo? —preguntó Lulu cambiando de tema.

Joanne siguió a su hija hasta abajo, hasta el cuarto de estar. Lulu se dejó caer sobre el sillón de piel gris y empujó con los pies una otomana a juego hasta que la tuvo a una distancia cómoda. Joanne se apresuró a ajustar las persianas de las ventanas y la cristalera corredera. Afuera aún había luz, y la habría durante otra hora más. Pero a Joanne no le agradaba la idea de que la gente pudiese ver la habitación: que supiera que ella y su hija estaban solas en casa.

—¿De qué va la película? —preguntó, sentada en uno de los dos sofás de pana gris que formaban un ángulo recto en el centro de la gran sala.

—La invasión de los ladrones de cuerpos —respondió Lulu.

—Dime que es una broma.

—Se supone que es buenísima.

—Estoy segura de que es maravillosa. Sólo que no estoy de humor para este tipo de película. ¿No podemos ver otra cosa?

—Mamá... —la palabra contenía al menos tres sílabas más que las necesarias y Joanne comprendió que discutir habría sido una pérdida de tiempo y de energía.

—¿Qué te parece Scott? —preguntó Lulu mientras esperaban que empezara el programa.

—Parece un buen chico —respondió Joanne con sinceridad—. Sólo me gustaría que fuese unos años más joven y aún fuera a la escuela.

—Entonces te gustaría que fuese otra persona —dijo sencillamente Lulu.

Supongo que sí, reconoció Joanne en silencio pensando que Scott parecía bastante buen chico. Era educado, había sido amable con Lulu y reconocía las reglas de Joanne, ya que no su presencia.

—Oh, no —gritó Lulu de repente—. Es en blanco y negro.

—Debe de ser la versión original.

—Yo no quiero ver la versión original —gimió Lulu—. Yo quiero verla en color.

—He oído que la versión original es mejor —le dijo Joanne intentando recordar lo que había oído. A Eve, claro.

Joanne miró a través de las estanterías de la pared opuesta, como si así pudiera ver la casa vecina, y se preguntó cómo se encontraría su amiga.

Eve y Brian habían comprado la casa en cuanto salió a la venta, poco después de casarse; de eso hacía ya siete años. En realidad fue la madre de Eve quien les dio el dinero para la entrada y quien continuamente les estaba soltando dólares, incluso ahora, para que se pudieran permitir cómodos extras. Eve se lo había contado a Joanne confidencialmente y le hizo jurar que guardaría el secreto. Brian se avergonzaría —le explicó innecesariamente— si supiese que alguien se había enterado de que estaba siendo prácticamente mantenido por su suegra. Joanne nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a Paul, que habría calificado a Brian de estúpido por estar en deuda con una mujer que a duras penas podía soportar. Joanne se preguntó qué fue primero: si la deuda o el desagrado.

—No quiero ver una película vieja —declaró Lulu con voz apagada, devolviendo a Joanne al presente.

Lulu apretó el mando a distancia y empezó a cambiar mecánicamente de canal. Joanne estaba a punto de protestar cuando recordó que no tenía el menor interés en ver ninguna de las dos versiones. ¿Era yo también así?, se preguntó mientras su hija saltaba rápidamente por las distintas ofertas. ¿Tan presta a rechazar el pasado?

Joanne se revolvió en su asiento, hipnotizada por el asalto visual de los rápidos destellos y nebulosas impresiones que brotaban en la pantalla de televisión.

—¿Puedes dejar de hacer esto? —imploró a su hija menor, cuyo pulgar parecía pegado al mando a distancia.

—No encuentro nada que quiera ver.

—Pues apágala.

Lulu contempló a su madre como si se hubiera vuelto loca.

—Vale, veremos ésta. —Lulu volvió al primer canal.

Vieron la película en silencio. Las reservas iniciales de Joanne desaparecieron a medida que el sencillo cuento se desarrollaba fríamente. Vio, hipnotizada, cómo el joven Kevin McCarthy luchaba valientemente contra un mal extraño que asolaba una pequeña ciudad californiana en forma de vainas gigantes que tenían la capacidad de adoptar formas humanas cuando sus potenciales víctimas dormían. Por la mañana, la suplantación era completa: el cuerpo estaba intacto pero las emociones se habían desvanecido. No quiero vivir en un mundo sin amor y sin sentimientos, lloraba una perturbada pero adorable Dana Wynter en los brazos del joven McCarthy

mientras la película se acercaba a su conclusión. No te duermas, le advierte él dejándola sola un momento para inspeccionar los alrededores. Pero, claro, ella se duerme, y cuando él regresa, ya no es la mujer cariñosa y tierna que ha dejado. Me dormí, le dice ella. Luego grita: ¡Está aquí! Él huye.

—¡Corre! —le insta Lulu, a su lado; y Joanne se pregunta en qué punto su hija se ha unido a ella en el sofá.

Y lo recogen en la autopista y lo llevan al hospital de una ciudad cercana, donde explica su historia al incrédulo equipo médico.

—¿Por qué no le creen? —gime Lulu.

Sí, piensa Joanne. La imagen indeseada de su propio cadáver mutilado pasa de repente ante sus ojos. ¡Pídele a la gente que crea que su vida está amenazada por un puñado de vainas gigantes!

—Ha sido fantástica —se entusiasma Lulu mientras levantan del sofá sus cuerpos fatigados por la tensión y suben la escalera hacia los dormitorios.

—¿Puedes mirar debajo de mi cama? —le pide tímidamente Lulu cuando Joanne tapa a su hija con las sábanas hasta la barbilla. Joanne levanta la colcha para ojear debajo de la cama.

—No hay ninguna vaina —sonríe. Y besa a Lulu en la frente—. Buenas noches, cariño. Que duermas bien.

Joanne empieza a desnudarse incluso antes de llegar a su dormitorio, se quita la última prenda, abre el cajón de en medio de su tocador, busca su camión blanco de algodón y recuerda que está en la lavadora. Su mano vaga sobre una vieja camiseta de Paul arrebujada en el fondo del cajón. La saca y se la pone. Nota que se adapta a su cuerpo tranquilizadamente. Se vuelve hacia la cama y grita.

Lulu, de pie en el umbral, también chilla y salta a los brazos de su madre.

—Está bien. —Joanne ríe y grita a la vez—. Me has asustado. No te esperaba.

—¿Puedo dormir contigo esta noche? —pregunta la niña, suplicante; y Joanne asiente—. ¿Has mirado debajo de la cama?

—Aún no —sonríe Joanne haciendo precisamente lo que la niña insinúa.

—¿No hay vainas?

—Ni siquiera una semilla.

Mientras se acurrucan en la enorme cama, Joanne se vuelve a sorprender de lo vacía que la ha notado estas últimas semanas. Es bueno tener a alguien

al lado. Se inclina sobre su hija y la besa en la frente.

—Buenas noches, querida.

—Mamá —dice una voz en la oscuridad—, ¿crees que estoy gorda?

—¿Gorda? ¿Bromeas?

—Robin dice que estoy gorda.

—Robin dice muchas cosas. No todas tienes que creerlas.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Ya hablaremos en otra ocasión. Ahora duérmete... No estás gorda.

Al cabo de unos minutos, Joanne percibió una respiración suave y constante a su lado. Ella, en cambio, apenas pudo echar unas cabezaditas hasta que oyó a Robin entrar por la puerta a la una menos diez. Sólo entonces se rindió a la fatiga, sumiéndose en un profundo sueño reparador abrazada cómodamente a la espalda de su hija.

Sonó el teléfono.

Joanne saltó inmediatamente y cogió el aparato, apretándoselo contra el oído antes de ser plenamente consciente de lo que estaba haciendo. Lulu rebulló y se puso boca arriba, pero no se despertó.

—Diga —susurró Joanne. El latido de su corazón era más fuerte que su voz.

—Señora Hunter —sonó la voz. Y Joanne recobró plenamente la consciencia—. ¿Creyó que no averiguaría su nuevo número?

Un desagradable escalofrío, como un chorro de agua fría, le recorrió la columna vertebral.

—Deje de molestarme —respondió Joanne con energía mirando el facial luminoso del reloj de la mesilla y comprobando que eran las cuatro de la madrugada.

—Sus cerraduras nuevas no me impedirán entrar. —Joanne notó que se le aflojaban las tripas—. Dulces sueños, señora Hunter.

Joanne saltó de la cama y bajó corriendo la escalera. Como una posesa, comprobó las cerraduras de la puerta de la calle y la cristalera de la cocina. Luego bajó los escalones como una exhalación hasta el cuarto de estar. Todo estaba cerrado. Espió la oscuridad a través de las persianas. La luna creciente apenas iluminaba el perfil de la piscina. ¿Estaría su torturador escondido ahí fuera? Regresó al recibidor y contempló los botones numerados del sistema de alarma de la pared. Hay un modo de encender el sistema de alarma cuando uno está en casa sin hacerla sonar, recordó. Intentaba desesperadamente

acordarse de lo que Harry le había dicho. Había que pulsar otro botón. Sus ojos recorrieron frenéticamente la cajita.

—El botón de abajo —dijo en voz alta, oyendo la amable voz de Harry que le susurraba al oído—. El que no tiene número. Simplemente lo aprietas y la alarma quedará encendida. Se disparará si alguien abre una de las puertas o las ventanas de abajo. Lentamente, Joanne acercó un dedo tembloroso. Lo apretó, observando parpadear la lucecilla verde. Conteniendo la respiración, aguardó el indeseado estrépito de la alarma, pero nada de eso ocurrió. Lo he hecho bien, suspiró, soltando el aire de los pulmones. Las piernas le temblaban al subir la escalera para mirar en la habitación de Robin antes de irse a la cama. Al menos estarían sobre aviso si él intentaba entrar.

¿Él? ¿Era un hombre?, se preguntó a sí misma al hundir la cabeza en la blanda almohada. La voz era tan desagradable, había algo tan... neutro... en ella... ¿Cuál era la palabra precisa? ¿Andrógino? Ése era el término que se seguía oyendo con respecto a la actual moda de la pantalla, los peinados, los cantantes de rock...

La imagen de un chico flaco como un espárrago se le presentó ante los párpados recién cerrados. El chico miraba a través de Joanne como si ella no estuviera allí; luego, desapareció de repente. Joanne permaneció despierta la mayor parte de la noche, observando a un joven Kevin McCarthy abrazar a una hermosa Dana Wynter por última vez avisándola de que no se durmiera.

Capítulo 12

—Tendrías que habernos visto —decía Joanne—. Robin no sabía que la alarma estaba conectada. La pobre, creo que era la primera vez en su vida que se despertaba antes de las diez —Robin gruñó fuerte desde alguna parte—, abrió la puerta de la calle para coger el periódico y se disparó la alarma; tendrías que haber oído aquella maldita sirena. Robin empezó a gritar, Lulu y yo saltamos de la cama y, claro, nos pusimos a chillar, y todo el mundo corría de un lado para otro como en un manicomio, y, como es natural, yo no me acordaba de cómo se apagaba esa maldita alarma, de modo que sonó durante más de media hora, y por fin, por fin, llegó la policía y tuve que explicarles lo ocurrido. No hace falta que te diga que no estuvieron precisamente encantados.

—Mamá —dijo Robin fatigosamente—. Él no te oye.

—Él me oye —repitió Joanne con testarudez—. ¿Verdad, abuelito? —Joanne miró los tiernos ojos azules de su abuelo, ojos que se las arreglaban para ver a través de ella sin importar dónde se colocara—. Sea como fuere, tuve que llamar a Paul y explicarle lo ocurrido y preguntarle cómo se desconectaba la alarma, porque no podía encontrar el número de teléfono de la compañía de alarmas (no sé dónde lo he puesto), de modo que tuvo que hacer todas las llamadas él y volverme a llamar, y se presentaron los hombres de la alarma y me explicaron otra vez cómo funcionaba todo —eso costó sesenta y cinco dólares—, y ahora Paul está furioso conmigo y la policía está furiosa conmigo y Robin está furiosa conmigo...

—¿Quién ha dicho que yo esté furiosa? —protestó Robin con malos modos.

—Bueno —continuó Joanne intentando reír—, al menos sabemos que la alarma funciona.

—Y yo nunca olvidaré la fecha del estallido de la guerra de los bóers —apuntó Lulu desde la ventana.

Joanne sonrió, agradecida de que al menos una de sus hijas intentara participar en la conversación. Miró al otro lado de la habitación, donde el

viejo Sam Hensley estaba sentado, regañando a su hija y a su nieto; luego volvió a mirar a su abuelo, que yacía bajo una montaña de mantas. ¿Dónde estaba su agresividad?, se preguntó, pensando que prefería un poco de la algarabía de Sam Hensley. Vamos, abuelo, suplicó en silencio oyendo la voz de su madre, veamos ese viejo espíritu de equipo.

—Mamá —gimió Robin—, ¿podemos irnos ya?

—No, no podemos —dijo cortante. De inmediato, ablandó la voz—. Mira, no vienes a menudo. Sentarte aquí unos minutos no te vendrá mal.

—Él no sabe quién soy —protestó Robin.

—¿Tú qué sabes?

—Linda... —llamó la débil voz.

El anciano rostro estaba casi engullido por las tiesas sábanas blancas que le llegaban hasta la barbilla, en otro tiempo musculosa, y una gorra azul de presidente Mao que alguien le había puesto en la cabeza le caía ladeada sobre la frente. ¿Quién le había dado esa gorra?, se preguntó Joanne.

—Sí, papá, estoy aquí —respondió ella automáticamente.

—¿Quién es toda esta gente? —sus ojos eran incapaces de enfocar a nadie en particular, pero su voz era precavida por instinto.

—¿Lo ves? —murmuró Robin, y no precisamente entre dientes.

—Son mis hijas, papá —dijo Joanne, orgullosa—. ¿Te acuerdas de Robin y de Lulu? —extendió las manos en dirección a ellas, acercándose—. Probablemente no las reconocerás; se han hecho tan mayores... Ésta es Robin...

Robin sonrió sumisa, como si se enfrentase a un ogro mítico y temiera acercarse demasiado. O quizá temía acercarse por su edad, especuló Joanne: temía de algún modo vago que la vejez pudiera ser contagiosa. Lo es, pensó Joanne. Y dijo en voz alta:

—Y ésta es Lulu, mi bebé.

—¡Mamá! —protestó Lulu—. Hola, abuelo —susurró. No estaba segura de cómo debía dirigirse a ese hombre que apenas conocía, ese trasto viejo que ya había vivido ochenta y cuatro años cuando ella nació.

«Si lo hubierais visto hace treinta años...», pensó Joanne mientras sus hijas se apresuraban a recuperar sus anteriores posiciones.

—Guapas, muy guapas —murmuró su abuelo, enfocando los ojos. Y, sin previo aviso, se incorporó sobre los codos para mirar a las sorprendidas chicas—. ¿Juegan a cartas tus hijas? —preguntó con claridad.

Joanne notó que le nacía una sonrisa en los labios, y un súbito vértigo le asaltó el alma: ¿cuántas tardes lluviosas habían pasado en la casa de campo

ella y su abuelo jugando al *gin rummy*?

Pero antes de que su mente pudiera formular una respuesta, Joanne comprendió que ya no tenía importancia. Su abuelo, con los viejos ojos en blanco otra vez y la temblorosa cabeza apoyada de nuevo en la seguridad de la almohada, se había vuelto a sumir en el único mundo al que su frágil cuerpo podía enfrentarse en la actualidad. La habitación se quedó en silencio.

Joanne miró hacia la otra cama y vio al viejo Sam Hensley incorporado mediante varias almohadas. Sus visitas se habían ido y tenía los ojos empañados de lágrimas.

—Señor Hensley —dijo Joanne en voz baja, soltando la mano de su abuelo y cruzando a la otra cama—. ¿Se encuentra bien? ¿Le duele algo? —lentamente, Sam Hensley volvió la cabeza—. ¿Quiere que llame a la enfermera?

Sam Hensley no dijo nada, pero mientras continuaba mirando a Joanne, sus rasgos delgados y aguileños sufrieron una sutil, aunque rápida y concienzuda, metamorfosis. La curiosidad se convirtió en indiferencia, la indiferencia en aversión, y la aversión fue tragada por completo por un odio palpable, tan intenso que Joanne casi trastabilló hacia atrás, como si la hubieran empujado físicamente. Unas manos grandes y huesudas se extendieron hacia ella, ávidas de rodearle la garganta, y un largo gemido, que parecía nacer del suelo, empezó a llenar toda la habitación, obligando a quienes estaban de pie a huir de la zona por falta de espacio.

—Dios mío, es peor que la alarma —exclamó Robin, nerviosa, desde el umbral—. ¿Qué le ha entrado?

—¿Qué le has dicho, mamá? —preguntó Lulu.

—Sólo le he preguntado si se encontraba bien.

El grave gemido creció en intensidad mientras, todo el rato, Sam Hensley yacía inerte en su cama, con los brazos extendidos y los ojos abiertos y fieros. Al cabo de un instante, la habitación se llenó de enfermeras. Joanne vio el destello de una inyección. Miró a su abuelo. Tenía los ojos cerrados, dormía, del todo ajeno al tumulto que se organizaba a su alrededor.

—Vámonos, mamá —susurró Robin, tirándole del brazo.

—Pueden salir unos minutos —sugirió una de las enfermeras, corriendo bruscamente una cortina en torno a la cama de Sam Hensley—. Se pone así de vez en cuando. Sólo tardaremos unos minutos en tranquilizarlo; luego pueden volver a entrar.

Joanne asintió sin palabras y guió a sus hijas fuera de la habitación: todas entendieron que la visita había acabado. Caminaban en silencio por el pasillo

y vieron a la hija y el nieto de Sam Hensley en la sala de visitas, frente a los ascensores. Marg Crosby estaba fumando un cigarrillo. Su hijo miraba el aparato de televisión en blanco y negro apostado contra la pared de color albero. Joanne se acercó a la mujer y le explicó amablemente lo sucedido.

Marg Crosby se encogió de hombros y terminó el cigarrillo.

—Le ha ocurrido antes —dijo, reacia a ponerse en pie—. ¿Vienes, Alan? —llamó a su hijo, cuyos ojos permanecían fijos en la televisión—. ¿Alan? —repitió.

Se volvió en dirección a su madre, como sorprendido de que ella estuviera allí, pero sus ojos pasaron rápidamente de ella, pasaron de Joanne, hasta algún lugar detrás de ellas, y una sonrisita asomó poco a poco en las comisuras de su boca. Ambas, Joanne y Marg, se dieron media vuelta despacio, con curiosidad, para descubrir a Robin con los ojos tímidos y bajos y con la misma sonrisita en sus labios demasiado pintados.

—Vamos, picarón —se carcajeó la mujer intencionadamente.

Joanne pensó lo mismo que había pensado la noche anterior con respecto a Scott, el amigo de Robin: ni siquiera me ve.

—Es hora de irse a casa —exclamó Joanne colocando las manos en los hombros de sus hijas y moviéndolas en dirección al ascensor.

—¿Señora? —dijo una voz a su espalda.

Joanne miró a su alrededor buscando a una mujer que se adecuase a esa interpelación. Cayó en la cuenta de que se referían a ella y se detuvo.

El chico se paró de golpe a unos pasos de ella.

—¿Es suyo esto? —preguntó, refiriéndose a un conjunto de llaves que su mano le tendía.

Joanne reconoció de inmediato su cadena de llaves. Notó el repentino peso de las llaves cuando el chico las soltó en su mano.

—¿Dónde las he olvidado esta vez? —preguntó, envuelta en una sensación de desamparo.

—En la mesa de la sala de visitas —dijo Alan Crosby. Y sonrió otra vez más allá de ella, hacia donde Robin aguardaba.

—Gracias —le dijo Joanne, y lo miró alejarse. Se volvió hacia sus hijas—. A casa, chofer —ordenó en broma.

—En realidad no me siento más vieja que ellas —le contaba Joanne a Eve, que estaba sentada a la mesa de la cocina bebiendo un gran vaso de leche

y apretaba nerviosa su albornoz azul—. Miro a Robin y a Lulu y sé lo que están pensando —que pertenecemos a mundos diferentes— y me gustaría decirles que no es la gente la que cambia, nosotros no cambiamos, es el tiempo el que cambia —se interrumpió: no sabía si lo que decía tenía algún sentido—. Me gustaría que hubiesen podido verle como yo, que lo hubieran conocido como era.

—¿Esperas que la juventud comprenda en qué consiste hacerse viejo? —se burló Eve—. ¿Cómo iban a comprenderlo? ¿Podías tú? No. Si los viejos no pueden comprender a los jóvenes, y han sido jóvenes alguna vez, ¿cómo esperas que los jóvenes, que carecen de base de comparación, comprendan en qué consiste envejecer? Por lo que a ellos respecta, crecer significa venirse abajo; y, por lo que a mí respecta, tienen toda la razón.

Joanne se echó a reír, pero la risa escondía preocupación; preocupación por el estado deprimido de su amiga, por su aspecto casi alarmante. Eve siempre se había esforzado en tener un aspecto, si no espectacular, que llamase la atención. Lo único que llamaba la atención de la mujer que se sentaba frente a ella en aquel momento era el hecho de que estaba bebiendo leche, algo que Joanne no había visto hacer a Eve en años. Parecía la típica ama de casa del extrarradio: pantuflas en los pies, el cabello sin lavar y pidiendo un buen cepillado, una bata azul vieja y ajada, ojos fatigados e inexpresivos. Eve nunca había sido muy dada a quejarse, ni a dejar que la enfermedad la frenara o la deprimiese. Ahora parecía, si no frenada, tocada. Ver a su amiga, que siempre había sido la más fuerte de las dos, tan derrotada por las molestias, turbaba a Joanne, amenazaba su ya trémulo marco de referencia. Rezaba para que los médicos descubriesen cuál era exactamente el problema de Eve y lo resolvieran de inmediato. Joanne notó que un extraño gesto surcaba de repente el rostro de Eve.

—¿Eve, algo va mal? ¿Tienes más molestias?

—No se trata de molestias —admitió Eve, con una sensación de derrota adherida a cada palabra—. Sólo es un dolor constante. Espero a que desaparezca. Me voy a la cama y confío en que cuando me despierte todo esté bien. Pero no sucede así. En todo caso, empeora. Parece que se extiende. ¿Sabes lo que se siente en el punto álgido de un dolor de garganta? Así es como me noto la garganta: una especie de constricción, como si me hubiese atragantado, como si fuera a toser. Me he pasado la noche en vela. Al final me tomé la temperatura a las seis de la mañana.

—¿Y?

—Medio grado más.

—Tal vez estés pasando una gripe.

—También me pesé. Pesaba un kilo menos que a medianoche.

—La gente suele pesar menos por la mañana que por la noche —se apresuró a decir Joanne—. Una vez, Paul me dijo que todos ganamos o perdemos peso, dentro de un margen de dos kilos, según el momento del día y la cantidad de agua que retengamos; una cosa así —añadió, notando que el aliento le dilataba los pulmones.

—Y voy estreñida —continuó Eve, como si Joanne no hubiera dicho nada—. Te juro que estoy hecha polvo. Es como si todo mi cuerpo hubiese decidido que no quiere tener nada que ver conmigo. Mírame el estómago, estoy tan hinchada... Como cuando estaba embarazada.

—¿Lo estás? —indagó Joanne con esperanza.

—¿Te burlas de mí? —le preguntó Eve como respuesta—. Tengo la regla —sus ojos se dispararon súbitamente hacia los de Joanne—: ¿No creerás que tengo el síndrome del shock tóxico, verdad?

—No creo que tus síntomas se parezcan a los del shock tóxico —respondió Joanne, pensativa, compartiendo por un momento las aprensiones de su amiga—. Pero si te preocupa, no te pongas tampones.

—¿Y qué me pongo?

—Una compresa.

—¡Dios me libre! —respondió Eve horrorizada—. ¡Preferiría tener un shock tóxico!

Joanne se echó a reír.

—Ésta es la Eve que conozco y quiero. ¿Cuándo tienes la próxima cita con el médico?

—El martes por la mañana con el cardiólogo; el viernes por la mañana con el ginecólogo. Y otros tantos, no me acuerdo cuándo. No tienes que acompañarme.

—Claro que iré contigo —hubo un momento de silencio—. Podrías convencer a Brian para que te lleve a ver una película de terror; eso te relajaría la mente.

—No puedo aguantar sentada tanto rato. Además, ¿cuándo fue la última vez que viste a Brian?

—¿Aún trabaja tanto?

—El hombre adora su trabajo. ¿Qué te voy a contar? —de repente, Eve se dobló hacia adelante, apretó el pecho contra la curva de la mesa blanca de la cocina y cerró los ojos conteniendo la respiración.

—Otro dolor.

—Llamémosle espasmo —suspiró Eve, volviendo a abrir los ojos y soltando el aire de los pulmones—. De ese modo no parece tan terrible —se irguió e intentó sonreír.

—Juguemos a cartas —dijo Joanne con energía, mirando hacia el estante de la pared donde Eve solía guardar diversos artículos—. Vamos, jugaremos al *gin rummy*.

Joanne encontró una baraja de cartas y rápidamente las sacó de su envoltorio. Una corriente de excitación infantil le recorrió los dedos.

—Nunca te gano al *gin*. —Eve hizo una mueca.

—Demasiado tarde; ya estoy barajando.

Joanne barajó las cartas como una experta, del modo que su abuelo le había enseñado cuando apenas tenía diez años, y empezó a repartir.

—Diez cartas. No vale hacer trampas.

—Por favor —bromeó Eve—. Soy una chica respetable.

Joanne se ruborizó.

—Das tú... Eso significa que salgo yo —dijo Eve después de que Joanne dejase la baraja sobre la mesa. Eve miró la dama de diamantes destapada—. No la necesito —dijo haciendo un mohín.

—Yo tampoco —coincidió Joanne.

—Entonces robo —dijo Eve triunfante, como si eso ya fuera en sí una pequeña victoria, y cogió la primera carta del mazo vuelto cara abajo—. Tampoco necesito ésta.

Tiró la carta no deseada, con pocas contemplaciones, sobre la reina destapada.

—Ésta me sirve —dijo Joanne, robando el diez de picas del que Eve se había descartado y tirando un dos de corazones.

—Naturalmente —dijo Eve—. ¿Qué carta has cogido?

—El diez de picas.

—El diez de picas, ¿eh? Muy bien. Me acordaré de eso.

Eve estudió el dos de corazones durante unos segundos antes de cogerlo en la mano. Luego, cuando le tocó el turno, volvió a tirarlo y a coger otra carta, de la que también se deshizo.

Joanne la cogió automáticamente.

—¿Qué te he dado esta vez?

—El seis de tréboles.

—Seis de tréboles, no me olvidaré. ¡Huy, huy! —exclamó cuando Joanne se descartó del nueve de corazones, que ella cogió—. No debiste tirarme ésta.

—¿*Gin*?

—Aún no, pero pronto.

Prosiguieron con el ritual durante varios segundos, sin hablar.

—¿Te ha contado Brian recientemente algo sobre...? —empezó Joanne, pero se interrumpió.

—¿Sobre qué? —Eve levantó los ojos de las cartas y arqueó las cejas.

—Sobre el tipo que asesinó a esa mujer —murmuró Joanne intentando parecer despreocupada, como si creyese que no era importante.

—¿Tu admirador secreto?

—Gracias.

—Lo siento, no pretendía preocuparte —se rió; y tiró el valet de picas, que Joanne cogió—. ¿Qué era eso? —Joanne se lo enseñó—. No, nada nuevo. ¿Le explicaste a la policía la llamada de anoche?

Joanne asintió.

—Dijeron que no podían hacer nada. Les expliqué que él sabía mi nuevo número de teléfono, que sabía lo de las cerraduras nuevas. Dijeron que aun así no podían hacer nada. Yo les dije: muy bien, entonces ¿qué puedo hacer? Me contestaron que volviera a cambiarme el número de teléfono y que dejase la alarma conectada cada noche. Pero la próxima vez, por favor, que me acordara de desconectarla —sonrió—. Era como si les molestase que siguiera con vida. *Gin* —añadió bajando las cartas. Intentaba disimular el temblor de sus manos.

—¡Mierda! Me has pillado con un montón. —Eve bajó las cartas—. No te asustes tanto, Joanne. Sólo es algún crío estúpido haciendo una maldita travesura. Vamos, ¡reparte! No vas a volver a ganarme —Joanne barajó otra vez las cartas y las repartió—. Probablemente sea uno de los amigos de Lulu o de Robin. Ya sabes lo locos que están los adolescentes.

—No creo que ninguno de los amigos de las niñas esté tan loco. —Joanne cogió un cinco de trébol e iba a tirar la reina de picas, pero vaciló al soltar la carta creyendo ver la sonrisa de Scott Peterson en los labios de la reina descartada.

—¿La tiras o no?

Joanne soltó los dedos de la garganta de la reina.

—Podría ser cualquiera —prosiguió Eve—. Esa camioneta estuvo varios días aparcada en tu entrada. Cualquiera que pasara la habría visto. ¿Te suena a alguien conocido?

—Ése es el problema... me recuerda a todo el mundo conocido.

—Aguarda un minuto, ¿qué carta era ésa? Robaré esa carta.

Eve cogió la primera carta del montón y la guardó, triunfante, en la mano.

—¿Así que lo vas a hacer? —preguntó Eve.

—¿Hacer qué?

—Cambiar otra vez de número de teléfono.

—No lo sé —admitió Joanne—. Es tan molesto... Si pienso en toda la gente a la que tendría que volver a llamar... Quien lo haya descubierto la primera vez, probablemente descubrirá el nuevo si lo vuelvo a cambiar, y estaremos otra vez como al principio.

—O se cansará y le pondrá fin. A menos que no sea eso lo que tú quieres...

—¿Qué quieres decir?

—Nada —dijo Eve rascándose la cabeza—. Tira una carta. No tienes nada de qué preocuparte, salvo de mi juego superior.

Joanne tiró un rey de diamantes, del que Eve se apropió y, a su vez, se descartó de un tres de trébol.

—Esto es *gin* —dijo Joanne esparciendo nerviosa las cartas sobre la mesa, sin convencerse de qué no tenía de que preocuparse y dándole vueltas al anterior comentario de Eve.

—Me rindo. Tu abuelo te enseñó demasiado bien. Será mejor que haga un solitario —cogió el mazo y empezó a repartir las cartas por la mesa, como se hace en los solitarios, y se detuvo cuando tuvo siete montoncitos—. Al menos, así puedo hacer trampas.

—Las personas que hacen trampas en los solitarios son inseguras —dijo Joanne, sonriendo al recordar las palabras de su abuelo.

—Ya sabes que soy mala perdedora —reconoció Eve con toda honestidad—. ¡Victoria o muerte! —sentenció. De repente, se dobló de dolor, lanzó las cartas por los aires y chocó con el vaso que tenía delante, derramando lo que quedaba de leche por el suelo—. ¡Mierda!

—Yo lo limpiaré.

Joanne cogió una bayeta del fregadero y, en un momento, recogió la leche derramada. Luego regresó al fregadero, enjuagó la bayeta y volvió a lavar el suelo con agua limpia para que no quedara pegajoso. Depositó el vaso vacío en el fregadero.

—¿Te encuentras bien? Quizá debería llevarte al hospital.

Eve hizo un gesto de rechazo a la sugerencia con mano impaciente.

—Ya he hecho ese camino, ¿recuerdas? Está bien. Seguro que sobreviviré hasta el martes por la mañana.

—¿Por qué no te echas un ratito?

Eve aceptó la sugerencia sin batallar demasiado, para sorpresa de Joanne.

—Pensaba en el accidente que tuvimos cuando tu abuelo nos llevaba al colegio en el coche, una tarde. ¿Te acuerdas? —le preguntó mientras Joanne la acompañaba por la escalera hasta su dormitorio—. Tu abuelo estaba rebasando la línea discontinua y un tipo quiso adelantarle y acabó chocando de costado con nuestro coche, y empezaron a pelearse en la calle, hasta que tu abuelo dijo que no quería perder más tiempo discutiendo con un idiota porque su nieta llegaría tarde al colegio. Y se marchó, dejando al tipo dando voces en medio de la calzada, y la policía llegó más tarde y acusó a tu abuelo de abandonar el escenario de un accidente. ¿Te acuerdas? —sonrió—. No había nada más importante para él que su nieta.

Joanne abrió la amplia cama de Eve.

—Te olvidas lo mejor —sonrió, mirando cómo Eve reptaba bajo las sábanas sin quitarse la bata—. Cuando fuimos al abogado de mi abuelo, y te hizo unas preguntas, y tú no podías distinguir tu mano izquierda de la derecha, y el abogado exclamó por fin: «Si quiere ganar este caso, mantenga a esta niña lejos del tribunal». —Joanne se rió. Eve cerró los ojos—. ¿Te traigo algo antes de irme?

Eve abrió un ojo.

—Hay una revista People en alguna parte. Puedes dejarla junto a la cama.

Joanne miró a su alrededor, pero no vio nada.

—¿Tienes una mujer de la limpieza nueva? Nunca había visto esto tan limpio.

—Mi madre ha estado «ordenando». Puede que la haya cogido Brian. Mira en su despacho.

Estar en casa de Eve siempre es una extraña experiencia, pensó Joanne mientras cruzaba el pasillo hacia la parte delantera de la vivienda. Todo estaba al revés que en la suya, gemela a la de su amiga: una desconcertante imagen especular a la que nunca se acostumbraría. El despacho de Brian, situado a la derecha del pasillo, ocupaba la más grande de las dos habitaciones delanteras. En su hogar, la habitación más grande estaba situada a la izquierda y era la que ocupaba Robin. Joanne echó un vistazo al estudio, curiosa pero reticente a fisgar. Se preguntó cuándo debía de trabajar allí Brian, ya que rara vez estaba en casa. Sus ojos se fijaron por casualidad en la gran mesa de despacho, muy revuelta. Había montones de papeles, un manual de la policía y unos pocos libros, pero no estaba la revista People. Durante un segundo, Joanne pensó dejarle una nota a Brian diciendo que la llamara, pero decidió no hacerlo. Eve había dicho que le contaría a Brian lo de las amenazas telefónicas y, probablemente, ya se lo había contado. Obviamente, Brian no

creía que hubiese nada que a Joanne pudiera interesarle. De lo contrario, se habría puesto en contacto con ella. Como Eve decía siempre: todo el mundo recibe llamadas obscenas. No tenía por qué preocuparse. Pero salió preocupada de la habitación.

Al otro lado del pasillo estaba la más pequeña de las dos habitaciones delanteras, el cuarto que Eve y Brian habían reservado para los niños. Joanne se acercó al umbral y miró en el interior. Seis meses atrás la habitación había sido un sueño rosa y blanco, decorado para la niña que la amniocentesis reveló que nacería a principios de mayo. Después de años de frustración, por fin esperaban un bebé, y habían elegido un nombre y habían reunido el equipo adecuado. Ahora, la habitación estaba vacía; la cuna blanca, desmantelada; habían quitado las cortinas de encaje; el móvil musical estaba guardado en su caja; sólo el delicado papel a rayas rosas y blancas daba algún indicio del propósito al que se había destinado el cuarto. Joanne estaba a punto de darse media vuelta cuando vio la revista People boca abajo sobre el suelo, junto a las ventanas sin cortinas. Rápidamente, cruzó de puntillas la alfombra rosa pálida para recuperarla; luego, regresó de inmediato al pasillo. ¿Qué estaba haciendo la revista allí? ¿Iba Eve allí a meditar? De ser así, ya iba siendo hora de hacer algo con la habitación, pensó Joanne; y decidió que se lo diría a Eve del modo más amable posible. Pero al acercarse a ella observó que ya estaba dormida. Dejó con delicadeza la revista a los pies de la cama y salió de la casa lo más sigilosamente que pudo.

Capítulo 13

—¿Qué creen que le pasa? —le preguntó trémulamente una mujer bajita, nervuda, con reflejos caoba en el cabello oscuro.

Joanne calculó que la mujer tendría unos treinta años, aunque era difícil precisarlo, pues tenía una de esas caras que envejecen antes de tiempo y, después, se mantienen perversamente jóvenes. Se fijó en la alianza de oro que la mujer llevaba en el dedo apropiado de la vacilante mano izquierda y bajó la revista hasta su regazo.

—Estoy esperando a una amiga —sonrió Joanne amistosamente, impaciente por regresar a su revista; aunque, en realidad, estaba demasiado nerviosa para leer.

—¿Qué le pasa a su amiga? —le presionó la otra mujer. Era evidente que tenía ganas de hablar, a pesar del ligero temblor de su voz.

—No lo saben —respondió Joanne—; está en rayos X.

—Yo estoy esperando para entrar en rayos X —dijo la joven. Parecía insoportablemente frágil—. Tengo algo malo en el estómago —añadió casi entre dientes—. Estoy un tanto asustada.

—Estoy segura de que todo irá bien —la estimuló Joanne, incómoda al ser consciente del lugar común. Le parecía oír la voz de Karen Palmer a través de sus palabras.

—No lo sé —continuó la mujer—. Tengo esta... especie de... bulto.

Joanne devolvió la revista a la desordenada mesa de formica que se encontraba junto al sofá de vinilo verde en el que se había sentado. Pensó en Eve.

—Estoy segura de que no tiene por qué preocuparse —se oyó decir.

La mujer intentó sonreír, pero Joanne veía que estaba al borde de las lágrimas.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Joanne, más como un ardid para retrasar esa eventualidad que por verdadero interés. Movi6 las piernas desnudas bajo el sencillo vestido azul de algodón para separar los muslos del pegajoso vinilo.

—Lesley, Lesley Fraser. ¿Y usted?

—Joanne Hunter.

Una vez más, Lesley Fraser asintió y se frotó, consternada, las manos sobre el regazo.

—Tengo tres niños pequeños; por eso estoy tan asustada. Son tan pequeños, ¿sabe?, para quedarse sin madre...

—Oiga, no anticipe acontecimientos —la interrumpió Joanne en seguida—, ¿quién dice que van a quedarse sin madre? Aunque ocurra lo peor y le encuentren algo que no debiera estar ahí, eso no significa que vaya a morir —la imagen de su madre destelló ante los ojos de Joanne—. Le quitarán lo que sea y volverá a ponerse bien. ¿No ha leído los increíbles avances que la ciencia médica ha realizado en los últimos años? Sale en todas las revistas.

Cogió la revista Time de encima de la mesa de formica y la abrió al azar. No podía recordar si contenía algo sobre las maravillas de la ciencia médica.

—Da un poco de miedo, ¿eh? —dijo Lesley Fraser señalando con la cabeza hacia la revista.

—¿Miedo? —preguntó Joanne, sin estar segura de qué hablaban hasta que echó un vistazo a la página abierta de la revista que tenía en las manos.

El titular decía: «Sucesos: el estrangulador del extrarradio de Long Island».

Joanne cerró rápidamente la revista y la volvió a dejar sobre la mesa.

—En fin —dijo Lesley Fraser intentando reír—. Supongo que si no te pillas una cosa, te pillarás otra. Esto le demuestra el poco control que realmente tenemos sobre nuestras vidas.

Joanne no se sentía con ánimos para abordar las implicaciones de dicho comentario. En cambio, miró nerviosa a su alrededor para ver los preocupados rostros de la atestada sala de espera.

—Las circunstancias están a su favor.

—Conozco las circunstancias —le dijo Lesley Fraser—. Mi madre murió de cáncer.

—La mía también —respondió Joanne automáticamente antes de caer en la cuenta de que eso no era lo más reconfortante que podía haberle dicho—. Las circunstancias están a su favor —repitió con serena fortaleza.

—Bueno, si esto no me mata físicamente, seguro que me sangrará económicamente —prosiguió Lesley Fraser—. No tenemos mucho dinero. ¿Cómo vas a ahorrar con tres niños? Mi marido tiene dos empleos. No sé cómo vamos a pagar todas las facturas médicas.

—Preocúpese de una cosa después de otra —le dijo Joanne. Una risita se escapó de la mujer antes de que sus ojos se llenaran súbitamente de las temidas lágrimas.

—Estoy tan asustada... —susurró.

Joanne tendió la mano y cogió la de Lesley Fraser sin decirle nada.

—Lesley Fraser —llamó desde el umbral una joven, que vestía una bata verde de laboratorio sobre un uniforme blanco, moviendo los ojos por la carpeta que sostenía ante ella.

—Presente —respondió Lesley, levantando la mano como si estuviera en el colegio.

—Por aquí —le indicó la enfermera abriendo la puerta.

Lesley Fraser se puso rauda en pie, aunque, por un momento, parecía incapaz de moverse.

—Buena suerte —dijo Joanne.

Lesley Fraser asintió.

—Espero que todo le vaya bien a su amiga —dijo. Y, al instante siguiente, desaparecía por la puerta que llevaba a los rayos X.

Joanne contempló el umbral vacío con la mente curiosamente en blanco. ¿En qué piensas todo el día?, había tenido el valor de preguntarle en una ocasión a su madre agonizante. Y su madre, que se pasaba el día tumbada en la cama mirando el techo, la observó con ojos en otro tiempo intensos y respondió: «En nada. Es extraño, ¿no?, yacer aquí día tras día y no pensar absolutamente en nada».

Al regresar de golpe al presente, se percató de que estaba mirando fijamente a una anciana. La mujer se movía, incómoda, en su asiento, apartando la cabeza del intenso escrutinio al que se sentía sometida. Joanne bajó los ojos, buscando algo que hacer con las manos. Empezó a repasar las revistas de la mesa que tenía al lado, como ausente. Evitó con cuidado el último ejemplar de Time y, por fin, eligió Newsweek, a la que ya había echado un vistazo y sabía que no le crearía problemas. La hojeó y descubrió que contenía un artículo sobre diversas innovaciones médicas recientes. Intentó leerlo, pero no estaba realmente interesada en ninguno de tales milagros médicos. Habían llegado demasiado tarde para ayudar a la gente que ella quería. Por mucho que deseara ser optimista, la imagen de su madre, siempre esperanzada y protectora de su hija hasta el final —no te preocupes, nena, todo irá bien—, se lo impedía. Joanne soltó la revista sin delicadeza sobre el montón y cogió otra; cuando pasó la mano sobre la cubierta de la revista Time, notó que atraía su palma como un imán.

Al cabo de unos segundos, Joanne alargó el brazo —como si éste tuviera vida propia— y la cogió. Evitando minuciosamente la sección de Sucesos, Joanne la abrió por la sección de Cine, leyó tres cáusticas críticas de películas que nunca vería, pasó a la sección de Libros e hizo lo mismo. Se fijó en las obras que criticaban en la sección de Teatro y se preguntó, ausente, si a Robin y Lulu les interesaría alguna. Luego ojeó la página de Gente, a fin de enterarse de los recientes chismes sobre los ricos y las celebridades, antes de repasar, por último, los Ecos de Sociedad para ver quién se había casado, dado a luz, divorciado o muerto. Como de costumbre, la mayoría de la gente enumerada ocupaba la última categoría. Entonces, Joanne cerró deliberadamente la revista, miró el reloj y se preguntó qué estaría reteniendo a Eve. La última vez que Eve se había sometido a estas pruebas había terminado mucho antes. ¿Le habrían descubierto algo? Joanne volvió a abrir la revista. Sabía, incluso sin mirarla, lo que encontraría. El titular decía: «Sucesos. El estrangulador del extrarradio de Long Island».

A su pesar, Joanne lanzó una sonora exclamación y atrajo la atención de la anciana que se sentaba frente a ella, quien la contemplaba con aprensión mal disimulada. Sintiendo casi culpable, Joanne bajó la mirada a través de la columna, notando que la anciana la miraba, como si aguardara nuevas interrupciones.

Joanne se obligó a leer con calma la retahíla de hechos desapasionados: las tres mujeres asesinadas residían en Long Island, eran de mediana edad y estaban casadas, todas tenían familia, una trabajaba fuera de casa, las otras dos no. Los crímenes carecían de móvil racional y no existía ni la más superficial relación entre las víctimas. Todas habían sido agredidas sexualmente antes de ser asesinadas.

Los ojos de Joanne llegaron al final de la página y volvió a lanzar otra exclamación. La mujer de enfrente se levantó y se trasladó al otro lado de la sala. Fotografías. Tres cuadraditos al final de la página contenían los rostros de las mujeres asesinadas.

Joanne estudió las fotos con detención. En seguida se fijó en que no había nada particularmente memorable en ninguna de las mujeres. Parecían las típicas amas de casa y madres del extrarradio: agradables, atractivas pero no hermosas, dos de ellas rubias, una morena, mujeres corrientes que llevaban vidas corrientes. Lo único extraordinario en ellas había sido la manera de morir.

La policía emitía las advertencias habituales para que las mujeres de Long Island extremasen las precauciones: que no abrieran la puerta a extraños y que

informasen a la policía si veían sospechosos deambulando por el vecindario. Al margen de eso, la policía admitía, frustrada, que poco podía hacer. Recalcaba que la responsabilidad residía en que las mujeres tomaran todas las precauciones necesarias. El artículo llegaba a la conclusión de que la policía, que virtualmente carecía de pruebas, abandonaba la esperanza de cazar al estrangulador del extrarradio antes de que él diera caza a su próxima víctima.

Los ojos de Joanne regresaron a las fotografías del final de la página. Sintió vergüenza de su evaluación objetiva al imaginar su fotografía —¿cuál emplearían?— haciéndose un hueco en la página para ocupar su lugar entre las demás. ¿Sería la gente tan rápida en calificarla de agradable, atractiva, corriente? Y, pensó Joanne, ¿no era inquietante que la policía considerase que el asunto era responsabilidad de las mujeres y no suya?

—Salgamos de aquí —anunció con firmeza una voz a su espalda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Joanne poniéndose en pie de un brinco.

El vinilo soltó a regañadientes sus muslos con un ruido fuerte, como de chupeteo, y la revista Time se le cayó de las rodillas al suelo mientras se apresuraba a alcanzar a Eve.

—El muy hijo de puta —masculló Eve buscando la escalera de salida y empezando a descender con premura.

Joanne salió tras ella, experimentando una sensación de *déjà vu* casi aplastante. ¿No habían vivido la misma escena hacía unas semanas?

—¿Qué ha ocurrido? —gritó, oyendo sólo el taconeo de Eve por toda respuesta—. Por el amor de Dios, Eve, vas a caerte y a romperte la crisma si no vas más despacio. Aguarda un minuto. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Dónde está el coche? —exigió Eve en cuanto llegaron a la calle.

—En el aparcamiento donde lo dejamos. ¿Me contarás allí lo que ha ocurrido?

Eve desfiló hacia el aparcamiento, se detuvo bruscamente y se volvió hacia una Joanne atónita y preocupada.

—Ese hijo de la gran puta —volvió a mascullar, a punto de darse media vuelta.

Joanne la cogió por la manga de la chaqueta de lino blanco.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de correr y de maldecir para contarme qué ha ocurrido ahí dentro?

Eve respiró hondo varias veces, en un consciente esfuerzo por calmarse.

—¿Sabes lo que ese gilipollas ha tenido el valor de decirme? —Joanne negó con la cabeza, ansiosa de que Joanne continuara—. Ha tenido el valor de decirme que mis dolores estaban todos en mi cabeza.

—¿Qué?

—Ha dicho que físicamente no tengo nada malo, al menos por lo que él podía determinar, así que, obviamente, no puedo tener nada malo si nadie más puede determinarlo...

—Eve, aminora, me estás dejando atrás.

Eve empezó a desfilar por el caliente asfalto: una figura imponentemente enloquecida contra el fondo impassible de coches estacionados.

—Me hizo la misma sarta de pruebas que el médico del Northwest General. Claro que no le dije que ya me había sometido a esas pruebas, pero le conté lo del cardiólogo y lo del ginecólogo, y lo de ese tipo especializado en parásitos exóticos, lo cual, probablemente, fue un error; no debí decirle nada. El muy cabrón...

—Eve, cálmate...

—Y dijo que, por lo que él podía determinar, no tenía nada malo, que los rayos X demostraban que todo estaba bien. ¡Tengo una salud perfecta! Así que le dije: ¿y el dolor? Y me respondió que mi cuerpo había sufrido un trauma reciente, refiriéndose al aborto, claro, y él cree que lo que yo estoy experimentando es el típico ejemplo de depresión posparto. Le expliqué que no estoy deprimida, pero me dijo que la depresión clínica es distinta de lo que nosotros los mortales consideramos depresión, y yo le dije que no necesitaba que me definiera la depresión clínica, que soy profesora de psicología, y me respondió literalmente: «Un poco de conocimiento es peligroso». ¿Te imaginas qué valor el de ese tío? —se dio la vuelta, trazando un círculo completo—. Le dije que conozco la diferencia entre el dolor físico y la angustia mental, y ese arrogante hijo de puta sonrió pacientemente, como si hablase con una niña de dos años, y dijo: «A veces la mente juega malas pasadas». La mente juega malas pasadas —repitió Eve, incrédula—. ¡En realidad, lo que ha hecho es firmarme una receta de Valium!

—¿Cree que debes someterte a más pruebas?

—Por lo que a él respecta, ya me he sometido a más que suficientes. Le pregunté: ¿y aquellas cosas que te meten por la garganta para verte el estómago? Me dijo que para qué me quería someter a eso. Le respondí que quería llegar al fondo de este dolor. Me dijo que desaparecería solo y que ponerme histérica no serviría de nada. Le dije que lo único que me ponía histérica era su actitud y me contestó que siempre podía buscarme otro médico. Francamente, no recuerdo qué le repliqué después de eso. Pero fuera lo que fuere, creo que tardará en olvidarlo.

—Vámonos a casa —dijo Joanne, incapaz de pensar en nada más, guiando a su amiga hasta su coche.

—¿Te imaginas qué valor, ese tipo? —Eve repetía aún mientras Joanne sacaba el coche del aparcamiento hasta la calle—. No puede averiguar lo que me pasa y, por tanto, el mal ha de estar en mi cabeza. Le dije: ¿cómo se explica la pérdida de peso y la febrícula? Me respondió que mi peso es normal para mi edad y mi estatura y que no tengo fiebre. Le pregunté cómo explicaba que mis tripas no funcionaran con normalidad. Ya sabes lo regular que siempre han sido mis tripas. —Joanne asintió, aunque, de hecho, no tenía ni idea acerca del estado de las tripas de Eve—. Me dijo que tomara Valium, que mis tripas se arreglarían solas.

—Tal vez debieras...

—¿Qué?

—Tal vez eso... te relajará las tripas, no sé...

—No, claro que no. El Valium es un sedante, no una cura para el cáncer.

—¿Quién ha dicho algo de cáncer?

Se produjo un incómodo silencio, cargado de tácitas implicaciones.

—Bien, ¿qué crees que me pasa? —preguntó Eve con serenidad.

—No lo sé —dijo Joanne, alarmada por la sorprendente aseveración de su amiga, aunque la idea le había pasado por la imaginación varias veces—. No soy médico —dijo débilmente.

—¿Crees que ellos saben más que tú? ¿Cuántas veces he ido a visitarme en las últimas cinco semanas? ¿Una vez a la semana?, ¿más?, ¿diez en total?

—No tantas.

—Suficientes. Y ninguno de ellos puede decirme nada. Ninguno de esos especialistas de postín sabe más que mi pobre médico de cabecera. Entretanto, he perdido entero el último mes de clase. No he acabado los cursos a los que estaba asistiendo ni he entregado los trabajos. Tendré que repetir esos malditos cursos el año que viene —de pronto estalló en un torrente de amargas lágrimas.

Joanne desvió rápidamente el coche hacia la cuneta. Nunca había visto llorar a Eve. Ni siquiera cuando perdió el niño se había permitido la autocompasión; simplemente regresó a su frenético horario con un lacónico: «Así es la vida».

—Eve...

—¿Por qué nadie puede decirme qué me pasa? —le imploró—. Tú me conoces mejor que nadie, por el amor de Dios. Tú sabes que no soy hipocondríaca. Tú sabes que si digo que me duele algo, es que de veras me

duele algo. Yo fui la primera en insistir en que no me pasaba nada malo. Estaba convencida de que Brian y mi madre exageraban.

—Me acuerdo...

—Así que ahora, cuando el dolor es realmente insoportable, cuando, te lo juro, no hay nada en mi cuerpo que funcione correctamente, ¿por qué ahora todo el mundo me dice que no me pasa nada?

—¿Quién más te ha dicho que no te pasa nada?

—Bueno, los demás médicos no han sido tan directos como ese cabrón, pero todos lo han insinuado. Ya sabes lo sutiles que son los médicos. Me he hecho todos los análisis de sangre. He visitado a todos los especialistas. Todo sale negativo. De modo que, ahora, Brian...

—¿Qué pasa con Brian?

—Ya conoces a Brian: está muy cortés. Dice que si los médicos no encuentran nada no puede ser nada grave, así que lo ignora. Ignora algo que no me deja comer bien, ni dormir bien, ni cagar bien... Ignora este dolor que no me deja estar de pie más de cinco minutos seguidos. Dicen que salga, que vaya a la peluquería, a comprarme ropa. Si yo fuera un hombre y fuese mi precioso pene lo que me fastidiara, no me ignorarían con tanta facilidad. ¡No me dirían que saliera y fuese a la peluquería! —miró a su alrededor, aturdida y desorientada—. ¿Por qué nos hemos parado?

De inmediato, Joanne puso el coche en marcha otra vez y volvió a la calle.

—Seguiremos visitando médicos hasta que descubramos qué es —dijo con firmeza—. Te conozco. Sé que si te quejas es porque algo no anda bien. Seguiremos haciéndote pruebas hasta que descubramos qué es.

—Para entonces ya estaré muerta —dijo Eve, y Joanne se puso a reír—. ¿Te resulta divertida la idea? —le preguntó enjugándose el último rastro de lágrimas.

—No —sonrió Joanne—. Claro que no. Es sólo que esta conversación es inversa a la que mantuvimos la tarde que te llevé al hospital por primera vez, cuando descubriste el periódico en mi coche y llamaste a la policía y ellos dijeron que no podían hacer nada a menos que el tipo hiciera un movimiento y yo dije: «para entonces ya estaré muerta», o algo parecido. ¿No te acuerdas?

Eve sacudió la cabeza.

—¿Te han vuelto a llamar, últimamente? —preguntó, reticente a cambiar de tema, a desplazar de sí misma el centro de atención, como Joanne pudo observar.

—Dos veces —dijo Joanne—. Colgué en cuanto oí su voz.

—Eso está bien —respondió Eve distraídamente.

—No creo que sea un chalado inofensivo —aventuró despacio Joanne, expresando sus más hondos temores en voz alta por primera vez. Veía aparecer las fotografías de las mujeres asesinadas, las de la revista, en el reflejo del retrovisor del coche—. En realidad, creo que es... el que asesinó a esas otras mujeres. Creo que está dilatando el tiempo, observándome, jugando conmigo... ¿sabes?, como el gato juega con el ratón antes de matarlo.

—Vamos, Joanne —se rió Eve—. ¿No crees que estás siendo un poco melodramática?

Joanne se encogió de hombros. Se sentía vagamente herida —había soportado a Eve su momento trágico; ¿era mucho esperar que se tuviera con ella la misma deferencia?—, pero no dijo nada.

—Dime, Joanne —preguntó Eve en un tono imparcial, clínico—, ¿hay alguien más en casa cuando te llama?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estás sola cuando te llama o siempre hay alguien contigo?

Joanne tuvo que pensarlo un minuto.

—Creo que cuando llama suelo estar sola; al menos, sola en la habitación. Salvo la noche que llamó cuando Lulu estaba durmiendo conmigo.

—Pero ella no oyó nada —era una afirmación, no una pregunta.

—Bueno, no se despertó —puntualizó Joanne—. ¿Por qué? ¿Qué tratas de decirme?

Eve sacudió la cabeza.

—Nada —dijo, mirando por la ventanilla.

—¿Qué intentas decirme? ¿Que imagino cosas?

—No estoy diciendo eso.

—¿Qué estás diciendo?

—A veces la mente juega malas pasadas —sentenció Eve, añadiendo unas comillas invisibles a las palabras que el médico le había dicho respecto a ella misma.

Joanne se preguntó si la elección de aquellas palabras habría sido intencionada y si Eve había querido que sonaran tan crueles.

—¿Hablaste con Brian? —preguntó Joanne, decidiendo ignorar las múltiples implicaciones de la afirmación de Eve.

Eve pasó a la defensiva.

—Claro que hablé con Brian —dijo—. Tú me lo pediste, ¿no? Dice lo mismo que te decimos todos: que si recibes llamadas obscenas le cuelgues el teléfono al tipo.

—Ni siquiera estoy segura de que sea un hombre —le recordó Joanne—. Es una voz tan extraña...

—Claro que es un hombre —saltó Eve, sin dejar lugar a la discusión—. Las mujeres no hacen llamadas obscenas a otras mujeres.

—¡Son algo más que llamadas obscenas! —le corrigió Joanne amargamente—. Dice que va a matarme. Dice que yo soy la próxima. ¿Por qué me miras así?

Joanne sorprendió un momento de indecisión en los ojos de Eve.

—Me preguntaba —apuntó Eve, relajando el rostro en una especie de sonrisa— si las amenazas telefónicas empezaron antes o después de que Paul se fuera.

Joanne no dijo nada. Notó que sus hombros se abatían y que la espalda se le desmoronaba contra la suave tapicería de piel del asiento del coche, demasiado confusa y derrotada para desafiar a su amiga.

—No digo que no te esté telefoneando alguien —insistió Eve a modo de excusa mientras Joanne tomaba el camino de entrada a su casa—. Mierda, no sé lo que digo. Joanne, mírame, por favor. Lo siento. Mírame.

Joanne apagó el motor y quitó la llave del contacto. Volvió lentamente el rostro hacia la que era su amiga desde hacía casi treinta años.

—Por favor, olvida lo que he dicho. No quería hacerte daño. Ese estúpido médico me ha sacado de quicio, y me frustra que nadie logre averiguar lo que me pasa. Por eso me he metido contigo. Los médicos me dicen que todos mis problemas están en mi cabeza, así que te he dicho lo mismo. ¿Para qué están los amigos? Muy maduro, ¿verdad? Dale a la pequeña psicóloga una medalla de oro en comportamiento adulto. Por favor, perdóname, Joanne. No quise hacerlo —Joanne asintió—. Sabes que te quiero —insistió Eve—. Me siento tan frustrada...

—Lo sé. Y lo comprendo, de verdad.

—Y yo sé que tú no debes preocuparte —dijo Eve—. Si alguien va a morir aquí, ésa soy yo, así que no te atrevas a robarme la idea, ¿entiendes?

Joanne comprendió que Eve lo decía en serio, que estaba asustada de verdad.

—No te vas a morir —repitió—. Te lo prometo —insistió Joanne al observar que ésas eran precisamente las palabras que Eve estaba esperando.

Eve atrajo a su amiga hacia ella y la abrazó tan fuerte que Joanne apenas podía respirar.

—Por favor, no te enfades conmigo —susurró.

—No me enfado —respondió Joanne con solemnidad, acariciando el cabello de Eve—. Nuestra primera pelea —sonrió.

—Supongo que sí. —Eve se dio unos toques en el cabello que Joanne había acariciado—. Lo tengo tan seco... —dijo, intentando aparentar indiferencia—. ¿Te acuerdas?, solía tener un cabello muy lustroso.

—Te pondrás bien —le dijo Joanne.

—Tú también —respondió Eve.

Ambas mujeres salieron del coche, cerrando las puertas al unísono.

Capítulo 14

Joanne se hallaba desnuda en medio del ropero, con una mueca de disgusto en el rostro y un montón de ropa descartada en el suelo alrededor de sus pies descalzos. Simplemente: allí no había nada que le apeteciera ponerse. Todo lo que tocaban sus manos le parecía extraño y ajeno, como si cada prenda la hubiese comprado otra persona. Alguien sin gusto y sin estilo, pensó sacando un vestido azul marino y blanco de su percha y sosteniéndolo sobre sus sudorosos senos.

¿Por qué sudaba? Ella nunca sudaba. La casa tenía aire acondicionado. ¿Por qué tenía tanto calor? Dejó caer el vestido al suelo... No le sentaba bien. Le hacía parecer una matrona de mediana edad. No le importaba serlo, se dijo a sí misma, pero eso era lo último que quería parecer. Era demasiado severo, demasiado estirado, demasiado pasado de moda, con su pulcro cuellecito abierto en pico y un cinturón de cuero azul. Odiaba ese vestido. ¿En qué estaría pensando cuando se lo compró? Si tuviese una fotografía suya con ese vestido, decidió Joanne, ésa sería sin duda la foto que usarían todos los periódicos cuando se descubriera su mutilado cadáver. Víctima número cuatro, vio escrito sobre su rostro sonriente e inefable. Atractiva, diría la gente (tal como ella misma había observado respecto de las otras víctimas del estrangulador). Agradable. Corriente.

Tal vez debería salir ahora, pensó frívolamente, y hacerme una foto en uno de esos fotomatonés de cuatro disparos por un dólar, o lo que ahora cueste, con una notita pegada al cuello blanco abierto en pico que acuse: «Os lo dije», en letras negras que destaquen. No, corrigió, apartando el vestido de una patada: letras azul marino. Para hacer juego. Dios no permita que la nota no haga juego con el vestido.

Cogió otra prenda de su colgador, un vestido de lino blanco que la vendedora de Bergdorf Goodman le había obligado a comprar contra su buen criterio. ¿Qué buen criterio?, se preguntó mientras sostenía el vestido delante de ella. Era, sin duda, lo más elegante que poseía. Pero era casi transparente y eso significaba que tendría que llevar combinación, y hacía demasiado calor

para ponerse combinación; además, el lino se arruga tan deprisa... Y aunque la vendedora le había asegurado que «la arruga es bella», que ése era el *look*, Joanne siempre se había sentido incómoda con arrugas —continuamente deseaba agarrar la plancha—, y era fatal sentirse incómoda, no quería parecer incómoda. Quería parecer hermosa. Quería que Paul la mirase y se arrojara a sus brazos y le dijese lo arrepentido que estaba, lo estúpido que había sido, y que, si le hacía el favor de perdonarlo y volvía a aceptarle, se pasaría el resto de su vida resarciéndola, y todo eso delante del profesor de matemáticas de Robin, el señor Avery, quien sonreiría y les diría que estaba seguro de que ahora se resolverían los problemas que tenía con Robin y que sentía haberlos molestado. Y ellos le sonreirían, lágrimas de gratitud bañarían sus felices rostros, y le dirían que no se preocupara: al fin y al cabo, él era quien los había vuelto a unir.

Joanne dejó caer al suelo el vestido de lino blanco y notó que se deslizaba una lágrima por su mejilla. Eso no ocurrirá nunca, pensó. Nunca ocurriría porque no tenía nada que ponerse. Debía reunirse con Paul en el despacho del señor Avery dentro de una hora —¡Dios mío, una hora!— y vestiría los mismos pingos ajados que la mujer que había abandonado, y Paul la miraría y sonreiría —su desaliño le reforzaría la decisión de largarse— y se sentarían uno al lado del otro sin tocarse, como padres responsables, ya que nada más, y escucharían lo que el señor Avery tuviera que decirles, y luego saldrían a comer —Paul había aceptado su propuesta de ir a comer juntos: ¿era quizá un signo de que la extrañaba?— y hablarían de las preocupaciones del señor Avery e intentarían decidir cuál era el mejor modo de tratar los problemas de Robin de un modo civilizado. ¡Civilizado! Ése era el problema exacto de su vestuario. Era tan civilizado... La podían enterrar cómodamente con cualquiera de aquellas prendas.

Sonó el teléfono.

Joanne se quedó inmóvil, desnuda como estaba, en medio de su ropero y mirando en dirección del teléfono. Él sabía que ella estaba allí, pensó, y notó que un nuevo brote de sudor le recubría el cuerpo. De algún modo, él podía verla en ese pequeño cuarto sin ventanas. Él sabía que estaba desnuda. Incluso ahora sus ojos estaban examinándola, y sus dedos se le clavaban en la carne, hundiéndose en las imperfecciones demasiado evidentes. Joanne permaneció quieta, conteniendo el aliento por temor a que la delatase el sonido de su respiración, hasta que el teléfono dejó de sonar. Luego siguió hurgando en el armario. Sus temblorosas manos seleccionaron un vestido camisero turquesa que, al menos, desprendía un destello de juventud. A

continuación, corrió a la cómoda de su dormitorio, cuidándose de permanecer fuera de la vista de la ventana aunque en aquel momento nadie trabajaba en el patio trasero. Abrió el cajón superior y sacó unas sencillas bragas blancas y un sujetador a juego —¿por qué no tenía algo más sexy?— y se puso ambas prendas. Sus dedos vacilaron al abrochar el sujetador blanco de algodón. ¿Por qué no tenía ella una de esas diminutas prendas íntimas de encaje que Eve siempre llevaba? Anotó en una lista mental adquirir algunas en el futuro. Quizá, si le daba tiempo, podría detenerse ahora en una tienda de camino al colegio de Robin y comprarlas. Se miró la muñeca, reparó en que no llevaba el reloj y echó un vistazo al de la mesita de noche que estaba junto al teléfono. Faltaban diez minutos para las diez; nunca tenía tiempo.

Además ¿en qué estaba pensando? Se rió, con ese tipo de risa entrecortada que se pega a la garganta. Se puso el vestido turquesa. A Paul no le interesaba su ropa interior. No iba a verla. Iban a reunirse con el profesor de Robin dentro de cuarenta minutos para hablar de su hija mayor y luego irían a comer, por sugerencia de ella, para seguir hablando de su hija mayor. No se trataba de una cita romántica en un hotel.

Joanne desfiló hacia el baño y se examinó en el espejo de cuerpo entero. Una rápida ojeada la convenció de que a quien había sido su marido durante casi veinte años no le asaltaría el ardor urgiéndole comprobar qué tipo de ropa interior había elegido para la ocasión.

Se mesó el cabello con despecho y pensó que el problema no estaba en su ropa, sino en su rostro. Todo lo que necesitaba era una cabeza nueva, pensó gruñendo a su reflejo. Estaba tan pálida... Regresó a la ventana del dormitorio después de calzarse unas viejas sandalias —¿qué le ocurría en las uñas de los dedos gordos de los pies?— y contempló el caos que en otro tiempo había sido un césped y un jardín bien cuidados. Mi casita de veraneo sin el tráfico, pensó con acritud observando el agujero de cemento vacío que antaño fue su patio trasero.

Hacía diez días que no lo pisaba ningún trabajador, siete desde que le informaron perentoriamente de que Piscinas Rogers había quebrado, cinco desde que Paul le dijo que intentaba arreglarlo.

Maquillaje, pensó de improviso, un poco de maquillaje. Corrió al baño, abrió el armario de las medicinas y sacó las filas de costosos tubos que Eve le había convencido de que comprara, aunque no recordaba la última vez que los había usado. Bella es quien el bien hace, le decía siempre su madre, y Paul le repetía que le desagradaba cualquier tipo de artificio. Sin embargo, un poco de maquillaje no le haría daño. No se maquillaría tanto como para que se

notara; sólo lo suficiente para que se advirtiese la diferencia. Se dio un poco de colorete en las mejillas, decidió que no era bastante y se dio un poco más. Ahora era demasiado. Se lavó rápidamente y volvió a intentarlo. Después de muchos intentos, no quedó satisfecha. Tenía que preguntar a Eve cómo se hacía. Se rindió en lo de las mejillas y empezó con el rimel, girando hacia arriba el aplicador curvado en una serie de lentos y cuidadosos gestos.

Sonó el teléfono. Con el repentino estrépito, se metió la mano en el ojo. Parpadeó furiosamente ante el inesperado dolor. Apretó la mano sobre el ojo derecho para detener la aguda punzada y, cuando se miró al cabo de unos segundos, vio que se había manchado de rimel un lado de la cara.

—Fantástico —dijo en voz alta y temblorosa, con los ojos llenos de lágrimas de autocompasión—. Simplemente maravilloso. Cuanto más se acerca ella... —profirió, recordando el viejo anuncio de Clairol, en el que una hermosa joven corría a cámara lenta a través de un campo de flores para abrazar a su joven amante.

El teléfono sonaba aún.

—Maldito seas —aulló Joanne en dirección al aparato—. Mira lo que me has hecho hacer. ¡No te basta con matarme; tienes que arruinarme el maquillaje!

Se acercó enojada al teléfono y lo descolgó:

—Diga —ladró, preparando el cuerpo para la extraña ronquera que instantáneamente reduciría su carne a mermelada.

—¿Joanne?

—¿Warren?

Se sintió momentáneamente desorientada. ¿Por qué la llamaba su hermano —en California aún no eran las siete de la mañana—, a menos que hubiera sucedido algo terrible?

—¿Qué ocurre? ¿Estáis todos bien?

—Todos estamos bien —respondió escuetamente—. Te llamo porque eres tú quien me preocupa.

—¿Yo?

—Por Dios bendito, Joanne, ¿por qué no me lo dijiste?

Joanne tardó un momento en salir de su confusión y comprender de qué hablaba Warren.

—¿Te refieres a Paul y a mí? —preguntó ella.

—Entre otras cosas. ¿Por qué no me lo contaste?

—No quería preocuparte. Esperaba que todo se resolviera —explicó, pensando que en aquel momento de su vida lo que menos necesitaba era esa

llamada de teléfono.

—Pero no se ha resuelto.

—No —admitió—. Al menos, aún no. Pero hoy voy a comer con Paul, y...

—Hablé con Paul ayer.

—¿Hablaste con Paul? —estúpida pregunta, pensó Joanne después de plantearla. ¿Cómo, si no, se había enterado de su separación?—. ¿Qué te dijo?

—Bueno, te puedes imaginar lo idiota que me sentí —empezó Warren, evitando su pregunta—. Llamé a tu casa y el teléfono estaba desconectado, de modo que llamé a la oficina de Paul y le pregunté qué sucedía. Se produjo un incómodo silencio y, por fin, me preguntó él: «¿quieres decir que Joanne no te lo ha contado?». Y yo le dije: «¿contarme qué?». Así que me lo explicó.

—¿Qué te explicó?

—¿Qué? —repitió él—. Que os habéis separado, que él tiene un apartamento en la ciudad, que tú recibes llamadas obscenas... Joanne, ¿estás bien?

Claro que no estoy bien, pensó Joanne.

—Claro que estoy bien. Paul necesita tiempo para... meditar. Está confuso, eso es todo.

—¿Quieres compañía? Gloria podría ir unos cuantos días...

—No, estoy bien, de veras.

Si admitía la necesidad de la compañía de Gloria sólo alarmaría más a su hermano. ¿Y qué sentido tenía hacerlo?

—Gloria quiere decirte unas palabras.

—Hola, Joanne. —Gloria siempre sonaba como si su nariz acabara de oler algo desagradable—. ¿Cómo lo llevas?

Joanne le dijo que estaba bien. No le explicó que tenía rimel en el lado derecho de la mejilla, que no tenía nada decente que ponerse, que el suelo de su ropero era un caos de ropa descartada, que su patio trasero era un caos de cemento abandonado, que su mejor amiga se estaba desmoronando y que cada vez estaba más convencida de que ella sería la próxima víctima del estrangulador del extrarradio. Dijo que estaba bien porque sabía que era lo que Gloria quería oír.

—Bien, eso es bueno. Quiero decir que ya sé que se trata de tu vida y todo eso —continuó Gloria—, pero intenta no tomártelo demasiado en serio. ¿Sabes a qué me refiero?

—Pensé que íbamos a comer —dijo Joanne.

—Lo sé y lo siento —explicó Paul con un ligero deje de impaciencia en la voz—. Intenté llamarte esta mañana cuando surgió el problema, pero no contestó nadie.

Joanne se vio a sí misma de pie en mitad del ropero mientras el teléfono sonaba con estridencia en la mesilla de noche.

—Lo siento de veras, Joanne. No he podido hacer nada. Es un cliente importante y, cuando él sugiere un almuerzo, es más que una sugerencia casual; ya sabes a lo que me refiero.

Joanne miró hacia el suelo. (¿Sabes a qué me refiero?, le preguntó de nuevo su cuñada a cinco mil kilómetros de distancia).

—Mira, tengo tiempo para un café rápido —dijo Paul ablandando la voz.

—¿Dónde? —preguntó Joanne mientras recorría con los ojos el pasillo vacío de la escuela superior.

—Hay una cafetería, ¿no?

—¿Aquí? ¿En la escuela?

—¿Qué mejor lugar para hablar de los problemas de Robin?

Su habilidad es de admirar, pensó Joanne al tiempo que su marido la cogía del brazo y la guiaba escaleras abajo hacia la cafetería. En una simple frase lo había dicho todo: tratarían los problemas de su hija, no los suyos. No estaba dispuesto a ir más allá. Intentar algo más sería singularmente inoportuno, dado el momento y el lugar. Haz las cosas fáciles, le advertía él, sencillas y, sobre todo, sin emociones.

Joanne se cogió a la barandilla para apoyarse cuando Paul le soltaba el brazo. Al notar que le fallaban las rodillas disminuyó el paso, temiendo que si se caía molestaría aún más a Paul. El olor a comida empezaba a mezclarse con otros efluvios familiares: el olor a calcetines sucios y gimnasios, a tiza y pizarras, a exasperación y entusiasmo. A juventud, evocó al verse a ella misma y a Eve carcajeándose junto a sus taquillas abiertas, forradas de fotos de los ídolos de su adolescencia.

—Aquí estamos —dijo Paul empujando las puertas batientes de la cafetería y haciéndose a un lado para dejar pasar a Joanne.

(— ¡Aquí! —le dijo Eve inmediatamente, dando saltos en su asiento—. Puedes comerte el bocadillo que me ha hecho mi madre... Mortadela otra vez, puedes creerlo. Parece que tengamos acciones de una fábrica de mortadela... ¿De qué te lo ha hecho tu madre? Atún, fantástico, lo cambiaremos).

—¿Qué quieres tomar? —Paul cogió una bandeja de la pila y la deslizó por las barras de acero hacia la caja registradora.

—Café —dijo Joanne volviendo al presente. Veía a Eve al mirar a una chica alta y delgada de unos quince años, con el cabello rojo echado hacia atrás en una indómita cola de caballo atada con un lazo verde oscuro.

Sólo había un puñado de estudiantes en la gran sala. Las mesas estaban dispuestas con precisión en largas filas. Algunos de los estudiantes la miraron cuando siguió a Paul hasta una mesa junto a la ventana que se abría justo por encima de sus cabezas, de modo que todo lo que se veía del patio del colegio eran pies. Paul levantó las dos tazas de la sucia bandeja naranja y colocó ésta en la mesa de al lado. Se puso a estudiar el café como si esperara ser interrogado en cualquier minuto. Su gesto parecía querer recordarle a Joanne que estaban allí para hablar de su hija.

—¿Qué opinas de lo que ha dicho Avery? —preguntó él por fin.

—Creo que está muy preocupado por Robin.

—¿No crees que exagera?

No todo el mundo exagera en estos días, quiso decirle Joanne, pero, en cambio, le respondió:

—No lo creo.

—Quiero decir que es junio, ¡por favor!, los chicos están inquietos, esta tarde es el último día de clase, no volverán salvo para los exámenes finales, y el propio Avery ha admitido que está seguro de que Robin los aprobará.

—Está preocupado por el año que viene. Su actitud...

—Robin estará bien en otoño.

—¿Sí? ¿Por qué? —a Joanne le sorprendió su propia pregunta—. ¿Las cosas serán distintas en otoño? —presionó.

—Joanne...

Joanne miró los cuadrados del techo.

—Lo siento —dijo en seguida—. No creo que podamos permitirnos el lujo de ser tan indolentes a ese respecto.

—Nadie está siendo indolente. Sin duda tendremos que hablar con Robin, hacerle comprender la gravedad de sus actos, que no puede permitirse el lujo de empezar el curso del mismo modo que ha acabado éste, que tendrá que asistir a todas las clases, que eso de saltarse alguna es un comportamiento del todo inaceptable...

—¿Cuándo vamos a decirle todo esto?

Paul no dijo nada. Dio un largo sorbo de café.

—Hablaré con ella este fin de semana —dijo por fin, mirando significativamente el reloj.

—Paul, tenemos que hablar. —Joanne percibió el temblor en su voz y se odió por ello.

—Estamos hablando —dijo él ignorando deliberadamente el tema, negándose a mirarla. Dio otro largo sorbo de la taza.

—Te echo de menos —susurró Joanne.

Paul miró a uno y otro lado con palmaria incomodidad.

—Si necesitas algo...

—Te necesito a ti.

—Éste no es lugar.

—Y ¿cuál lo es? Siempre estás diciendo que llamarás, pero nunca lo haces. Esperaba que pudiéramos hablar durante la comida.

—Te he explicado lo de la comida.

—Ésa no es la cuestión.

—La cuestión es que no tengo tiempo —le dijo a Joanne, como ya le había contado antes—. Apenas si estoy empezando a acostumbrarme a estar solo.

Levantó la cabeza de la mesa para mirarla directamente a los ojos y decirle en voz baja, apenas audible:

—Tú también tienes que acostumbrarte.

—Es que yo no quiero acostumbrarme —le respondió, sorprendida de su propia agresividad.

—Tienes que hacerlo —repitió él—. Tienes que dejar de llamarme a la oficina al menor problemita.

—Esto no es un problemita. El señor Avery...

—No hablo del señor Avery. Hablo de cosas como la factura del gas...

—Había un error en el cargo. No podía descifrarla.

—Hablo de Sports Illustrated...

—No sabía si querías renovar la suscripción.

—Podías haberlo decidido tú.

—¡No quería equivocarme! —de improviso rompió a llorar—. Lo siento —lloró bajito, cogió una servilleta de papel de la caja de aluminio y se sonó la nariz—. No era mi intención ponerme a llorar.

—No —dijo él con dulzura, cogiéndole la mano por encima de la mesa—. Yo soy el que lo siente.

Joanne lo contempló esperanzada. Ahora viene cuando me dice lo estúpido que ha sido y me implora perdón. Si lo acepto otra vez, se pasará el resto de su vida resarciéndome.

—No debí reprocharte nada —dijo Paul, en cambio—. Sabía que no era el momento ni el lugar. Dios mío, Joanne, me haces sentir como un hijo de puta.

Joanne se tapó los ojos con la mano libre, mordiéndose tan fuerte el labio inferior que le supo a sangre.

—¿Tengo los ojos manchados? —preguntó mientras él retiraba la mano.

Joanne se acicaló distraídamente el cabello y toqueteó el cuello de su vestido.

—No —dijo Paul, con ojos dulces y voz tierna—. Estás adorable. Ya sabes que siempre me ha gustado este vestido.

Joanne sonrió.

—Te quiero —dijo ella sin mirarle, con labios temblorosos a pesar de sus esfuerzos por controlarlos.

—Yo también te quiero —dijo él simplemente.

—Entonces ¿qué estamos haciendo?

Paul sacudió la cabeza.

—No lo sé —admitió.

—Vuelve a casa.

Paul miró hacia la puerta de la cafetería cuando irrumpía con estrépito una pareja riendo y lanzándose alegremente insultos, en broma, uno a otro.

—No puedo —dijo; y aunque sus palabras se perdieron en el súbito torbellino de actividad circundante, Joanne sólo tuvo que mirarlo a los ojos, centrados resueltamente en su taza vacía, para comprender lo que había dicho.

—Señora Hunter —llamó la voz desde el vestíbulo. Joanne se dio media vuelta bruscamente; casi choca con una mujer vestida de tenis que la adelantaba.

—Lo siento, no deseaba alarmarla —dijo Steve Henry cruzando el vestíbulo verde y blanco del club.

—¿He olvidado algo en la pista? —preguntó Joanne, palpando automáticamente el bolso en busca de sus llaves.

—No —se rió él. Un hoyuelo apareció en su mejilla izquierda—. Me han anulado una clase, así que me preguntaba si le gustaría tomar una taza de café conmigo. Hablaríamos de lo mucho que ha mejorado su juego en las últimas dos semanas —añadió.

—No lo creo —respondió Joanne con prontitud.

—¿No cree que su juego haya mejorado o no cree que le gustase tomar una taza de café conmigo?

—Me temo que ambas cosas —ya había tenido bastantes charlas ante una taza de café por aquel día—. Tengo un poco de prisa.

—Claro —dijo él con despreocupación, acompañándola a la puerta—. ¿Y su amiga? La pelirroja...

—¿Eve?

—Sí, Eve, la del revés débil y la sonrisa perversa.

Joanne sonrió, pues estaba de acuerdo con él. La sonrisa de Eve era perversa, como si ella supiera algo que el resto del mundo no sabía pero que podían convencerla para que lo contase.

—¿Volveremos a verla alguna vez?

—Oh, claro. Estoy segura de que reanudará las clases en cuanto empiece a sentirse mejor.

—Así lo espero, aunque tendrá que trabajar duro para ponerse a su nivel.

—No creo.

—¿Quién es el profesor aquí? —Joanne intentó devolverle la sonrisa, pero había algo en las buenas y gráciles maneras de Steve Henry que la desasosegaba—. Está usted pegando golpes muy buenos —añadió—. La hago correr por toda la pista y la caza todas.

—Y las envió directamente a la red.

—Aún no acompaña el movimiento —especificó él—. Pero, no sé, ahí fuera me ha parecido notar en usted una nueva agresividad, esta tarde. —Joanne se rió, a su pesar—. ¿Lo ve? Sabe a lo que me refiero, ¿verdad?

—Mire los dedos de mis pies —gimió Joanne, sin saber qué decir. Bajó la vista a las uñas violáceas de sus pies, que asomaban bajo las tiras de las sandalias—. Parece como si estuvieran a punto de caerse.

—Probablemente perderá las uñas —le dijo Steve Henry, dándolo por hecho—. Eso es que lleva unas zapatillas demasiado pequeñas. Para jugar a tenis necesita medio número más. Lo que le ocurre es que las uñas se le clavan en la puntera de las zapatillas porque no tienen suficiente espacio para moverse.

—Tienen este tono azulado tan adorable... —sonrió ella mientras llegaba a la puerta principal.

—Como sus ojos.

¡Oh!, pensó Joanne, sorprendida y momentáneamente sin habla: no estamos hablando de tenis.

Capítulo 15

—Sí, y entonces ¿qué dijiste?

—¿Cómo que qué dije? No dije nada.

—Joanne, por el amor de Dios —exclamó Eve con impaciencia—, es obvio que el tipo te estaba tirando los tejos. Te dice que tus uñas de los pies son del mismo color que tus ojos... —ambas mujeres estallaron en risas—. Muy bien, ya sé que no es lo más romántico que podía haber dicho, pero es bonito.

—Mis ojos no son azules; son color avellana.

—Quisquillosa, más que quisquillosa. Ésa no es la cuestión. La cuestión es que él te dijo que tienes los ojos bonitos. ¿Cuándo fue la última vez que alguien te dijo eso? —Joanne sonrió, recordando que, no hacía mucho, ella se había hecho la misma pregunta—. La cuestión es —agregó Eve— que, obviamente, está interesado.

—En mí —afirmó Joanne, aunque era, inequívocamente, una pregunta.

—¿Por qué no en ti? —exigió Eve.

Las dos mujeres se encontraban ante los fogones de la cocina de Eve vigilando la cena que ésta había preparado para la noche del sábado.

—Relájate un poco, hazte algunas mechas rubias en el cabello. Eres una mujer muy hermosa.

—Creo que todos esos rayos X te han afectado el cerebro —dijo Joanne a su amiga en broma, aunque le agradecía el cumplido.

—La loca eres tú si no te aprovechas de lo que Steve Henry te está ofreciendo.

—¿Qué me está ofreciendo?

—Uno de los cuerpos de veintinueve años más bonitos que he visto en mi vida. Vamos, Joanne, aunque no sea por otra razón, hazlo por mí.

Joanne se rió fuerte.

—No puedo —dijo por fin.

—¿Por qué demonios no?

—Porque soy una mujer casada.

Hubo una larga pausa antes de que Eve volviera a hablar.

—¿Crees que Paul se pasa las noches sentado en casa y le dice a todo el mundo que es un hombre casado?

—¿Qué quieres decir?

Antes de que la pregunta saliera de su boca, Joanne se arrepentía de haberla planteado.

—Mira, no digo que sea nada serio...

—¿Qué intentas decirme?

—No sé nada a ciencia cierta —matizó Eve.

—¿Qué has oído?

—Algunas personas lo han visto por ahí.

—¿Con quién? —un repentino y veloz latido de su corazón empujó la pregunta por su garganta.

—Una chica. Judy nosequé. Nadie conocida. —Se encogió de hombros, su rostro reveló el apropiado desdén—. Una rubia, naturalmente.

—¿Joven?

—En mitad o al final de los veinte.

Joanne se dejó caer sobre la encimera de Eve en busca de apoyo.

—Escucha —dijo Eve al momento—. No te cuento lo de esta rubia, Judy comosellame, para preocuparte. Te hablo de ella para que espabiles. La oportunidad llama a tu puerta, por Dios. ¿Cuántas ocasiones como ésta crees que se te van a presentar? Steve Henry es un «queso» con garantía. ¿Sabes la resistencia que tienen los hombres de veintinueve años? Piénsalo, Joanne. Es todo lo que te pido.

—¿Qué coño pasa aquí? —dijo una voz masculina desde el comedor—. Pensé que ya estaría la cena.

—Ahora voy —gritó Eve manipulando ruidosamente varios cacharros sobre la cocina sin hacer nada en realidad—. La cuestión es, Joanne —añadió en un susurro— que Paul no pasa todas las noches solo en su apartamento nuevo meditando. También sale y... no para meditar.

Eve reunió una gran fuente y unos cuantos platos a su alrededor y empezó a distribuir la cena que había preparado.

—Brian está de un humor de perros —informó a Joanne mientras se aproximaban a la puerta que daba al comedor con las manos cargadas de diversos manjares—. Intenta no hablarle de su trabajo.

Joanne asintió. Se sentía aturdida desde los despeinados cabellos castaños hasta la punta de las uñas moradas. Ya no tenía hambre, a pesar de los

deliciosos aromas, y dudaba que pudiera decir algo a Brian dado el enorme nudo que tenía en su garganta.

—¿Cómo están las chicas? —preguntó Brian con la enorme boca llena de comida.

—Están bien —respondió automáticamente Joanne—. Bueno, en realidad no, no están bien —rectificó levantando la vista de su intacto plato de buey al estilo chino sobre un lecho de arroz que, sin duda, Eve había estado preparando todo el día—. Quiero decir que están bien de salud, supongo. Pero Lulu me está volviendo loca con sus exámenes finales porque está convencida de que va a suspenderlo todo, y Robin me está volviendo loca porque está convencida de que va a aprobarlo todo sin dar golpe. Esta noche sale porque ¡Dios no quiera que se quede en casa un sábado por la noche! Y Lulu, que se queda en casa estudiando, está desesperada porque tiene examen de historia el lunes y la única fecha que puede memorizar es el estallido de la guerra de los bóers y, como es natural, este año no estudian la guerra de los bóers.

Brian se echó a reír.

—¿Por qué la guerra de los bóers?

—Oh, es la combinación numérica de nuestro sistema de alarma antirrobo.

—Ahora comprendo por qué tuviste otra falsa alarma esta mañana —dijo Brian sirviéndose más ensalada.

Joanne asintió.

—Después de sermonear a las niñas un millón de veces para que comprueben y se aseguren de que la alarma está apagada antes de abrir la puerta por la mañana, adivina quién se olvidó e hizo precisamente eso. Oh, bueno —sonrió Joanne tristemente—, así tengo algo para hablar con mi abuelo.

—¿Cómo está?

—No está bien. —Joanne se llevó el tenedor a los labios; luego, lo bajó sin probar bocado.

—¿Dejas la alarma puesta incluso cuando estás en casa? —preguntó Brian. Su instinto profesional los devolvió a la conversación original.

Joanne asintió.

—Me siento más segura desde lo de las llamadas telefónicas.

—¿Qué llamadas telefónicas? —preguntó Brian.

Un estruendo repentino —el tenedor de Eve chocando contra el borde del plato al caérsele de la mano— desvió el centro de atención al extremo de la mesa donde Eve estaba sentada. Eve se levantó de un salto y, torpemente,

chocó contra el vaso de vino, derramando lo que le quedaba del costoso borgoña en su ensalada.

—Oh, Dios —exclamó—, me parece que tengo un dolor agudo.

—¿Dónde? —preguntó Joanne, acudiendo de inmediato al lado de Eve.

—En los sitios de siempre —jadeó, intentando reír—. El corazón, los pulmones, el estómago, el vientre...

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Joanne a Brian, que permanecía en su silla.

—Hay Valium en el armario de las medicinas de nuestro baño —empezó Brian.

—¡No necesito Valium! —gritó Eve—. Necesito un médico que sepa de qué habla. Mierda, mira el mantel.

Joanne bajó la vista hasta la brillante mancha sanguinolenta que tomaba la forma de un mantelito individual alrededor del plato de Eve.

—Está bien, yo lo lavaré —se ofreció Joanne—. Quizá debieras ir arriba y acostarte.

Eve contempló a su marido, que permanecía impasible, sentado a la mesa sin moverse.

—De acuerdo —consintió Eve.

—Te ayudaré.

—No, puedo arreglármelas —se libró del abrazo protector de Joanne con el cuerpo doblado hacia adelante—. Bajaré pronto —prometió—. Terminad de cenar.

—¿Estás segura de que no quieres que suba contigo?

—Quiero que laves el maldito mantel antes de que se estropee —respondió Eve intentando sonreír—. Y quiero que no pierdas de vista a Steve Henry, maldita sea.

Eve desapareció escaleras arriba con el adecuado porte dramático.

—¿De qué va todo eso? —preguntó Brian mientras Joanne empapaba con su servilleta el vino derramado.

Joanne se puso a recoger la mesa.

—Yo estaba a punto de hacerte la misma pregunta —le contestó ella sin mirarle.

—Siéntate —le dijo de manera informal pero con un indiscutible aire de autoridad—. Aún no he terminado la cena.

—Y tú ni siquiera has tocado la tuya. Vamos, la madre de Eve estará contentísima de comprarnos otro mantel. Eso le proporcionará algo útil que hacer y la mantendrá alejada diez minutos. Come.

Joanne regresó a regañadientes a su asiento y miró fríamente al marido de Eve, cuya cara estaba sorprendentemente relajada a pesar de la rudeza de su voz. Ella no hizo ningún esfuerzo por ocultar su desaprobación.

—Pensarás que soy un desalmado hijo de puta, ¿verdad?

—Probablemente, yo no lo habría dicho de ese modo —admitió Joanne—, pero sí, es una descripción bastante precisa.

Se sorprendió de su propia franqueza. Normalmente habría buscado un modo de endulzar las palabras para no arriesgarse a herir sus sentimientos. Pero, en ese momento, dudaba que Brian Stanley tuviera alguno.

—Tú no sabes toda la verdad, Joanne —le dijo sencillamente. Sus ojos profundos no revelaban nada.

Ojos de policía, pensó Joanne.

—Sé que mi mejor amiga tiene terribles dolores y que su marido aparenta que le importan una mierda.

Brian Stanley tamborileó, impaciente, con los dedos sobre la mesa.

—Te lo repito —con voz uniforme—: no sabes toda la verdad.

—Puede que no sepa toda la verdad —dijo Joanne, empleando las palabras de Brian—, pero conozco a Eve. No es mujer que se ponga histérica por unas pocas molestias y dolorcitos. Siempre se ha controlado mucho. Incluso después de perder el bebé se repuso y siguió con su vida.

—¿No crees que eso fue un poquitín extraño?

La pregunta pilló a Joanne con la guardia baja.

—¿Qué quieres decir?

—Una mujer intenta durante siete años tener un niño y, por fin, lo concibe a los cuarenta, descubre que el bebé es una niña, elige un nombre en seguida, Jaclyn, contra las fuertes objeciones de su madre, debo añadir, luego pierde el bebé y regresa a su vida anterior como si nada hubiera ocurrido. No derrama ni una lágrima. ¡Dios mío, Joanne, yo lloré!

—Eve nunca fue muy dada a demostrar sus emociones en público.

—Yo no soy el público... ¡soy su marido! —Brian se dio cuenta de que había levantado la voz y respiró larga y profundamente mirando hacia la escalera—. Hay otras cosas.

—¿Como qué?

—Individualmente no significan demasiado —admitió—, pero cuando las sumas todas... Es un poco como resolver un crimen.

—No es un crimen estar enferma.

—No digo que lo sea.

—Entonces, ¿por qué no la ayudas?

—Lo intento. Ella no acepta el tipo de ayuda que yo le ofrezco.

—¿Qué tipo de ayuda es?

—Quiero que la vea un psiquiatra.

—¿Por qué? ¿Porque un médico sugirió que sus problemas eran psicossomáticos?

—No sólo un médico. Joanne, por favor, escúchame. Tal vez tú seas la única que pueda convencerla para que reciba la ayuda que necesita. A ti te escucha.

Brian esperaba que Joanne dijera algo, pero ésta no dijo nada; sólo aguardó a que él continuase.

—Como he dicho es un cúmulo de cosas.

—¿Como cuáles?

—Como que siempre que vamos al teatro ha de ocupar un asiento en el pasillo.

—¿Qué? —Joanne se mostraba incrédula. ¿De qué hablaba ese hombre?

—. ¿Y qué hay de malo en eso? A mucha gente le gusta sentarse en el pasillo.

—Pero ¿se niegan a ir al teatro si no pueden sentarse ahí? —hizo una pausa—. ¿Dejan de ver una película para la que han hecho cola durante una hora si no pueden conseguir el asiento que desean? No usa el ascensor —añadió sin respirar, como si temiera que Joanne le volviese a interrumpir—. ¿Suben y bajan andando veinte pisos antes que poner un pie en un maldito ascensor? —Joanne estuvo a punto de hacerle una objeción—. Y no me digas que montones de personas tienen fobia a los ascensores. Lo sé. A mí tampoco me entusiasman. Pero eso no significa que vaya a rechazar invitaciones a cenar porque la gente vive en pisos altos o que deje de ir a algún sitio donde no pueda evitar un ascensor.

—Estoy segura de que Eve no dejaría que esas cosas la detuvieran.

—Tú no vives con ella, Joanne. Yo sí. Yo sé exactamente que «esas cosas» le han impedido actuar. Ya casi no vamos a ningún lado. Con los años, cada vez es peor. ¿Cuándo fue la última vez, que tú recuerdes, que Eve y yo salimos de vacaciones?

—No puedes culpar a Eve por eso. Tú eres el que está siempre trabajando.

—¿Es eso lo que te ha contado? —se levantó, pasándose una manaza por el cabello rizado y moreno que ya se estaba salpicando de gris—. Mira, es cierto, trabajo duro y trabajo mucho. ¿Y que? Para ser franco, no es ninguna maravilla regresar a casa, últimamente.

Hizo una pausa, bajando la vista hacia la mesa. A Joanne le sorprendió lo vulnerable que ese hombre tan grande y tan duro parecía en aquel instante.

Notó que le costaba un verdadero esfuerzo plantearse sus siguientes palabras y que aún le dolió más pronunciarlas.

—Eve ya no me quiere —dijo despacio, como si admitiera ese hecho para sí por primera vez—. Si he de ser completamente sincero conmigo mismo, tendría que decir que no creo que nunca me haya querido de veras. Creo que se casó porque sabía que eso exasperaría a su madre, si de verdad quieres saber lo que pienso —agregó, ahora más tenso—. Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que no tenemos ninguna relación de la que hablar. Por lo que a Eve respecta, cometió un error hace siete años y, ahora, apenas quiere tener nada que ver conmigo ni con mi mundo.

—Brian, ¿cómo puede eso ser cierto? ¡Ella iba a tener a tu hijo, por el amor de Dios!

—¡Por el amor de su madre, querrás decir! —levantó las manos—. Muy bien, muy bien, quizá he exagerado un poco, quizá esté equivocado, quizá ella me quiere...

—Estoy segura de que sí. Siempre está hablando de ti. Está muy orgullosa de ti, yo lo sé.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué dice?

A Joanne le costó recordar algo positivo que Eve hubiera dicho de Brian. Miró la cara sorprendida de Brian. (—Créeme, la cara no es su mejor rasgo, oyó decir a Eve).

—Bueno, claro que nunca entró en detalles —Joanne vaciló, azorada—, pero sé que ella... encuentra tu trabajo muy interesante —dijo, incapaz de atreverse a hablar de su vida sexual.

—¿Mi trabajo? —clamó Brian—. ¡A Eve le gusta la truculencia! La mayor parte de mi trabajo es aburrido como una mierda. Mi trabajo podría importarle menos. ¿Qué te ha contado de nuestra vida sexual? —preguntó, como si pudiera leerle la mente.

—Sólo que es bastante más que satisfactoria —dijo Joanne con calma; luego añadió veloz—: fantástica, en realidad.

—Nuestra vida sexual no existe —exclamó Brian.

—Bueno, supongo que desde el aborto... —tartamudeó Joanne, sorprendida una vez más con la guardia baja.

—No tiene nada que ver con el aborto. ¡Hace años que no disfrutamos de una buena vida sexual! —dio vueltas sobre sí mismo, para dejarse caer fatigosamente en su silla. Hubo un largo silencio—. Mira, no sé cómo ni por qué me metí en todo esto. Como he dicho, ésta no es la cuestión —sonrió amargamente—. Mi vida no es la cuestión.

Joanne notó que las lágrimas afloraban a sus ojos. Por primera vez desde que Brian había empezado a hablar, comprendió exactamente lo que estaba diciendo. (Quiero decir: ya sé que es tu vida y todo eso —le había dicho su cuñada—, pero intenta no tomártelo demasiado en serio).

—Te estaba contando que Eve y yo no vamos de vacaciones juntos desde hace años. Y no porque yo esté muy ocupado: porque ella no quiere subirse a un avión.

—A mucha gente no le gusta volar —sostuvo Joanne obstinadamente.

—No les gusta, pero lo hacen. Yo sólo tengo dos semanas, Joanne. No tengo tiempo para tomar un barco hasta Europa. Pero, muy bien, olvídate de volar, te concedo lo de volar, pero lo cierto es que aunque yo le propusiera ir a cualquier lugar en coche, a Boston, o a Toronto, a cualquier lugar, la respuesta sería no. Y ¿quieres saber por qué? —Joanne estaba absolutamente convencida de que no deseaba saberlo, pero igualmente convencida de que Brian iba a decírselo—. ¡Porque no quiere dejar a su madre!

—¿Qué? Brian, eso es ridículo. Eve apenas soporta estar más de dos minutos con su madre en la misma habitación.

—Lo sé. Y también sé que, por algún motivo, Eve se siente responsable de ella y no quiere dejarla. Es una relación muy compleja. Implica un enorme sentimiento de culpabilidad. Mierda, soy policía, no psiquiatra. Pero te digo que en la cabeza de Eve están sucediendo muchas cosas que tú no sabes, y que su madre tiene mucho que ver con ello.

—Vale —dijo Joanne, intentando tamizar las confusas capas de sus pensamientos—. Quizá Eve tenga problemas. Admito que yo no era consciente de la magnitud de algunas de sus fobias, pero no creo que eso signifique que los dolores que ha estado sufriendo...

—He hablado con todos los médicos; con algunos, más de una vez. Todos dicen lo mismo: que, físicamente, Eve no tiene nada malo, que las pruebas no indican nada fuera de lo corriente. Joanne, a nadie le duele todo su cuerpo. Eve tiene dolores por todas partes. Llévala a un médico: le duele el pecho. Llévala a otro: le duele el vientre. Se queja de que su estómago no funciona bien, de que está perdiendo peso, de que le sube la temperatura. ¡Estamos hablando de medio kilo, de medio grado! Tiré el maldito termómetro. Ella compró otro. Le digo que deje de tomarse la maldita temperatura, pero Eve se limita a fruncir el ceño. Está obsesionada.

—Le duele.

—No lo dudo. Créeme, no lo dudo ni un minuto. ¿Qué puedo decir? —miró alrededor de la habitación, impotente—. Hablé con la psiquiatra de la

policía. Le pregunté qué le parecía.

—¿Y?

—Dijo que parecía un caso bastante típico de depresión posparto producida por el aborto; la misma conclusión a la que llegaron los demás médicos. Me dijo que yo no podía permitir que me manipulara, que yo no debía velar por la enfermedad de Eve, porque eso sólo alentaría sus dolencias, que debía sugerirle enérgicamente que hablase con un profesional, pero, claro, Eve no quiere ni oír hablar de ello. Dice que conoce lo bastante a los psiquiatras como para saber que no quiere nada con ellos. Dice que no debería tener que defenderse de mí ni disculparse por padecer dolores. Se enfurece conmigo por sugerirle que vea a alguien. Joanne, ¿es eso tan malo? Hace casi dos meses que dura. Ya ha visto a la mitad de los especialistas de Nueva York y tiene cita con la otra mitad. Irá a todos esos médicos: ¿por qué no va a un psiquiatra? Aunque me equivoque y sea algo físico, algo que ninguna prueba haya detectado, ¿qué daño puede hacerle hablar con alguien de ello, aprender a afrontarlo? Si tuvieses horribles dolores, ¿no harías todo lo posible para librarte de ellos, aunque eso supusiera hablar con un loquero? —Joanne lo miró a los ojos, pero no dijo nada—. Lo siento. No quería descargar todo esto en ti.

—Eve es mi mejor amiga. Quiero ayudarla, si puedo.

—Entonces convéncela para que vaya al psiquiatra —le instó Brian—. Lo siento, ahí voy a parar otra vez. Educación policial, supongo. Lo siento. Es obvio que tú ya tienes suficientes cosas por las que preocuparte. ¿Qué es eso de que estás recibiendo llamadas telefónicas?

El cambio brusco de tema sorprendió a Joanne.

—¿Qué?

—Antes de que Eve sufriera el ataque estabas diciendo algo sobre que te sientes más segura con la alarma por lo de las llamadas telefónicas.

—Sí —asintió Joanne. Se le elevó el nivel de adrenalina y su mente retrocedió con furia—. He estado recibiendo amenazas telefónicas. ¿No te lo contó Eve? —preguntó, observándole mover la cabeza de un lado a otro—. Bueno, tal vez te dijese que eran llamadas obscenas.

—No me ha dicho nada de ninguna llamada; punto.

—¿Estás seguro? —Joanne se sintió repentinamente mareada—. Me prometió que te lo contaría. Me dijo que te lo había contado.

—Lo único de lo que Eve y yo hemos hablado durante los últimos meses es de su surtido de dolencias y molestias. ¿Qué clase de amenazas telefónicas?

Joanne le habló de lo de la serie de llamadas telefónicas, de las amenazas a última hora de la noche, del periódico que dejaron en el parabrisas de su coche, del hecho de que se hubiese cambiado de número y las llamadas persistieran.

—¿Eve nunca te ha mencionado nada de esto? —volvió a preguntar, aunque ya sabía la respuesta.

Brian sacudió negativamente la cabeza.

—¿Quieres una copa? —le ofreció, acercándose al armario de los licores.

—No, gracias. —Joanne observó a Brian mientras se servía un generoso trago de coñac—. Paul cree que exagero. Eve también. Probablemente por eso no te dijo nada.

Brian se rió sonoramente, dando un rápido sorbo de su copa.

—Vaya una, Eve, para hablar de exageración —ingirió otro trago más largo—. Pero, probablemente, tiene razón en eso de que no hay por qué preocuparse. Los chalados como el estrangulador del extrarradio sacan a todos los locos de sus guaridas. Debemos haber visto a unos mil tipos que ya han confesado los asesinatos —vació el contenido de la copa—. Y no puedo ni contar el número de mujeres que han informado sobre llamadas como las que tú has recibido. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—¿Tienes aún el periódico que dejaron en tu coche? —Joanne negó con la cabeza. Hacía mucho que lo había tirado. Brian se encogió de hombros—. De cualquier modo, tampoco habríamos sacado nada en claro de él —alargó la mano para coger la botella de coñac—. Estoy seguro de que no tienes por qué preocuparte, Joanne —se apresuró a tranquilizarla otra vez al notar la mirada de preocupación en sus ojos—. Probablemente es algún estúpido bromista; y, por desgracia, como ya te lo ha dicho la policía, tenemos las manos atadas. El mejor consejo que puedo darte es lo que ya te ha dicho Eve: sé extraordinariamente precavida, vuelve a cambiarte el número de teléfono y, entretanto, sigue colgándole el aparato al tipo.

—Ni siquiera estoy segura de que sea un tipo —se oyó Joanne decir a sí misma. Se dio cuenta de que había sido casi un acto reflejo y se preguntó por qué se había tomado la molestia.

Brian la miró con un interés sutil pero inequívoco.

—¿Qué te hace decir eso?

—Cierta característica de su voz. Ni de aquí ni de allí. Sin embargo —añadió intentando reír, sin saber adonde quería él ir a parar—, el estrangulador del extrarradio difícilmente podría ser una mujer.

—¿Sabes algo que nosotros no sepamos? —interrogó Brian; y Joanne se preguntó si lo decía en serio.

—No comprendo —vaciló Joanne—. He leído que las víctimas del estrangulador del extrarradio fueron violadas.

—Leíste que fueron agredidas sexualmente. Es distinto.

—No comprendo —repitió Joanne.

—Me temo que no puedo ser más explícito.

—¿Estás diciendo que el asesino podría ser una mujer?

—Es una posibilidad muy remota, te lo garantizo. Tendría que ser excepcionalmente fuerte. Pero muchas mujeres hacen culturismo y levantamiento de pesas, últimamente. ¿Quién sabe? Todo es posible. Además, quien te está telefoneando no tiene por qué ser el asesino. Probablemente, no es más que un enfermo pasado de rosca. Y podría ser una mujer.

—Dice Eve que las mujeres no hacen llamadas obscenas a otras mujeres.

—Eve dice muchas cosas —respondió Brian crípticamente. Se levantó, se colocó detrás de ella y le puso los brazos alrededor de los hombros en lo que pretendía ser un gesto de consuelo—. Mira, intenta no preocuparte. Hablaré de ello con mi teniente. Veré si puedo conseguir que alguien patrulle regularmente por tu casa. Y, por supuesto, yo me mantendré ojo avizor.

—Gracias —susurró Joanne. Se tenía que ir a casa, pero le agradaba la seguridad de unos brazos masculinos a su alrededor. Le dio unos golpecitos en el peludo dorso de las manos—. Te lo agradezco.

—Ten cuidado —le dijo Brian momentos después de acompañarla hasta la puerta.

—Dile a Eve que la cena estaba deliciosa y que la llamaré mañana.

—Lo haré —respondió él observándola cruzar el jardín hacia el suyo y subir los peldaños de entrada.

Joanne le dijo adiós con la mano y buscó las llaves en su bolso.

—¿Dónde están? —masculló en voz alta, al no encontrarlas—. Maldita sea, debo habérmelas dejado en casa de Eve.

Volvió a mirar hacia donde estaba Brian, pero éste se había metido en casa y había cerrado la puerta principal. Pensó en regresar.

—Oh, mierda, ya volveré mañana —decidió. Llamó al timbre y esperó, escudriñando la oscura calle de arriba abajo—. ¡Vaya ojo avizor! —refunfuñó mirando otra vez hacia la casa de Eve. Sorprendió un rápido movimiento en la ventana del pequeño dormitorio de delante—. Vamos, Lulu, ¿dónde estás?

Volvió a apretar el timbre.

De repente, una voz fuerte estalló en la oscuridad.

—¿Quién es? —atronó la voz. Y Joanne notó que los músculos de la nuca se le contraían dolorosamente mientras retrocedía asustada.

—¡Dios mío! —gritó, percatándose de que la voz era de Lulu y que procedía de la cajita cercana al timbre, parte del nuevo sistema de interfonos que habían instalado.

—Soy mamá —respondió. El corazón le latía enloquecido.

—¿Dónde tienes la llave? —preguntó la niña mientras abría la puerta y se hacía a un lado con los ojos clavados en el suelo.

A Joanne le bastó con mirarla para saber que algo iba mal.

Capítulo 16

—¿Qué ocurre? —preguntó Joanne de inmediato.

Lulu sacudió la cabeza y se dio media vuelta.

—Nada —murmuró.

Joanne cogió a su hija por el hombro, volvió de cara a ella a la reticente niña y le levantó la barbilla delicadamente.

—Dime.

Lulu empezó a balancearse de un pie a otro y a mirar de aquí para allá, evitando la penetrante mirada de su madre.

—¿Qué es, Lulu? ¿Qué ha ocurrido?

Los ojos de Lulu se fijaron brevemente en los de su madre antes de retirarse a la seguridad de las paredes circundantes. Abrió la boca como si fuera a hablar, pero no dijo nada.

—¿Ha telefoneado alguien? —preguntó Joanne conteniendo el aliento.

—No —le dijo Lulu, obviamente sorprendida por la pregunta—. ¿Quién tenía que telefonar?

De nuevo su cuerpo empezó a balancearse rítmicamente hacia adelante y hacia atrás.

—Lulu, algo va mal. Lo vi en cuanto entré por la puerta. ¿Te has peleado otra vez con Robin antes de que se fuera? —Lulu movió la cabeza negativamente con vehemencia. Con demasiada vehemencia, pensó Joanne—. ¿Qué ha ocurrido, Lulu? —preguntó, paciente. Su temor amainaba.

—No quiero decírtelo.

—Eso es obvio. También es obvio que tiene algo que ver con Robin.

Lulu levantó la cabeza, abrió la boca para protestar, la volvió a cerrar rápidamente y no dijo nada.

—¿Te dijo algo hiriente? —Lulu negó con la cabeza—. Lo que ha sucedido, ¿tiene algo que ver con Scott Peterson?

—No —dijo Lulu en un tono obstinado—. Sí —susurró.

—¿Te ha... te ha molestado? —preguntó Joanne con delicadeza. Vio que los ojos de Lulu se llenaban de lágrimas—. Lulu, ¿te ha tocado de un modo

que te ha hecho sentir incómoda? —Lulu miraba al suelo. Con la mano derecha se enjugaba una lágrima perdida—. Lulu, dime. No es momento para acertijos.

—¡No me ha tocado! —gritó Lulu dando la espalda a su madre y corriendo escaleras arriba.

Joanne se quedó en el zaguán tratando de decidir qué hacer: podía perseguir a su hija y continuar acosándola a preguntas hasta que recibiera unas respuestas satisfactorias; podía esperar a que llegase Robin e interrogarla a ella; podía irse a la cama y no hacer nada —que, en realidad, era lo que verdaderamente deseaba hacer— aguardando a que el problema desapareciese por sí mismo. Las cosas se arreglan solas, intentó decirse dirigiéndose hacia la escalera.

Lulu estaba en lo alto del descansillo.

—Robin y Scott estaban fumando marihuana —dijo serenamente.

A Joanne le flaqueó el cuerpo.

—¿Qué?

Lulu no respondió. Sabía que su madre lo había oído.

—Por favor, no me digas eso —susurró Joanne, más para ella misma que para su hija.

Joanne se dio media vuelta y se hundió en el último escalón. Notó que Lulu se acercaba por detrás. La niña le pasó un brazo protector alrededor de los hombros y se colocó en el peldaño de encima.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Joanne deseando no tener que oír la respuesta.

—Scott vino a recogerla unos minutos después de que tú te fueras. Robin aún se estaba arreglando. Scott dijo que subiría a darle prisa. O sea que entró en su habitación. Yo estaba intentando estudiar, pero hacían mucho ruido. Robin se reía como una loca. Ya sabes las carcajadas que da cuando se ríe con ganas. Bueno, pues entré para decirles que bajaran el tono. Llamé, pero no me oyeron. Así que abrí la puerta y allí estaban ellos, en el suelo, junto a su cama... pasándose ese porro del uno al otro.

—¿Haciendo qué?

—Ya sabes, pasándose un cigarrillo de marihuana. —Lulu apretó la barbilla dolorosamente en el hombro de Joanne.

—¿Cómo sabes que se llama así?

—Mamá —exclamó Lulu con evidente exasperación—, todo el mundo lo sabe.

Joanne movió el cuerpo para escapar de la barbilla de su hija y, también, para mirarle a la cara mientras hablaba.

—Y, entonces, ¿qué pasó, después de que te vieran?

—Me ofrecieron una calada.

—Te ofrecieron una calada —repitió Joanne, odiando la expresión tanto como el hecho—. Muy adulto por su parte.

—Robin parecía algo asustada. Creo que temía que te lo contase, pero pensó que si yo también fumaba no te lo contaría.

—Robin es una chica muy lista. Si fuera así de lista en la escuela...

Todo concordaba: el rendimiento de Robin en la escuela, su cambio de actitud, las malas notas, las frecuentes ausencias de clase. Los típicos signos de tontear con las drogas que Joanne había oído en la radio y a los diversos amigos y conocidos respecto a sus hijos adolescentes. Pero la mía no, había pensado siempre Joanne dejando que las advertencias pasaran de largo sin hacer caso. Los hijos de madres perfectas nunca fuman droga ni hacen cosas que se supone que no deben hacer. ¿Cómo he podido ser tan presuntuosa?, se preguntaba ahora. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿Dónde demonios he estado toda mi vida?

—¿Qué te ocurre, mamá?

—¿Qué?

—Estás temblando.

—¿Qué pasó entonces?

—Nada. Dije que no. No quería y volví a mi habitación. Minutos más tarde, Robin entró y me dijo que no te lo contase, que no haría más que preocuparte y que ya tenías bastantes preocupaciones desde que se fue papá.

—Qué considerada.

—Por eso estaba yo tan angustiada. No sabía qué hacer.

—Hiciste lo correcto —aseguró Joanne quitándole unos mechones de la cara bañada en lágrimas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó mansamente la niña.

—No estoy segura. Tendré que hablar con tu padre de esto —miró el reloj. Eran casi las once. ¿Era demasiado tarde para llamarle?—. Vete a la cama, cariño. Es tarde.

—Tengo que estudiar.

—Ya estudiarás por la mañana. Vamos. Subiré dentro de unos minutos para darte las buenas noches.

Besó a su hija en la mejilla, ligeramente pegajosa por las lágrimas, y la miró subir la escalera. Procura no tomártelo demasiado en serio, se advirtió a

sí misma en silencio. Continuó de pie, intentando decidir qué hacer.

—Recuerda, es tu vida —dijo en voz alta.

Al cabo de una hora aún estaba de pie en el mismo lugar.

—Buenas noches, cariño —susurró inclinándose para besar la mejilla de su hija, aunque Lulu ya estaba dormida.

Joanne salió de puntillas de la habitación de Lulu, atravesó el pasillo hasta la suya, se quitó la ropa y la lanzó enojada sobre la alfombra. Faltaba una hora para que Robin regresara a casa. Eso le daba sesenta minutos para decidir lo que iba a decir y hacer. Pensó meterse en la bañera, dejar que el agua caliente le lavara las preocupaciones; luego, decidió que un baño la dejaría igualmente preocupada y, además, mojada. Hurgó en la cómoda en busca de una camiseta, sacó una y se la puso por la cabeza en un único gesto continuo; luego se dirigió al baño. Se cepillaría los dientes, se pondría una bata encima de la camiseta —¿cuándo había empezado a ponerse camisetas para dormir? — y esperaría tranquilamente abajo a que Scott trajera a Robin a casa. Pero primero telefonearé a Paul, decidió Joanne mirándose reflejada en el espejo del cuarto de baño. HE PASADO LA NOCHE CON BURT REYNOLDS... proclamaba orgullosamente su pecho mientras apretaba la díscola pasta de dientes para que saliera del tubo casi vacío. Apretó tanto que la pasta de dientes acabó desbordando las cerdas del cepillo y depositándose con singular poca gracia en medio del lavabo blanco y limpio. Joanne observó la gran gota azul y no se movió para limpiarla.

—Pues no me lavaré los dientes —dijo desafiante. Y salió del cuarto de baño.

Se sentó en la cama, con la mano en el teléfono durante diez minutos. ¿Despertaría a Paul? ¿Estaría en casa? ¿Se molestaría, le diría que precisamente se refería a esto cuando le dijo que debía resolver las cosas por sí misma y no llamarle por cada problemita? ¿Se consideraba eso un problemita? ¿Se enfurecería con ella por molestarlo? Joanne descolgó el teléfono y marcó el número de Paul. Que se enfurezca, pensó, escuchando sonar el teléfono. Sonó una vez y descolgaron en seguida, como si él estuviera sentado a su lado, como si esperase a que Joanne lo llamara.

—¿Diga? —respondió una voz extraña. Una voz de mujer.

Durante un instante Joanne no dijo nada, convencida de que se había equivocado al marcar. Estaba a punto de colgar cuando la voz desconocida volvió a hablar:

—¿Quiere hablar con Paul? —preguntó amablemente.

Joanne notó un mareo en el estómago.

—¿Está él? —se oyó preguntar a sí misma.

—Bueno, sí —la chica se rió—, pero no se puede poner al teléfono en este momento. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

—¿Eres Judy? —se oyó preguntar Joanne con voz igualmente desconocida después de lo que le pareció una eternidad.

—Sí —la voz sonrió ampliamente; era obvio que estaba encantada de que la reconocieran—. ¿Quién es?

Joanne se apoyó el auricular en el cuello y, luego, lo dejó cuidadosamente en su lugar.

—¡No! —gritó de repente. Cogió de la cama la almohada de Paul y la lanzó por la habitación antes de caer de rodillas al suelo. Se columpió adelante y atrás, enterrando sus despechados sollozos entre los muslos desnudos.

Sonó el teléfono.

Joanne se puso en pie de inmediato. Era Paul. Judy le había contado lo de la extraña llamada y él había llegado a la conclusión de que sólo podía ser ella. Estaría enfadado. ¡Bueno! ¿Y qué si estaba enfadado?, pensó, acercándose el teléfono al oído. Ella también estaba muy enfadada.

—Señora Hunter —la atormentó la voz babosa—. Ha sido una chica mala, ¿verdad, señora Hunter? Jugando con la mejor amiga de su marido...

Las palabras sumieron a Joanne en un repentino estado de parálisis. La voz ronca era lo que menos esperaba en ese momento. ¡Él sabía con quién había hablado! ¡La estaba mirando!

—Tendrá que recibir un castigo, señora Hunter —continuó la voz jocosamente—. Voy a tener que castigarla.

Se produjo una larga y escalofriante pausa.

—Oh, Dios —gimió Joanne.

—Empezaré por bajarle las bragas y darle unos azotes...

—¡Váyase al infierno! —gritó Joanne. Y colgó el auricular con tanta fuerza que rebotó hacia ella como una serpiente y se vio obligada a colgarlo por segunda vez.

—¿Mamá? —preguntó la voz asustada. Joanne se dio media vuelta para ver a su hija menor en el umbral, mirándola con ojos como platos—. ¿Qué ocurre? ¿Qué estás haciendo?

—Acabo de recibir una llamada obscena —respondió Joanne rápidamente, con voz profunda y respiración acelerada—. ¿No has oído sonar el teléfono? —le preguntó, al ver la expresión de sorpresa que cruzó el rostro de Lulu.

Lulu negó con la cabeza.

—Sólo te oí gritar.

Joanne se sentó un minuto en el suelo, para asimilar esa afirmación, antes de ponerse en pie.

—Lo siento, no pretendía despertarte. —Joanne escoltó a su somnolienta y confusa hija hasta su habitación—. Vuelve a dormirte, cariño. Siento haberte despertado.

—¿Está Robin en casa?

—Aún no.

—Al principio pensé que le gritabas a ella —explicó Lulu, cerrando los ojos al entrar en contacto con la almohada—. Es tan extraño oírte gritar... —susurró.

Joanne regresó a su dormitorio, se puso la bata encima de la camiseta y bajó la escalera para esperar el regreso a casa de su hija mayor.

—Dile que entre —dijo Joanne con voz serena cuando Robin estaba a punto de cerrar la puerta de la calle.

—Será mejor que entres —oyó a Robin susurrar al joven que estaba a su espalda.

Scott Peterson entró y sonrió inocentemente a Joanne.

—Cierra la puerta —le dijo Joanne. Oyó a Robin respirar hondo—. Tal vez deberíamos ir a la sala de estar —sugirió. Y la silenciosa pareja la siguió a regañadientes.

Joanne encendió la luz.

—Podéis sentaros si lo deseáis —indicó, pero ninguno se movió—. Creo que ambos sabéis de qué se trata.

—La pequeña chivata —se burló de inmediato Robin, lo bastante alto para que se la oyera con claridad.

—No empieces a culpar a Lulu por esto —le advirtió Joanne.

—No era nada... —protestó Robin.

—¡Y no me digas que no era nada! —replicó su madre, levantando la voz.

¿Qué se suponía que debía decir ahora? Se aclaró la garganta. ¿Por qué no estaba Paul allí para ayudarla?

—No quiero discutir contigo —dijo con voz otra vez serena—. Por lo que a mí respecta no hay nada que discutir. Creo que tengo una idea muy clara de lo ocurrido. Corrígeme si me equivoco en algo sustancial.

Eso parece justo, decidió Joanne mirando a su hija y luego a Scott Peterson, cuyos ojos eran agujeros ardientes que la traspasaban. Ahora no soy invisible, pensó, aunque casi deseó serlo.

—Me dijo Lulu que esta noche estabais en tu cuarto fumando... un porro... y que le ofrecisteis un poco.

En este punto se felicitó a sí misma: muy bien hecho. Paul habría estado orgulloso de cómo estaba manejando la situación. Vio a Scott asentir desde su lugar al otro lado de la estancia.

—Ella no tenía por qué entrar en mi cuarto —objetó Robin en voz alta.

—¿Perdón? —exclamó Joanne, momentáneamente perpleja por el sonido de su voz—. ¿Perdón? —repitió como para comprobar que era la suya mientras observaba la sorprendente imagen de su marido oponiendo sus mejores modales de abogado para objetar. Mantén la calma, le decía. Nadie gana puntos airado—. ¿Crees que no tenía por qué entrar en tu cuarto? —repitió las palabras de Robin con una especie de temor reverencial.

La mejor defensa es un buen ataque, le decía el padre de su hija. Muy bien, pensó ella. Pero ¿dónde estaba ahora el padre de su hija? Demasiado jodidamente ocupado con rubitas veinteañeras para ponerse a resolver problemas menores como éste. La imagen de Paul le lanzó una sonrisa de cordero degollado. A su lado apareció una rubia pechugona.

—¿Crees que ella no tenía por qué entrar en tu cuarto? —la voz de Joanne se hizo aún más fuerte.

—No tienes que repetirlo todo dos veces. No estamos sordos.

—Diré las cosas tantas puñeteras veces como me plazca —oyó Joanne gritar a otra. ¡Seguramente no era ella misma! Los brazos de la rubia abrazaron temiblemente a Paul por la cintura—. Y es mejor que escuchéis cada una de mis palabras hasta que acabe, maldita sea.

—¡Mamá!

—Señora Hunter, no es para tanto.

—¡Tú a callar! —gritó Joanne a la invisible rubia, aunque fue el novio de Robin quien retrocedió—. Yo decidiré aquí lo que es para tanto. ¿Cómo te atreves a traer droga a esta casa? —¿Cómo te atreves a traer a esta mujer aquí?—. ¿Cómo te atreves a ofrecérsela a mis hijas? —¿Cómo se atreve ella a turbar el bienestar de nuestras hijas?

—Robin no es exactamente una niña, señora Hunter. Nadie la ha obligado a nada. No tenía por qué aceptarlo.

—No —dijo Joanne con una repentina y gélida parsimonia al tiempo que observaba el brazo protector de Paul rodeando a la rubia por los hombros—, y yo tampoco. Vete ahora mismo de esta casa —añadió, alzando gradualmente el tono de voz—, y no intentes volver a ver a mi hija, porque si la vuelves a ver y lo descubro, lo cual haré, no te quepa duda de que haré que te arresten,

¿me entiendes? —Paul dio la espalda a su pregunta—. ¿Me he explicado con claridad?

—¡Mamá!

—¡No te estoy amenazando en vano! —dijo Joanne con voz acerada mientras veía desaparecer a su marido y a su joven amiga.

—¡Coño, no hay furia como la de una gallina clueca! —se burló socarronamente Scott Peterson angulando el cuerpo hacia la puerta principal.

—Vete de mi casa —ordenó Joanne. Temblaba de rabia apenas controlada.

—Será un placer —se mofó el chico, empujándola al pasar con el huesudo hombro. Abrió la puerta y salió a la calle sin volver la vista atrás.

—¿Qué has hecho? —chilló Robin. Joanne la miró sin hablar. No le quedaba nada por decir—. No tenías derecho a hablarle así —insistió Robin.

—Por favor, no me hables de mis derechos.

—¡Ahora dirá a todos que soy una cría!

—Eso es lo que eres. Y no demasiado inteligente. ¿Qué te pasa? —exigió Joanne, notando que la rabia se disolvía en lágrimas de impotencia—. ¿Cómo puedes ser tan estúpida?

—Todo esto es culpa de Lulu.

—Todo esto es culpa tuya.

—No tenía que habértelo dicho.

—¿De veras? ¿Qué otra opción le dejaste? No tenías que haber fumado droga delante de sus narices. ¿Estabas esperando a que te pillaran?

Por una vez, Robin se quedó en silencio.

—¿Y ahora qué? —preguntó después de una dilatada pausa.

Joanne se encogió de hombros.

—Tendré que hablar con tu padre —susurró, viendo cómo Judy volvía a aparecer y la saludaba desde el costado de la chimenea.

—¿Qué? No te he oído.

—¡He dicho que tendré que hablar con tu padre! —aulló Joanne, ahuyentando la imagen.

—Muy bien, no tienes que arrancarme la cabeza. No te había oído, eso es todo.

Joanne se llevó la palma de la mano a la frente, cerrando los ojos al notar su propia carne. Intentaba bloquear cualquier otra visión no deseada.

—¿Tienes que decírselo a papá?

Joanne asintió.

—¿Por qué tienes que hacerlo?

—Porque es tu padre y tiene derecho a saberlo —respondió Joanne simplemente, bajando la cabeza.

—¿Qué derechos tiene él ya? —exigió Robin.

—Es tu padre.

Oyó como una burla de Robin.

—Decidiremos juntos el castigo adecuado —le dijo Joanne, observando que los ojos de Robin se llenaban de lágrimas—. Mientras tanto, hasta que pueda hablar con él, estás castigada.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No más citas, no más salidas nocturnas. Cuando no estés en el colegio examinándote, estarás en casa estudiando para ello. ¿Entiendes?

Robin no dijo nada. Su cuerpo se agitaba nervioso.

—¿Entiendes?

—Sí —admitió Robin—. ¿Puedo irme a la cama?

—Vete a la cama —ordenó Joanne.

Joanne se quedó en medio de la sala de estar, ahora vacía.

—Bueno, lo he hecho bastante bien —dijo en voz alta a cualquier fantasma que pudiera estar escuchando.

Luego, caminó hacia la puerta principal, dio dos vueltas a la llave y apretó el botón de la alarma que activaba el sistema antes de retirarse al frío consuelo de su cama vacía.

Estaba soñando.

Sabía que era un sueño porque no había conjunciones, ninguna «y», ni «peros», ni «sin embargos», que conectaran ideas dispares. Estaba fuera, ante la puerta de la calle buscando las llaves en el bolso, y al instante siguiente estaba dentro de la cocina rompiendo huevos en un gran cuenco.

Si los haces para Paul, le dice la rubia, no te molestes. Odia los pasteles de merengue de limón; siempre los ha odiado.

No los estoy haciendo para Paul, contesta Joanne, desafiante. Los hago para mí.

Niña egoísta, tendrás que recibir un castigo, le reprende la madre de Eve acercándose, y luego desaparece, sólo su voz persiste; el gato de Cheshire confunde a una matrona de mediana edad y cabello castaño con Alicia. Las

hijas son así. Nunca les das lo bastante. Nada de lo que hagas les parece bien. Lo intentas. Te dejas los dedos en los huesos, y ¿qué consigues?

¡Dedos huesudos!, responden los cantantes de *country* en la radio, en un estallido de armonía.

Apaga eso, mamá, estoy tratando de estudiar, gime Lulu desde arriba.

Lo siento, cariño, dice Joanne rápidamente. Son estos huevos ruidosos.

Al instante siguiente, está nadando en el lado hondo de su piscina. El agua está caliente. El día es soleado. Sus brazadas son seguras y rápidas. Lleva un traje de baño que no había visto nunca, negro con sujetadores naranja fluorescentes, que se ciñe a su cuerpo, apenas púber, como unas medias elásticas negras. No tiene pechos, tiene caderas estrechas y rodillas que se chocan entre sí con la torpeza de la adolescencia. Cuando sonrío, enseña los aparatos de los dientes. Está fumando un extraño cigarrillo que le marea, lo cual afecta a sus brazadas. Quiere tirarlo, pero se le ha quedado atrapado en los hierros. Además, si tira esa cosa sucia a la piscina, Paul se enfadará. Están pagando sus buenos dineros para que se mantenga limpia. Levanta la vista. Uno de los obreros de Piscinas Rogers está de pie por encima de ella: el hombre enjuto de cabello negro que le da grima a Lulu.

Tendrás que recibir un castigo, le dice. Empezaré por bajarte las bragas y darte unos azotes. Se inclina sobre ella, alarga la mano para sacar a Joanne del agua azul. Azul, dice, como tus ojos.

Mis ojos son color avellana, le corrige ella, notando que su cuerpo de niña es izado del agua. El rugoso cemento le araña las rodillas al tumbarse con el estómago contra las rosadas losas. En realidad, añade ella, ya no tengo las uñas azules. Ahora las tengo moradas.

Quisquillosa, más que quisquillosa, dice Eve inclinándose sobre Joanne, quien, de repente, está de espaldas.

La sonrisa de Eve es amplia; sus ojos brillan como el cloro del agua.

¿Me he olvidado las llaves en tu casa?, pregunta Joanne. Eve no dice nada. Emplea una toalla rosa para secarle las piernas. ¿Por qué me mentiste sobre tu vida sexual?, le reprocha Joanne.

¿Quién dice que mentí?, Eve parece indignada.

Brian me dijo que hace años que no hacéis el amor.

Tonta, reprende Eve a Joanne frotándole con energía las piernas. ¿No sabes que no puedes creer ni una palabra de lo que te diga Brian? Es un terrible mentiroso. Frota el muslo de Joanne tan fuerte que empieza a sangrar. Oh, mira, se ríe Eve cruelmente: tienes la regla.

Joanne baja la vista, indefensa, hacia la sangre que mana de sus muslos.

Aquí tienes la llave, le tonta Eve, levantándose y lanzando el llavero de plata al lado hondo de la piscina. Tírate, se ríe. El agua está maravillosa.

Si Eve te pidiera que te tirases del puente de Brooklyn, oye la voz de su madre, ¿lo harías?

Joanne se tira del puente de Brooklyn.

Por debajo del agua, oye sonar el teléfono. Se está ahogando.

Empezaré por bajarte las bragas y darte unos azotes, dice una voz desde el otro lado de la piscina.

Se da la vuelta para ver a alguien que nada hacia ella. Las burbujas llenan la distancia que los separa. No distingue quién es. La hoja de un gran cuchillo refleja el sol por debajo del agua, cegándole. Ya no sabe en qué dirección se aproxima el nadador. De repente, nota unos brazos que la rodean y la superficie fría del cuchillo en la garganta.

Esto es un sueño, se recuerda a sí misma, obligándose a abrir los ojos. Esto es un sueño.

El teléfono aún sonaba cuando abrió los ojos. Joanne se estiró para cogerlo, con el cuerpo bañado en sudor. ¿Qué otra alternativa tengo?, pensó, abotargada. El lunes llamaría a la compañía telefónica y pediría otro número. Entretanto, no tenía otra opción que responder a ese maldito sonido. Podría ser la residencia de ancianos Baycrest, se recordó a sí misma sabiendo que no era así. O podría ser Paul.

—Empezaré —dijo la ronca y monótona voz como si nunca la hubiesen interrumpido— por bajarle las bragas y darle unos azotes. Y dejaré de hacerlo —prosiguió, haciendo una pausa para darle el efecto dramático adecuado— sólo para matarla.

Joanne se levantó —el teléfono aún colgaba en su mano— y se acercó a la ventana del dormitorio. Retiró las cortinas y miró hacia la vacía piscina de cemento, luchando por identificar la figura sombría que, inexorablemente, nadaba hacia ella a través de la oscuridad.

Capítulo 17

El teléfono aún está sonando cuando Joanne Hunter se levanta del lado hondo de su piscina vacía y abortada y se dirige hacia dentro de la casa. Las niñas se han ido de campamento. Por primera vez en su vida está completamente sola, tiene la casa para ella sola. No espera a nadie. Mira el teléfono. Ahora sólo estamos tú y yo, parece decirle él.

Ignorando el persistente timbre, Joanne se sirve un vaso grande de leche batida. Últimamente ha estado bebiendo mucha leche, desde que Eve le dijo que las mujeres necesitan más calcio que los hombres para mantener sus huesos flexibles y evitar que se les rompan cuando son viejas. Se ríe y se le escapa un poco de leche por las comisuras de la boca. Le regresa la imagen de sí misma como un cadáver asesinado, tendido sobre las losetas rosadas al costado de la piscina. No tendré que preocuparme por la vejez, piensa. Se termina la leche y observa el reflejo de su abuelo en la capa gris perlada que la leche deja en el fondo del vaso. Al menos sus hijas se ahorrarán su senilidad, se le ocurre, felicitándose porque siempre ha sabido ver el lado bueno de cualquier situación. Quizá debiera contratar un servicio de mensajería, reflexiona; luego, descarta la idea. Le ha dicho a Paul que las llamadas telefónicas han cesado. No quiere despertar sus sospechas contratando tal servicio. Además daría lo mismo; él ya se lo ha dicho. El teléfono deja de sonar.

La casa está ahora completamente muda, más silenciosa que nunca. Joanne ha estado sola en casa, otras veces. Pero era diferente, comprende, porque entonces era provisional. Unas pocas horas, tal vez: nunca más de un día. Siempre había alguien a quien responder o que le respondiera. Ahora no hay nadie. No tiene horario. No tiene nada, piensa. Se traslada descalza a la sala de estar y se deja caer en el cómodo sofá que Paul y ella compraron juntos hace sólo cuatro años. Inmediatamente, baña su cuerpo la cálida luz del sol que se filtra a través de los finos estores venecianos de las ventanas que dan al sur de la bahía. Recientemente ha lavado a mano las tiras de esas persianas de metal blanco, igual que ha limpiado la superficie de varios suelos

hasta sacarles brillo, ha quitado el polvo a los muebles de madera hasta que le han servido de espejo, ha pasado el aspirador por las alfombras hasta parecer nuevas y ha pulimentado la plata hasta dolerle las manos. La nevera está llena de comida cocinada, por si Paul decide llevar a unas cuantas personas a casa después de asistir a su funeral, se ríe sardónicamente. Y se pregunta cuándo ha desarrollado este sentido del humor decididamente negro.

Karen Palmer le ha sugerido que haga algún viaje. Vete a Europa, le ha aconsejado. Pero Joanne siempre ha soñado ver Europa con Paul y no le seduce la idea de irse ella sola. Le gusta compartir, tener a alguien con quien hablar al final del día, reírse al comer una pizza o saboreando una comida francesa; alguien que le ayude a ver cosas que ella se habría perdido. Cree que intentar huir de la soledad escapando a un país extranjero sólo la haría sentirse aún más sola.

Ha mencionado a Eve la posibilidad de un viaje. No todo el verano, claro está, sólo dos semanas, las dos, unas vacaciones sólo para chicas, quizá no más allá de Washington o las montañas. Pero Eve tiene esa retahíla de citas con los médicos que durará hasta finales de agosto y, además, no está en forma para viajar, le ha dicho a Joanne. Lo único que puede hacer es levantarse de la cama.

No hay nadie más con quien Joanne desee viajar, nadie de quien se sienta tan cerca como de su familia y de su mejor amiga. Ahora que su amiga está enferma y su familia se ha ido, Joanne se pregunta si les gustará a las niñas el campamento de verano, cómo le irá a Robin en particular. Le preocupa si la decisión de mandar a Robin de colonias es la correcta. Y decide que ahora no tiene sentido pensar en ello. Lo hecho, hecho está, se dice a sí misma. El día de visita no será hasta dentro de cuatro semanas. Entonces se hará a la idea de si ha optado por lo correcto. Si aún estoy por aquí, piensa apretando la nuca contra el sofá.

—Y, ahora, ¿qué? —pregunta en voz alta, intentando decidir lo que va a hacer el resto del día.

Puede ir al club, pero ¿qué sentido tiene? Piensa en Steve Henry. Ha cancelado las dos últimas lecciones, pues no desea, o no puede, afrontar las insinuaciones de sus últimos comentarios. Además: ¿qué quiere de ella?

Es obvio que ha oído que se ha separado de su marido y quizá ha decidido que será una presa fácil. La solitaria divorciada de mediana edad. Más fácil de complacer que las jóvenes que suben. Agradecida y contraria a hacer juicios, encantada en lugar de exigente.

El teléfono empieza a sonar de nuevo. Joanne da un brinco cada vez que oye ese sonido en otro tiempo deseado. Se ha cambiado de número dos veces y él sigue encontrándola. Hubo un breve respiro de siete días —una semana en la que sintió su cuerpo relajado y sus temores remitieron— y luego las llamadas empezaron otra vez, más agresivas y más sucias que antes, si eso era posible. ¿Cree que va a escapar de él tan fácilmente?, le ha preguntado. ¿Se cree que está tratando con un estúpido? Cambie usted el número todas las veces que le apetezca, contrate un servicio de mensajería. Aun así la encontraré.

Joanne regresa a la cocina, permanece de pie ante el teléfono hasta que enmudece su penetrante lamento. Luego levanta el auricular y marca a toda prisa el número de Eve. Ésta responde en seguida, como si estuviese esperando a que Joanne la llamara.

—¿Cómo estás? —pregunta Joanne.

—Como de costumbre —responde Eve, con la voz llena de fastidio por su estado—. ¿Se fueron bien las niñas?

—Paul las acompañó esta mañana. Supongo que ahora están a medio camino del campamento.

—¿Te dio Robin algún problema?

—No —ve a Robin en la escalera alejando el cuerpo del beso de su madre—. En realidad, pienso que se alegra de irse, aunque no creo que lo admita. Sólo espero estar haciendo lo correcto —continúa, consciente de que ya ha decidido no pensarlo dos veces.

—Claro que sí —dice Eve rápidamente sorprendiendo a Joanne, pues le parecía que no estaba escuchando—. Unos pocos meses en el campo, todo ese aire fresco, montones de niños, supervisados por adultos...

—Espero que tengas razón.

—¿Alguna vez me he equivocado?

—¿Te sientes con ganas de ir a dar un paseo? —se ríe Joanne—. Necesito salir de casa.

—¿Bromeas? No podría llegar ni a la esquina.

—Vamos —suplica Joanne—. Te sentará bien. Me sentará bien —corrige de inmediato.

—Mi buena acción del día.

—Nos vemos fuera dentro de cinco minutos —le dice Joanne. Y cuelga antes de que Eve cambie de idea.

—Así pues, ¿qué pruebas tienes programadas para esta semana?

Joanne y Eve están dando la tercera vuelta a la manzana. Ya han hablado de las previsiones meteorológicas —continúan los cielos soleados— y del actual estado de las uñas de los pies de Joanne —continúan moradas—, lo cual les lleva a hablar de tenis, lo cual les lleva a hablar de Steve Henry, lo cual, a su vez, lleva a Joanne a preguntar qué prueba tiene Eve programada para la semana próxima.

—Estás evitando el tema —le dice Eve.

—No hay nada que decir —responde Joanne—. ¿Qué sentido tiene recibir costosas clases de tenis cuando no tengo a nadie con quien jugar? Cuando te pongas bien, empezaremos otra vez juntas las lecciones. No sé a qué viene tanto jaleo.

—Steve Henry es el jaleo. Y es tuyo para que lo tomes. Todo lo que tienes que hacer es alargar el brazo y cogerlo.

—No lo quiero.

—Aguarda un minuto —dice Eve. Se detiene sobre sus pasos y pega la palma de la mano contra el costado de la oreja—. Debo de tener mal el oído, también. En realidad he creído oír que decías que no quieres a Steve Henry —se ríe. Luego se vuelve hacia su amiga, con los ojos abiertos y poniéndole las manos sobre los hombros—. Por favor, dime que no has dicho eso. —Joanne se ríe y sacude la cabeza—. ¿Por qué no, por el amor de Dios? Y, por favor, no me digas esa porquería depresiva de que eres una mujer casada.

—Quiero a Paul —susurra Joanne—. ¿Qué más hay que decir?

—¿Y?

—Y no quiero a Steve Henry.

—Nadie te pide que quieras a ese tío. ¿Quién habla de amor, santo Dios? Probablemente, eso es lo último que Steve Henry tiene en la cabeza. Y no es que no seas infinitamente adorable, claro está.

—Por favor, ¿podemos hablar de otra cosa?

Eve guarda silencio.

—Aún no me has contado qué pruebas tocan esta semana. —Joanne se frena cuando nota que Eve ha relajado el paso.

—Lunes, la del ginecólogo...

—Ya has visto a tres ginecólogos.

—Éste es otro.

—¿Tú crees que es necesario?

—Martes —continúa Eve, ignorando la pregunta de Joanne—, tengo una serie de pruebas en el hospital cardíaco St. Francis. Y el jueves una cita con

un dermatólogo de Roslyn, el doctor Ronald Gold, creo que se llama; no, espera, eso es el próximo jueves; este jueves, rayos X en el Centro Médico Judío.

—Te estás volviendo muy ecuménica.

—Doy a todos una oportunidad.

—¿Por qué a un dermatólogo?

Eve se detiene, quitándose el cabello de la cara con el dorso de la mano.

—¡Por el amor de Dios, Joanne, mírame, estoy verde!

—Nunca has tenido una tez de melocotón —le recuerda amablemente Joanne.

—No, pero nunca he parecido pan con hongos.

—Ni lo pareces —se rió Joanne—. Creo que tienes bastante buen aspecto. Un poco pálida, tal vez...

—El amor es ciego —se restregó la frente—. Mira esto.

—¿Que mire qué?

—¡Esta descamación! Y mira esto.

Eve tiende las manos con las palmas hacia abajo.

—¿Qué se supone que estoy mirando?

—¡Las venas, Dios bendito!

Joanne observa unas venas azules perfectamente corrientes sobresaliendo de la piel semitranslúcida de Eve.

—¿Qué hay de malo en ellas? —pregunta Joanne, mostrando sus manos.

Eve da una larga mirada.

—Oh —dice—, tus venas son más grandes que las mías.

—Es un estado muy exótico —le explica Joanne—. Se llama mediana edad.

—¿Tiene algo que ver la mediana edad con que se esté secando mi cuerpo?

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando del hecho de que ya no hay cera en mis orejas ni mocos en mi nariz.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

—¿Qué quieres decir con cómo lo sé? Lo he comprobado, ¿cómo si no?

—¿Qué quieres decir con que lo has comprobado? —pregunta Joanne—. ¿Te has sentado a hurgarte las orejas y la nariz?

—Ésa es precisamente la cuestión. ¡No hay nada que hurgar!

—Eve, ¿no crees que hay algo ligeramente ridículo en esta conversación?

—Mira, Joanne —suplica Eve con la voz salpicada de cursivas invisibles—. No sé cuál es mi problema. Quizá estoy actuando de forma un poco rara. Quizá me estoy agarrando a un clavo ardiendo. Pero algo me ocurre —reitera por enésima vez lo que Joanne ya sabe—. Algo le sucede a mi cuerpo. Nada funciona correctamente. Tengo dolores constantes. Y nadie me puede decir cuál es el problema. Yo conozco mi cuerpo, Joanne. Yo sé lo que es normal en mí y lo que no lo es.

—Tómalo con calma —le aconseja Joanne intentando tranquilizarla. Le rodea la cintura con el brazo—. Alguien lo averiguará pronto, te lo prometo. —Eve sonríe. Su cuerpo se relaja contra el brazo de Joanne—. ¿Has dicho que ibas a visitar al doctor Ronald Gold?

—El jueves de la semana próxima, ¿por qué?

—Fuimos al colegio con un chico llamado Ronald Gold, ¿te acuerdas? —Eve niega con la cabeza—. Me pregunto si es el mismo.

—Debía de ser bajito, si no me acuerdo de él —bromea Eve.

Habían completado la cuarta vuelta a la manzana y volvían a estar frente a sus respectivas casas.

—Creo que es mejor que entre —dice Eve.

—¿Más dolores?

—Los mismos. Es como... como si alguien apretase un cinturón alrededor de mis costillas, como si algo... no sé... las estuviera golpeando. No puedo explicarlo. Cuanto más lo intento, más parece una locura. Brian cree que he perdido el juicio. Quiere que me vea un psiquiatra.

—Tal vez no sea tan mala idea —dice Joanne, captando una mirada de animosidad en los ojos de Eve—. Sólo para ayudarte a afrontarlo —explica Joanne en seguida.

—No quiero afrontarlo —le informa Eve, tajante—. Quiero librarme de ello —mira hacia la casa—. Mira, lo siento. No es mi intención infravalorarte. Pero ésta no es exactamente tu especialidad y éste no es el tipo de consejo que necesito de ti. Créeme, si pensara que necesito un psiquiatra, sería la primera en acudir a uno. Oye, ponte de mi parte, ¿eh? Sé mi amiga. Por favor.

—Soy tu amiga.

—Lo sé —reconoce Eve—. ¿Vas a visitar a tu abuelo esta tarde?

Joanne asiente.

—Dale al viejo un beso de mi parte —le pide Eve mientras Joanne observa a su amiga arrastrarse lentamente por los peldaños de la entrada y desaparecer dentro de la puerta principal.

Luego, tras dar un segundo vistazo a las grandes venas prominentes del dorso de sus manos, Joanne se encamina hacia su casa.

El teléfono está sonando cuando Joanne cruza la puerta unas horas más tarde.

—¡Oh, mierda! —grita Joanne, enfadada, en dirección al aparato y sorprendida por lo fácilmente que emplea ese taco—. ¡Ya basta! —declara con énfasis mientras desfila hacia él, observándolo sonar sin descolgarlo todavía.

¿La ha estado siguiendo? ¿Es una coincidencia que esté llamando en el preciso momento en que entra en casa? Parece conocer todos sus movimientos.

Joanne descuelga el auricular a la quinta llamada.

—¿Por qué hace esto? —dice en lugar de «diga».

Se produce una breve pausa. Luego:

—¿Joanne? —pregunta la voz.

—¡Paul!

—¿Quién creías que era?

Joanne intenta reír.

—No lo sé —le dice, alegrándose de oír su voz.

—Creí que habías dicho que ya no recibes esas raras llamadas.

Joanne no sabe qué decirle. No la ha llamado para hablar de ese problema en concreto. En anteriores ocasiones ha dejado muy claro cuál es su postura sobre el tema. Sea cual sea la razón por la que la llama —y Joanne está segura de que es para decirle que las niñas se han ido sanas y salvas— no es para que le cuenten cosas desagradables. No quiere molestarlo contándole la verdad, que nada ha cambiado, salvo posiblemente a peor. No quiere que piense que está apelando a su sentimiento de culpabilidad para intentar atarlo a ella. Es irónico, piensa, que la única oportunidad que tiene de hacerlo regresar sea demostrándole que no necesita que regrese. En especial ahora, cuando lo necesita más que nunca.

—Joanne, ¿aún estás recibiendo esas amenazas telefónicas? —vuelve a preguntarle.

—No —dice ella en seguida—. Sólo es alguien que ha estado atosigándome con una suscripción al teatro.

Paul se traga fácilmente la mentira.

—Eso es bueno. Te llamé antes... Habías salido.

—Fui a dar un paseo. Luego, a ver a mi abuelo. ¿Se fueron bien las niñas?

—Todo salió según el horario previsto, suave como la seda.

—¿Te dijo algo Robin?

—Sólo adiós. Debo decirte que hice todo lo que pude para no darle una azotaina.

—Eso habría sido demasiado, con los demás padres en el aparcamiento.

—Te habría sorprendido —ríe él—. Me dio la sensación de que no era el único padre que albergaba tales sentimientos.

Joanne nota su risa. Paul no dice nada, pero Joanne percibe cierta reticencia por su parte a concluir la conversación.

—Realmente están mayores —exclama por fin, en un tono maravillado, y Joanne asiente conforme—. ¿Te acuerdas cómo fue tu primer día de campamento? —pregunta de repente.

—Yo nunca fui de campamento —le recuerda ella—. Teníamos la casa de campo.

—Oh, sí, es cierto. ¿Crees que las niñas se han perdido algo porque no tenemos casa de campo? —pregunta él después de una ligera pausa, y Joanne mira el patio trasero, su «casita de campo sin tráfico», vacía e inacabada—. ¿Eso habría cambiado algo?

—Las niñas siempre han disfrutado del campamento —le dice Joanne sin saber qué más decir, preguntándose adónde conduce esta conversación. ¿Siente él que le falta algo, del mismo modo que lo siente ella, ahora que las niñas se han ido?

—¡Será mejor que lo disfruten, con lo que cuesta! —exclama él—. Es como ir a un hotel exclusivo durante dos meses. No como cuando yo fui. Dormíamos en sacos de dormir y tiendas, ¡Dios mío!

—No es verdad, he visto las fotografías tuyas en el campamento, con sus bonitas cabañas de troncos y recuerdo las mismas quejas de tu madre sobre lo caro que resultaba mandarte de campamento y todo el costoso equipo que necesitabas.

Se rió fuerte y con ganas.

—Supongo que tienes razón. Debo haber pensado en los viajes en canoa.

—Que siempre odiabas porque había tantos bichos...

—Y no hablemos de aquellas malditas canoas.

Hubo otra larga pausa.

—¿Paul...? —pregunta Joanne, rompiendo el silencio.

—¿Sí?

¿Está esperando a que yo haga el primer movimiento? ¿Que sea la que sugiera que estemos juntos? ¿Es eso lo que él quiere? Es lo que ella quiere, reconoce Joanne, preguntándose cuál sería la mejor manera de formular dicha

petición. ¿Te gustaría venir y charlar?, se oye preguntar, aunque la pregunta sigue sin ser formulada. ¿Quieres venir a casa? ¿Es eso lo que quieres que diga? Dios sabe que yo quiero decirlo. Sin embargo, algo la detiene: el conocimiento certero de que, si lo hiciera, él se cerraría en banda, como había hecho en el pasado. Ayúdame, por favor, piensa Joanne mirando al techo. Dime qué decirle a este hombre con el que he estado casada durante veinte años, a pesar de lo cual no sé qué decirle.

Su mente es un laberinto de ideas e imágenes confusas. Ve a su marido sentado a la mesa de la cocina, tomándose el café de la mañana y refunfuñando sobre la política de la oficina. Joanne lo siente junto a ella, su aliento cálido contra la nuca, sus brazos rodeándole la cintura. Luego, siente otro par de brazos rodeándole la garganta y, en el oído, la ronca voz ya familiar.

—¿Joanne? —inquire Paul.

—Sí, perdona, ¿decías algo?

—No, tú habías empezado a preguntarme algo.

—¿Tengo algún seguro de vida? —la pregunta la pilla a ella misma por sorpresa; probablemente tanto como a él.

Se produce un momento de silencio.

—No —responde él—. Pero yo tengo un montón. ¿Por qué?

—Pensé que debería tener uno.

—Claro —admite en seguida—, si quieres. Podría acordar una cita para ti con Fred Normandy.

—Te lo agradecería, muchas gracias. Supongo que ahora debería dejarte ir.

—¿Joanne?

—¿Sí?

Silencio. Luego, casi como una tentativa:

—¿Estás ocupada esta noche?

Joanne está más nerviosa que en toda su vida, más nerviosa que en su primera cita, si es posible. Lleva dos horas preparándose. Se ha dado un baño, se ha limado y relimado las uñas, se ha lavado el pelo, se lo ha peinado, luego se lo ha despeinado sólo para volver a empezar y mojárselo por tercera vez. Aún intenta decidir qué hacer con él mientras comprueba su reflejo en el espejo del cuarto de baño.

Parezco asustada, piensa. Levanta los brazos para ponerse desodorante y aletea arriba y abajo en el aire como un pollo enloquecido, en un esfuerzo por secarlos, mientras sus pechos saltan sin descanso dentro de su nuevo sostén blanco de encaje que ha corrido a comprar esta tarde, de esos que se abrochan por delante. Así es mucho más fácil, piensa. ¿Por qué no los había comprado antes? Y las bragas, un delicado bikini de seda con una cinta rosa pálido de encaje a lo largo del elástico superior. Me hacen sentir bonita, aprecia Joanne, y decide comprar más la semana próxima a pesar de su exorbitante precio.

Has sido una chica mala, oye la cruel voz susurrándole al oído. Ojos invisibles le recorren el cuerpo, dedos no vistos tocan sus nuevas prendas. Tendrás que recibir un castigo. Voy a empezar por bajarte las bragas...

—Bueno —dice ella, ahuyentando a la voz con el sonido de la suya—, al menos tendrás algo bonito que bajar.

Se da media vuelta, se pregunta si la revista de hombres que encontró hace algunos meses estará aún en el armario o si Paul se la habrá llevado consigo. Decide no mirarla. De cualquier modo, la deprimiría. No sólo porque ella no puede compararse a las chicas de la revista, eso no hay ni que decirlo. Incluso hace veinte años, no se habría planteado una seria competencia con esas modelos. No, lo que más la deprime de esas revistas son las ganas de los hombres maduros de comprarlas y la aparentemente incesante provisión de chicas jóvenes que parecen dispuestas a posar para ellas.

Se imagina a Robin y a Lulu dentro de algunos años, mayores de dieciocho, lo bastante como para poder posar legalmente en semejantes fotografías sin necesitar el consentimiento de los padres. ¿Lo harían? ¿Considerarían una humillación o un privilegio que se lo pidieran? Una vez, piensa Joanne estudiando su reflejo, nos permitieron crecer. Ahora la edad no es excusa. No hay sitio para ella.

—¿Qué demonios es esto? —pregunta de repente, apretando la nariz contra el espejo—. ¿Un grano? —retrocede ante la realidad de lo que ve—. ¡No puede ser un grano! —contempla el centro de su mejilla con una especie de temor reverencial—. ¿Ahora sales? —protesta en voz alta.

Se pregunta si habrá algo entre todos esos tubos de maquillaje que disimule la impresentable mácula. Ahora sabe cómo se siente Robin cuando le salen granos unos minutos antes de una cita, qué vacuas son sus palabras de consuelo: no te preocupes, querida, él no lo notará. ¡Claro que lo notará! ¿Cómo no va a notarlo?

—No puedo creerlo: tengo un grano —refunfuña. Y media hora más tarde sigue refunfuñando lo mismo al oír el timbre de la puerta y percatarse de que

aún está en ropa interior y todavía no ha hecho nada con su cabello.

Capítulo 18

—Me gusta tu pelo.

—¡Te burlas de mí!

Están sentados junto a la ventana de un restaurante encantador, incluso romántico, de Long Beach, con vistas al océano Atlántico. La sala está débilmente iluminada, debajo de ellos el océano bate rítmicamente contra las rocas —como en las películas, piensa Joanne—, una vela parpadeante separa sus manos nerviosas. La noche ha sido tranquila. Joanne ha tenido que hacer verdaderos esfuerzos para dejar que su marido inicie la conversación: hablar sólo cuando Paul se dirigía a ella, evitar cualquier tema que pudiera despertar en él la más nimia sensación de ansiedad. Demuéstrale lo interesada que estás en lo que él te dice, recuerda que le aconsejaba su madre cuando era joven, como ella ha aconsejado a sus propias hijas. ¿Es realmente tan mal consejo?, se pregunta. Estoy interesada en lo que él tiene que decir. Dice que le gusta mi pelo, advierte cuando él lo repite.

—No, de veras, me parece fantástico. Quería decírtelo esta mañana, cuando recogí a las niñas —la mano de Joanne se mueve automáticamente para alisarse el cabello—. No, no hagas eso —de inmediato, Joanne deja caer la mano en el regazo—. Tiene una especie de... no sé... despreocupado abandono... Me gusta así.

Joanne se ríe.

—Ésa soy yo... Despreocupada y abandonada.

Se hace el silencio a medida que Joanne toma conciencia de lo que acaba de decir.

—Sinceramente: no quería decir eso.

Su voz desaparece en un susurro. ¡Su cauto diálogo, destruido por una frase imprudente!

—Está bien —dice él. Y Joanne sabe que Paul está a punto de echarse a reír—. En realidad, ha sido un comentario muy divertido —su voz se vuelve seria, de repente—. Me lo merezco, sin duda.

Joanne no dice nada. ¿Adónde quiere Paul ir a parar? ¿Lo siento? ¿Perdóname? ¿Si me permites volver a casa me pasaré el resto de la vida resarciéndote?

—Aún no estoy preparado para volver a casa —dice él, en cambio—. Tenía que decírtelo ahora porque no quiero que me malinterpretes...

—Lo comprendo.

—Quiero ser sincero.

—Te lo agradezco.

—Te quiero, Joanne.

—Yo también te quiero.

Por favor, no llores, se dice a sí misma. Te está diciendo que te quiere. No lo estropees poniéndote a llorar.

—Por favor, no llores —le dice Paul.

—Lo siento, no era mi intención —¡basta de este maldito llanto!

—Sé que es duro para ti.

Joanne sacude la cabeza, soltando algunas lagrimitas.

—He estado pensando mucho en nosotros, en nuestra situación... —continúa, Paul.

El camarero se acerca y pregunta si desean pedir el postre. Joanne mueve negativamente la cabeza con la mirada humillada. No hay forma de comer nada sin arriesgarse al decididamente poco romántico gesto de vomitar.

—Dos cafés —ordena Paul, y Joanne se enjuga subrepticamente los ojos con la servilleta—. ¿Te he dicho que me gusta tu vestido? —pregunta él de repente, y Joanne tiene que repasarse para recordar lo que se ha puesto—. ¿Es nuevo?

—No —dice Joanne manoseando uno de los botones delanteros—. Lo compré el verano pasado. No me lo había puesto nunca porque es de lino y se arruga con mucha facilidad.

—Se supone que ha de arrugarse.

—Sí, eso es lo que me dijo la vendedora.

—El blanco te sienta bien. Te resalta el bronceado.

La mano de Joanne se traslada del botón a su rostro.

—Es maquillaje —le dice, sintiéndose tímida.

¿Ha hecho mal al decirle esto? Paul no es un entusiasta del maquillaje. Se produce otro incómodo silencio. El camarero regresa con las dos tazas de café, las deja sobre la mesa y desaparece discretamente.

—Necesito más tiempo —prosigue él, como si no hubiera habido interrupciones—. Ahora tengo tantas cosas que hacer...

—¿Te refieres a tu trabajo?

Paul asiente.

—No consigo levantar cabeza.

—¿En qué sentido?

—No estoy seguro de poder explicarlo. No es sólo el mucho trabajo. Me las sé arreglar con mucho trabajo. Me refiero a que estoy ocupado. Demasiado ocupado. Pero siempre he estado muy ocupado. Es sólo que siempre me siento cansado. No importa lo mucho que duerma: parece que no me sirva para nada.

¿Cuánto te deja dormir la pequeña Judy?, se plantea Joanne, pero no se lo pregunta. En cambio, dice:

—¿Has ido al médico?

—Le dije a Phillips que me hiciera un chequeo completo, incluso una prueba de estrés. Básicamente estoy en muy buena forma para un hombre de mi edad. Mi ritmo cardíaco es bueno, mi presión sanguínea fantástica. He de hacer más ejercicio, me dijo, así que he empezado a moverme un poco.

—Lo he notado.

Se mira los brazos, ahora ocultos bajo la americana azul pálido que lleva.

—¿Qué te parece? —pregunta Paul con timidez, con un deje de orgullo en el tono de voz.

Joanne se encoge de hombros y se ríe, sintiéndose como una colegiala tonta.

—Una vez me dijiste que nunca podrías desarrollar musculatura —le dice, observando crecer su sonrisa.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Una vez me dijiste que tus brazos eran tan delgados porque de niño te caíste y te los rompiste varias veces y, como resultado, nunca podrían estar tan desarrollados como los de la mayoría de los chicos.

—Yo no te dije eso —protesta él con una sonrisa en los ojos que traiciona sus palabras.

—Sí me lo dijiste.

—Bueno, me rompí los brazos un par de veces, esa parte es cierta, pero eso no tiene nada que ver con la musculatura —da un sorbo de café—. ¿Yo te conté eso?

—Ésa fue una de las cosas que hicieron que me enamorase de ti —dice Joanne tranquilamente, sin saber si ha sido demasiado audaz, si ha ido tal vez demasiado lejos. Paul la mira perplejo—. Fue el golpe de gracia —explica, decidiendo seguir hasta el final. Parece interesado, incluso halagado por la

inesperada revelación—. Tú estabas siempre tan seguro de todo lo que hacías, de todo lo que querías hacer... Y eras tan guapo... Eres —corrige, y regresa de inmediato al pasado, más cómodo—. Pero no tenías músculos y pensé que eso era un poco extraño. La mayoría de los chicos de tu edad tenían músculos, y supongo que un día hablamos de ello, porque fue entonces cuando me contaste lo de tu caída, eso de que te rompiste los brazos varias veces cuando eras muy joven. Y, de repente, me pareciste tan vulnerable que empecé a enamorarme de ti —sonríe ampliamente—. ¡Y ahora me dices que no era cierto!

Se miran fijamente; cada uno busca el reflejo de su juventud en los ojos del otro. Joanne, rápidamente, los baja hacia el café.

—Así que ¿siempre estaba seguro de mí mismo? —pregunta. No desea huir del recuerdo de las personas que fueron ellos en otro tiempo.

—Siempre.

—Bastante repelente, supongo.

—Me gustaba. Yo era lo contrario.

—Nunca te has valorado lo bastante. Y sigues sin hacerlo.

—Eso es lo que siempre me dice Eve.

Paul acaba el café de la taza y hace señas al camarero para que le traiga otro.

—¿En qué estás pensando? —se aventura Joanne, sorprendiendo una mirada de fugaz incertidumbre en sus ojos.

—Yo creía que sería el nuevo Clarence Darrow —admite con una sonrisa.

—¿Y descubriste que no lo eras?

Paul sacude la cabeza.

—¡Si ni siquiera me acerco!

—¿Es eso tan malo? —Paul se reclina en su silla, contemplando el océano—. ¿Te acuerdas de lo que solía decirme mi madre? —pregunta Joanne, recordando de repente—. Solía citar una frase de Hamlet: «esto por encima de todo: sé fiel a tu verdadero ser».

Joanne se hunde hacia atrás en su asiento, preguntándose por qué, de todas las sentencias favoritas de su madre, ésta es la única frase que ha perdido de vista.

—¿Qué tiene de malo ser Paul Hunter? Eres un buen abogado, Paul.

—Soy un excelente abogado —la corrige, arreglándoselas para no parecer jactancioso.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Una escasez de errores que enmendar?

Paul sonríe.

—Tal vez sea esto, no lo sé —parece buscar en la sala las palabras correctas; luego, su mirada vuelve a Joanne cuando cree que las ha encontrado—. En la Facultad de Derecho te dicen que no todos los individuos que representarás serán inocentes. También te dicen que determinar la inocencia o la culpabilidad no forma parte de tu trabajo; de eso se encargan un juez y un jurado. La única responsabilidad del abogado es brindar a su cliente la mejor defensa posible. Lo que no te dicen, o quizá sí, quizá te lo dicen pero tú no lo oyes, con todo ese idealismo de juventud que tintinea en tus oídos, es que la práctica que desarrollas refleja, en última instancia, tu personalidad, es decir: que tiendes a atraer clientes que, en más aspectos que los que te atreves a admitir, son muy parecidos a ti mismo. No me explico demasiado bien...

—Yo creo que sí.

—Mucha de la gente que entra en mi despacho... no sé —vacila; luego, vuelve a empezar—. A veces estás realmente orgulloso de las cosas que haces, yo he hecho cosas durante mi carrera de las que me siento orgulloso, porque sé que nadie podría haberlas hecho mejor; pero, en otras ocasiones, cuando tienes un cliente que sabes que miente como un bellaco y se supone que tú tienes que aguantar el tipo y defender a ese mamarracho...

—Aunque sepas que miente.

—Bueno, sí y no —rectifica Paul—. Si estás convencido de que miente, la respuesta es no, porque así no hay modo de poder ofrecerle la mejor defensa posible, a la que tiene derecho según la ley. Pero resulta bastante fácil decirte a ti mismo que podrías estar equivocado, que tú no eres el juez ni el jurado, qué demonios, y que el mamarracho podría estar diciendo la verdad, en especial si esa posibilidad va unida a unos sustanciosos honorarios.

—¿Es eso lo que has estado haciendo?

—No lo sé —acaba su segunda taza de café—. Ésa es una de las cosas que intento averiguar.

—Tal vez podrías cambiar de especialidad.

—¿Como qué? ¿Propiedades inmuebles? ¿Divorcios? Soy un abogado de litigios de primera clase. Cuando entro en el tribunal, estoy mejor preparado que la mayoría de los tipos de por aquí; por eso suelo ganar, y ésa es una de las razones por las que estoy tan ocupado. Cuando era niño, en realidad pensaba que lo más grande del mundo era defender el estilo de vida americano en un tribunal de justicia.

—¿Y no lo es?

—Lo es. Sólo que no reparé en cuánta mierda había implicada.

—¿Cuánta... mierda? —pregunta Joanne, dando un raudo sorbo de café.

Paul sacude la cabeza.

—Hablemos de otra cosa.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repite él—. Porque esto no debe de ser demasiado interesante para ti.

—Lo es —le dice Joanne con sinceridad—. Es algo de lo que nunca habíamos hablado antes y creo que es importante.

—Nunca me ha gustado traerme el trabajo a casa.

—El trabajo no, pero para mí es importante saber cómo te sientes respecto a él. Por favor, cuéntamelo. ¿Cuánta... mierda?

Paul respira hondo.

—Hemos tenido problemas con un par de socios... No les gusta cómo se lleva la compañía, quieren librarse de Mc-Namara.

—¿Por qué?

—Dicen que está siendo muy indulgente con algunos de los socios menos productivos.

—¿Es cierto?

—Tal vez. Mira, estamos hablando de una importante compañía de abogados de Wall Street, no de una pequeña oficina en mitad de quién sabe dónde. Esto es la primera división. Si quieres tener éxito, debes ser productivo. Claro que existe mucha presión. ¿De qué otra forma podría ser?

—¿Estás empezando a sentir la presión?

—Yo he prosperado en esa presión. Al menos, solía hacerlo —se ríe—. Supongo que es lo que llaman una típica crisis de la mediana edad. ¿Cómo se las arreglaban nuestros padres para no sufrir nunca crisis de la mediana edad?

—No sabían que debían sufrirlas —dice Joanne, y ambos ríen.

Joanne es consciente de que esta noche ha dicho dos cosas que le han hecho reír a Paul. También cae en la cuenta de que es la primera vez desde hace mucho tiempo que se ríen juntos.

—¿Te acuerdas de la primera vez que me llevaste a ver una obra a Broadway? —pregunta, sin estar segura de qué ha suscitado esta evocación en su cabeza—. Yo siempre había querido montarme en uno de esos coches de caballos que recorren Central Park y, cuando terminó la obra, te di la lata hasta que, por fin, captaste la indirecta y te ofreciste a subirme en uno —Paul se echa a reír; es obvio que lo recuerda—. Nunca olvidaré cuando te miré en

mitad del trayecto —recuerda Joanne— y te vi lágrimas en los ojos y pensé: Dios mío, es tan sensible, tan romántico...

—Tan alérgico... —interrumpe él.

—Y te pasaste el resto del fin de semana en la cama. ¿Por qué no me dijiste que eras alérgico a los caballos?

—No quería estropear el paseo.

—Y, luego, tu madre me puso verde; me dijo que debería cuidarte mejor.

—Debió decirte que escaparas lo más de prisa que pudieses.

—Demasiado tarde. Ya estaba enamorada.

—Con mis alergias y mis brazos pellejados —dice; y Joanne asiente en señal de conformidad—. ¡Y yo que creía que fue mi mente superior y mi apostura lo que hizo el trabajo!

—Es divertido de qué cosas nos enamoramos —reflexiona Joanne mientras Paul hace señas al camarero de que ya están listos para marcharse.

—No creo que deba entrar —dice Paul en el portal de su casa. Joanne asiente, aunque ha estado a punto de pedirle lo contrario—. No es que no quiera —añade él en seguida—; es sólo que no creo que sea una buena idea.

—Estoy de acuerdo —susurra Joanne bajito.

—La primera noche sola —comenta Paul mientras ella busca las llaves en su bolso.

—Algún día tendré que acostumbrarme, supongo. Ya soy una chica mayor —saca, triunfante, las llaves.

—¿Llavero nuevo?

—Perdí las otras —le dice, metiendo la llave en la cerradura—. ¿Te lo imaginas? Cambio todas las cerraduras y, luego, voy y pierdo las estúpidas llaves. Pensé que me las había dejado en casa de Eve, pero ella jura que no. Dice que su madre ha buscado por toda la casa y no las ha encontrado, así que no sé. Llamé a un cerrajero, pero me dijo que costaría una fortuna cambiar otra vez todas las cerraduras, sobre todo esas de seguridad, y, como no hay modo de que se sepa de quién son las llaves, ni llevan ninguna dirección ni nada, decidí no molestarme. Si alguien intenta entrar, ya tengo la alarma —añade con reticencia.

Joanne abre la puerta y se dirige de prisa a la caja de la alarma, en el zaguán principal, para apretar los botones pertinentes. La luz verde del fondo de la caja se apaga, indicando que ha desconectado la alarma.

—Cada vez que hago esto me pongo nerviosa —le cuenta.

—Lo haces muy bien —sonríe Paul.

Joanne lo mira, expectante, desde el otro lado del umbral. ¿Va a darle Paul un beso de buenas noches? ¿Se lo permitirá ella? ¿Es correcto besarse en la primera cita cuando esa cita es con tu marido desde hace veinte años?

—He pasado una velada estupenda, Joanne —dice él, lo cual la hace retroceder en el tiempo. Y Joanne sabe que lo dice en serio, que no lo dice simplemente para hacerla sentir bien.

—Yo también.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por escucharme. Parece que, realmente, necesitaba alguien con quien hablar.

—Siempre estoy aquí —le dice ella, tal como le apunta una voz interior. Eso es, Joanne: juega duro.

—Me gustaría repetirlo —sugiere Paul; y Joanne está a punto de preguntar cuándo, pero se frena—. Te llamaré.

Paul se inclina para besarla levemente en la mejilla.

Te quiero, dice Joanne en silencio cuando él se va. Lo contempla mientras sube al coche y se aleja.

A la mañana siguiente, son casi las diez en punto cuando Joanne abre los ojos. Tarda varios segundos en despertarse del todo, en recordar que está sola, que las niñas están de campamento. Probablemente ya habrán terminado de desayunar y estarán inmersas en plena actividad matinal, piensa, con algo de curiosidad por saber de qué actividad se trata; y, al instante, se pregunta qué estará haciendo Paul, si ya estará despierto. Se propone no ser demasiado optimista, no sacar excesivas conclusiones de las cosas que él le dijo anoche. Debe obligarse a recordar que Paul le ha comentado que aún no está preparado para regresar a casa. Aunque ha admitido que la ama, que le encanta estar con ella, necesita más tiempo.

Se sienta en la cama y se despereza. Se siente bien respecto al futuro por primera vez en varios meses. Paul volverá a casa, se dice a sí misma retirando las mantas y poniendo los pies en el suelo. Es sólo cuestión de tiempo, y ella le dará tanto como necesite. A cambio, él le ha dado esperanzas.

Se acerca a la ventana del dormitorio, consciente de una cierta rigidez en sus articulaciones, mientras el sol sigue su camino detrás de las cortinas. Otro hermoso día, piensa apartándolas y mirando el patio trasero.

Él está de pie junto a la piscina. Alto, enjuto, el cabello oscuro le rebasa algunos centímetros el cuello de la camisa, los brazos en jarras con insolencia, de espaldas a ella sobre las rosadas baldosas que ha ayudado a poner, mirando el gran agujero vacío que ha ayudado a crear. ¿Qué está haciendo allí?, se pregunta al soltar las cortinas apartando el cuerpo contra la pared. Se nota la respiración en el pecho.

Corre en seguida al ropero y saca unos holgados pantalones de algodón. Lleva la camiseta con la que ha dormido y se olvida de que no se ha puesto sujetador hasta que, en mitad de la escalera, ve que el perfil de sus pezones se marca en el rosa pálido de la camiseta. Piensa en volver a subir, pero decide no hacerlo y sigue bajando la escalera hasta la cocina y, cuando llega a la cristalera, cae en la cuenta de que no tiene ni idea de lo que va a hacer. ¿Hacia qué corre? ¿Planea enfrentarse a ese hombre? ¿Es alguna especie de arreglo de cuentas? Oiga, usted, el que está en mi patio: ¿me ha estado llamando? ¿Está aquí para matarme? ¿Qué está haciendo aquí? Mejor aún: ¿qué estoy haciendo yo aquí?

Retrocede algunos pasos de la cristalera, pero es demasiado tarde. El hombre ya la ha visto. Le sonrío desde un lado de la piscina. Joanne sabe que está esperando a que ella se acerque. Lentamente, como en trance, Joanne abre la cerradura de seguridad y la del costado de la puerta. Corre la cristalera, y sólo en ese instante es consciente de lo que ha hecho: recuerda que ha olvidado apagar la alarma y sabe que ya es demasiado tarde. La alarma empieza a sonar con gran estruendo, esparciéndose por la vecindad de camino al puesto de policía más cercano.

Joanne no sabe si sentirse enojada o aliviada. Es la tercera vez que dispara una falsa alarma: ahora le costará una multa de veinticinco dólares. Pero, al menos, estará viva para pagarla, piensa. Cada vez con más audacia, sale al porche trasero para enfrentarse a su sonriente adversario. Seguramente no será tan estúpido como para intentar nada ahora.

Su sonrisa se hace más amplia a medida que ella se acerca.

—¿Se olvidó de apagarla? —pregunta el hombre, aunque es obvio que sabe la respuesta.

—La enciendo cada día antes de irme a la cama —le dice: ¿le advierte?—. ¿Qué hace usted aquí?

—Pasaba por aquí —responde en seguida, dejando caer las manos a los costados—. Quise dar un vistazo y comprobar si han hecho algo más.

—Nada. —Joanne se pregunta si, realmente, esta conversación está teniendo lugar.

Es un sueño, posiblemente. Tiene esa calidad, piensa. Las sirenas aúllan a su alrededor. No sabe si entrar y apagar la alarma. Pero es su seguro de vida y decide dejarla. La policía acudirá tanto si la apaga como si no, y, una vez más, sacudirá negativamente la cabeza al encontrarla con vida.

—Lo lamento —dice el hombre, ignorando la alarma y sin prisa por irse—. Estábamos haciendo un buen trabajo. Me sentía realmente orgulloso de este trabajo —mira a su alrededor—. No siempre me siento así. A veces, las piscinas que instalamos no son muy interesantes. La gente no tiene imaginación. Pero ésta era un poco distinta, con el bumerán y ese lado hondo. Me gustaría verla acabada.

—¿Se supone que Piscinas Rogers está aún en quiebra? —mientras pregunta eso, Joanne se da cuenta de la estupidez de sus palabras.

¿Por qué está ella ahí fuera hablando con ese hombre? ¿Por qué está él ahí? ¿De veras pasaba por aquí? ¿En verdad quería comprobar el estado de la piscina?

—No sé nada de Piscinas Rogers —dice—. Trabajo por mi cuenta. Me contratan diferentes compañías. Quién sabe, tal vez incluso vuelva con otro equipo cuando se decidan a acabarla. Eso espero —hace un guiño—. No parece que vayan a utilizarla mucho este verano.

Una vez más, sus ojos escudriñan los alrededores. ¿Se está haciendo un plano mental más completo de la casa?, se pregunta Joanne.

—Es una lástima —continúa el hombre—. Dicen que va a ser muy caluroso.

El hombre sonríe exhibiendo los dientes. Joanne mueve intranquila los pies desnudos, atrayendo involuntariamente la atención hacia ellos.

—¿Qué le ha ocurrido en los dedos de los pies? —le pregunta el hombre.

—Jugué a tenis con unas zapatillas demasiado pequeñas —le explica, ahora casi convencida de que es un sueño.

El hombre mira al cielo y sacude la cabeza.

—Será mejor que se cuide —le dice.

Al cabo de unos segundos, el hombre se ha ido. La policía tarda aún otros cincuenta minutos en llegar.

Capítulo 19

—Llegas tarde —le dice la madre de Eve cuando Joanne entra por la puerta de la casa de Eve.

Joanne comprueba el reloj.

—Sólo cinco minutos —dice, decidida a no sentirse culpable—. ¿Dónde está Eve?

—La he enviado arriba para que se acueste otra vez.

La insinuación es ineludible —¿por qué ha de sufrir Eve porque su amiga sea impuntual?—, pero Joanne no dice nada: hace tiempo que ha aprendido que ése es el mejor modo de tratar a la madre de Eve.

—Eve —llama su madre desde la escalera—, tu amiga ha llegado por fin.

—De veras, madre —exclama Eve al asomar por la puerta—, ¿no crees que estás siendo un poco grosera?

—Claro, defendeos mutuamente —dice su madre mientras Joanne y Eve intercambian miradas reveladoras—. Y no os riáis entre vosotras pensando que no os veo —volvió a reprenderlas mientras las dos mujeres desaparecían por la puerta—. Conduce con cuidado.

—Oh, me he olvidado la revista People —dice Eve al subir en el coche de Joanne—. Ya sabes cómo te hacen esperar siempre estos médicos sin nada para leer más que Field and Stream.

—¿Quieres que volvamos por ella?

Eve contempla a su madre de pie en el umbral: su forma pequeña y regordeta constituye una barrera formidable ante el interior de la casa.

—No creo que mi pobre y frágil cuerpo lo resista.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse esta vez? —Joanne saca el coche por el camino.

—Creo que hasta que me reponga o me muera —las dos mujeres se ríen, mientras Joanne enfila la calle, viendo a la madre de Eve fruncir el ceño desde el umbral—. Mira, ¿lo has visto?

—¿Visto qué?

—Esa leve rigidez de hombros, la tirantez de sus labios, la valiente sonrisa a pesar de que, obviamente, piensa que eres una conductora terrible que probablemente matará a su bebé antes de doblar la esquina. Te digo que esa mujer ha equivocado su vocación.

—¿Debió haber sido actriz?

—Debió haber sido reina.

—Si la encuentras tan pesada, ¿por qué no le dices que se vaya a su casa? Eve se encoge de hombros.

—Ya no tengo fuerzas para discutir con ella. Y, francamente, desde que se trajo las maletas hace dos semanas, la casa nunca había estado tan limpia. Cocina, hace la colada, incluso limpia los cristales. La ayuda divina es difícil de encontrar en estos tiempos. Y no puedes encontrarla a mejor precio.

—No sé —observa Joanne, pues cree que el precio es demasiado alto—. ¿Qué le parece a Brian tenerla ahí todo el día?

—Creo que está aliviado —dice Eve—. Así no se siente culpable por no estar nunca en casa. Y cuando llega a casa, siempre hay comida caliente esperándole. No me sorprendería que, cuando yo muera, se case con mi madre. Cosas más extrañas han sucedido, ¿sabes?

—Tú no vas a morirte.

—Eso es lo que todo el mundo me dice constantemente.

—Pero ¿tú no les crees?

—Creo lo que me dice el cuerpo. —Joanne está a punto de decir algo consolador cuando Eve se lo impide—. ¿Te acuerdas de Sylvia Resnick?

La vaga imagen de una rubia bajita sonrío, graciosa, a Joanne desde las páginas del anuario de la escuela superior.

—Siempre pesaba unos kilos de más y sus blusas tenían el aspecto de llevar meses sin lavarse.

Joanne recordó la sonrisa de Sylvia Resnick —las comisuras de los labios siempre se las arreglaban para torcerse hacia abajo cuando sonreía—, su cabello cerdoso y su blusa grisácea, y asintió al hacerlo.

—Ha muerto.

—¿Qué?

—Sí. Treinta y nueve años. Cuatro niños. Una noche se va al cine con su marido y de golpe se cae muerta. Aneurisma cerebral.

—¿Cuándo ha sido?

—Hace algunos meses. Se lo oí decir a Karen Palmer. Le encanta hablar de estas cosas. Te juro que podía ver su sonrisa a través del hilo telefónico.

«¿Cómo te encuentras?», chirría, ¡y a la vez me informa de que Sylvia Resnick ha muerto!

Joanne no dice nada, se siente momentáneamente sobrecogida por la noticia e intenta relacionar lo que le ha sucedido a Sylvia Resnick con lo que le está sucediendo a Eve.

—Creo que si tuvieras aneurisma cerebral ya te lo habría descubierto alguien.

—No creo que tenga un aneurisma cerebral —dice Eve, impaciente—. Sólo digo que nunca se sabe. Me refiero a que un día estás perfectamente y al cabo de un minuto estás muerta. Estamos en la edad, ¿sabes?, en la que las cosas empiezan a ir mal.

—Estoy segura de que no tienes aneurisma cerebral —repite Joanne.

Piensa que le gustaría hablar de otra cosa. Parece que últimamente Eve y ella sólo pueden hablar de salud, lo cual es comprensible, pero un poco aburrido.

—¿Tienes seguro de vida? —indaga Joanne de repente.

—¿Por qué lo preguntas? —Eve la mira con suspicacia, como si Joanne supiera algo que ella no sabe.

—Yo me he hecho una póliza.

—¿Tú te la has hecho? ¿Por qué?

—Pensé que sería buena idea. Si algo me ocurriera...

—No te va a ocurrir nada —dice Eve, descartando al mismo tiempo esa posibilidad y el previsible curso de la conversación.

Joanne ha notado que Eve no quiere hablar de las amenazas telefónicas. Empieza a rebullir y su voz adquiere un tono desagradable. Joanne abandona el tema, decide no contarle a Eve que ha incluido en su nueva póliza de seguros una cláusula de doble indemnización.

—El médico que me examinó para la póliza dijo que tengo un poco de sangre en la orina —dice, reconduciendo indirectamente la conversación hacia el tema de la salud de Eve. Sangre en la orina es algo que los médicos también han descubierto en una de las múltiples pruebas a las que se ha sometido Eve—. Dijo que no era nada —detalla Joanne—. Dijo que muchas mujeres tienen rastros de sangre en la orina, según la época del mes y todo eso.

—Claro —responde Eve irónicamente—; la culpa de todo la tiene la época del mes. —Eve mira distraídamente por la ventanilla—. He leído en People lo de ese tipo que perdió una pierna por culpa del cáncer. Está recorriendo Norteamérica...

—¿Terry Fox?

—No —murmura Eve—. Terry Fox murió hace años. Éste es otro. En realidad hoy día hay un montón haciéndolo. Tengo una visión de todos esos corredores con una sola pierna dando saltos por las autopistas de América.

Joanne se rió de la imagen, bastante grotesca.

—Creo que algunas personas lo asumen mejor que otras —observa, pensando en términos generales.

—¿Qué se supone que significa eso? —el tono de la pregunta de Eve es brusco.

—Nada —responde Joanne sinceramente, sorprendida por la súbita hostilidad de la voz de Eve—. No quería decir nada. Era sólo un comentario.

—Sí, bueno, pues guárdate ese tipo de comentarios para ti solita. — Joanne nota que se le saltan las lágrimas de los ojos, como si Eve le hubiera dado una bofetada—. Lo siento —se disculpa Eve de inmediato—. Jesús, ahí voy otra vez. Joanne, lo siento. Por favor no llores. No lo decía en serio. Ya sabes que no lo decía en serio.

Joanne sacude la cabeza arriba y abajo, intentando decirle a Eve que lo comprende. Pero lo cierto es que cada día comprende menos qué le sucede a su mejor amiga.

—Dios, has sido tan buena conmigo... Me llevas a todas partes, te sientas conmigo una cita inútil tras otra, siempre estás cuando te necesito —se detiene—. Supongo que tienen razón cuando dicen que siempre herimos a las personas que queremos. —Joanne se las arregla para sonreír—. Así que —dice Eve, cambiando de tema—, ¿de veras crees que este doctor Ronald Gold es el mismo chico con el que íbamos al colegio?

—Estaré con usted en cuanto pueda —dice el dermatólogo al salir de su despacho a la atestada sala de espera.

Debe de medir un metro y medio de alto, tiene la cabeza poblada de cabello rubio rojizo y una atractiva sonrisa. No hay duda de que es el mismo Ronald Gold con el que fueron a la escuela. Joanne lo observa mientras él manosea con torpeza el calendario de citas sobre su abarrotado escritorio, recordando gestos parecidos de Ronald con su diario de química. No ha envejecido ni un día, piensa Joanne, preguntándose si él pensará lo mismo de ella, en el supuesto de que tenga tiempo suficiente para fijarse en su presencia.

—Lo siento —dice a su cautiva clientela, compuesta en su mayoría por adolescentes y un pequeño puñado de adultos—. Lamento el caos —continúa obviamente, buscando un bolígrafo—. Sé que lo he puesto por aquí, en alguna parte —murmura.

Joanne cree ver un bolígrafo de plata asomando bajo una pila de papeles, pero no le parece oportuno decirlo.

—Mi recepcionista se despidió la semana pasada —explica a nadie en particular— y he llamado a una agencia para que me envíen a alguien provisional, pero no ha aparecido. En realidad, seguramente tengo suerte. A veces, estas provisionales no te dan más que problemas. Te pasas todo el rato explicándole las cosas y al día siguiente te mandan a otra y tienes que volver a explicárselo todo. No encuentro el maldito bolígrafo —levanta la vista de la mesa, azorado—. ¿Alguien tiene un bolígrafo que pueda prestarme?

Joanne se acerca al escritorio, extrae el bolígrafo de plata perdido debajo de la montaña de papeles y se lo tiende al chico que solía hacer crujir los nudillos mientras soltaba una constante sarta de chistes sentado detrás de ella en la clase de química.

—¿Quiere un empleo? —le pregunta de inmediato; y luego—: ¿La conozco?

—Fuimos a la escuela juntos. Joanne Mossman. Bueno, es decir, era Mossman; ahora soy Hunter —¿es eso cierto?, se pregunta.

La sonrisa se le ensancha hasta las orejas.

—Bueno, Joanne Mossman —exclama—, no te habría reconocido... Tienes mucho mejor aspecto que de niña. —Joanne se ríe, y su risa rebosa gratitud—. Lo digo en serio, no estoy tratando de halagarte. Me refiero a que siempre has sido bonita, pero estabas un poco tensa, ¿sabes lo que quiero decir? Estrictamente del tipo collar de perlas. Ahora pareces más relajada. Me gusta lo que te has hecho en el cabello. —Joanne es consciente de que se está sonrojando—. Oye, aún te sonrojas. Eso también me gusta.

Ronald Gold la coge por la cintura y mueve el otro brazo para reclamar la atención del resto de la sala.

—Atención todo el mundo: ésta es la pequeña Joanne Mossman. Repítame cuál es tu nombre de casada.

—Hunter.

—La pequeña Joanne Hunter. ¿Tu marido es el mismo con el que entonces empezaste a salir? —Joanne asiente, sin saber qué hacer—. Fuimos a la escuela juntos. En aquella época aún tenía la tez más blanca —estudia su

rostro—. ¿Qué es esto? ¿Un grano? —sus dedos expertos le recorren la cara—. Nada serio. Nos ocuparemos de ti en unos minutos.

—No he venido a visitarme —dice Joanne en seguida, consciente de que todo el mundo sigue escuchando la conversación—. He venido con una amiga.

Señala a Eve, sentada en una silla contra la pared, con un montón de revistas viejas en el regazo y una expresión de disgusto en los labios.

—¿Es ésta la pequeña Evie Pringle? —pregunta el doctor Ronald Gold mientras Eve se pone en pie. Le saca más de un palmo—. ¿Seguís juntas vosotras dos, eh?

—Ahora soy Eve Stanley —le dice Eve—. Teníamos una cita para hace veinte minutos.

Ronald Gold es consciente del pretendido sarcasmo y lo ignora.

—Sí, bueno, siento el retraso, pero mi recepcionista se ha despedido y mi enfermera tiene la gripe —suena el teléfono—. Y el teléfono no deja de sonar —alarga el brazo y lo coge—. Para ti —le dice a Joanne, que abre unos ojos como platos—. Sólo estaba bromeando —dice en seguida, recuperando la mirada de preocupación.

—¿Qué? ¿Le ha dado alguien mi número? Sí, soy el doctor Ronald Gold —anuncia al teléfono—. Claro que puedo verla, señora Gottlieb. Para usted cuando quiera. Déjese caer por aquí esta tarde, le echaré un vistazo. No se preocupe, el asqueroso grano estará fuera antes del bar mitzvah^[1] del sábado —cuelga el teléfono y vuelve a mirar a Eve—. Estaré contigo en cuanto pueda, Michael —le dice a un jovencito cuya cara está totalmente cubierta por una tremenda máscara de acné juvenil. Vuelve a dirigirse a Joanne—: Y después de tu amiga, me gustaría verte a ti.

—¿Así pues, cuándo te empezaron a salir? —le pregunta mientras Joanne se tiende en la camilla.

Joanne tiene el rostro frío después del tratamiento de hielo seco que el médico le ha aplicado. Los dedos de Ronald Gold le aprietan fuerte la barbilla.

—Este último mes —le explica Joanne—. No puedo creerlo. Se supone que las mujeres de mi edad no tienen granos.

—Enséñame dónde está escrito que las mujeres de tu edad —nuestra edad— no tienen granos. Las mujeres de tu edad tienen granos, créeme. Tengo

montones de mujeres de cuarenta e incluso de cincuenta años que vienen a visitarse.

—Fantástico. Algo más de lo cual preocuparme.

Le pincha la mejilla con una aguja, provocándole un ligero dolor.

—Voy a inyectar un poco de cortisona en éste. Dime, ¿qué le has estado haciendo a tu piel últimamente?

—¿A qué te refieres?

—¿Algo diferente?

—He estado usando una nueva crema hidratante que Eve me recomendó...

—¿Es dermatóloga Eve?

—No, pero me dijo que sería mejor que empezara a cuidarme la piel.

—¿Sigues haciendo todo lo que Eve te dice? ¿Como en los viejos tiempos?

Joanne intenta sonreír, pero Ronald tiene el antebrazo en su cara mientras le aprieta otro grano potencial.

—Bueno, es que nunca me había hecho nada en la piel; es decir, nunca me la he cuidado...

—Y nunca habías tenido problemas, ¿verdad?

—No.

—¿No te dice eso nada? —Ronald Gold retrocede—. Has estado saturando tus poros, pequeña Joanne Mossman Hunter. Todas esas cremas sofisticadas y caras hacen que te salgan granos. Deja de usarlas.

—¿Y qué hago?

—Lávate la cara una vez al día —una vez— por la noche; eso es todo lo que necesitas. Con un jabón flojo; te daré una lista. No necesitas hidratantes. Te daré una crema de vitamina A para que te la pongas antes de ir a dormir. Si vas a llevar maquillaje, usa una con base acuosa, y usa un colorete en polvos, no en crema. La crema obstruye el poro. Y deja de leer esas revistas de moda. Saben tanto sobre el cuidado correcto de tu piel como tu alocada amiga Eve. ¿Cuál es su problema? —pregunta sin respirar.

—Estamos esperando a que tú nos lo digas.

—Soy un médico de la piel. Eso quiere decir del exterior de la cabeza, no del interior.

—¿Estás diciendo que es un problema psicológico?

Se encoge de hombros.

—La psiquiatría es el vertedero de la profesión médica. Un médico no consigue hallar algo físico y supone que es psicológico. No podría decirte

cuál es el problema de Eve, salvo que no tiene nada malo en la piel. Está un poco seca, eso es todo. No puedo decirte más que eso —retrocede y estudia su rostro como si estuviera planeando pintar su retrato—. Así pues, ¿quieres un empleo?

Joanne se ríe; luego, se percata de que lo dice en serio.

—¿Bromeas? —le pregunta.

Ronald Gold niega con la cabeza.

—Encontraste mi bolígrafo, luego puedes hacerlo todo. Adelante, dime tu precio.

—No puedo.

—¿Por qué? ¿Tienes bebés en casa? ¿Un marido que no quiere que su mujer trabaje? Dile que los tiempos han cambiado. Diablos, mi mujer es dentista. Trabaja más que yo.

—No es eso —dice Joanne, sin estar segura de qué es.

—¿Entonces qué? ¿No es un trabajo lo bastante atractivo?

—¿Lo dices en serio?

—¿Te parezco un hombre que bromea? Soy un hombre con la urgente necesidad de una recepcionista.

—¿Qué tendría que hacer?

—Responder al teléfono, recibir a las multitudes, llevar al corriente mis citas, reírte de mis chistes. Si eres buena chica, puede que incluso te deje estrujar algunos granos. ¿Qué dices? ¿Es o no es una oferta irrechazable?

—¿Puedo pensarlo? —pregunta Joanne, sorprendida de sí misma.

¿Qué hay que pensar? No puede considerar en serio lo que dice este hombre. ¿Y por qué no?, se pregunta a sí misma mientras sus ideas chocan en su cabeza como tantos corredores cojos por las autopistas de América.

—Piénsalo, háblalo con tu marido y me llamas el lunes. No es que intente presionarte, claro —sonríe.

—¿Por qué quieres que trabaje contigo?

—¿Por qué no? —pregunta él—. ¿Te ocurre algo malo? —su sonrisa de muchacho se relaja; sus ojos azules grisáceos son limpios y cálidos—. Me gustas —dice sencillamente—. Me recuerdas mi juventud. Oye, esto lo he leído en algún sitio... ¿Quieres saber qué es lo realmente terrible de la mediana edad? —ella asiente—. Es levantarte una mañana y darte cuenta de que tu clase de la escuela superior está gobernando el país.

La madre de Eve aguarda en el portal —¿se ha quedado allí todo el rato? — cuando Joanne entra en el camino de su casa.

—Ésa no es realmente mi madre —afirma Eve al abrir la puerta del coche—. Es Godzilla.

—Eve —la insta Joanne—: si te hace desgraciada, dile simplemente que se vaya.

—No puedo hacerlo. —Eve sube los escalones de la entrada y Joanne la sigue.

—Habéis tardado mucho —las saluda la madre de Eve con voz vagamente acusadora—. ¿Qué os ha demorado tanto?

—Tuvimos que esperar casi una hora —dice Eve pasando por delante de su madre y entrando en la casa—. El buen doctor era muy desorganizado.

—Su recepcionista se había despedido y su enfermera tenía gripe —explica Joanne, aunque la señora Cameron ya no presta atención.

—Dios mío. ¿Qué les has hecho a los muebles? —exclama Eve al entrar en la ahora desconocida sala de estar, paseando sin cesar de un lado a otro.

—He cambiado algunas cosas.

—¡Algunas cosas! ¿Hay algo que no hayas tocado?

—Bueno. Habéis tardado tanto... Estaba nerviosa. No tenía nada que hacer.

—¿Has pensado en leer algo? —pregunta Eve.

Ella y Joanne dan vueltas por la habitación recién redistribuida: el sofá lila está donde estaban las sillas hace sólo unas horas; los sillones malva, depositados en esquinas opuestas de la habitación; las mesas de café y las lámparas, desarraigadas y recolocadas.

—¿Cómo has movido el sofá tú sola, por el amor de Dios? ¿Quién eres, la mujer biónica?

—Godzilla —vocaliza Joanne, sin hablar, en dirección a Eve cuando la señora Cameron está de espaldas.

—Es demasiado para mí —dice Eve con incredulidad, a medio camino entre la risa y el llanto—. No puedo soportarlo.

—Sube a echarte —le dice la señora Cameron a su hija, que ya ha salido de la habitación y está a mitad de la escalera—. Quédate —susurra entre dientes a Joanne—: quiero hablar contigo.

—Gracias, Joanne —dice Eve desde la escalera—. Hablaré contigo más tarde.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta la madre de Eve en tono perentorio.

—Poca cosa —declara Joanne siguiendo a la anciana y sentándose frente a ella a la mesa de la cocina—. El médico la examinó concienzudamente. Dice que no le ocurre nada malo en la piel, salvo que está un poco seca.

—¿Le dijo ella que solía tener la piel grasa?

—El médico le explicó que la piel cambia, como cambia todo lo demás. Dijo que pueden ser las hormonas, el embarazo, el aborto. No estoy segura. Eve le dirá exactamente lo que le dijo.

—¿Pero no es nada grave?

—Señora Cameron —dice Joanne con paciencia—, ¿qué gravedad puede tener una piel seca?

—¿Le has dicho eso a Eve?

—Lo he intentado.

—¿Y?

—Dice que la piel seca es sólo un síntoma de un problema mayor.

La madre de Eve repiquetea, ansiosa, con los dedos sobre la mesa. Tiene el rostro abatido. De pronto, Joanne es consciente de lo vieja que parece últimamente la madre de Eve. Por primera vez, sus rasgos traicionan sus casi siete décadas. Las bolsas que orlan sus ojos son grandes y flácidas. Las comisuras de los descoloridos labios le tiemblan levemente. Joanne cae en la cuenta de que Arlene Pringle Hopper Cameron, que ha enterrado a tres maridos, a quien la madre de Joanne llamaba siempre cariñosamente Super Ratón (aunque esto es algo que nunca le ha confesado a Eve), está al borde de las lágrimas.

—No sé qué hacer —llora bajito, hundiendo la cabeza en las manos.

—¿Por qué no se va a casa? —sugiere amablemente Joanne, aprovechando la oportunidad—. Parece cansada. Necesita descansar.

—No puedo irme a casa —dice la mujer levantando la vista hacia Joanne—. Eve me necesita aquí.

—Eve puede arreglárselas sola, señora Cameron —insiste Joanne—. Tiene una señora de la limpieza dos veces por semana y yo estoy en la puerta de al lado. Hablaré con Brian: sólo tiene que pasar más tiempo en casa. Incluso podría ser bueno para Eve tener más cosas que hacer en la casa. Eso podría distraerla de sus dolores.

—¿No sabes que ya se lo he insinuado yo a Eve? —pregunta la señora Cameron, pillando a Joanne por sorpresa. Realmente, eso no se le había ocurrido—. Tengo mis propios problemas del corazón, ¿sabes? ¿Crees que es fácil para mí? Tengo mi propia vida, mi club de *bridge*, mis partidas de mah-jongg. Sé que suena bastante insignificante, pero ¿qué puedo hacer? Algunas

vidas no son tan importantes como otras. Soy demasiado vieja para jugar a las enfermeras. Pero cada vez que le insinúo a Eve que me voy a casa, que debe intentar sobreponerse, se enoja. Grita: «¿Qué clase de madre eres tú que abandonas a tu propia hija cuando más te necesita?». ¿Qué se supone que debo hacer? Si le sugiero que voy a salir siquiera una noche, se pone histérica. Dice que si fuera otra clase de madre querría quedarme aquí, para cuidarla — la señora Cameron agita la cabeza—. Dios sabe que no soy perfecta, Joanne. He cometido un montón de errores. Pero lo he hecho lo mejor que he sabido, y no sé qué más hacer. Sólo a ti te escucha... Dime, ¿qué debo hacer? Es mi hija y la quiero. No quiero verla infeliz. No sé cómo ayudarla —se enjuga los ojos con un pañuelo de papel—. Tiene cuarenta años, pero aún es mi niña. No dejas de ser madre sólo porque tus hijos se hagan mayores. Bueno, ¿qué te voy a contar a ti? ¿Cómo están tus niñas? —pregunta, intentando sonreír.

—Bien —responde Joanne; es sólo una suposición, pues aún no ha recibido ni una sola carta de ellas. Se levanta y pone la mano sobre el hombro de la anciana—. Mire, ¿por qué no se acuesta un poco usted también? Ha cambiado todos estos muebles; debe de estar exhausta.

—¿Se pondrá bien Eve? —pregunta tranquilamente la madre de Eve desde la puerta principal.

—Estoy segura de que sí —responde Joanne, sorprendida de lo resuelta que parece su voz cuando, en realidad, no está ni mucho menos segura.

Capítulo 20

—No sé cómo te permito que me hayas convencido.

—Oye, eso debo decirlo yo.

—Lo último que tengo ganas de ver es un rutilante musical de Broadway.

—Eve hace un mohín y mira por el parabrisas del coche el cielo del anochecer.

—Se supone que es maravilloso —le explica Joanne—. Dicen que el vestuario es increíble, el baile es magnífico y las canciones realmente extraordinarias.

—¿Quién lo dice? ¿El buen doctor otra vez?

Joanne nota que se le abaten los hombros y los recompone, intentando forzar una sonrisa.

—Pues resulta que sí —responde con la esperanza de evitar una disputa, forzando una sonrisa. Cada vez que ella y Eve sacan el tema del nuevo jefe de Joanne, invariablemente empiezan a pelearse—. Ron y su esposa vieron el espectáculo la semana pasada y no dejan de hablar de él.

—Si es tan bueno, ¿cómo es que hemos podido conseguir entradas?

—Te lo dije. Su hermano...

—Oh, sí —le corta Eve—, su hermano se acuesta con la ayudante de producción.

Joanne hace una mueca.

—Está saliendo con la ayudante de producción.

—Es lo mismo... no seas tan ingenua. —Eve mira sombríamente por la ventanilla.

—Mira, si realmente te cuesta tanto, doy media vuelta y nos vamos a casa.

—¿Ahora? Casi hemos llegado, por Dios. Me has hecho vestirme y todo. ¿Quién ha dicho que quiera irme a casa? ¡Dios, eres tan susceptible!

—No me siento como para conducir hasta Manhattan en medio del tráfico del viernes por la noche si no vas a hacer más que quejarte todo el camino de ida y todo el camino de regreso.

—¿Quién se queja? —Eve se mueve nerviosa en su asiento, poniéndose el chal plateado sobre los hombros desnudos—. Jesús, menudo humor tienes esta noche.

—Estaba de muy buen humor —le dice Joanne.

—¿Estabas? ¿Ya no lo estás?

Joanne nota que sus hombros se relajan.

—Me pondré bien. Conducir por la autopista siempre me pone un poco nerviosa —miente.

—¿No crees que ese trabajo es demasiado para ti? —pregunta Eve tras una breve pausa.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes, no estás acostumbrada a trabajar. Quiero decir que no has trabajado nunca fuera de casa ¿verdad? —Joanne sacude la cabeza, no está segura de a dónde quiere Eve ir a parar—. Y, de repente, trabajas todo el día, de nueve a cinco; es un gran cambio. Seguro que estás cansada.

—No estoy cansada.

—Pareces cansada.

Joanne echa un vistazo al asiento de su amiga, quien simula estudiar minuciosamente la carretera.

—¿Lo parezco? —Joanne se contempla en el espejo retrovisor. Las arrugas en torno a sus ojos no parecen más pronunciadas que antes. En cualquier caso, tiene mejor aspecto (y se siente mucho mejor) que meses atrás.

—No me siento cansada. De hecho, me siento muy bien. Me encanta el trabajo...

—¿Cómo puede gustarte un trabajo en el que tienes que ver caras llenas de protuberancias todo el día?

Joanne intenta reír, pero el sonido resultante es más bien un gruñido.

—La gente que hay detrás de los granos es muy amable. Todo el mundo es cordial. Ron no podría ser mejor persona para trabajar con él...

—Así que sigues en tus trece. ¿Ha ocurrido algo allí que deba saber?

—¿Como qué?

Joanne empieza a sentirse incómoda. No es la primera vez que Eve insinúa que algo conspicuamente poco profesional podría estar sucediendo entre Joanne y su nuevo jefe.

—Vi su modo de mirarte aquel día en el consultorio. ¡El pequeño Ronnie Gold y la pequeña Joanne Mossman, juntos de nuevo por primera vez!

—Joanne Hunter —la corrige bruscamente—. Y esta conversación empieza a cargarme.

Eve está claramente sorprendida por la ruda afirmación de Joanne.

—Cálmate. Sólo estaba bromeando.

—Ron es un hombre felizmente casado y yo soy una mujer casada —dice Joanne, consciente de la diferencia no demasiado sutil entre ambos—. Él es mi jefe y me gusta y le respeto. Eso es todo lo que hay y eso es todo lo que habré.

—Me parece que la señora se queja demasiado —murmura Eve casi entre dientes. Antes de que Joanne pueda objetar, prosigue—: ¿Piensas seguir trabajando cuando las chicas regresen del campamento?

—No lo creo —dice, reprimiendo su fastidio—. Acepté el empleo sólo durante el verano. Para entonces, Ron ya habrá encontrado a alguien que le guste, estoy segura, y espero que Paul y yo... —se interrumpe en mitad de la frase. Han pasado dos semanas desde que vio a su marido por última vez.

—¿Esperas que Paul y tú...?

—¿Quién sabe? —Joanne se encoge de hombros. No desea seguir con el tema de una posible reconciliación.

Se produce un silencio mientras Joanne reconoce en su interior que cada vez hay menos temas que desee tratar con su más antigua e íntima amiga.

Eve rebulle en su asiento y juguetea nerviosa con su chal.

—¿Te aseguraste de conseguir una butaca junto al pasillo, verdad? —le exige.

—Ya me lo has preguntado.

—¿Y qué me contestaste?

—Sí, me aseguré de conseguir una butaca al lado del pasillo.

—Bien.

La conversación cede al silencio.

Consiguen aparcar a unas seis manzanas del teatro y, como resultado, tienen que correr para llegar a la sesión de las ocho. El público entra despacio en el teatro Barrymore cuando Joanne y Eve llegan sin resuello, y riéndose, a las puertas.

—No sé qué te hace tanta gracia —exclama Eve, cogiéndose la garganta—. No he corrido así desde el día de la carrera de fin de curso. ¿Te acuerdas? Gané a todos por unos buenos diez metros.

—Bueno, la verdad es que me has ganado —reconoce Joanne, jadeando—. ¡Yo diría que estás en bastante buena forma!

El cuerpo de Eve se envara de repente.

—¿Qué quieres decir?

Como le sucede últimamente cada vez con mayor frecuencia cuando está con Eve, Joanne no sabe qué responder. Mueve las manos con torpeza en el aire, su boca se niega a abrirse.

Dentro del teatro, un persistente timbre las llama a sus asientos.

—Supongo que debemos entrar —dice Eve, ablandando la voz—. ¿No es ése Paul? —pregunta de improviso.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Acaba de entrar. Al menos me ha parecido Paul. Lo he visto de soslayo. Podría ser otra persona.

Joanne nota que el corazón empieza a latirle con furia, y sabe que eso no tiene nada que ver con su reciente esfuerzo. Se siente como una quinceañera, una más entre la multitud llena de granos que consuela a diario. Se pregunta qué aspecto debe de tener e intenta ver su reflejo en las puertas de cristales. Eve dice que parece cansada. ¿Lo parece? Lleva un vestido nuevo de algodón a rayas rojas y blancas, con un escote bastante atrevido y volantes en el bajo que ondean airosos en torno a las rodillas. Es distinto a todo lo que tiene: lo compró con su primera paga. Su piel vuelve a estar limpia, pero el cabello está hecho una pena después de correr las seis manzanas hasta el teatro. En realidad, últimamente siempre lo lleva hecho una pena y todo el mundo le dice lo mucho que le gusta así, incluido Paul. Parezco un poco más delgada, piensa, y nota que atraviesa a empujones las puertas del vestíbulo. Le da la entrada al acomodador y, de inmediato, la empujan por la pared trasera hacia el pasillo adecuado. Decide que, probablemente, las rayas verticales la hacen parecer más delgada, pero es cierto que ha perdido algunos kilos desde que empezó a trabajar. ¿Una nueva dieta?, le ha preguntado Eve. Sí, recuerda haber pensado: la dieta de la ansiedad. Aunque, ciertamente, se siente cada día menos ansiosa.

Localizan sus butacas y se sientan. Eve estira su elegante cuello para ver quién hay y dónde. Con el cabello pelirrojo enmarcando con arte su pálida tez, Eve parece, por un momento, una jirafa humanizada.

—No lo veo —dice, obviamente refiriéndose a Paul, mientras se esfuerza por mirar detrás de ella.

—Probablemente no era él —opina Joanne, sabiendo por instinto que sí era él—. Las obras de teatro nunca han sido su fuerte...

—No he podido ver con quién iba —dice Eve. La luz se apaga y la orquesta empieza a tocar.

La música es fuerte; el ritmo, pegadizo y vibrante. El público parece moverse colectivamente en la oscuridad. La expectación aumenta, el sonido es cada vez más insistente; los pies de Joanne siguen la cadencia de la orquesta. Ve abrirse el telón, una escenografía deslumbrante, unos vestidos sorprendentes que casi quitan el aliento. Oye voces alzarse en clara y gozosa confianza. Sin embargo, todo lo que de verdad oye, ve y piensa es: no he podido ver con quién iba.

¿Por qué no se le había ocurrido a ella que si Paul está aquí está con otra persona? ¿Con quién? Tal vez un cliente. Por favor, que sea un cliente. Tal vez un amigo. Que sea un amigo; no una amiga. Lo más probable es que sea un ligue. Seguramente una chica joven y atractiva. Acaso sea la pequeña Judy como-quiera-que-se-llame.

No he podido ver con quién iba.

Joanne se centra en el escenario espectacularmente iluminado, ahora bañado en brillantes muestras de varios colores, como las pruebas de pintura de un decorador. En el centro hay un hombre vestido de negro que está cantando a tres mujeres ataviadas con idénticas capas de gasa multicolor, el cabello teñido a juego con las capas y el rostro maquillado de igual modo. De repente las luces se vuelven azules, luego índigo fuerte; las mujeres desaparecen en los alrededores, sus rostros vuelven a emerger como máscaras de oro y plata. Joanne se siente desorientada, perdida. Se pregunta qué efecto tendrá todo ese duro maquillaje teatral y esa fuerte iluminación en la tez de las actrices. Mira a Eve. Su cara refleja el mismo plata y oro; su cabello, el azul helado de los focos del escenario; sus ojos están negros y vacíos.

Una vez más, Joanne no oye nada, no siente nada.

No he podido ver con quién iba.

De pronto las mujeres regresan y el escenario se vuelve de un vivo y pulsador amarillo limón; el hombre de negro ha desaparecido en lo que simula ser un gran haz de cegadora luz solar. Joanne cierra los ojos ante su persistente destello. Nota el calor de la redonda bola amarilla. Al volverse hacia Eve advierte que el rostro de ésta parece especialmente frío a la cálida luz del sol: hay algo como esquelético, casi cruel, en la dura delineación que el sol hace de sus rasgos. El amarillo nunca fue mi color, oye decir a Eve, aunque en realidad Eve no dice nada. El sol quema ahora la piel de Joanne, haciendo que le sude la frente. El sol es demasiado caliente, piensa, y desea escapar al aire exterior. Por favor, que alguien apague el sol. Debatándose contra la creciente ansiedad, Joanne centra de nuevo la atención en el

escenario y se percata de que las mujeres están ahora desnudas —¿lo han estado todo este tiempo?—, cubiertas sólo por las iridiscentes capas de luz.

De repente, cae el telón. Es el final del primer acto. Se encienden las luces de la sala. El teatro estalla en un prolongado aplauso. A su alrededor, la gente se levanta a estirar las piernas.

—No puedo creer que haya transcurrido tan rápido —se oye decir Joanne, consciente de que su mente ha estado en otra parte la mayoría del tiempo.

—¿Bromeas? —pregunta Eve—. Ha sido el maldito primer acto más largo que he visto nunca. No me digas que de verdad te ha gustado, ¿eh? A pesar de las recomendaciones del buen doctor. Vamos fuera.

—Creo que mejor me quedaré aquí —le dice Joanne a Eve, pese a que hace sólo unos minutos estaba desesperada por respirar un poco de aire.

—Salgamos —repite Eve, indicando así que la discusión está zanjada.

Por el pasillo, Joanne oye palabras como innovador y original, soberbio y maravilloso. Sólo los labios de Eve están fijos en una mueca permanente.

—Es un espectáculo terrible —dice lo bastante fuerte para que lo oigan todos los que pasan—. Lo peor que he visto en muchos años. —Llegan al vestíbulo; Joanne mirando directamente al suelo.

—Ahí está —dice Eve inmediatamente—. Es Paul —continúa. Joanne levanta la vista. Paul está de pie, solo, a un lado de la pared roja—. ¿No vas a saludarle?

Antes de que Joanne pueda responder o protestar, Eve saluda con la mano, Paul la ve y ella le hace gestos para que se acerque.

—Aquí viene.

Joanne respira hondo. Siente un vago mareo en el estómago. Nota que la gente hace sitio a su alrededor para acomodar al recién llegado. Sabe que Paul está ahora junto a ella. A disgusto, se vuelve en dirección a Paul.

Viste un traje gris con una camisa rosa pálido y una corbata marrón a rayas y, aunque sonrío, parece incómodo.

—Hola, Joanne —dice bajito—. ¿Cómo estás, Eve?

Joanne saluda con la cabeza cuando Eve responde:

—Muriendo lentamente —dice con voz inexpresiva y carente de humor.

—Tienes buen aspecto —responde él. Y Eve gruñe.

—Podrás escribir eso en mi lápida.

—¿Cómo estás? —pregunta Paul, dirigiéndose a su mujer.

—Bien —dice Joanne. Y se da cuenta de que es cierto—. Tengo un empleo.

—¿Un empleo? ¿Qué tipo de empleo? —está sorprendido, interesado.

—Soy... una especie de recepcionista... para un médico de la piel... durante el verano... hasta que las chicas regresen del campamento.

—Parece fantástico.

—Me gusta mucho.

Se produce un momento de silencio.

—Pensaba llamarte —dice Paul azorado, consciente de que Eve está siguiendo de cerca la conversación.

—Está bien...

—He estado muy ocupado...

—No te preocupes —le dice Joanne.

—He pensado que quizá podríamos ir juntos al campamento el día de visita. Es decir, si no tienes otros planes.

—Me gustaría —asiente rápidamente—. Creo que a las chicas también.

—¿Has tenido noticias?

—Aún no. ¿Y tú?

—Ni una línea. Supongo que es lo típico. —Paul mira a su alrededor. ¿Por qué parece tan incómodo?—. Qué espectáculo tan fantástico —alaba él, refrenándose ante el gesto de burla de Eve—. ¿No os lo ha parecido?

—No puedo decir que sí —le explica Eve, a punto de añadir algo cuando le interrumpe la aparición de una joven y atractiva —aunque excesivamente maquillada— rubia que ha salido de la nada para agarrarse fuerte al brazo de Paul.

Paul le sonrío. Eve le sonrío. Joanne le sonrío. La joven rubia les devuelve la sonrisa. Se hallan en mitad del vestíbulo, sonriéndose entre sí como un puñado de idiotas. Joanne nota que los focos los bañan en tonos sucesivamente azules, amarillos y púrpuras. Nota que, de repente, han sido transportados al centro del escenario y están desnudos. Nota que le fallan las rodillas y el estómago le da vueltas. Ahora sabe por qué Paul parecía tan azorado. Se pregunta si las presentará y cómo será la presentación (seguramente, ésta es la pequeña Judy). Judy, me gustaría presentarte a mi esposa; Joanne, ésta es la pequeña Judy.

Suena el timbre instándolos a regresar al interior del teatro. Salvado por la campana, piensa Joanne, sabiendo que ella dista mucho de estar a salvo.

—Te llamaré —dice Paul en voz baja (¿para que la pequeña Judy no pueda oírlo?). Y se lleva a la joven rubia sin molestas presentaciones.

¿No le ha explicado a la pequeña Judy lo mucho que le disgustan los artificios? ¿No le ha advertido en contra de pasarse de la raya con el

maquillaje? ¿Es crema o son polvos?, se pregunta Joanne con la esperanza de que sea crema.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Eve mientras el vestíbulo se vacía lentamente.

Joanne niega con la cabeza.

—¿Quieres que nos vayamos?

Joanne asiente con la cabeza. Si intenta hablar, se derrumbará. ¡Estúpida, estúpida, estúpida!, se censura a sí misma mientras Eve la conduce fuera, hacia el aire fresco de la noche.

—Nunca me había parecido que Paul tuviera gustos tan convencionales —dice Eve cuando empiezan a caminar en dirección al coche, cogida del brazo de Joanne.

—Es muy mona —logra decir Joanne.

—Es de lo más corriente —la corrige Eve con impaciencia—. Lávale la cara, quítale el pelo rubio y las grandes tetas y ¿qué tienes? En realidad —continúa Eve analíticamente—, te tienes a ti hace veinte años.

Joanne deja de caminar, intenta asimilar lo que acaba de decir Eve y decide que no puede.

—¿Eso ha sido un insulto o un cumplido? —pregunta, auténticamente estupefacta por el comentario de Eve.

Eve ignora la pregunta con un súbito arrebató.

—Sólo digo que te has casado con un idiota.

—Yo no lo creo —le dice Joanne, deteniéndose otra vez.

—¿Quieres dejar de pararte? Esto es Nueva York, por el amor de Dios. Te pueden asaltar si te detienes en las esquinas a discutir.

—Paul no es un idiota —repite Joanne.

—Si eso te satisface... Es tu marido.

—Sí, lo es y me siento rara al tener que defenderlo de ti.

—Pues entonces no lo hagas —dice Eve simplemente—. Estoy de tu parte, ¿te acuerdas?

—¿Lo estás?

Ahora es Eve quien se detiene.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Últimamente estamos todo el rato preguntándonos eso.

—¿A qué te refieres?

Joanne reanuda la marcha.

—No estoy segura.

—Mira —le dice Eve en el camino de vuelta a Long Island—, no saquemos las cosas de sus casillas, ¿vale? Has visto a tu marido con otra mujer. Eso ha de ser un poco mosqueante.

—¿Un poco mosqueante?

—No la pagues conmigo —continúa Eve, ignorando la interrupción—. No fue idea mía ir a ver esa estúpida obra. Tú fuiste quien insistió, quien me sacó de la cama...

—Eve, por favor, déjalo ya.

—Sólo intento decirte que no dejes que te afecte.

—¿Por qué no? —exclama Joanne, desviando el coche a un lado de la calzada y pisando a fondo el freno—. ¿Por qué no iba a afectarme? Amo a mi marido. En octubre llevaremos veinte años casados. Deseo desesperadamente que volvamos a estar juntos. ¿Por qué no voy a quedarme hecha polvo cuando lo veo con otra mujer? ¿Por qué todo lo que me ocurre a mí es tan malditamente insignificante y todo lo que te sucede a ti es tan demoledoramente importante? ¿Por qué mi dolor es menos válido que el tuyo?

—Joanne, no seamos tontas. Tu vida no está en juego.

—¡Ni la tuya tampoco!

—¿Oh, de veras? ¿Lo sabes tú?

Joanne respira hondo. Sea como sea, piensa, la conversación siempre revierte en Eve.

—Sí —dice Joanne enfáticamente—. Sí, lo sé. Eve: ¿a cuántos doctores has visitado? ¿Treinta? ¿Cuarenta? —Eve se niega a mirarla—. Has visitado a todos los especialistas de Nueva York. Te has sometido a todas las pruebas conocidas por el hombre. Lo único que te queda por hacer es un chequeo en la clínica Mayo y, luego, volver a realizar todas las pruebas. ¿Cuántas veces necesitas que te digan que no te ocurre nada malo?

—¡No te atrevas a decirme que no me ocurre nada malo! ¡Me duele todo el cuerpo!

—Ésa es precisamente la cuestión. Nadie puede localizar tus dolores. Lo tienes todo. Las costillas, el pecho, el vientre, las venas, el peso, los intestinos, la piel, el cabello, las mucosas nasales y oculares, la temperatura, los ojos, la garganta. Perdona si me olvido algo. Eve, nadie enferma de todo a la vez —se detiene, notando emerger el odio de Eve en sus puños fuertemente crispados—. No digo que a tu sistema no le suceda nada. Has tenido un aborto, perdiste un montón de sangre. Se ha trastocado todo tu ritmo corporal; quizá se haya producido un desequilibrio químico, no lo sé, no soy médico...

—Tienes razón.

—Pero sé que le ocurra lo que le ocurra a tu cuerpo no es fatal...

—¿Cómo lo sabes?

—Muy bien, no lo sé. Pongamos que es fatal, que es lo peor. Te quedan seis meses de vida. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—¿De qué me hablas? ¡No quiero morir!

—Claro que no quieres. Y no vas a morir. Lo que intento decirte es que si hay algo fatalmente malo en ti, no hay mucho que puedas hacer salvo intentar aprovechar lo mejor que puedas el tiempo que te queda. No creo que vayas a morir. Nadie cree que vayas a morir excepto tú. ¿Te costaría tanto ver a un psiquiatra?

—Sería una pérdida de tiempo.

—¿Y qué otra cosa has estado haciendo con tu tiempo últimamente?

—¡Tengo dolores físicos!

—Sí, pero el dolor físico puede tener un origen psíquico. Nadie sabe cuál es la diferencia.

—Yo sí.

—Entonces eres la única persona en el mundo que posee esa capacidad.

—Joanne, yo no soy la que atraviesa una crisis emocional...

—Nadie ha dicho que tengas una crisis.

—Yo no soy la que imagina extrañas llamadas telefónicas.

Joanne tarda varios segundos en asimilar esta afirmación.

—Me preguntaba cuándo ibas a sacarlo a relucir —dice, cayendo en la cuenta de que es verdad.

—Yo no soy la que ha sido abandonada por su marido después de veinte años y cree que tiene que fabular historias sobre un puñado de maníacas amenazas telefónicas para llamar su atención.

Joanne habla bajo:

—¿De veras crees que he estado haciendo eso?

De repente, Eve se lleva las manos al rostro y rompe a llorar. Al cabo de un segundo echa la cabeza hacia atrás en un amargo sollozo, tragándose el llanto, guardándoselo dentro.

—Suéltalo —le insta Joanne dulcemente mientras su propia ira se evapora—. Hay mucha rabia ahí dentro, Eve. Suéltala.

Eve se reclina hacia atrás en su asiento.

—¡Maldita sea! —murmura repetidas veces—. ¡Mierda, mierda, mierda! —Mira a Joanne—. ¿Por qué discutes conmigo? Ya sabes que siempre me tiro a la yugular.

—Nunca lo habías hecho conmigo.

—Nunca te habías peleado conmigo.

—Puede que las llamadas telefónicas sean cosa de mi imaginación — admite Joanne tras un largo silencio en el que ninguna de las dos mira a la otra—. Ya no lo sé. Te diré qué vamos a hacer —dice, riéndose de sí misma —: iré al psiquiatra si tú también vas. Incluso podemos ir juntas. Elegiremos una noche. Iremos a cenar y al cine. Incluso podrás llevarme a ver otra película de terror. ¿Qué te parece?

Eve no se ríe. Ni siquiera sonrío.

—Yo no necesito un psiquiatra.

Capítulo 21

Suena el teléfono.

—Consultorio del doctor Gold —dice Joanne al aparato sonriendo al joven rechoncho que entra por la puerta de la consulta—. Le atiendo en un minuto —le susurra—. Lo siento, el doctor Gold no podrá visitarla hasta dentro de dos meses. La cita más temprana que puedo darle es para el veintiuno de septiembre. Sí, me doy cuenta de que eso no le será de mucha ayuda, pero lo único que puedo hacer por usted es llamarla en cuanto se produzca una anulación. Sí, normalmente hay unas cuantas. Sí, lo intentaré. Mientras tanto, la apuntaré para el veintiuno de septiembre a las dos y cuarto. ¿Me dice su nombre, por favor? ¿Marsha Fisher? ¿Y su número de teléfono? Sí, muy bien; la llamaré en cuanto me notifiquen una cancelación.

Joanne cuelga el teléfono y mira al joven que está de pie ante ella. Parece intimidado por el ambiente.

—¿Puedo ayudarle?

—He venido a ver al doctor Gold —murmura, con la barbilla contra el pecho. Su voz le resulta familiar.

—¿Su nombre? —pregunta Joanne sintiéndose vagamente inquieta. Menos mal que la sala está llena de gente.

—Simon Loomis —le dice. Y Joanne comprueba la agenda de citas.

Al principio no encuentra el nombre, pero luego lo localiza.

—No tiene cita hasta las tres en punto —le dice, mirando el reloj de pared que está a su espalda—. Aún no son las dos. Ha llegado muy pronto.

—No tengo otra cosa que hacer —se encoge de hombros. El cabello castaño claro le cae sobre los ojos hundidos.

—Bueno, si no le importa esperar... hay un restaurante aquí abajo si desea una taza de café.

El joven descansa su cuerpo bajo y robusto en la única silla vacía de la sala, directamente enfrente del escritorio de Joanne. Joanne calcula que tendrá entre dieciocho y veinticinco años y se pregunta por qué no tiene trabajo y piensa que su actitud tiene algo que ver en ello. En su evidente incomodidad,

intenta hacer que la gente de su alrededor se sienta igual de incómoda. Al menos, parece surtir ese efecto sobre ella. Empieza a repasar las facturas que ha recibido en el correo de la tarde, consciente de que los ojos del joven aún están fijos en ella. Levanta la vista y le sonrío. Las comisuras de los amplios labios del muchacho se vuelven hacia arriba en una breve mueca. Por lo demás, su anodino rostro permanece impassible.

—¿Lo ha visitado antes el doctor? —pregunta Joanne, recordando que los nuevos pacientes deben rellenar un formulario. Él niega con la cabeza—. Entonces, tenga —le tiende el papel que precisa—. Al doctor le ayuda que usted lo rellene antes de la visita.

—¿Qué es? —Simon Loomis se mueve torpemente hacia ella con el brazo extendido.

—Unos cuantos datos básicos que necesitamos. Enfermedades de la niñez, alergias a alguna medicación, cosas como ésas. Nombre, rango, número de serie —añade bromeando, pero él no se ríe—. Aquí tiene un bolígrafo.

—Ya tengo el mío —le dice el chico. Se vuelve a sentar y saca un rotulador negro del bolsillo de la camisa.

La joven que está sentada a su lado levanta el codo del reposabrazos de la silla y lo coloca en el regazo.

Joanne regresa a su trabajo. Suena el teléfono. Lo descuelga.

—Consultorio del doctor Gold —de nuevo nota los ojos del chico clavados en ella—. Sí, Renee. ¿Cuándo fue eso? Muy bien, déjame comprobar la agenda. Vale, ¿que te parece mañana a la una en punto? Te haré un hueco rápidamente y el doctor te echará un vistazo. Muy bien, adiós.

Joanne vuelve a observar a Simón Loomis. Aún la está mirando.

—¿Necesita ayuda para alguna pregunta?

El chico mueve negativamente la cabeza. El rotulador sigue en su mano sin ser destapado.

Ronald Gold sale de su despacho seguido de una jovencita de catorce años con lágrimas en los ojos y la cara llena de pedacitos de algodón.

—Siento haberte hecho daño, guapa —dice con un brazo consolador sobre los hombros de la chica—. ¿Me perdonas? —la chica sonrío a través de las lágrimas—. Joanne, dale a Andrea otra cita para dentro de seis semanas. Se pondrá bien, señora Armstrong —le dice a la inquieta mujer que se ha levantado de su silla junto a la ventana y ahora se sitúa, protectora, al lado de su hija—. ¿Qué puedo decirle? ¡La pubertad! ¡Las espinillas! Todos hemos pasado por eso —señala a Joanne—. Fuimos al colegio juntos —dice—. Su piel era un desastre, puede creerlo. En realidad, ella fue mi inspiración para

dedicarme a esta especialidad. Ahora, mire lo hermosa que es, en lo que se ha convertido. Por eso la contraté. ¿Cómo te va? —pregunta, guiñando el ojo a Joanne.

—Ha llamado Renee Wheeler. Tiene una especie de forúnculo...

—¡Ecccss, forúnculos, los odio! —exclama Ronald Gold. Y la joven Andrea Armstrong rompe a reír.

—Le he dicho que venga mañana a eso de la una.

—¡No para verme a mí! No quiero ver ningún asqueroso forúnculo —ahora también se ríe la madre de Andrea—. ¿Quieren oír un chiste? —pregunta el doctor, reparando en el sombrero muchacho que está frente a Joanne y moviéndose para incluirlo en el selecto grupo—. Un sacerdote católico, un ministro protestante y un rabino están discutiendo sobre el origen de la vida y el sacerdote dice que la vida comienza en el momento de la concepción. El ministro protestante dice: le ruego que me disculpe, pero la vida comienza en el momento del nacimiento; y el rabino dice: perdonen, pero ambos están equivocados. La vida comienza cuando los hijos se van de casa y el perro se muere —Joanne se ríe de buena gana—. Éste es el otro motivo por el que la contraté —dice, rápido, Ronald Gold—. ¿Quién es el siguiente?

—Susan Dotson.

—¡Susan Dotson, mi preferida! —exclama el doctor mientras una huraña y obesa adolescente camina hacia él poniendo los ojos en blanco—. ¡Está loca por mí! —susurra Ronald Gold y conduce a la chica hasta una de las salitas de consulta que dan a la sala de espera mientras Andrea Armstrong y su madre se van.

—¿Siempre es así? —pregunta Simon Loomis, apoyando el respaldo de la silla contra la pared de manera que las patas delanteras quedan levantadas en el aire.

—Siempre —responde Joanne al tiempo que el teléfono vuelve a sonar—. Consultorio del doctor Gold. ¡Hola, Eve! ¿Cómo han ido las pruebas?... Oh, Dios, eso es horrible. ¿Te provocó náuseas?... ¿Qué dijo el médico?... ¿Otra vez? ¿Por qué? Me refiero a que si no ha visto nada la primera vez y te has mareado... Lo sé, pero ¿por qué pasar otra vez por eso, especialmente si él no lo cree necesario?... Bueno, no, claro que tienes que hacer lo que creas mejor. Muy bien, hablaré contigo más tarde. Inténtalo y descansa un rato. Te llamaré cuando llegue a casa.

Joanne cuelga el teléfono, se siente impotente y deprimida como le ocurre últimamente cada vez que habla con Eve, y mira hacia donde se sienta Simon

Loomis.

Su silla está vacía. Joanne echa un vistazo a la sala. Indudablemente, el chico se ha ido. Quizá decidió que, después de todo, no quería esperar, piensa. Se alegra de que se haya ido y se pregunta si regresará. No le gustaba el modo de mirarla y había algo en su voz que le daba miedo. Se está comportando como una estúpida, se reprende al instante, e intenta concentrarse en las facturas que tiene ante ella.

Ha sido una semana tranquila, reflexiona reordenando ociosamente los papeles de su escritorio. Su hermano Warren la llamó el domingo para ver cómo estaba. Paul telefoneó esa misma tarde por idéntica razón. Estuvo cordial y cariñoso. No mencionó su encuentro anterior. Tampoco dijo nada sobre verse otra vez antes del día de visita del campamento. Esta mañana, Joanne había recibido tres cartas de Lulu. Aún no tenía noticias de Robin, pero Lulu le informaba de que su hermana parecía estar pasándose bien. Quizá Paul haya recibido ahora carta; podría llamarle...

Pone la mano en el teléfono, ensayando mentalmente la conversación telefónica: Hola, Paul, pensé que te interesaría saber que por fin hemos recibido alguna carta. Y está a punto de levantar el auricular cuando suena el teléfono.

—Consultorio del doctor Gold —dice con presteza, atendiendo a otra solicitud para una visita—. Lo siento, pero el doctor Gold tiene todas las horas ocupadas hasta dentro de dos meses. La cita más inmediata que le puedo concertar es el veintiuno de septiembre. Sí, muy bien entonces, gracias.

Cuelga el teléfono decidiendo no llamar a Paul. Intenta una vez más concentrarse en las cuentas que tiene delante. Pero ahora ve a Paul en la silla vacía enfrente de ella, ve a una joven rubia inclinada sobre él que le susurra algo al oído, oye a Warren preguntarle, como le preguntó el domingo: ¿cuánto tiempo durará esto, Joanne?

No sé cuánto tiempo durará esto, le dice. Supongo que el tiempo que sea.

El teléfono vuelve a sonar.

—Consultorio del doctor Gold.

—Señora Hunter...

—¡Dios mío! —a Joanne se le dispara la cabeza.

Debería colgar, piensa, pero se le ha paralizado la mano y no le obedece.

—Tiene buen aspecto estos días, señora Hunter —le confía la voz ronca.

—¿Cómo ha podido encontrarme? —susurra ella, intentando sonreír a una joven de ojos abiertos cuya indeseada atención ha atraído con sus movimientos bruscos.

—Oh, es usted fácil de rastrear, señora Hunter. La más fácil, por ahora.

—Déjeme en paz —mueve la otra mano para taparse la boca.

—La he dejado en paz. No quería que pensara que me he olvidado de usted o que he perdido el interés por usted... como le ha ocurrido a su marido. ¿No es así, señora Hunter? ¿No ha encontrado su marido otra amante?

Joanne cuelga bruscamente el auricular.

—¿La presión te asedia? —le pregunta su jefe, que asoma la cabeza por un rincón y levanta las cejas.

—Una llamada obscena —le responde, intentando recuperar la compostura. ¿Cómo la habrá encontrado?

—Últimamente mi mujer está recibiendo un montón de llamadas de éstas. Supongo que todo el mundo.

—¿De qué tipo son las que recibe tu esposa? —pregunta Joanne por curiosidad.

—¿Quieres detalles? —se ríe—. Las habituales —se inclina hacia ella, susurrando—. No son demasiado originales: la típica rutina de follar y chupar. Muy aburridas. A mi mujer le va la marcha. ¿Qué te voy a contar? Soy un hombre afortunado —mira a su alrededor—. ¿Qué le ha ocurrido al joven con tanta personalidad que estaba ahí?

—No lo sé. Levanté la vista y se había ido. Su cita es dentro de una hora.

—El chiste que conté lo asustó, probablemente. Tengo que aprender chistes nuevos. ¿Dónde están las muestras de peróxido de benzoilo?

—En la segunda sala, en el estante de abajo.

—Ya he buscado ahí. Nada.

Joanne retira su silla y se pone en pie, siguiendo al doctor por el exiguo pasillo hasta la segunda sala y dejando atrás la mesa de exploraciones hasta el armario que está contra la pared del fondo. Se agacha, la falda se le sube más arriba de las rodillas, abre el último cajón y busca en su interior unos segundos. Cuando saca la mano está llena de unos pequeños paquetes de muestras de peróxido de benzoilo.

—¿Cómo no los he visto? —pregunta Ronald Gold mientras ella los deja caer en sus manos.

—Hay que abrir los ojos. A veces incluso hay que levantar algo.

—Pareces mi mujer. Y ella parece mi madre —sonríe—. Pero tú tienes las piernas más bonitas.

—Ron, vuelve al trabajo —le reprende Joanne en broma—. Susan Dotson te está esperando.

—¡Oh, sí, Susan Dotson, mi preferida! Está loca por mí.

Cuando Joanne regresa a su escritorio, Simon Loomis está de pie detrás de él, mirando la agenda de citas.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta en voz más alta de lo que pretendía.

—Sólo quería comprobar si de veras estaba tan lleno como usted le dice a todo el mundo.

El chico se aparta del escritorio con una sonrisa floja y un tanto compungida. Da un largo sorbo del vaso de plástico que sostiene en la mano izquierda.

Joanne repasa el escritorio, intentando determinar si echa en falta algo.

—Te agradecería que a partir de ahora te quedases a ese lado del escritorio —le dice tajante mientras él da otro sorbo de su vaso de plástico.

De repente, al sentirse observado por ella, le empieza a temblar el pulso y se derrama algo de café en la muñeca.

—¡Aau, Dios mío, qué caliente! —grita el muchacho—. ¿Por qué me mira de ese modo? —exige acusadoramente—. ¿Cree que he robado algo? Le he dicho que sólo estaba comprobando...

—¿Me has telefoneado? —le pregunta Joanne con voz sorprendentemente firme. ¿Sería él tan audaz, tan arrogante?

—¿Telefonarla? ¡Claro que la he telefoneado! ¿Cómo, si no, iba a concertar una cita?

—No me refería a eso. Quiero decir ahora. ¿Acabas de telefonarme ahora?

—¿De qué me habla? ¿Cómo podría telefonarla? Estoy aquí, delante de usted.

—Me refiero a cuando saliste. Cuando fuiste a por café. Ya sabes lo que quiero decir.

—No sé de qué está hablando. ¿Por qué iba a telefonarla? ¿Todo el mundo está loco en este consultorio? Un médico que es un comediante, una recepcionista que cree que la gente la telefona cuando está de pie delante de ella...

—Te he hecho una pregunta.

—Y yo le he respondido. ¿De qué me está acusando?

Joanne mira, indefensa, en torno a la sala. Todo el mundo los observa. ¿Qué está haciendo? Joanne no conoce a este Simon Loomis y él no la conoce a ella. ¿Por qué tendría que ser él quien la telefona? ¿De dónde obtendría la información?

—Lo siento —dice Joanne, sentándose en la silla—. Siéntate. El doctor estará contigo en cuanto pueda.

Joanne vuelve a mirar el escritorio. ¿Falta algo?

—Creo que esperaré fuera y regresaré más tarde —le responde el chico.

—Tu cita es a las tres —dice Joanne sin levantar la mirada.

—Gracias.

El sarcasmo flota en el aire cuando Joanne oye cerrar la puerta del consultorio. Respira hondo antes de comprobar que se ha ido de verdad. Nota que le tiembla el lápiz en la mano derecha y lo deja sobre la mesa.

Suena el teléfono. De nuevo sus ojos se dirigen hacia la puerta. Imposible, piensa: no le ha dado tiempo.

—Consultorio del doctor Gold —dice, conteniendo la respiración—. Oh, hola, Johnny. Ah, muy bien. ¿Qué te parece... —hojea la agenda de las citas —... qué te parece la semana que viene? Está bien. La semana que viene a la misma hora. El trece en lugar del seis. Muy bien. Que tengas buen viaje. Adiós.

Cuelga el teléfono, consciente de que aún le tiembla la mano y le late el corazón. Se golpea el puño contra una esquina del escritorio.

—Maldición —susurra—. No saltaré cada vez que suene el teléfono. No lo haré.

—¿Otra vez hablando sola? —pregunta Ronald Gold saliendo de la sala de consulta detrás de una aún huraña Susan Dotson—. Dale a Susan hora para dentro de ocho semanas. Mi madre solía hablar sola —continúa—. Solía decir que siempre que quería hablar con una persona inteligente... ya sabes el resto; seguro que tu madre te decía lo mismo.

Joanne se ríe.

—Las madres tienen un libro especial de refranes. Lo pasean arriba y abajo. ¿Quién es el siguiente?

—La señora Pepplar.

—¿La señora Pepplar? Mi preferida —una mujer alta, de cabello oscuro y unos cincuenta años se levanta de su silla—. Por aquí, señora Pepplar.

Joanne le da a Susan Dotson una tarjeta con la fecha de su próxima cita mientras Ronald Gold y la señora Pepplar desaparecen por el estrecho pasillo.

—Hasta dentro de ocho semanas —dice Joanne a la joven, quien se guarda la tarjeta en el bolsillo y se va.

La sala parece extrañamente silenciosa, aunque aún está llena de gente. Pero han regresado a sus revistas y a sus propios problemas; probablemente, ya han olvidado el breve altercado entre Joanne y Simon Loomis del que han

sido testigos. ¿Podría alguno de ellos describirlo a la policía, de ser necesaria tal descripción?, se pregunta.

Joanne abre el bolso, que ha metido debajo del escritorio, y encuentra las cartas que Lulu le ha escrito. Las saca y las lee de corrido otra vez:

«Hola, mamá. El campamento es fantástico. La comida apesta. Las niñas de mi cabaña están bien, excepto una que se cree que es una princesa y que nos hace un gran favor estando con nosotras. El tiempo es estupendo. ¿Te he dicho que la comida apesta? ¡ENVÍA COMIDA! Se me ha roto la camiseta nueva. Robin parece estar pasándoselo bien, aunque no nos comunicamos demasiado. Te veré el día de visita. Te quiero mucho. ¡¡¡ENVÍA COMIDA!!! Te quiere, Lulu. P.D. ¿Cómo estás tú? Besos a papá».

«Besos a papá», vuelve a leer Joanne. Descuelga el teléfono y marca con rapidez los números antes de que cambie de idea.

—Paul Hunter —pide, preguntándose si la recepcionista reconocerá su voz—. Paul, soy Joanne —dice en cuanto él se pone al aparato. No desea correr el riesgo de que la confunda con otra.

—¿Cómo estás? —parece contento de oírla—. Iba a llamarte hoy.

—¿Sí?

—He recibido carta de Lulu esta mañana —le cuenta.

—Yo también he recibido una —dice Joanne con apremio para disimular su contrariedad, puesto que ésa era la única razón por la que planeaba llamarle—. En realidad he recibido tres. Todas llegaron a la vez.

—Parece que está disfrutando mucho... excepto de la comida.

—¿Tú también recibiste el mensaje?

—Podemos llevarle algunas cosas cuando vayamos; digo yo. Nada de Robin, supongo.

—No, ¿tú tampoco?

—No, pero Lulu dice que parece estar bien.

—Sí —sonríe Joanne—, a mí me escribió lo mismo.

Se produce una pausa.

—¿Estás trabajando? —pregunta Paul por fin.

—Sí. He estado muy ocupada todo el día.

—Yo también. Tengo que dejarte...

—¿Paul?

—¿Sí?

Joanne vacila. ¿Qué piensa decir?

—¿Te gustaría ir a cenar este fin de semana? El viernes o el sábado por la noche, cuando te vaya mejor.

Incluso antes de que acabe la frase, Joanne nota el azoramiento al otro lado de la línea.

—Lo siento, no puedo —dice en voz baja—. Me voy fuera de la ciudad a pasar el fin de semana.

—Oh —¿solo? Apuesto a que no vas solo.

—Pero el domingo que viene, sí, claro. El día de visita del campamento...

—Sí, claro, está bien.

—Te llamaré.

Joanne cuelga sin darse cuenta de que ha olvidado decir adiós.

¿Por qué estoy aquí?, se pregunta Joanne mientras aparca el coche en el aparcamiento del Fresh Meadows Country Club. ¿Qué va a hacer? Sale del coche y bordea el costado del edificio del club hacia la pista de tenis. Son casi las seis de la tarde. ¿Estará él aún aquí? ¿Por qué está ella aquí?

Las pistas están llenas. En la primera pista, dos mujeres juegan con una seguridad que sorprende a Joanne. ¿Cómo pueden las mujeres estar tan seguras?, se pregunta observando su concentración, notando cómo flexionan las rodillas, los golpes sin esfuerzo, el fácil acompañamiento.

—Out —grita una de las mujeres tras un golpe que claramente ha entrado.

Joanne no dice nada. Sus ojos viajan a la segunda pista: dobles mixtos de habilidad mixta. Un marido reprende a su esposa por un error no forzado.

—Si vas a acaparar todas las pelotas —le dice—, al menos haz que pasen la red.

Joanne camina junto a la alambrada hasta la tercera pista, donde cuatro mujeres le dan alocadamente a la pelota. Ninguna de las jugadoras es buena, observa; y piensa que podría incorporarse fácilmente al grupo. Se ríen y se lo pasan bien, perdiendo alegremente golpe tras golpe y sin molestarse en llevar la cuenta.

—¡Seriedad! —grita una mujer; pero se ríe tan fuerte como el resto, y Joanne deduce que ésa es toda la seriedad que se le debe prestar.

Steve Henry la mira desde la última pista; sus ojos la siguen mientras camina detrás de la valla de alambre. La cesta de pelotas amarillas descansa a sus pies mientras él levanta una del montón y la lanza por encima de la red al joven al que está entrenando.

—Así es —grita—; no pierdas de vista la bola. No intentes pegar golpes ganadores tan fuertes cada vez. Concéntrate en que pasen la red.

Él reconoce su presencia invisible. Estaré contigo en un minuto, le dice sin pronunciar palabra: espérame. Claro, piensa Joanne dándole su consentimiento silencioso. Esperar es lo que hago mejor.

Se sienta en un banco cercano y deja que sus ojos vaguen sin rumbo de pista en pista. Su mente es una pelota de tenis que bota entre ahora y hace un rato. Oye la voz de Paul —Estoy ocupado este fin de semana—; ve la cara de Simon Loomis —Volveré para mi cita de las tres—; recuerda el gesto preocupado que surcó el rostro de Ron —¿Te encuentras bien? ¿No irás a ponerte enferma, verdad?—; oye sonar el teléfono. Consultorio del doctor Gold. Señora Hunter. ¿Cómo me ha encontrado? Oh, es usted fácil de rastrear. Volveré para mi cita de las tres. ¿Cómo me ha encontrado? Me voy fuera de la ciudad a pasar el fin de semana. ¿Se encuentra bien? Señora Hunter. Señora Hunter.

—¿Señora Hunter?

—¿Qué?

—Lo siento —dice Steve Henry plantando su cuerpo bronceado delante de ella y tapándole el sol—. No pretendía asustarla.

Joanne se pone en pie. ¿Por qué está ella aquí?

—¿Le interrumpo la clase?

—Ya he acabado. Tengo un par de minutos. Supongo que ha venido a verme a mí —es tanto una pregunta como una afirmación.

—Es que ahora trabajo —le dice. ¿Por qué le está contando esto?—. Por eso no he venido, por eso he tenido que cancelar las últimas clases.

—Yo doy clases hasta las nueve de la noche —le dice él, sonriente. ¿Es consciente de su turbación?—. ¿Ha venido por eso? ¿Quiere que concertemos más clases?

Joanne no dice nada. ¿Por qué está ella aquí?

—¿Señora Hunter?

—Por favor, llámame Joanne —le dice. Está oyendo otra voz que repite su nombre. Señora Hunter. Señora Hunter—. Me preguntaba si te gustaría venir a cenar este fin de semana —continúa rápidamente—. El viernes o el sábado por la noche, si estás libre.

Joanne nota que se le hunde el corazón hasta los pies. ¿Por qué está diciendo estas cosas? ¿Por qué le pide que vaya a cenar a su casa, Dios bendito? ¿Qué está haciendo ella aquí?

—Me encantaría —responde él—. El sábado por la noche sería fantástico.

—Soy una buena cocinera —le informa. Y él sonríe.

—Iría aunque no lo fueras.

—Mi dirección es...

—Sé tu dirección.

—¿La sabes?

—Está en el archivo —le recuerda.

Joanne asiente. ¿Qué está haciendo ella aquí? ¿Por qué invita a este hombre a cenar? ¡Porque ya se lo pedí a mi marido y dijo que estaba ocupado!, responde una voz interior, y porque hay un lunático por ahí que no va a concederme más tiempo en este mundo, y, maldita sea, porque estoy cansada de esperar; ¿por qué no habría de invitar a cenar a este hombre?

—¿Qué? —casi grita al percatarse de que él ha hablado.

—Te preguntaba a qué hora quieres que vaya.

—¿A las ocho? ¿O aún estarás dando clases?

—Los sábados no. A las ocho está bien.

Joanne se da la vuelta sin saber qué hacer.

—Joanne —le grita él. Y ella se detiene en seco. ¿Ha cambiado de opinión?—. Tu nuevo trabajo te sienta muy bien. Estás fantástica —sonríe Steve—. Hasta el sábado.

Joanne Hunter conduce de regreso hacia su casa pensando que, al fin y al cabo, debe de estar loca.

Capítulo 22

—Llego pronto —dice Steve Henry cuando Joanne le abre la puerta principal y se hace a un lado para dejarle entrar en el vestíbulo bien iluminado.

—Entra —le dice Joanne obligando a las palabras a salir de su boca.

Steve Henry se queda parado ante ella, sonriente. Tiene la mano derecha medio oculta detrás de la espalda y luce el cabello rubio peinado hacia atrás, despejado de la frente. Parece relajado y seguro en sus ceñidos pantalones blancos y su polo rosa pálido.

—Te he traído algo —dice. Saca la mano derecha y le muestra una botella de Pouilly-Fuissé—. No sabía si preferías blanco o tinto ni qué ibas a cocinar, así que pensé que el blanco era lo más seguro.

—Eres muy amable. Gracias. —Joanne coge la botella sin saber qué hacer con ella; ni qué hacer con él, ahora que realmente está allí. Sus fantasías se habían detenido en ese punto.

Durante los últimos días había concebido esta escena de cien maneras distintas, había oído su llamada a la puerta, imaginado cómo iría vestido, había visto su cabello con todos los peinados concebibles, había escuchado sus palabras al llegar. No había permitido que su imaginación viajase más allá. Y, ahora, Steve Henry está de pie en mitad de su salón bien iluminado —¿se ha pasado con las luces?—, tendiéndole una botella de un caro vino blanco, y Joanne comprueba que su cabello está peinado hacia atrás, despejado de su guapa y dulce —¡sí, dulce!— cara, que viste pantalones blancos ceñidos (tal como ella pensaba) y camisa rosa pálido (que ella solía imaginar azul), y es obvio que él piensa que va a quedarse a cenar (¿y no ha de ser así? ¿No se ha pasado toda la mañana y parte de la tarde cocinando su corazoncito?), y Joanne no sabe qué hacer con él. (Gracias por el vino; ¿está siendo una velada encantadora?).

—¿Quieres sentarte? —se oye preguntar señalándole hacia la sala de estar con la mano que no sostiene la costosa botella de vino.

—Tienes un hogar precioso.

Steve Henry se mueve a sus anchas y se acomoda en una de las mecedoras de color crema; la favorita de Paul, piensa ella irónicamente.

Joanne se queda en el vestíbulo. No sabe si seguir a Steve Henry a la brillantemente iluminada sala de estar o llevar el vino a la cocina. Se pregunta qué haría Mary Tyler Moore.

—¿Te ha costado encontrar la dirección? —pregunta, decidiéndose a poner el vino en la nevera.

—No, ya había estado aquí antes —responde mientras Joanne desaparece en la cocina.

—¿Ah, sí? —Joanne deposita el vino en el refrigerador y, luego, los pies se le quedan pegados a las baldosas del suelo.

—Bueno, no aquí exactamente. Mis padres tienen amigos que viven cerca, en Chestnut. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, en nada. En seguida voy. —Joanne no se mueve.

—Me encantan tus cuadros —dice él—. ¿Cuándo empezaste a coleccionarlos?

Joanne no tiene ni idea de lo que él está hablando. ¿Qué cuadros? Tiene la mente en blanco. En este momento no sabe en absoluto cómo es su sala de estar. No ve nada en las paredes.

—¿Joanne?

—Perdona. ¿Qué me preguntabas?

Tiene que entrar en la sala de estar; no puede pasarse toda la noche en la cocina. Está comportándose como una estúpida. Está actuando como una idiota. Sin embargo, tal vez si se queda allí lo bastante, él captará la indirecta y se marchará. Para empezar, no debería haberlo invitado. Pero siempre puede devolverle su botella de vino en el club, más adelante, durante la semana, con una inteligente notita de disculpa, algo que explique su rudo comportamiento en veinticinco palabras o menos, seduciéndolo pero sin darle más esperanzas. Lo último que necesito es otro enemigo, piensa mirando automáticamente al teléfono.

—Te preguntaba sobre tus cuadros —dice él desde la puerta de la cocina—. ¿Cuánto hace que los coleccionas? —repite, sonriente.

—Empezamos hace algunos años —le explica Joanne cambiando inconscientemente al plural.

—Me gusta tu sentido de la estética —se interna unos pasos en la cocina.

—Sobre todo es el gusto de Paul —explica Joanne, y él se detiene—. La cena aún no está lista. ¿Quieres tomar algo?

—Sí. Escocés con agua, por favor.

—Escocés con agua —repite Joanne preguntándose si hay o no whisky escocés en casa, intentando averiguar dónde podría estar.

—Si no tienes...

—Creo que sí.

Se apresura a entrar en la sala de estar y va hasta el buffet que se encuentra contra la pared color canela, donde Paul guarda las bebidas alcohólicas. Ése siempre ha sido terreno de Paul; ella nunca ha sido demasiado bebedora. Arrodillada, busca entre las diversas botellas del armario. Nunca antes se había fijado en cuántas bebidas alcohólicas tienen.

—Allí —dice él rozándole el hombro con el brazo al inclinarse para coger la botella correcta—. Ahora sólo necesito un vaso. —Joanne se dirige de inmediato hacia el bargeño que está en la otra pared y saca un vaso adecuado—. Y una sonrisa —le dice Steve mientras ella deposita el vaso vacío en su mano extendida.

Joanne le mira a los ojos, intentando formar con la boca la sonrisa solicitada.

—Eso está mejor —dice él—. Creo que es la primera vez que me miras a los ojos desde que entré por la puerta.

Joanne está a punto de protestar cuando se da cuenta de que, probablemente, es verdad. Inmediatamente desvía la mirada.

—No, no hagas eso. Mírame —le ordena. A regañadientes, sus ojos vuelven a los de él—. Estás preciosa —sonríe Steve—. He deseado decírtelo desde que llegué, pero siempre estábamos en habitaciones separadas — Joanne nota que también ella está sonriendo, sin querer—. Te has hecho algo distinto en el pelo.

Ella se lleva automáticamente la mano a la cabeza.

—Me he hecho unas cuantas mechas —le dice, sintiéndose instantáneamente cohibida—. ¿Demasiadas? Le dije que sólo me hiciera unas pocas.

—Es maravilloso. Justo la cantidad precisa. Me gusta.

—Gracias.

—También me gusta lo que llevas.

Joanne baja los ojos hacia su propio cuerpo. Viste unos pantalones de seda, estrechos y grises, y una blusa de algodón amarillo de hombros anchos, y lleva un pañuelo de seda amarillo y gris anudado alrededor de las caderas, tal como le han enseñado las vendedoras, todo nuevo, como también lo es su ropa interior de satén y encaje de color marfil. Joanne se sonroja sólo de pensarlo.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —pregunta él.

Joanne querría quitar importancia a la pregunta, riéndose: «¿Quién, yo? ¿Nerviosa? No seas tonto». En cambio, responde:

—Tú me pones nerviosa.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No sé por qué, sólo sé que lo haces —bruscamente se da media vuelta y regresa a la cocina. Steve la sigue—. No sé preparar bebidas —dice, algo a la defensiva—. Me temo que tendrás que preparártela tú.

Él lo hace sin palabras; el único ruido es el del agua corriente. Joanne fija los ojos en el vaso que Steve Henry tiene en la mano, después lo sigue al salir de la cocina y de vuelta a la sala de estar, como si se hallara bajo un hechizo hipnótico.

—¿Seguro que no quieres que te prepare nada? —le pregunta él cuando recuperan sus posiciones anteriores; él, bien arrellanado en la silla favorita de Paul, y ella sentada en el borde mismo del sofá.

—No, gracias. No soy bebedora.

—Aún no me has dicho por qué te pongo tan nerviosa.

Sostiene el vaso enfrente de la boca, obligándola a levantar los ojos. Joanne observa que él está sonriendo.

—¿Crees que voy a propasarme?

—¿Vas a propasarte?

—No lo sé. ¿Quieres que me propase?

—No lo sé.

¿Quiénes son estas dos personas?, se pregunta ella momentáneamente. ¿De qué están hablando?

—¿Por qué me invitaste a cenar?

—No estoy segura.

—Al menos eso es mejor que el «no lo sé».

¿Qué está sucediendo?

—Lo siento, debo de parecerte una perfecta idiota —exclama Joanne sin saber si reír o llorar—. Quiero decir que tengo cuarenta y un años y estoy actuando de un modo más infantil que muchas de las jovencitas con las que seguramente sales...

—No salgo con jovencitas —corrige él—. Salgo con mujeres.

—¿Qué significa eso?

Él se ríe.

—Significa que creo que la mayoría de las mujeres no tienen ningún interés hasta que cumplen los treinta.

Joanne baja la mirada.

—¿Y los hombres? ¿Cuándo se vuelven interesantes?

—Dímelo tú.

La cabeza de Joanne se mueve nerviosa de un lado a otro.

—Espero que te guste el pollo —dice al no ocurrírsele otra cosa.

—Me encanta el pollo.

—Soy buena cocinera.

—Eso ya me lo has dicho.

Joanne vuelve a humillar la cabeza.

—Esto ha sido un error —dice por fin—. Nunca debí pedirte que vinieras.

—¿Quieres que me vaya?

Sí.

—¡No... sí!

No.

—¿Qué significa eso?

—No —susurra Joanne después de una pausa, dándose cuenta de que es sincera—. Quiero que te quedes —intenta reír—. Me he pasado todo el día cocinando.

—¿Todo el día?

—Bueno, casi todo el día. Excepto unas horas esta tarde, cuando he ido a visitar a mi abuelo —Steve Henry parece interesado—. Tiene noventa y cinco años —continúa Joanne, sin saber por qué, pero se siente bien alejando de ella el centro de atención—. Vive en una residencia de ancianos. La Residencia Baycrest, en...

—Ya sé dónde está.

—¿Lo sabes?

Asiente y da un sorbo a su bebida.

—Lo visito cada sábado por la tarde. —Joanne continúa, alentada por el sonido de su propia voz—. La mayor parte del tiempo, él no sabe quién soy. Cree que soy mi madre... ella está muerta... murió hace tres años... y mi padre también... bueno, visito a mi abuelo todos los sábados por la tarde. Le explico todo lo que me pasa, intento mantenerlo al corriente. Todo el mundo piensa que para mí es un esfuerzo, pero lo cierto es que me encanta. Es una especie de padre confesor, supongo. Se lo cuento todo; me hace sentir mejor. —¿Por qué le está explicando todo esto? ¿Qué le importan a Steve Henry las relaciones con su abuelo?—. ¿Viven tus abuelos? —le pregunta.

—Ambos, por las dos partes.

—Eres afortunado.

—Sí, lo soy. Somos una familia muy unida.

—¿Nunca has estado casado?

¿Por qué le pregunta eso? ¿Por qué vuelve a este tipo de conversación?

Él sacude la cabeza.

—Una vez estuve a punto, pero no funcionó. Éramos demasiado jóvenes —apura su bebida—. ¿Cuántos años tenías cuando te casaste?

—Veintiuno. Supongo que era demasiado joven, pero me pareció bien — su voz se sume en el silencio—. Creo que tomaré una copa —dice de repente.

—¿Qué quieres? —él ya está de pie.

—¿Hay Dubonnet?

Al instante se siente estúpida. El hombre no ha estado nunca en su casa y le está preguntando qué bebidas tiene ella.

Steve Henry desaparece en la sala de estar. Le oye remover las botellas y luego le llega el sonido del líquido al derramarlo en el vaso, seguido de unos pasos y el del agua corriente en la cocina. Al cabo de pocos minutos, Joanne ve regresar a Steve Henry con un vaso lleno en cada mano. Le tiende uno.

—¿Son tus hijas? —pregunta, señalando una fotografía enmarcada de Robin y Lulu sobre la repisa de la chimenea. La foto es de hace dos años; las niñas están abrazadas por la cintura y poniendo cara de foto.

—Sí —le dice Joanne—. La de la izquierda es Robin, ahora tiene quince años, casi dieciséis... cumplirá dieciséis en septiembre, y la otra es Lulu... Lana. En realidad, su verdadero nombre es Lana, pero siempre la llamamos Lulu. Tiene once años.

—Parecen muy dulces.

Joanne se ríe.

—Bueno, no estoy segura de que «dulce» sea la palabra que yo emplearía para definir las —sacude la cabeza, recordando algunos de los acontecimientos de los últimos meses—. A veces son maravillosas y no las cambiaría ni por todo el oro del mundo. Pero en otros momentos las regalaría por un céntimo. Están en el campamento de verano —prosigue—. El otro día recibí carta de Lulu... parece que se lo está pasando de fábula. Me temo que Robin no es muy aficionada a escribir... —se calla bruscamente—. ¿Por qué te cuento esto? No debe de interesarte demasiado.

—¿Por qué no?

—¿Por qué habría de interesarte?

—Porque lo que te interesa a ti me interesa a mí.

—¿Por qué?

—Porque tú me interesas.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Joanne se lleva el vaso a la boca y da un trago largo, intentando ordenar sus ideas de manera vagamente coherente.

—Por una razón: soy doce años mayor que tú. Ya sé que piensas que las mujeres no son interesantes hasta los treinta —añade rápidamente—, pero lo cierto es que yo ya era una adolescente cuando tú aún llevabas pañales.

Steve Henry sonríe.

—Ahora ya no llevo pañales.

—¿Qué quieres de mí?

—¿La cena? —se aventura tímidamente, observando con una sonrisa cómo Joanne apura el contenido del vaso.

—Es el mejor pastel de merengue de limón que he probado en mi vida —le dice mientras da cuenta de su segunda porción y empuja el plato hacia el centro de la gran mesa rectangular de roble—. Te pediría un tercer trozo, pero me temo que no podría volver a caminar jamás ni, mucho menos, impresionar en las pistas.

Joanne sonríe, agradecida porque la cena ha terminado y ha sido un éxito. Steve Henry está sentado a su derecha, ha cambiado su mantel desde el extremo opuesto de la mesa para ocupar un lugar a su lado. Ha dicho lo correcto, no ha hecho ningún movimiento en falso. La ha felicitado por la decoración, por la comida e incluso por el café. Han hablado de tenis, de los dedos de sus pies y del estado de la política mundial. Ha sido encantador, atento y, en general, una agradable compañía. ¿Por qué desea tan desesperadamente que se vaya?

—¿Qué tal una copa? —pregunta Steve. Empuja la silla hacia atrás y se acerca con paso ágil al armario de los licores, con desparpajo y sin apremio, pues es obvio que no tiene ninguna prisa.

—No, gracias. —Joanne agita negativamente la cabeza para darle más énfasis.

—Drambuie, Benedictine, Grand Marnier —lee él, recitando las diversas etiquetas—. Creo que tomaré un poco de Tia Maria. ¿Seguro que no puedo convencerte?

Joanne duda. El sabor de los licores siempre le ha parecido demasiado dulce.

—Quizá un poco de Benedictine... —se aventura. El Benedictine es del gusto de Paul.

—Aquí tienes, un poco de Benedictine.

Al cabo de un minuto están brindando con delicados vasos llenos de líquido ambarino.

—Por esta noche —dice él.

Joanne asiente sin hablar y prueba un sorbito de su vaso. El espeso licor le calienta por dentro al instante; sabe dulce y, curiosamente, amargo al mismo tiempo.

—Es bueno —tiene que admitir ella, saboreando su conflictiva naturaleza.

—Háblame de tu marido —dice Steve Henry, sorprendiéndola.

A Joanne casi se le vuelca el vaso de la mano y lo coge por el borde justo antes de que se le derrame por los dedos. ¿Lo ha notado él?

—¿Qué puedo decir? —pregunta ella, tratando de no mirarle—. Es abogado, muy listo, con mucho éxito...

—Con mucho éxito tal vez, pero no muy listo.

—¿Por qué dices eso?

—Si tuviera dos dedos de cerebro, yo no estaría aquí.

—Me gustaría que no dijese cosas como ésta.

—¿Por qué?

—Porque me hacen sentir incómoda.

Joanne se agita en la silla y da otro sorbo de Benedictine. Al instante, nota que le arde la garganta, como si alguien le hubiera prendido una cerilla.

—¿Por qué los elogios te hacen sentir incómoda?

—Porque son demasiado fáciles —dice enérgicamente—. Lo siento. No pretendía ser desagradable, pero nunca he sido buena en esto...

—¿En qué?

—¡En... esto! Los juegos. Las citas. No era buena hace veinte años y ahora soy peor.

—¿Soy el primer hombre con el que sales desde tu separación?

Joanne asiente, notando que se le arrebolan las mejillas.

—Estoy halagado.

—Yo estoy mortalmente asustada.

—¿De mí?

—¡Basta ya!

Steve Henry se ríe.

—¿Por eso has encendido todas las luces de la casa?

Ahora le toca a ella reírse.

—La sutileza nunca ha sido mi fuerte.

—¿Cuál es tu fuerte?

—Lo acabas de comer.

—Es algo más que tu pastel de merengue de limón —sonríe él.

—¿Qué te hace sentir tan seguro?

—Soy un buen analista de la personalidad.

Joanne se ríe.

—Yo soy una pésima analista de la personalidad.

—Describe a ti misma en tres palabras.

—Oh, vamos...

—No, te lo digo en serio. Tres palabras.

Joanne reposa la cabeza en la palma de su mano izquierda, colocando el rostro lejos de los penetrantes ojos de Steve.

—Asustada —susurra por fin—. Confusa —respira hondo—. Solitaria —concluye—. ¿Qué te parece para una apreciación constructiva? —sus ojos se vuelven con reticencia hacia los de él.

—Horroroso —dice. Y, de repente, la besa. Sus labios suaves presionan los de Joanne. El sutil aroma del Tia María le entra por la nariz; ella lo prueba en la punta de su lengua—. ¿Cómo te sientes ahora?

—Asustada —responde Joanne suavemente—. Confusa —se ríe—. Y ya no tan solitaria.

Steve Henry se inclina hacia adelante para volverla a besar.

De inmediato, Joanne se lleva el vasito a los labios.

—¿Cuál es el problema?

—No creo estar preparada para esto.

—¿Preparada para qué?

—Para sabe Dios a qué nos conducirá esto.

—¿Adónde nos conducirá?

Joanne sacude la cabeza.

—Me siento tan estúpida...

—¿Por qué? ¿Por qué te sientes estúpida?

—Por favor, no juegues conmigo. Te he dicho que no soy muy buena en estos juegos.

—¿No te gustan los juegos? Muy bien. Te diré francamente a dónde nos conducirá esto. Me gustaría llevarte arriba. Me gustaría llevarte a la cama. Quiero hacerte el amor. ¿Soy lo bastante franco?

—¿Podemos hablar de otra cosa? —suplica Joanne, levantándose y empezando a retirar los platos.

—Sí claro. Podemos hablar de lo que se te antoje. Ven, déjame ayudarte.
—Steve Henry recoge el plato vacío.

—Yo lo haré —le dice Joanne.

—Deja que te ayude —responde él.

—¡Oh, deja el maldito plato! —le grita. Luego, entierra rápidamente el rostro en las manos.

Al momento, Steve está junto a ella, la rodea con sus brazos y besa los suaves rizos de su cabello.

—Deja que te ayude —repite, buscando los labios de ella con los suyos y apretando su cuerpo al de Joanne.

—Tú no lo entiendes —intenta explicarle ella.

—Sí lo entiendo.

—Tengo miedo...

—Lo sé.

—No —dice ella retrocediendo, notando que los brazos de Steve se niegan a dejarla ir—. Tú no lo sabes —es consciente de las lágrimas que le resbalan por las mejillas—. Tú crees que tengo miedo porque eres el primer hombre con el que salgo después de mi separación, pero es más que eso —mira, impotente, alrededor de la habitación—. Me casé cuando tenía veintiún años. Mi marido ha sido el único novio que he tenido nunca. ¿Comprendes lo que digo? Paul es el único amante que he tenido, el único hombre que he conocido. Tengo cuarenta y un años y sólo he conocido a un hombre en toda mi vida. ¡Y me ha dejado! De algún modo, lo dejé escapar. Y ahora llegas tú, con tu cuerpo perfecto de muchacho de veintinueve años, y yo no sé qué crees que puedo darte, salvo...

—¿Y lo que yo puedo darte a ti?

—Te decepcionaré....

Steve la empuja hacia el vestíbulo.

—Vamos arriba.

—No puedo.

Una vez más la abraza por la cintura mientras oprime su espalda contra la dureza de la pared. El cuerpo de Joanne empieza a responder a los estímulos que antes sólo había sentido con Paul. Ve a Steve Henry levantar el brazo hacia el interruptor de la luz, observa que el vestíbulo se oscurece de repente, nota que los labios de él rozan la comisura de los suyos. Y, de improviso, él se retira. Sus ojos buscan los de ella en las sombras circundantes.

—No voy a obligarte a hacer algo que tú no quieras —dice Steve—. Si quieres que me vaya, dímelo. Dime que me vaya.

Joanne tiene sus ojos fijos en los de él. Despaciosamente, sus labios se mueven para formar la palabra apropiada.

—Quédate.

Capítulo 23

Joanne no puede creer lo que ocurre. Intenta por todos los medios figurarse que no está ocurriendo.

Han llegado a su dormitorio. Tiene un vago recuerdo de que la han subido medio en brazos por la escalera, abrazada a unos hombros jóvenes y poco familiares, con la boca aferrada a unos labios algo más carnosos que los conocidos, dos cuerpos desparejos curiosamente unidos por la cadera mientras se dirigen a su cuarto. Ahora están junto a la ventana del dormitorio y a ella apenas le da tiempo a correr las cortinas antes de que ese extraño la abrace de nuevo; sus fuertes manos le acarician delicadamente los brazos extendidos mientras él los atrae hacia su estrecha cintura, su boca busca la de Joanne, sus piernas escarban entre las suyas. Joanne se siente extrañamente mareada y aturdida y tiene que resistir el inoportuno impulso de echarse a reír. Al fin y al cabo, el sexo es divertido, piensa, pero sabe que él no lo comprendería. Los jóvenes se toman el sexo con tanta seriedad... Aún tienen que descubrir el humor que encierra. Joanne nota unas manos seguras en sus pechos y cierra fuerte los ojos, fingiéndose que son las manos de Paul. Su aliento se convierte en breves, asustados jadeos, como si él sujetara una almohada sobre su cabeza. Intenta apartarle, librarse de la asfixiante almohada, pero él se niega a soltarla.

—Espacio —le advierte él, atrayéndola hacia la cama, tirándole de los botones de la blusa.

Joanne se distrae momentáneamente con la mecánica de quitarse la ropa. Es una blusa nueva, piensa. Acaba de pagar casi cien dólares por ella. Los botones son exclusivos, en forma de flor; quizá por eso le cuesta tanto a Steve desabrocharlos. Nota la impaciencia en los dedos de él y espera que no se canse y acabe por desgarrar los botones. Sería difícil reponerlos; la blusa es nueva; sería una pena estropearla habiéndosela puesto sólo una vez.

No sabe bien cómo ha logrado desabrochar los botones y ya le quita la blusa por los hombros. Joanne lucha contra el deseo de cogerla antes de que caiga al suelo, aunque sabe que probablemente la pisarán en los próximos

minutos y que tendrá que lavarla y plancharla al día siguiente. Quizá la lleve a la tintorería. Por la mañana comprobará la etiqueta.

Las manos de Steve recorren el delicado encaje de su sujetador nuevo. ¿Puede verlo en la oscuridad? ¿Tiene él alguna idea de lo mucho que cuestan estas cosas en la actualidad? Oh, Dios, ¿qué le está haciendo? Joanne se maravilla de la facilidad con que le localiza el cierre delantero y aparta el liviano tejido de sus pechos desnudos.

—Eres hermosa —le oye murmurar mientras le acerca la boca al cuello.

Ella se tapa los ojos con las manos, se cubre con los brazos los senos desnudos y le golpea los pómulos con los codos.

—Lo siento —se disculpa ella en seguida, pero sus brazos se niegan a modificar la posición defensiva.

Steve no dice nada, le aparta los brazos con cuidado, se los sujeta firmemente a la espalda mientras sus labios regresan a los senos y trazan el perfil de los pezones.

Joanne mira, indefensa, alrededor de la habitación, buscando a alguien que la rescate. En la oscuridad, descubre la imagen de Eve mirando desde el umbral. No está mal, dice Eve. Relájate. Disfruta.

Ayúdame, suplica Joanne. Pero Eve se limita a sonreír, acomodándose en el confortable sillón azul a los pies de la cama de Joanne. Relájate, tonta. Es la oportunidad que llama a tu puerta. Disfruta.

Joanne nota que las manos de Steve Henry están en el botón lateral de sus pantalones y desea poder olvidar toda esta sinrazón y regresar a los besos. Eso era divertido y no tan exigente. No requería tanta concentración, era relativamente fácil cerrar los ojos e imaginar que los labios que estaba besando eran los de Paul. Es más difícil hacer sustituciones mentales cuando entran en juego cuerpos enteros, cuando una se enfrenta a técnicas completamente distintas.

Como si comprendiera lo que está pensando, la boca de Steve vuelve, de improviso, a la suya; su lengua insiste cada vez más. Paul no sería tan constante, piensa mientras se le caen los pantalones al suelo. Oye cómo Steve aparta el suave tejido con el pie y se pregunta si se ha quitado los zapatos. ¡Cuesta tanto limpiar la seda!, piensa con aprensión, preguntándose de dónde ha sacado esta vena práctica y deseando perderse en la fantasía de lo que está ocurriendo.

Ése es precisamente el problema: que está ocurriendo. No es una fantasía. Esto es la realidad. Y la realidad de la situación es que se dispone a acostarse

con un hombre al que no ama y del que apenas sabe nada, salvo que no es Paul, por mucho que cierre los ojos e imagine lo contrario.

Sea lo que sea, oye protestar a Eve, no está nada mal. Adelante, mi niña. Realidad o ilusión: ¿a quién le importa? Disfruta.

No puedo, grita Joanne en silencio mientras Steve Henry la empuja sobre la cama, la ayuda a recostar la cabeza sobre la almohada y recorre con sus manos la superficie de su estómago desnudo. Así no es como me suelen acariciar, intenta explicarle, pero no dice nada. Me haces cosquillas y yo tengo muchas cosquillas. Paul lo comprende. Sabe exactamente cómo tocarme. Sabe cómo hacer que me relaje, cómo hacer que pierda la consciencia de mí misma, no que la refuerce.

Los dedos de Steve le cogen las bragas, se las bajan por los muslos. Estoy tan avergonzada que podría morirme, piensa Joanne enterrando el rostro en un lado de la almohada, intentando simular que ella es otra persona cuando las manos de Steve le separan las piernas.

—Esto te va a gustar —le susurra bajito. Y Joanne nota que su lengua le acaricia la cara interna de los muslos.

Es típico de la joven generación, decide Joanne en aquel momento: creen que han inventado el sexo oral. Todos los cantantes de rock se contonean en los escenarios de los conciertos del mundo imitando una felación ante los aullidos conmocionados de su público adolescente y los horrorizados padres. Lo que realmente les chocaría, piensa ella, sería descubrir que sus padres llevaban años haciéndolo antes de que ellos nacieran, y que lo único chocante de todo esto es la ingenuidad colectiva al imaginar que la suya es la primera generación a la que se le ha ocurrido la idea.

Joanne le tira del pelo, obligándole a levantar la cabeza. Steve lo confunde con la pasión, interpreta su incomodidad como excitación, como impaciencia por avanzar. Oye el roce de ropa y sabe que él se está quitando la camisa; nota que Eve se inclina hacia adelante en el sillón azul para tener mejor vista. Los ojos de Joanne permanecen fuertemente cerrados.

Se niega a abrirlos mientras él le coge la mano y la guía hacia la bragueta.

—Ya sé dónde está —dice ella con apremio. Su voz rasga la quietud de la habitación como un cuchillo a través de un perfecto arco de merengue.

—¿Qué? —pregunta él con voz ronca, como si ella acabara de despertarlo.

Joanne coge el bulto de sus pantalones.

—He dicho que ya sé dónde está —repite—. No tienes que enseñármelo.

Steve se sienta bruscamente, desalojándole la mano. Su tono es triste, curioso.

—¿Qué pasa?

Joanne sacude la cabeza, incorporándose en una posición sentada.

—Nada.

—Pareces enfadada.

—No estoy enfadada.

Así es exactamente como estoy, piensa ella. Enfadada. Enfadada conmigo misma por llegar a este extremo. Enfadada contigo porque no eres el hombre con el que deseo estar, porque tú no puedes ser el hombre que yo quiero que seas, porque el hombre al que quiero ya no me quiere, porque soy estúpida y vieja, inútil y fea...

—Si no estás enfadada —dice él, ajeno a estos rapapolvos internos—, entonces tumbate a mi lado —la empuja hasta recostarla sobre la cama y sus dedos regresan a los pezones de Joanne—. Relájate.

—No puedo relajarme —dice ella con impaciencia, retirándole la mano.

—¿Por qué no?

—Porque lo que me haces me distrae.

—¿Te distrae?

—No puedo concentrarme cuando haces eso.

—Se supone que no debes concentrarte en nada más que en eso —le dice él—. ¿Cuál es el problema, Joanne? ¿Qué es lo que ocurre y yo me estoy perdiendo?

Joanne coge la colcha de la cama y se cubre con ella el cuerpo desnudo.

—No es culpa tuya. No eres tú.

—¿Quién si no? ¿Quién más está aquí?

—Demasiados fantasmas —responde, indefensa, después de una pausa.

Eve se levanta del sillón azul que se encuentra a los pies de la cama. Sacude la cabeza, consternada, levanta las palmas en el aire en un gesto de derrota y desaparece inopinadamente.

—Lo siento —dice Joanne mientras Steve Henry se pone el polo rosa pálido por la cabeza, luchando por un momento con una de las mangas—. Quería hacerlo. Pensé que podría.

—Quizá pensaste que podrías —le corrige, buscando sus zapatos en la oscuridad—, pero en realidad no querías. ¿Te importa si enciendo alguna luz? —le pregunta—. No veo nada.

Joanne se sube la colcha hasta la barbilla.

—Adelante.

Steve no se mueve.

—¿Dónde está el interruptor? —pregunta por fin. Parece un niño perdido asustado de la oscuridad.

—Ya enciendo yo.

Joanne alarga la mano hasta el extremo de la mesilla de noche y enciende la lámpara. Deslumbrada, hace un guiño cuando la habitación queda brillantemente iluminada.

Steve Henry localiza presuroso sus zapatos mientras Joanne mira el radio despertador. Sólo son las diez y media.

—¿Estás enfadado? —pregunta ella.

—Sí —le dice Steve sinceramente—, pero lo superaré.

—De veras que no tiene nada que ver contigo.

—Ya me lo has dicho —ahora, vestido de pies a cabeza, se dirige hacia ella—. Para ser sincero, no estoy seguro de cómo debo tomármelo. ¿Qué significa exactamente?

—Que amo a mi marido —dice ella tranquilamente—. Que puede parecer estúpido y anticuado e incluso patético, no lo sé, pero algo dentro de mí me dice que aún existe esperanza para Paul y para mí, y que si cedo a... esto, de algún modo es como si la perdiera y me internase en un camino diferente, tomando un rumbo irreversible, y no estoy preparada para hacerlo. Aún no. No sé si eso tiene algún sentido...

Steve Henry agita la cabeza.

—Soy profesor de tenis, ¿qué sé yo si tiene sentido?

Joanne sonrío.

—Me gustas —dice sinceramente, abrigando la esperanza de que él lo comprenda.

—Tú también.

Ambos ríen.

—Eres un buen chico.

—Un buen hombre —corrige él.

Joanne asiente.

—Me voy. —Joanne reconoce la duda en sus ojos: Steve se pregunta si debe darle un beso de buenas noches—. Adiós —dice por fin tras decidir no besarla. Y desaparece por la puerta.

Joanne escucha sus pisadas en la escalera, oye la puerta de la calle abrirse y cerrarse, escucha cómo la casa vuelve a sumirse en el silencio. Dobla las rodillas hacia el pecho, baja el rostro hasta sus manos y se tira del cabello, frustrada.

Suena el teléfono.

—¡No! —aúlla. Salta de la cama, corre al cuarto de baño y cierra la puerta detrás de ella.

El persistente timbre del teléfono la sigue hasta la bañera mientras abre frenéticamente los grifos, intentando sofocar el sonido indeseado.

—¡Basta! —chilla a través de la puerta cerrada—. ¡Basta, ya no aguanto más!

El teléfono la ignora. Sigue sonando, burlándose de sus súplicas.

Joanne abre impensadamente la puerta del baño y contempla el teléfono.

—¡Vamos, ven a por mí de una vez! —grita—. ¡Deja de jugar conmigo!

Él está ahí fuera, en alguna parte, observándome —piensa, dando media vuelta—. Está escondido ahí fuera, ha estado ocultándose toda la noche esperando a que Steve Henry se fuese. Ahora se ha ido... en este preciso instante. Sabe lo que he estado haciendo. Sabe que he sido una chica mala. Pronto vendrá a castigarme por ello.

Corre hacia el teléfono y retira el auricular de su sitio. No dice nada, sólo espera.

—¿Joanne?

—¿Eve? —Joanne se desploma sobre la cama. Las lágrimas brotan de sus ojos.

—¿Por qué has tardado tanto en coger el teléfono? ¿Qué pasa ahí? ¿Adónde ha ido Steve Henry?

—Estaba en la bañera —responde Joanne. Y, para simplificar, contesta a las preguntas de Eve de una en una—. No ha pasado nada. Se ha ido a casa.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido a casa? ¿Va a volver?

—No, no va a volver.

—¿Ya habéis terminado?

—No ha pasado nada, Eve.

—Por favor, no me digas eso, Joanne, me vas a estropear la noche. ¿Qué quieres decir con que no ha pasado nada?

Joanne se encoge de hombros. Se alegra de oír la voz de Eve, pero se resiste a entrar en detalles y desea olvidar la velada lo antes posible.

—¿Te refieres a que se limitó a cenar y marcharse? ¿No te hizo proposiciones? ¿Nada?

—Nada —confirma Joanne.

—¿Nada? ¡No puedo creerlo! Me ocultas algo, Joanne. Lo noto.

—Me tiró los tejos —reconoce Joanne, cediendo en parte—. Yo dije que no.

—¿Tú dijiste que no? ¿Estás loca?

—Quizá. Ya no lo sé.

—Si tú no lo sabes yo te lo diré: ¡Estás loca! No puedo creer que realmente hayas dejado escapar ese succulento bocado. No puede dejarlo marchar, decía para mí cuando vi salir su coche. Tal vez haya salido a comprar cigarrillos, tal vez se olvidó el cepillo de dientes y vuelve a casa a buscarlo, pero tan seguro como que hay Dios que ella no lo dejará marchar.

—¿Qué hacías tú espiando mi casa? —pregunta Joanne de golpe.

—No estaba espiando tu casa —responde Eve, a la defensiva—. Resulta que miro por la ventana y veo alejarse su coche. ¿Qué es eso de espiar tu casa? ¿De qué me hablas?

—Nada —dice Joanne en seguida. ¿De qué le habla?—. ¿Dónde está Brian?

—Dormido.

—¿Y tú por qué no lo estás?

—No puedo. Estoy demasiado nerviosa.

—¿Por qué?

—Por el escáner del lunes por la mañana.

—Bueno, intenta no pensar en él. ¿Por qué no te pasas por el consultorio el lunes, cuando hayas acabado, y vamos a comer juntas?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Simplemente no puedo. Mira, hablaré contigo mañana. ¡Vuelve al baño y contempla lo gilipollas que eres!

Joanne mira el auricular y la línea se corta en sus manos.

¿Qué estoy haciendo aquí?, se pregunta Joanne mientras el aire se restriega como un gato contra sus piernas desnudas. ¿Cómo ha llegado ella hasta aquí?

Joanne se encuentra en el patio trasero junto al lado hondo de su vacía, abortada piscina, contemplando en la oscuridad lo que parece una tumba abierta y gigante. Mi tumba, piensa: para cuando él venga por mí.

Tiene algo en la mano derecha. Joanne levanta el brazo. La raqueta surca el silencio en el aire de la noche. ¡Acompaña el movimiento!, oye decir a Steve Henry.

—¡Maldita sea! —reniega en la quietud circundante—. ¡Maldita sea!

Deja caer la raqueta de tenis a su lado, nota que le pesa demasiado en la mano.

¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué está en mitad de su patio trasero, en mitad de la noche, vestida sólo con unas bragas y una camiseta rosa con el nombre de Picasso escrito en el pecho —un recuerdo de la exposición que se celebró en 1980 en el Museo de Arte Moderno—, agarrada fuertemente a su raqueta de tenis? ¿Por qué no está durmiendo?

No está durmiendo porque no puede pegar ojo. Después de un baño muy caliente, con el que esperaba relajarse —pero sólo la ha puesto más nerviosa—, y tras pasar una hora dando vueltas y más vueltas en la cama sin ningún resultado, por fin ha abandonado toda esperanza de dormir y ha bajado la escalera, ha recogido la mesa, ha colocado los platos sucios en el lavavajillas y, por fin, se ha preparado una taza de café, repasando en su mente los acontecimientos de la noche como si fuera la reposición de una mala serie televisiva.

—Eres idiota —susurra.

Nota los dedos de los pies sobre el borde de la piscina. Hace una mueca al recordar el discursito que le ha soltado a Steve Henry antes de que se fuera. No puedo perder la esperanza, se oye decir, o sabe Dios qué frase estúpida habrá utilizado.

—¿Qué esperanza? —se pregunta en voz alta.

¿La esperanza de que tu marido regrese? Tu marido va hacia adelante, no hacia atrás. Ha salido a pasar el fin de semana, todo el fin de semana. Puedes apostar a que no está de pie junto al lado hondo de ninguna casita de campo sin tráfico preocupándose de la que pronto será su exmujer. ¿Por qué habría de preocuparse? Paul sabe que ella está allí esperando a que se canse de las pequeñas Judys de este mundo y quiera regresar a casa.

Eve tiene razón: Soy una gilipollas, piensa Joanne. Una gilipollas de mediana edad que ni siquiera tiene arrestos para permitir que un atractivo joven le ofrezca una noche de placer. ¡Gilipollas!, oye a Eve reñirla. ¡Acompaña el movimiento!, le ordena Steve Henry.

Levanta la raqueta de tenis, que sólo vagamente recuerda haber sacado del armario del recibidor, y la arroja con todas sus fuerzas al lado hondo de la piscina. Se estrella contra la pared de cemento y rebota varias veces en el fondo antes de girar sobre sí misma hasta quedarse quieta. No distingue adónde ha ido a parar finalmente. No le importa. No va a necesitar más raquetas de tenis. Sola en la oscuridad, Joanne piensa que ese agujero de cemento, vacío, es un perfecto símbolo de su vida. La naturaleza (o Piscinas Rogers, para el caso) imita los pensamientos del hombre.

Transcurren algunos minutos hasta que repara en otros sonidos: un crujido de ramas, un sutil murmullo de hierba. Movimientos que nada tienen que ver con los sonidos naturales de la noche. Se vuelve de prisa, pero no ve nada, no oye nada. Sin embargo, hay algo allí. Nota una nueva presencia, sabe por instinto que no está sola.

Así que ha venido, piensa, sintiendo acelerarse su corazón. Ha estado esperando esta oportunidad y, ahora, ella se la ha ofrecido sin ni siquiera luchar. Supone cómo serán los titulares del diario matutino, se pregunta si la policía descubrirá su cadáver, intenta imaginar los segundos finales de su vida. ¿Podéis haceros una idea de lo que debe haber pasado por su mente en aquellos últimos minutos?, recuerda que preguntó Karen Palmer.

—Señora Hunter —la voz se dilata de modo fantasmagórico en el silencio.

Joanne jadea. Cierra los ojos ante el sonido de la apagada y reconocible ronquera.

—¿Qué quieres de mí? —grita.

—Ya sabes lo que quiero —responde la voz.

¿Dónde está él?, se pregunta Joanne abriendo los ojos para ver en la oscuridad, intentando averiguar de dónde procede la voz. Oye un movimiento a su izquierda, nota que alguien camina hacia ella.

—Señora Hunter —llama la voz casi a su lado.

Joanne da media vuelta para ver a una alta figura emerger de la oscuridad. Poco a poco distingue el perfil familiar de un rostro anguloso enmarcado por un cabello que cae en ondas regulares alrededor de su estrecha barbilla.

—¡Eve! —grita cuando la figura se pone al alcance de su vista.

La risa de Eve es casi un graznido.

—¡Tendrías que verte la cara! —clama al llegar—. Incluso en la oscuridad, ¡parece que vayas a cagarte en las bragas!

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —grita Joanne sin ser consciente de que ha soltado un taco hasta que oye su eco rebotar contra el silencio de la noche.

Eve se ríe como una histérica.

—¡Tendrías que haberte oído la voz! «¿Qué quieres de mí?» —la imita—. ¡Me encanta! ¡Estabas maravillosa!

—¿De qué hablas? ¿Qué haces aquí? —insiste Joanne. Le tiemblan las rodillas hasta que, por fin, se derrumba en el suelo, sollozando—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—¡Oh, vamos! —responde Eve, arreglándose para parecer la parte ofendida—. ¿Dónde está tu sentido del humor? —ya no se ríe—. Estaba mirando por la ventana del dormitorio y te vi venir hacia aquí. Pensé que te gustaría un poco de compañía.

—¿Estás loca? —ahora, Joanne distingue a Eve claramente, como si, de pronto, alguien hubiera encendido todas las luces. Ve tornarse agria la sonrisa en el rostro de Eve, congelarse su expresión—. ¿Por qué has intentado asustarme de ese modo?

—No creí que te lo tomaras tan en serio —responde Eve de nuevo, como si ella, y no Joanne, fuese la ofendida—. Había olvidado lo obsesionada que estás con todo esto.

—¿Obsesionada?

—Sí, obsesionada. Deberías oírte hablar del tema, a veces; pareces salida de los dibujos animados —su voz recupera la ronquera fantasmal—. «Señora Hunter» —imita Eve—. «He venido por usted, señora Hunter...».

—¡Basta!

—Mira, Joanne, siento haberte asustado. En realidad no pensé que te lo tomaras tan a pecho.

Joanne no dice nada. De repente se siente muerta de cansancio y no le sale la voz.

—¿Vas a enfadarte? —pregunta Eve.

Joanne mueve la cabeza.

—No estoy segura de lo que voy a hacer —susurra por fin.

—Bueno, yo me voy a casa a dormir —dice Eve, sin hacer el menor gesto de irse a ninguna parte—. Lo tienes merecido por dejar escapar a Steve Henry —añade, intentando bromear.

—Eve —empieza Joanne, levantando la voz a cada palabra mientras se incorpora del suelo—. ¡Lárgate de aquí antes de que te tire a la maldita piscina!

Una voz masculina resuena en la oscuridad.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Ambas mujeres se vuelven hacia la voz, levantan la vista no ven nada salvo el perfil de la vecina casa de Eve. Joanne reconoce la voz de Brian y da gracias a Dios.

—Joanne, ¿estás bien? ¿Está Eve contigo?

Joanne traga saliva. Se siente mareada y aturdida. Y se pregunta si se va a desmayar.

—Estamos bien —responde Eve por ella.

—Bueno, ¿qué demonios estáis haciendo? No es el momento para una reunión de manijas. Es más de medianoche. ¿Algo va mal?

—Todo va bien —dice Eve cansinamente—. Deja de gritar antes de que despiertes a todo el vecindario. Ahora mismo voy —se dirige a Joanne—. Ya no estás enfadada, ¿verdad? —pregunta, apesadumbrada.

—Sí, aún estoy enfadada —responde Joanne. Su voz no es más que un susurro frustrado y descreído.

Eve arquea las cejas y endurece la mandíbula. No dice nada, se da media vuelta y desaparece en la noche.

Capítulo 24

—¿Estás cansada? —le pregunta.

Joanne cierra los ojos ante la refulgente luz solar de la mañana —se ha olvidado las gafas de sol en la mesa de la cocina— y reclina la cabeza sobre el oscuro cuero del interior del coche, cayendo en la cuenta de que hace mucho tiempo que no ocupaba ese asiento del automóvil de su marido. Es agradable, piensa mirándole de reojo.

—Un poco —confiesa—. Esta noche pasada no he pegado ojo. Supongo que estoy algo nerviosa.

—No tienes por qué estarlo. Todo irá bien.

—Espero que tengas razón.

—Has traído la comida que han pedido, ¿no?

—Hasta la última chuchería que han pedido.

—Entonces las harás felices.

Joanne sonrío, intentando parecer confortada. ¿Se alegrarán las chicas de verla? Se imagina a Lulu corriendo hacia el coche y ve a Robin haciéndose la remolona en las sombras, con ojos tan condenadores como hace un mes y su postura irreconciliable.

—Cuesta creer que estemos a mitad del verano —dice Paul.

Joanne asiente. El tiempo transcurre tan de prisa cuando te diviertes... piensa mirando el reloj. Son casi las ocho. Llevan una hora de viaje, lo pasan bien a pesar del constante flujo de tráfico. Si no lo impide algún accidente imprevisto, llegarán a Massachusetts dentro de dos horas y a Camp Danbee cuando abran las puertas a las diez de la mañana. ¿Estará Robin esperándolos en la puerta para saludarles?

Sólo ha recibido una carta de su hija mayor en el mes que lleva fuera, frente a las cinco de Lulu. La carta era breve, tibiamente informativa y decididamente formal:

«Querida mamá, ¿cómo estás? Yo estoy bien. Hace buen tiempo. Estoy participando en todos los deportes. He mejorado en natación. Las niñas de mi

cabaña son bastante agradables. Los monitores están bien. La comida no. Tu nuevo trabajo parece interesante». Firmado, simplemente: «Robin».

Algo es algo, se conforma Joanne mientras estudia el paisaje que se despliega a ambos lados de la autopista. Qué verde está todo, qué bonito con la primera luz de la mañana, aunque, en la radio del coche, el hombre del tiempo predice sombríamente lluvia para más avanzada la tarde.

—¿Visitaste a tu abuelo ayer? —pregunta Paul.

Joanne asiente:

—Dormía todo el rato.

—¿Y Eve? ¿Cómo está?

Joanne nota su cuerpo tenso; los dedos se le curvan en los puños crispados, las uñas se le clavan en la palma de las manos.

—No he hablado con ella en toda la semana —dice, captando la expresión de sorpresa que invade el rostro de Paul.

—¡Bromeas! ¿Cómo ha sido? ¿Ella y Brian se han ido por fin a alguna parte?

—No —contesta Joanne. Desea darle detalles de lo sucedido, pero no está segura de que le convenga—. Las dos hemos estado muy ocupadas esta semana.

—¿Tu trabajo te tiene bastante ocupada?

—No me deja ni un instante para el aburrimiento —comenta con ironía pensando en lo guapo que está Paul. Su rostro, profundamente bronceado, contrasta con la camisa blanca. Los tejanos blancos cortados por encima de las rodillas permiten ver sus piernas esbeltas y musculosas. Siempre le han sentado bien los pantalones cortos.

—¿Aún haces ejercicio cada día? —pregunta Joanne.

Un breve chasquido escapa de sus labios.

—No todos los días —admite él, algo avergonzado—. Lo he intentado. Lo hice muy bien durante unas semanas, pero no sé, supongo que es cierto lo que dicen sobre los perros viejos con collares nuevos. No puedo mantenerme en la misma forma que esos tipos jóvenes. ¡Mierda, estas cosas duelen! Me levanto por la mañana, tengo agujetas en las piernas, me duelen los brazos, la espalda me está matando, y pienso: ¿quién lo necesita? No es que haya abandonado la tabla de ejercicios por completo —añade—, pero creo que he perdido definitivamente el entusiasmo. Tener músculos cuesta mucho trabajo. Me las he arreglado sin ellos hasta ahora —sonríe—. Además, haga lo que haga mis brazos nunca se desarrollarán del todo... Todos esos accidentes de niño... —

la mira tímidamente y ambos se ríen—. Estás espléndida —le dice con sinceridad—. ¿Qué te has hecho?

—Me he hecho mechas en el cabello.

Paul niega con la cabeza.

—Es más que eso.

—He perdido algunos kilos. Últimamente no he parado...

Joanne nota que le mira las piernas.

—¿Y las clases de tenis?

—Las he dejado —se aclara, nerviosa, la garganta.

—¿Oh?

—Demasiado duro para los dedos de los pies —le dice. Sus ojos siguen a los de Paul mientras le recorren las piernas desnudas hasta las puntas de las sandalias—. Creo que se me van a caer las uñas.

Paul hace una mueca.

—¿Y entonces qué pasará?

—Ron dice que, probablemente, debajo ya tengo unas nuevas.

—¿Ron?

—Ron Gold, el médico para el que trabajo. Ya te lo conté. Fuimos al colegio juntos.

Paul se encoge de hombros y vuelve a fijar los ojos en la carretera que tiene delante, pero no antes de que Joanne sorprenda una extraña mirada en ellos.

—¿Lo conozco yo? —pregunta Paul. Y Joanne reconoce en su tono el sonido familiar de alguien que se esfuerza por parecer indiferente. Familiar porque es una cualidad que asocia a su propia voz.

—No lo creo.

—El nombre me suena. ¿Qué aspecto tiene?

Joanne reprime una sonrisa. Nota realmente la incomodidad de Paul. ¿Está celoso?

—No es muy alto —empieza—. Tiene el cabello rubio rojizo. En realidad está igual que hace veinticinco años. Es un hombre de aspecto agradable —añade, sin saber por qué.

—¿Casado?

—Sí.

—¿Aún piensas dejar de trabajar al final del verano?

—Sí —replica Joanne después de una pausa.

—No pareces muy convencida.

—Ron no quiere que me vaya. Dice que estaría perdido sin mí —se ríe—. Creo que tiene razón.

—¿Así que piensas quedarte?

Joanne tarda un minuto en calibrar en serio la pregunta.

—No, en realidad no —dice por fin.

Se reanuda el silencio. Durante el resto del viaje sólo cruzan un mínimo de palabras. La música fácil de la radio les brinda un tranquilizador telón de fondo para sus ensoñaciones personales.

¿Qué estará pensando?, se pregunta Joanne curiosamente relajada, disipada ya la tensión de la mañana. ¿O es que se la ha contagiado a Paul? ¿Es posible que Paul esté celoso? Probablemente, celoso no, se corrige ella misma, pero ciertamente curioso, y puede que hasta un tanto intranquilo. La idea de que pueda haber otro hombre en su vida es algo que, obviamente, a él no se le había ocurrido. Hasta este preciso instante, Paul estaba seguro de que Joanne no haría nunca nada para turbar el orden de cosas, que estaría disponible hasta que él resolviera su destino, confiando en que tenía todo el tiempo del mundo para tomar una decisión. Ahora ya no está tan seguro. ¿Estás pensando en mí?, le pregunta Joanne en silencio mirándolo de soslayo.

Paul la mira y sonríe con cariño. Sorprendentemente, ella es la primera en desviar la mirada. Reclina la cabeza y permite, poco a poco, que sus pesados párpados se cierren. Joanne nota que algo está sucediendo, aunque no sabe qué.

Cuando abre los ojos, el coche ha salido de la autopista principal y circula despacio por otra carretera.

—Casi hemos llegado —le dice él, y Joanne se incorpora para buscar las puertas del campamento—. Sólo faltan unos tres kilómetros. ¿Qué tal has dormido?

—Estupendamente —responde, sorprendida de haber conciliado el sueño con tanta facilidad.

Anoche estaba segura de que el día se le haría larguísimo y, ahora, ha dormido durante buena parte de él. Todo debería ser así de fácil, piensa cuando las puertas del campamento Danbee aparecen a la vista.

—¿Qué hora es? —pregunta, reparando por primera vez en que están en una larga caravana de coches.

—Falta poco para las diez. Llegamos justo a tiempo.

—¿Las ves? —pregunta, escudriñando entre la multitud reunida justo a la puerta del campamento.

—Aún no.

Paul introduce el coche dentro del recinto del campamento hasta la zona destinada para estacionar. Joanne mira nerviosa a su alrededor intentando divisar a sus hijas. Sus aprensiones anteriores renacen con más fuerza. ¿Estará Robin allí para saludarlos? ¿Se mostrará receptiva o fría? ¿Cómo será el día? ¿Cómo será el viaje de regreso? ¿Volverán algún día a ser otra vez una verdadera familia?

El coche se detiene y Paul quita las llaves de contacto. Con deliberada lentitud, alarga el brazo y la coge de la mano.

—Todo irá bien —le dice en voz baja como leyendo sus pensamientos. Le acaricia los dedos con los suyos. Luego añade tranquilamente—: Te quiero, Joanne.

El corazón de Joanne da un vuelco. La magnificencia del paisaje circundante desaparece, la bulliciosa multitud de unas trescientas chicas se sume en el silencio. Joanne sólo es consciente de Paul, de la caricia de sus dedos, del sonido de su voz.

—¡Mamá! —oye desde alguna parte por la ventanilla del coche. Y se gira para ver a Lulu golpeando enloquecida el cristal, detrás de su cabeza. ¿Cuánto tiempo lleva allí?

—¡Cariño! —grita Joanne abriendo la ventanilla del coche y abrazando con urgencia a su hija menor—. Deja que te vea. Creo que has crecido unos cuantos centímetros desde que te fuiste —le aparta el cabello de los ojos—. ¡Y tus ojos se han vuelto más grandes! —se ríe.

—Sólo te lo parece porque el resto de mi cuerpo está menguando —dice Lulu—. ¿Has traído comida?

—Sí, hemos traído comida —se ríe Paul, uniéndose a ellas—. Estás maravillosa. ¿Lo estás pasando bien?

—Fabuloso. Sólo hay una chica en la cabaña que es un auténtico tormento, pero todas las demás son fantásticas. Tenéis que conocerlas —los coge por la cintura, atrayendo el uno hacia el otro con sorprendente fuerza—. Os he echado de menos. Los dos tenéis un aspecto estupendo.

Los suelta con reticencia y se retira. Sus ojos viajan del uno al otro.

—¿Dónde está Robin? —pregunta Paul; algo que Joanne temía verbalizar.

—En el muelle —les cuenta Lulu—. Está en la exhibición de vela. Empieza dentro de un par de minutos. Se supone que debo llevaros hasta allí si queréis verla navegar.

—Claro que queremos verla navegar —dice Joanne con el brazo firmemente alrededor de su hija—. Indícanos la dirección.

—¿Y la comida?

—La recogeremos más tarde —dice Paul, poniéndose al otro lado de Lulu.

Se encaminan hacia el muelle con los brazos estrechamente entrelazados. Joanne se siente feliz, confiada e incluso serena. Algo ha cambiado entre ella y Paul. Volveremos a ser una familia, piensa mientras el agua aparece ante su vista y un panorama de velas blancas saluda a sus sonrientes ojos.

—Así que voy, intentando ser agradable, y le digo: «¿Sabes que llevas la camiseta al revés?», y ella me responde, realmente impertinente: «Claro que sé que la llevo al revés. Se supone que ha de estar al revés. Así es como se lleva», y yo le digo: «Nunca había visto a nadie que la lleve del revés», y ella insiste: «Todo el mundo en Brown la lleva así», como si fuera ella, y no su hermano mayor, la que fuese a la Universidad de Brown. Y yo: «Oh, ¿de veras? Explícame eso...».

Joanne escucha a Lulu pero observa a Robin, que apenas ha dicho nada en toda la mañana. Los cuatro se sientan sobre una gran manta roja y azul que había pertenecido a la madre de Joanne, comen las hamburguesas hechas a la barbacoa y beben las bebidas sin alcohol que suelen constituir la base de la alimentación del picnic anual al aire libre del campamento. Los padres han asistido a una exhibición de vela, una demostración de tiro al arco y un partido de béisbol. Ahora los invitan a comer y a reencontrarse con sus hijas. Lulu ha estado charlando sin parar desde que se han sentado. Robin no les ha brindado voluntariamente más información que un cortés, aunque reservado, saludo en el muelle. Su carta era más efusiva, piensa Joanne, sin saber cómo manejar la situación. Decide, entre bocados de ternera picada y bien asada, no manejarla en absoluto. Las cosas se arreglan solas, oye decir a su madre.

—¿Alguien quiere otra hamburguesa? —pregunta Paul.

—¡Yo! —grita Lulu al momento.

—¿Alguien más?

—No, gracias —le dice Joanne. Robin mueve la cabeza.

—Mostaza y especias y un pepinillo en la mía —pide Lulu presurosa cuando su padre se levanta—. Y un tomate —añade cuando él está a punto de darse media vuelta.

—Será mejor que vengas conmigo —dice Paul a la niña mirando a Joanne mientras Lulu lo coge de la mano que le tiende.

Nos da tiempo para estar solas, comprende Joanne, reconociendo el gesto de Paul con un movimiento de cabeza. Mira a Robin, quien le devuelve una mirada expectante. Es evidente, piensa Joanne, que espera que le diga algo.

—¿Así que —empieza Joanne a pesar de sus reticencias— te lo estás pasando bien?

—No está mal —se encoge de hombros Robin.

—Nos has impresionado mucho navegando.

Robin reconoce el cumplido pero no dice nada.

—Tus monitores parecen bastante agradables.

—Lo son.

La conversación llega a un alto. Joanne busca entre la multitud de personas del picnic con la esperanza de oír fragmentos de diálogo que le proporcionen un nuevo tema de conversación. No oye nada.

—¿Cómo son los chicos de Mackanac este año? —pregunta por fin, esperando que éste sea un tema de conversación bastante seguro, que no dé la impresión de que le está sonsacando.

—Están bien.

—¿Sólo bien? —Joanne se arrepiente en seguida de este comentario adicional; le gustaría poder rectificar. Ha ido demasiado lejos... su pregunta puede ser malinterpretada.

Robin baja la vista.

—Hay un chico que es bastante legal.

Joanne no dice nada.

—Se llama Ron —continúa su hija.

—¿Oh? Igual que mi jefe.

Algo parecido a una sonrisa aflora a los labios de Robin. Luego, desaparece.

—¿Qué tal tu trabajo?

—Fantástico —responde Joanne con entusiasmo.

Robin mira en dirección al muelle, aunque el agua no se ve desde la zona de picnic.

—¿Cómo van las cosas entre papá y tú? —pregunta tranquilamente.

—Mejor —responde Joanne.

Robin espanta un bicho imaginario de la manta roja y azul.

—El campamento está bien —dice bajito asintiendo con la cabeza. Vuelve a mirar en dirección al agua. Evita minuciosamente la mirada de su madre—. Ha estado bien que viniera. Tenías razón —añade, con voz casi inaudible—. No sólo por el campamento...

¿La abrazo?, se pregunta Joanne. Quiere hacerlo, pero le da miedo. Es mi hija y temo pasarme de la raya, equivocar los gestos. ¿Qué les pasa a los hijos cuando llegan a cierta edad?, se pregunta. Y responde a su propia pregunta: Se convierten en adultos.

—¡Joanne! —llama una voz desde alguna parte.

Joanne se lleva la mano a la frente, protegiéndose los ojos del sol. Percibe las nubes que se están formando sobre sus cabezas.

—Me ha parecido que eras tú —dice la mujer mientras Joanne se esfuerza por averiguar quién es—. Ellie —le dice la mujer—. Ellie Carlson. Probablemente no me reconoces porque he perdido mucho peso —añade optimista.

—Dios mío, tienes razón —admite Joanne, poniéndose en pie—. Lo menos debes de haber perdido veinte kilos.

—Treinta —dice, orgullosa, Ellie Carlson—. Luego fui al hospital —susurra— y tuve una peritonitis.

—Bueno, estás estupenda. —Joanne no sabe qué más decir. No sabe nada de esta mujer, salvo que sus hijas eran compañeras de colegio—. ¿Cuántas niñas tienes aquí? —le pregunta al no ocurrírsele nada mejor.

—Sólo una, la pequeña —la cara de Ellie Carlson se convierte en una mueca—. Hemos tenido problemas con las dos mayores —le confía—. Este verano se han negado a ir de campamento. Están colgadas en las galerías locales, vistiendo lo que no quiere el Ejército de Salvación, con la cabeza afeitada. Parece que desean lo único que nosotros no podemos darles.

—¿Qué?

—La pobreza.

Joanne se ríe abiertamente mientras la mujer le da un consolador golpecito en el hombro y se interna entre la multitud hacia la mesa de las hamburguesas.

—¿Ésa es la madre de Carol Carlson? —pregunta Robin, incrédula, mientras Joanne se sienta a su lado.

—Ha perdido treinta kilos y ha tenido una peritonitis —le dice Joanne, luchando contra la extraña necesidad de reírse—. A veces me pregunto —se oye decir a sí misma—, qué les ocurriría a estas mujeres que se han adelgazado tanto si, de golpe, recuperasen todo el peso. ¿Crees que explotarían?

—¡Mamá! —exclama Robin. Luego, empieza a reír—. Eso es realmente bestia.

De repente se produce un estruendo en alguna parte del recinto del campamento: la falsa explosión de un coche o el estallido de un globo.

—¿Oyes? —dice Joanne—; ahí va una.

—¡Mamá!

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Paul. Y él y Lulu vuelven a sentarse sobre la manta, ansiosos por unirse a la algarabía, conscientes de que algo ha cambiado.

—Creo que a mamá le ha dado demasiado sol —comenta Robin, pero las palabras están llenas de cariño y no de burla.

Joanne alarga la mano y coge la de Robin en la suya. Robin no la retira.

—¿Qué opinas? —le pregunta Paul después de decir a sus hijas un lacrimógeno adiós.

Joanne se seca unas pocas lágrimas que aún quedan en sus ojos y sonríe.

—Creo que ha ido bien.

—Yo también. Robin parece haber rectificado.

—Me ha contado que se sintió desgraciada durante la primera semana, que estaba decidida a no pasárselo bien, pero que todo el mundo fue amable con ella y había tanto que hacer que no lo pudo evitar. Además, creo que ese chico que ha conocido, Ron, qué gracia que se llame Ron —añade, notando que Paul hace una mueca—, probablemente tenga algo que ver con su cambio de humor.

—Nunca he entendido qué sentido tiene un campamento exclusivo para chicas con un campamento de chicos justo al lado —dice Paul, accionando los limpiaparabrisas.

—Ha estado bien que haya esperado la lluvia.

—Pero me temo que va a ser un viaje de regreso realmente horroroso. Vamos hacia una auténtica tormenta.

—¿Tienes hambre? —pregunta Joanne minutos más tarde. Ahora la lluvia golpea contra el parabrisas.

—No. Me comí tres hamburguesas.

—Estaba pensando que tal vez podríamos parar en uno de estos hostales del camino para comer algo y esperar a que la lluvia amaine —mira a Paul consciente de que él la está mirando, notando que su cuerpo empieza a temblar—. Podíamos cenar... o algo —añade, con voz quebrada.

Paul desvía el coche hacia el estacionamiento del motel más próximo.

—O algo —dice él.

Después de imaginar esto durante los últimos meses, ahora Joanne reza en silencio para que no sea un sueño. Paul está encima de ella, y dentro de ella, y en todas partes alrededor de ella, colmándola y amándola y diciéndole que la necesita, y ella le dice lo mismo.

Llevan varias horas en esta habitación, con el horrible tapiz rojo y la vulgar colcha roja. La lluvia ha cesado, pero Paul, si se ha dado cuenta, ha preferido ignorarlo.

Al principio Joanne tenía miedo, miedo de que él la encontrase ridícula o patética, o quizá una combinación de las dos cosas, miedo de lo que pudiera parecerle su cuerpo después de meses de la pequeña Judy, pero pronto le susurró lo hermosa que era, y sus manos fueron tiernas y consoladoras y familiares, y no habían olvidado nada de lo aprendido en el curso de veinte años juntos: aún sabían dónde tocarla y cómo. Las técnicas del corazón, piensa ella: algo que Steve Henry no podría comprender. Y pronto se evaporó cualquier recelo o temor que pudiera albergar, y se perdió en el acto de amor tan deseado. Después de terminar la primera vez, cuando Joanne fue consciente de que la lluvia había cesado y temió que él sugiriese que se fueran, Paul la atrajo de nuevo hacia él y volvieron a hacer el amor, y Joanne pensó que esta segunda vez había sido la mejor en todos los años que llevaban juntos.

Y ahora él está dentro de ella otra vez, dentro de ella y alrededor de ella, mientras ruedan, intercambian posiciones, ríen cuando se sienten incómodos entrelazados, y, por fin, yacen empapados de sudor y exhaustos el uno en los brazos del otro, y el cuerpo de Paul se acomoda alrededor del suyo para dormir. Joanne nota que su cuerpo se relaja despacio, aunque sabe que dormir le resultará imposible. Pero no le importa. Comparten la misma cama. Y, cuando se despierte. Paul aún estará a su lado.

—¿Tienes una cita a las nueve? —pregunta Joanne a la mañana siguiente mientras Paul conduce hacia la autopista.

Ya son casi las nueve y aún queda un buen trecho hasta la ciudad.

—No, les dije el viernes que no me esperasen hasta después de las diez.

Joanne siente un extraño ataque de ansiedad. ¿El viernes dijo en la oficina que el lunes no le esperasen hasta las diez? ¿Él sabía entonces lo que iba a suceder entre los dos? ¿Por qué estaba tan seguro? Joanne evita la fastidiosa idea. Al fin y al cabo, es irrelevante. Es obvio que planeaba reconciliarse este fin de semana; eso es lo que él había decidido. ¿Por qué está entonces tan nerviosa? ¿Por qué se ha sentido así desde que Paul se levantó de la cama esta mañana y se vistió y se duchó de prisa y corriendo, condujo sin apenas abrir la boca durante el regreso a Nueva York, y le sonrío ahora con sentimiento de culpabilidad cuando ya no puede evitar su mirada?

Paul la acompaña hasta la puerta principal, llevando las bolsas con las cosas que las chicas les han dado. Cosas que ya no necesitan, piensa Joanne mientras Paul las deja en los escalones.

—¿Tienes tiempo para un café? —pregunta Joanne. ¿Debería preguntarle cuándo planea mudarse?

—Será mejor que no. Aún tengo que cambiarme y afeitarme.

—¿Nos veremos esta noche? —se aventura ella. Las palabras se le pegan en la garganta. ¿Por qué le habla con evasivas?

—Joanne...

—¿Qué está ocurriendo, Paul? —pregunta cuando ya no puede soportar la intriga.

—Esperaba que comprendieras lo de anoche.

—¿Qué tengo que comprender? Comprender que hicimos el amor, que me dijiste que me querías...

—Te quiero.

—¿Qué más tengo que comprender?

—Que eso no cambia nada —dice, y Joanne retrocede en el umbral, intentando alejarse de sus palabras—. Quizá no debí dejar que ocurriese lo de anoche —añade Paul—, pero yo quería que pasara, y, afróntalo Joanne, tú también querías que pasara. Somos adultos responsables...

—¿Qué estás intentando decirme?

—Que lo que pasó anoche no cambia nada —repite—. Que no estoy preparado para regresar a casa.

—Anoche...

—No cambia nada.

Joanne empieza a hurgar enloquecidamente en el bolso.

—No encuentro las llaves.

—No pretendía engañarte.

—Entonces ¿por qué no me dijiste todo esto antes de que hiciéramos el amor? —arroja el bolso al suelo, que aterriza junto a las bolsas de cosas que las niñas ya no necesitan. Muy apropiado, piensa Joanne mientras oye alzarse su voz, su creciente ira—. ¡No encuentro las malditas llaves! —Joanne entierra la cara en las manos.

—Joanne...

—Déjame en paz.

—No puedo dejarte aquí afuera, en los escalones, llorando, por el amor de Dios.

—Entonces encuentra mis llaves y lloraré dentro. Así no me verás.

—Joanne...

—¡Encuentra mis llaves! —grita.

Paul levanta el bolso y hurga en su interior. Al cabo de unos segundos encuentra las llaves de la casa y se las entrega a Joanne.

—Veo que has encontrado las viejas —comenta, ausente.

Joanne las coge de su mano, mira las llaves que creía perdidas desde hace tiempo.

—Es un milagro que encuentres algo aquí —dice Paul, intentando bromear.

Joanne manipula torpemente la cerradura; en vano. De golpe, nota la mano de Paul en las suyas, girando la llave en la cerradura. Oye un ruidito, nota que la puerta se abre. Permanece plantada en el umbral, incapaz de moverse cuando él retira la mano. Misión cumplida, piensa; es hora de hacer mutis por el foro.

—¿No tienes que apagar la alarma?

Joanne se mueve como un autómatas hacia la caja de la alarma. Paul entra las diversas bolsas.

—Lo siento, Joanne —se disculpa cuando resulta obvio que ella no va a decir nada para facilitarle la partida—. Te llamaré —añade débilmente.

Joanne no dice nada. Aguarda hasta que oye salir el coche antes de cerrar la puerta de una patada.

Capítulo 25

Él está dormido cuando Joanne entra en la habitación.

Joanne contempla el viejo rostro, el cuerpo debilitado completamente oculto bajo las sábanas grisáceas. La gorra de béisbol de los Yankees de Nueva York, temporalmente fuera de lugar, yace junto a él sobre la almohada, revelando una cabeza en forma de huevo que sólo presenta algunos mechones de cabello blanco. Nunca lo ha conocido con pelo, piensa ella recordando que, incluso de niña, sólo lo recuerda con un poco de cabello en las sienes. Esto siempre le ha parecido bien, natural. Los abuelos deben ser calvos, decide. Calvos, gordos y alegres. Qué confortadores son los estereotipos, piensa. Y, sentada junto al anciano durmiente, posa la mano sobre la montaña de sábanas. Cuánto más agradables que la realidad.

No está acostumbrada a los lunes. Durante los últimos tres años ha visitado su habitación cada sábado, cuando las salas están llenas de familiares que presentan sus respetos semanales a sus pasados no tan distantes. Joanne desconocía la tranquilidad que reina entre semana. Hoy parece un día especialmente silencioso. Excepto por las pisadas de las enfermeras y el ocasional grito confuso que surge de la puerta abierta de algún paciente, hoy hay poco ruido. Al igual que su abuelo, la mayoría de los ancianos residentes están dormidos, aunque aún no es la una del mediodía. Ha aprovechado para ir la hora que tiene para comer. Ron le dijo que se tomara el resto del día libre, que se tomara el tiempo que necesitase.

Le había bastado con echar una mirada a sus ojos enrojecidos e hinchados para saber que había estado llorando. Cuéntamelo, le había dicho Ron conduciéndola fuera de la atestada sala de espera, lejos de los ojos curiosos de los pacientes que aguardaban, hasta uno de los consultorios que aún estaban vacíos. No le dijo nada sobre el hecho de que hubiera llegado tarde, sólo le preguntó qué problema tenía.

Joanne se quebró otra vez —¿alguna vez había dejado de hacerlo?— y le contó todo lo que había sucedido entre Paul y ella, esperando que emitiera su juicio. En lugar de eso, la tomó en sus brazos y la consoló. Tómate el resto del

día libre, le concedió; puedo arreglármelas solo. Y ambos se habían reído. Muy bien, rectificó Ron en seguida: no puedo arreglármelas... Pero tómate el tiempo de una larga comida. Tómame el tiempo que necesites, repitió cortésmente.

Pero no podía comer, no podía tragar, no podía frenar el torrente de lágrimas recién reactivado y aparentemente incesante. Así que se metió en el coche y se puso a conducir, sin saber adónde se dirigía hasta que vio la institución familiar y paseó por los pasillos institucionales.

Y ahora está aquí, sentada junto a un anciano que le ha regalado un sinfín de recuerdos pero que ya no recuerda quién es ella. Tampoco Joanne está ya segura de quién es, se percata mirando alrededor de la habitación. ¿Qué está haciendo en una habitación con dos ancianos que duermen cuando ninguno de los dos es consciente de que ella ha llegado? Joanne contempla la figura de Sam Hensley, piensa en lo indefenso que parece sin la presencia combinada de su hija y su nieto. Está acostumbrada a compartir el espacio con ellos. Otro indicador caído.

Los ojos del anciano parpadean y se abren. La mira. Las múltiples arrugas que surcan su anciano rostro se curvan hacia arriba en una serie de pequeñas sonrisas.

—¿Joanne?

—¡Abuelo! —las lágrimas que Joanne apenas ha podido controlar regresan y se derraman por sus mejillas—. ¿Me reconoces?

Parece sorprendido, hace esfuerzos por incorporarse.

—Aguarda, yo te ayudaré —dice Joanne presurosa, poniéndose detrás de él para colocarle bien la almohada y liberarle los brazos de su almidonada prisión.

—Me parece que hay una manivela a los pies de la cama —dice él con claridad.

Al momento, Joanne está a los pies de la cama, girando la manivela para elevarla y que su abuelo pueda sentarse cómodamente. La gorra de béisbol de la almohada cae en su regazo. Él la coge y se la coloca en la cabeza, con ojos alegres y chispeantes.

—Este año vamos a ganar las series —sonríe él; y Joanne observa que está perdiendo los dientes.

Él parece no notarlo y, si lo nota, no le importa. Parece un delfín, piensa ella, maravillada. Su sonrisa se hace mayor; algunas lágrimas le caen en la boca abierta.

—¿Por qué lloras? —pregunta él.

—Porque soy feliz —le dice Joanne, consciente de que es cierto. ¡Él sabe quién es!—. Porque me alegro de verte.

—Deberías venir más a menudo. Tu madre viene cada semana.

—Lo sé. Intentaré...

—Tengo sed.

—¿Quieres agua?

—Hay un vaso en la mesa —señala hacia la mesilla de noche, en la que descansa un vaso con una paja. El vaso está lleno de agua hasta la mitad.

—Te traeré agua fresca —se ofrece Joanne, con el vaso ya en la mano.

—No; ésta servirá. Sólo quiero humedecerme los labios —chupa la paja curvada antes de devolverle el vaso—. Se me secan. En este lugar nunca mantienen la humedad adecuada. Llevo años diciéndoselo. Mírate a ti —dice de golpe, contemplando cómo ella devuelve el vaso a la mesilla—. Has crecido tanto... —Joanne se ríe, enjugándose más lágrimas del rostro—. ¿Cuántos años tienes ahora?

—Cuarenta y uno.

—¿Cuarenta y uno? —el anciano sacude la cabeza—. ¿Cuántos debe de tener tu madre?

—Sesenta y siete —dice Joanne con presteza.

—¡Sesenta y siete! Mi pequeña Linda tiene sesenta y siete. No puedo creerlo. ¿Cómo está tu marido?

Las preguntas se disparan como una ametralladora, como si supiera que sólo dispone de un tiempo muy breve para hacerlas.

—Bien —responde automáticamente—. Está bien.

—¿Y tus hijos? ¿Cuántos tienes?

—Dos niñas.

—Dos. Perdóname, a veces me olvido. ¿Se llaman...?

—Robin y Lulu. Lana, en realidad; pero siempre la llamamos Lulu.

—La pequeña Lulu, me acuerdo. ¿Tienes fotos?

Joanne busca en su bolso.

—Sólo éstas —localiza un viejo portafotos de cuero—. Son algo antiguas —limpia el polvo del plástico que recubre las dos fotografías—. Ahora están más crecidas. Robin, sobre todo, ha cambiado un poco —se detiene a comprobar si su abuelo aún escucha—. Ahora están en un campamento de verano —agrega, al ver que sí la escucha—. Ayer fuimos a verlas. Se lo están pasando de fábula. Te envían recuerdos —añade; y su sonrisa se hace más grande—. Las traeré de visita en cuanto lleguen a casa. ¿Quieres?

El anciano asiente, y la visera de su gorra de béisbol le cae sobre los ojos. Joanne se la pone bien.

—Minnie me trajo esta gorra —le explica a Joanne con orgullo, refiriéndose a la abuela de Joanne—. A pesar de que ella siempre ha sido fan de los Dodgers.

Cierra los ojos y Joanne teme por un instante haberlo perdido, que haya regresado a la comodidad de su mundo, pero cuando vuelve a abrirlos aún están enfocados, casi traviosos.

—¿Tienes tiempo para jugar unas manos de *gin*?

Joanne lanza una fuerte exclamación de entusiasmo.

—¿Todo anda bien aquí dentro? —dice una voz desde el umbral—. Ah, hola, señora Hunter —añade la enfermera al reparar en ella—. No esperaba verla hoy. ¿Está bien su abuelo?

—¿Tiene alguna baraja de cartas? —pregunta Joanne apremiándola.

—¿Baraja de cartas?

—Ya sabe, para el *gin rummy*. Cartas —repite Joanne.

—Creo que su abuelo tiene una baraja precisamente en el cajón —responde la enfermera después de reflexionar—. Recuerdo haber visto una por aquí, en alguna parte. Mire en el cajón. Si no está, veré si puedo conseguirle una.

—Aquí están —exclama Joanne, triunfante, sacando una vieja y gastada baraja de cartas—. Las encontré.

Las saca de su descolorido paquete rosa y blanco.

—Hoy parece muy en forma, señor Orr —sonríe la enfermera cogiendo la mano del anciano para tomarle el pulso—. Suena bien —dice, haciendo un guiño a Joanne—. Que tengan un buen día. No le dé una paliza, señor Orr.

Se va antes de que Joanne haya terminado de repartir las cartas sobre las sábanas grisáceas. Le tiemblan las manos, Joanne coloca sus cartas por orden, demasiado excitada para concentrarse.

Sólo puede pensar que, realmente, está jugando a cartas con su abuelo. Y, de repente, vuelve a tener diez años y están sentados en la mesa redonda de la sala de estar de la casa de campo de sus padres, escuchando el sonido de la lluvia que cae afuera. La mesa, apostada en el rincón derecho de la cuadrada habitación, está cubierta por un grueso tapete verde de fieltro ribeteado de pompones blancos y largos. En la pared contraria cuelga una serie de pequeñas pinturas (reproducciones, se percata ahora) de artistas como Van Gogh, Gauguin y Degas. Las puertas de dos dormitorios interrumpen esa pared, una habitación para sus padres y su hermano menor, y la otra, la que

comparte con sus abuelos. Su pequeña camita se halla frente a la cama de matrimonio, más grande, y, tumbada allí, puede ver las hojas moviéndose en el árbol alto que se alza justo detrás de la ventana. Cuando la ventana está abierta, lo cual casi siempre es así, a través de la cortina oye el murmullo de las hojas rozándose en la brisa. Huele la hierba y oye el lamento distante de un tren que pasa, cuyo solitario traqueteo, incluso ahora, le inspira seguridad.

Los fines de semana, cuando los hombres vuelven de la ciudad, el olor del verano se une a otro aroma: la intrusión de la loción de alcohol con la que su abuelo se salpica la cara laboriosamente después de afeitarse. Es su olor, más que la luz del sol o los ruidos del día, lo que la despierta las mañanas del sábado y el domingo: una especie de despertador olfativo. Es éste olor lo que hace que Joanne, a diferencia de la mayoría de la gente, a diferencia de Eve, se encuentre tan cómoda en las consultas de los médicos, en los pasillos de los hospitales.

El sonido encantado del silbato del tren y el abrasivo olor de la loción para el afeitado: sus protecciones de seguridad. Piensa en Paul: brazos delgados y alergias. De qué cosas tan curiosas nos enamoramos.

—¿Coges esa carta? —le pregunta su abuelo con impaciencia.

Joanne cae en la cuenta de que lleva varios segundos mirando el dos de corazones sin asimilar de qué carta se trata.

—No —dice, comprendiendo demasiado tarde que debió haberla cogido.

Rápidamente, su abuelo toma el dos de corazones en la mano y se descarta del siete de diamantes. Joanne comprueba su mano minuciosamente para asegurarse de que esa carta no le sirve antes de robar otra del mazo. Es un diez de picas y la coloca entre el ocho y el valet del mismo palo. Necesita un nueve.

Los ojos de su abuelo se estrechan debido a la concentración. Roba una carta del mazo y, en seguida, se descarta de ella. Observa cómo Joanne hace lo mismo, coge la que ella ha arrojado y mira cómo ella coge su descarte. Joanne repasa su mano. Sólo le falta una carta para hacer *gin*: el nueve de picas. Se plantea la posibilidad de lanzar la carta necesitada, deseosa de prolongar el juego: dejar que su abuelo le gane, para levantarle el ánimo. Y levantar el suyo también.

—*Gin* —exclama inopinadamente su abuelo, mostrando con orgullo las cartas. Joanne las contempla, incrédula—. ¿Creías que iba a tirarte ésta? —pregunta arteramente, dando la vuelta a su carta de *gin*: el nueve de picas.

—No puedo creerlo —afirma Joanne, primero incrédula; luego entusiasmada—. ¿Crees que podrías volver a hacerlo?

—Lo intentaré —se arriesga él.

El resultado de la siguiente mano es el mismo que el de la primera.

—*Gin* —grita el anciano con el apasionamiento de un niño.

La tercera y cuarta mano transcurren casi del mismo modo, aunque tardan más en jugarlas. Cada una es coronada por el mismo grito de satisfacción.

—*Gin* —exclama su abuelo, aunque empieza a fallarle la voz.

—¿Una mano más, abuelo?

—Reparte cartas —le dice bajito.

—Podemos dejarlo, si quieres descansar un rato.

—Reparte cartas —le repite.

Joanne reparte diez cartas a cada uno y, al momento, se las coloca por orden, advirtiéndole que su abuelo no se molesta en hacerlo: no lo necesita.

—El cuatro de trébol, abuelo —le dice, levantando la vista de la carta destapada—. ¿La quieres? —él sacude negativamente la cabeza—. Entonces la cogeré yo —sonríe; y él asiente. Joanne tira el ocho de corazones—. Un ocho, abuelo, ¿quieres el ocho? —él niega con la cabeza—. Coge una carta —le ordena ella amablemente, comprendiendo que algo ha ocurrido, que están jugando a un juego diferente.

Observa cómo su mano llena de venas coge una carta del mazo. La sostiene ante sus ojos y la estudia como si fuera un objeto extraño.

—¿Quieres esa carta, abuelo? —le pregunta, negándose a reconocer que él ya no la ve. El anciano se encoge de hombros—. Entonces déjala en el montón —le dice, y él la obedece—. Ésta es el tres de picas, abuelo. ¿Estás seguro de que no la necesitas?

Él mueve la cabeza; la mira perplejo.

—Bueno, pues yo sí la cogeré —insiste ella obstinadamente, levantándola en la mano—. Y te daré el rey de corazones. Abuelo, ¿quieres el rey?

Joanne lo mira. El delfín se ha convertido en una tortuga gigante. Sus ojos sonrientes se desvanecen mientras el largo cuello se reclina contra la almohada. Se le cierran los ojos de sueño.

—¡Abuelo! —grita ella, y los ojos del viejo se abren de golpe antes de cerrarse otra vez—. ¡Por favor, no me dejes, abuelo! ¡Por favor, no te vayas! ¡Te necesito!

Joanne alarga las manos temblorosas para recoger las cartas y guardarlas en su ajada caja, tirando algunas al suelo. Se inclina para recogerlas, las embute dentro del estuche antes de devolverlas a la mesilla de noche. Se queda inmóvil a los pies del lecho algunos segundos antes de girar la

manivela que devuelve la cama a su posición original. Luego regresa al lado de su abuelo, le coge la mano y se sorprende de su levedad.

—Por favor, despierta, abuelo —suplica, sabiendo que no despertará—. Estoy tan perdida... Ya no sé qué hacer. Te he mentado. Me preguntaste qué tal está Paul y yo te dije que bien. Bueno, él está bien... sólo que se ha ido. Ya te lo conté. Te conté que me había dejado... Pero siempre me pareció que volvería. Pensé que todo lo que tenía que hacer era esperar, darle suficiente tiempo. Lo quiero tanto, abuelo... Él ha sido mi vida durante veinte años. Ahora quiere una vida diferente y yo ya no sé qué hacer. Ya no sé quién soy. ¿Lo comprendes? Todo se derrumba. Estoy perdiendo a mis hijas... están creciendo. Están creciendo lejos de mí. Y Eve... ¿te acuerdas de Eve? ¿La que no sabía distinguir su mano izquierda de la derecha?

Joanne escruta el rostro de su abuelo en busca de un destello de comprensión, pero no halla ninguno. Y prosigue.

—Bueno, algo le ocurre a Eve, abuelo. Algo extraño. Está convencida de que se está muriendo. Ha ido a miles de médicos. Todo el mundo le dice que no tiene nada malo, todas las pruebas dan negativo, pero ella no quiere aceptar lo que todo el mundo le dice. Se comporta de un modo muy raro. No puedo explicarlo. Ha sido mi mejor amiga durante treinta años y, de golpe, ya no sé quién es... ya no confío en ella. ¡Me da miedo! —Joanne se detiene, sorprendida por lo que acaba de admitir—. Nunca había dicho esto en voz alta. No creo siquiera que lo haya pensado nunca. Pero es cierto. Me da miedo. —Joanne hace una pausa para dejar que esta idea se asiente—. He estado recibiendo esas llamadas telefónicas, abuelo. Llamadas aterradoras, y enfermizas. Una voz me amenaza de muerte. Y una noche, la semana pasada, era tarde y, cuando salí al patio de atrás, alrededor de la medianoche, y me quedé de pie mirando el estúpido agujero del suelo, oí esa voz del teléfono que me llamaba por mi nombre, y me asusté, pensé que había venido a matarme... pero ¡era Eve! ¡Era su voz! Y, de algún modo, fue peor de lo que me esperaba. No soporto que me considere loca. Tengo miedo, abuelo, miedo de que sea Eve quien me telefona. Miedo de que quiera herirme. No puedo creerlo, aunque ahora te lo esté diciendo; lo cierto es que no puedo creer nada de lo que me ha estado pasando durante estos últimos meses. Estoy tan confusa... Ya no sé qué hacer conmigo misma. Por favor, ayúdame, abuelo. Ya no sé qué hacer.

Lentamente, su abuelo abre los ojos.

—¿Quieres que cambiemos los papeles? —le pregunta cortésmente.

Joanne se desploma en la silla junto a la cama. Las palabras resuenan en sus oídos. La mano del anciano le coge la suya y le lleva los dedos hasta sus labios secos.

De repente, un tremendo ruido rompe la paz de la habitación.

—It's a long way to Tipperary! —canta Sam Hensley a voz en grito.

Joanne se sienta al lado de su abuelo, incapaz de moverse. Le parece estar en medio de un cuadro surrealista, de Dalí o Magritte.

—It's a long way to Tipperary...!

—¿Quieres que cambiemos los papeles?

—A la chica más dulce que conozco...

—¿Linda? —pregunta su abuelo, sobresaltado por el súbito alboroto.

—It's a long way to go...

—¿Linda?

Joanne se levanta, se inclina hacia adelante y besa a su abuelo en la mejilla.

—No, abuelo —susurra mientras a él se le cierran los ojos de sueño—. Soy Joanne.

Al entrar el coche en el camino de su casa, Joanne cree ver a Eve atisbando desde la ventana del dormitorio pequeño de la parte delantera de su edificio. Desciende del coche y mira el reloj. Son más de las cinco. Ha estado conduciendo toda la tarde, su cabeza es una cámara de ecos en la que colisionan continuamente palabras pronunciadas y pensamientos no expresados: corredores de una pierna por las carreteras de América. Ahora sólo quiere darse un baño y meterse en la cama, darle un respiro a los corredores. Sin embargo, algo la atrae hacia la casa de Eve.

Al cruzar el jardín delantero, vuelve a mirar hacia la ventana del dormitorio pequeño, el cuarto que Eve había preparado para el deseado bebé que no llegó nunca, pero la ventana está vacía. Nadie la está observando. ¿La habrá visto Eve acercarse? ¿Está ahora bajando la escalera para abrirle la puerta?

Joanne llama varias veces con la mano y, luego, toca el timbre. Nadie responde, aunque oye voces discutiendo.

—Eve. Sé que estás aquí. ¿Te encuentras bien?

Oye pisadas que se aproximan a la puerta y retrocede cuando ésta se abre. La madre de Eve aparece ante ella.

—Eve no quiere verte —dice simplemente.

—¿Por qué no? —a Joanne le cuesta digerir esta nueva información.

—Dice que está cansada de tener que defenderse de todo el mundo, que si realmente fueras su amiga no tendría que hacerlo.

—Soy su amiga.

—Ya lo sé —asiente tristemente la señora Cameron—. Y creo que, en el fondo, ella también lo sabe, pero...

—Estoy cansada, señora Cameron —se oye decir a sí misma—, demasiado cansada para discutir. He tenido un día muy duro. Me voy a casa. Me daré un baño y me meteré en la cama. Dígale a Eve que he estado aquí; y... dígale que la quiero.

Intenta sonreír, pero no lo consigue y pronto abandona el intento.

—Le diré que te llame.

Joanne baja los escalones y ataja por el jardín delantero, sube los peldaños de su casa de dos en dos, da una vuelta a la llave en la cerradura, abre la puerta y se dispone a apagar la alarma, pero no está encendida.

Joanne da involuntariamente un paso atrás. La luz verde no está encendida y si la luz verde no está encendida la alarma no está accionada. ¿Es posible que se haya olvidado de encenderla?

Repasa mentalmente la mañana. Al salir de casa estaba preocupada, cansada, deprimida. Pensaba en el día anterior, en la noche anterior, en la última deserción de Paul. Esto no cambia nada, dijo Paul. Oye sus palabras como las oía entonces mientras cruzaba el umbral de la puerta. Se ve a sí misma esta mañana cogiendo el bolso y cerrando la puerta al salir. Es muy posible que se olvidara de poner la alarma. ¡Estúpida!, piensa. Decide que es mejor comprobar puertas y ventanas para asegurarse de que están cerradas. Es posible que alguien haya intentado entrar, piensa, y repara en que, a pesar de que Brian le aseguró que procuraría que alguien vigilase la casa, nunca ha visto ningún coche de policía patrullando por la zona ni por casualidad.

Pensar en Brian la lleva a pensar en Eve. Se pregunta qué le ocurre a su amiga. Se adentra con precaución en la cocina hasta la puerta corredera de cristal. Está cerrada a cal y canto. Nadie la ha forzado. Joanne se siente aliviada, piensa que ha sido una tonta. Sus pies la conducen hasta la sala de estar y, luego, hasta el comedor. No hay nada anormal. Las ventanas están cerradas.

A regañadientes, desciende la escalera hasta el piso de abajo, donde, apresuradamente, comprueba la cristalera corredera del cuarto de estar. Está bien cerrada. Nadie ha estado allí.

Los dormitorios siguen igual: silenciosos, vacíos, tal como los dejó. Después de convencerse de que nadie ha intentado abrir ninguna de las ventanas de arriba, Joanne se desploma sobre la cama. Quizá no se moleste en darse un baño, después de todo. Quizá, simplemente, se meta bajo las sábanas e intente dormir.

El teléfono suena precisamente cuando empezaba a conciliar el sueño.

Joanne descuelga el teléfono a la primera llamada.

—Diga. ¿Eve?

—Chica mala —le riñe la voz—. ¡Putá! ¡Ramera!

Joanne cuelga bruscamente el teléfono y entierra la cabeza entre las manos. Al instante, se precipita escaleras abajo hasta la cocina y busca en su agenda el teléfono del trabajo de Brian. Le tiemblan las manos. Marca el número, equivoca el último y tiene que volver a marcar.

—El sargento Brian Stanley, por favor —dice al policía que le responde al teléfono.

—En estos momentos no está aquí. ¿Puedo ayudarla?

—¿Con quién hablo?

—Con el oficial Wilson.

—Necesito hablar con el sargento Stanley o con su superior —puntualiza Joanne.

—Ése es el teniente Fox.

—Muy bien, ¿puedo hablar con él, por favor?

—Espere un minuto.

Una nueva voz se pone al aparato, más profunda que la primera, aunque no más autoritaria.

—Teniente Fox al habla. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy Joanne Hunter, teniente Fox. Vivo enfrente de Brian Stanley.

—¿Sí? —espera a que continúe.

—He estado recibiendo esas amenazas telefónicas, y Brian, el sargento Stanley, me dijo que iba hablar con usted para que un coche patrulla echase un vistazo a mi casa. No he visto ningún coche de policía y acabo de recibir otra llamada. Ya sé que, probablemente, no tengo por qué preocuparme, pero me preguntaba cuándo fue la última vez que la policía pasó por aquí...

—Espere un minuto, por favor. ¿Dice usted que el sargento Stanley le dijo que me pediría que un coche patrulla vigilase su casa?

—Bueno, dijo que lo haría, pero de eso hace mucho... tal vez se olvidó... o tal vez no ha tenido tiempo —su voz titubea—. ¿No le ha mencionado nada? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

—Dígame otra vez su nombre —ordena el teniente mientras Joanne se acomoda el auricular.

—Joanne.

Capítulo 26

—Está delicioso, Joanne. Gracias.

Brian Stanley, que parece dos kilos más delgado y diez años más viejo que la última vez que Joanne estuvo allí, le sonrío sentado frente a ella a la mesa de la cocina. Está acabando el último trozo del pastel de frambuesas naturales que Joanne ha preparado esta tarde.

—Justo lo que necesitabas —sonríe Eve, con voz decididamente fría—. Colesterol.

—He usado harina integral para la base —dice Joanne—. Y sólo la mitad del azúcar que indica la receta.

—¡Qué considerada! —exclama Eve con sorna.

—Déjalo, Eve —dice Brian con voz apagada.

—Oh, actúa el policía grande y duro. Me encanta. ¿A ti no, Joanne? —pregunta Eve intencionadamente.

Joanne mira el plato. El trocito de pastel que se ha cortado para ella sigue intacto. No tiene apetito. ¿Qué hace ella allí? ¿Por qué se mete en esta situación?

—Has sido muy amable al acordarte de nosotros —dice Brian, como si fuera consciente de lo que está pensando—. Me encantan las frambuesas.

—Te gusta cualquier cosa que te recuerde el aspecto de la sangre —interviene Eve.

—A mí también me gustan —dice Joanne, decidida a emprender una conversación normal—. Siempre ha sido mi fruta favorita. Lástima que sean tan caras...

—¿Quieres que te pagemos el pastel? —pregunta Eve.

—Eve, por el amor de Dios...

—Adelante, Brian —prosigue Eve—. Pídele a mi madre algún dinero.

—¡Basta, Eve! —exclama Brian golpeando el tenedor contra un lado del plato.

—Es mejor que me vaya... —suelta Joanne.

—Por favor, quédate —le pide Brian.

—Sí, por favor —imita Eve—. Te necesitamos. ¿Verdad, Brian?

Joanne contempla a su amiga: apenas reconoce a la mujer que ha conocido y estimado durante la mayor parte de su vida. Al igual que Brian, Eve ha perdido peso, y los rasgos angulosos, antaño tan atractivos, son ahora afilados y severos. La melena pelirroja ha crecido más allá de las medidas del corte, parece curiosamente impropia, y en sus ojos verdes ya no brilla aquella natural vitalidad de antes. Eve tiene un aspecto tan adusto y mezquino como sus palabras. Ya no es la que era. La amiga de confianza se ha convertido en una temida extraña.

—¿Te has hecho alguna prueba esta semana? —pregunta Joanne obligando a las palabras a salir de su boca.

—¿Me he hecho alguna prueba esta semana? —repite Eve con sorna—. ¿A ti qué te importa? Estos días estás demasiado ocupada con tu propio médico como para preocuparte por mí.

—Me preocupo por ti.

—No lo suficiente como para llamar o venirme a ver.

—Te he llamado. He venido. Ahora estoy aquí.

—¿Cuándo has llamado?

—He llamado varias veces esta semana. Tu madre me dijo que no querías hablar conmigo. Vine el lunes y no me recibiste.

—¿Por qué iba a recibirte? —exclama Eve—. Todo lo que he oído de ti es que estoy loca.

—Nunca lo he dicho.

—Lo dices cada vez que abres la boca —los ojos de Eve van de Joanne a Brian—. Él te ha lavado el cerebro por completo, ¿verdad? ¿Cuántas veces os habéis reunido en secreto a mis espaldas?

—¡Eve, cállate! —dice enérgicamente Brian Stanley.

—Oh, eso está bien, hombretón. Háblame con malos modos. Me encanta que me hables con malos modos.

—Eve, no piensas lo que dices —protesta Joanne.

—¿Por qué no? No me pasa nada en los ojos... al menos hasta ahora. Puedo ver cómo os miráis vosotros dos. Puedo ver cómo floreces, cómo te has arreglado el pelo...

—Eve, tú eres la que lleva años diciéndome que me haga mechas en el cabello.

—Pero has esperado hasta ahora. ¿Por qué?

Joanne vacila.

—No lo sé —responde con sinceridad—. Ya no sé nada de nada.

—Bienvenida al club —declara Eve; luego, rompe a llorar—. Dios mío, odio esto —se debate por recuperar la compostura.

—Llora, Eve —la anima Joanne—. Suéltalo. Es bueno para ti.

—¿Cómo sabes lo que es bueno para mí? —exige Eve con violencia—. ¿Por qué quieres ver cómo me derrumbo? ¿Te gusta verme así? ¿Te da esto sensación de poder?

—Por supuesto que no. Me duele verte así. Sólo quiero ayudarte.

—¿Cómo? ¿Trayendo ricos postres que sabes que me sentarán mal? ¿Intentando robarme mi marido porque no puedes conservar el tuyo?

—¡Eve! —Brian Stanley se pone en pie—. Joanne, lo siento.

—¡No te atrevas a disculparte por mí! —aúlla Eve—. No tienes derecho. Eve entierra la cabeza entre las manos.

—Eve... —Joanne tiende la mano hacia su amiga; posa cariñosamente los dedos sobre el brazo de Eve.

—¿Sabes lo que ha hecho Brian, Joanne? —pregunta Eve. Repentinamente, su voz es la de una niña—. Ha echado a mi madre. Ayer. Hizo que se fuera a su casa.

—La pobre mujer estaba hecha polvo —empieza a explicar Brian.

—Yo soy la única que está hecha polvo.

—No dejas que nadie te ayude.

—Y no me permite someterme a una operación que me puede salvar la vida —gime Eve sorprendiendo a Joanne, que mira a Brian en busca de una explicación.

—Ha visitado a un impostor esta semana...

—No es un impostor.

—Es el décimo ginecólogo que has visitado y él es el único que te ha recomendado una histerectomía.

—Es el único que sabe de qué habla.

—¿Qué te ha dicho exactamente? —pregunta Joanne, perpleja ante la novedad.

Eve aprieta la mano de Joanne.

—Dice que tengo el útero desviado y un fibroma...

—Un pequeño fibroma; hace años que lo sabemos —interrumpe Brian.

—Y dice que eso puede estar causándome los terribles dolores de vientre.

—¿Y los dolores de pecho, de espalda, de estómago? —pregunta Brian.

—¡Por no hablar del gigantesco dolor de culo! —espeta Eve mirando a su marido fijamente a los ojos.

Normalmente, a Joanne le habría tranquilizado tal comentario. Pero es demasiado tarde para comentarios tranquilizadores.

—¿Qué dice ese médico de los demás dolores? —pregunta Joanne.

—No dice nada de los demás dolores —le explica Eve con la impaciencia crepitando en la voz—. Es ginecólogo. Sabe de úteros y ovarios. No pretende saber nada más.

—¿Te ha recomendado una histerectomía? ¿No es un poco drástico?

—¿Qué puedo hacer, Joanne? —suplica Eve—. ¿Tú crees que me pararía a pensar en tal cosa si no me doliera tanto? Ya sabes lo mucho que odio los hospitales.

Joanne sacude la cabeza.

—No sé qué decirte —admite honestamente.

—Dile que ese médico está tan chiflado como ella —dice Brian sin inmutarse—. Dile que si sigue visitando a los suficientes médicos encontrará alguno que esté dispuesto a decirle lo que quiere oír. A un cirujano le gusta operar, por Cristo bendito. Para eso está él. ¿Te duele el vientre? Perfecto. Te haremos una histerectomía. ¿Qué? ¿Te duele el estómago? Bien: te lo extirparemos. ¿Te cuesta respirar? Bien. De todos modos, ¿quién necesita dos pulmones?

—Cállate, Brian —ordena Eve—. Estás quedando como un idiota.

—¿Yo estoy quedando como un idiota?

—Tú solito. Sin la ayuda de nadie.

—Eve, cálmate —le recomienda Joanne.

—¿Por qué has venido? —pregunta Eve de golpe—. ¿El sábado no visitas a tu abuelo?

—Estuve esta mañana. —Joanne baja la cabeza—. Estaba dormido. No se despertó.

—Eso es lo que yo tanto temo —susurra Eve. Joanne la contempla con sorpresa—. Me temo que si cierro los ojos y me duermo, nunca volveré a despertar.

—Claro que despertarás.

—Por la noche me da miedo irme a dormir —repite Eve.

—Necesitas dormir, Eve.

—Tengo miedo de morirme.

—No vas a morirte.

—No quiero morir, Joanne.

—No vas a morir.

—Entonces ¿qué me pasa? ¿Por qué nadie puede decirme qué me pasa?

—¡Porque no te pasa nada, maldita sea! —grita Brian desde el otro lado de la habitación.

—Brian... —empieza Joanne.

—No, Joanne. Deja de malcriarla. Te está manipulando. Te manipula a ti, a su madre, a mí, a todo el mundo que se preocupa por ella.

—Tú no te preocupas por mí —chilla Eve.

—Y esto ha de acabar —prosigue Brian, ignorando el estallido de su esposa—. Porque cuanto más cedamos a esta locura, cuanto más caso le hagamos, más confianza le daremos. Por eso eché a su madre, por eso te digo que dejes de malcriarla. Eve necesita ayuda...

—¿Para qué? Tú eres el que está loco.

—Yo me volveré loco si permito que esto dure más tiempo.

—¿Por qué no te vas? —le tienta Eve—. Eso es lo que quieres, ¿no?

—No, no es eso lo que quiero.

—Es a lo que conduce todo esto, ¿verdad? Adelante, vete. De todos modos, nunca estás en casa. Vete. Vete a casa de Joanne. Tiene una nevera llena de pasteles caseros y una bonita cama grande con muchas habitaciones libres...

—Eve, cálmate —protesta Joanne.

—Es muy bueno en la cama, ¿sabes? —le explica Eve—. Hace un excitante truquito con la lengua...

—Por Dios, Eve...

—Y tiene una polla grande, Joanne. No demasiado gruesa, pero bonita y larga.

—¡Cállate! —se enfurece Brian, avanzando hacia su esposa con los puños crispados.

—Y un culito bonito y prieto. A veces le gusta que le metas el dedo...

Al cabo de un segundo todo es confusión: Brian extiende la mano abierta en el aire, golpea el rostro de Eve, la cabeza de Eve salta hacia atrás, el cabello pelirrojo se derrama sobre la mejilla recién golpeada, su cuerpo se tambalea en la silla hacia los brazos de Joanne.

—¡Brian, basta! —grita Joanne luchando por aguantar la silla de Eve para que no se caiga. Sus ojos reflejan temor e incredulidad ante la violencia de la que ha sido testigo.

La mano de Brian se frena en el aire. Brian oscila hacia adelante y hacia atrás dando bandazos. Por un instante, Joanne se pregunta si Brian va a desmayarse, pero sólo mira a su alrededor inquisitivamente, como si alguien

hubiera dicho algo que no comprende, antes de dar media vuelta sobre sus talones y salir huyendo, sin palabras, de la habitación.

Joanne se vuelve hacia su amiga.

Eve la contempla con odio no disimulado.

—Vete a tu casa.

Joanne está en la cocina cuando oye llamar a la puerta. Lleva sentada a la mesa de madera casi una hora, sin moverse. Ha sido mentalmente testigo de la misma escena una y otra vez: el corpachón de Brian se acerca inexorablemente a su esposa. La mano surca el espacio entre ambos y golpea el rostro de Eve con la palma de la mano. La cabeza de Eve se dispara hacia atrás; el cabello le barre la mejilla, imitando el trayecto del golpe. La silla se tambalea, a punto de caerse. Los ojos en blanco de Brian. El odio en los de Eve. Vete a tu casa, oye repetir a Eve. Vete a tu casa.

La persistente llamada a la puerta continúa, seguida de un timbrazo. Joanne se obliga a levantarse de la silla y acercarse al interfono. Pulsa el botón adecuado.

—¿Quién es? —pregunta. Su voz se repite en la calle.

—Soy Brian, Joanne —le responden.

Joanne levanta el dedo del interfono y contempla el suelo. ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué más queda por decir? Se dirige hacia la puerta y, de pronto, se detiene. ¿Por qué no ha hablado con el teniente Fox tal como dijo que haría?

Su corpachón llena el hueco de la puerta.

—Te devuelvo la bandeja del pastel —dice, tendiéndosela—. La he lavado.

—Gracias.

—¿Puedo entrar?

—¿Crees que es conveniente que Eve se quede sola?

—Se ha encerrado en el cuarto de baño.

—¿Crees que puede intentar suicidarse?

Brian casi se echa a reír.

—¿Bromeas? No hasta que nos haya enterrado a todos. —Brian capta el gesto de consternación en el rostro de ella—. Por favor, Joanne, ¿puedo entrar?

Joanne le permite que entre. Brian cierra la puerta detrás de él y la sigue hasta la cocina.

—¿Quieres café? —ofrece ella con la esperanza de que le diga que no.

Brian sacude la cabeza.

—No podré pegar ojo —contempla la noche a través de la cristalera—. Nunca había pegado a una mujer —comenta por fin. Joanne no dice nada—. No sé qué me ha pasado —continúa, intentado explicarse a sí mismo los acontecimientos, ignorando casi la presencia de Joanne—. Me quedé en blanco unos instantes. Seguía oyendo aquella extraña voz diciendo aquellas barbaridades y ¡bingo!: algo saltó. Luego sólo sé que me cosquilleaban los dedos, me dolía la palma de la mano... No quise golpearla, Joanne. No sé qué me ha pasado.

—¿Qué puedo decir? —pregunta Joanne—. No sé qué decirte.

—Quizá Eve tenga razón. Quizá debería marcharme.

—No puedes hacer eso.

—No puedo pegar a Eve cada vez que se pasa de la raya.

Joanne asiente.

—No, no puedes. Pero no puedes dejarla. ¿Qué haría ella? ¿Cómo se las arreglaría?

—Su madre volvería.

—¿Crees que eso es inteligente?

—No lo sé. Sólo sé que no aguanto más. Te soy sincero. Estos días estoy a punto de venirme abajo yo también. Quiero decir que acabo de pegar a mi mujer. Pude haberla matado si tú no hubieras estado allí —se ríe, y el incongruente sonido colma el espacio que los separa—. ¿A quién estoy engañando? Ella pudo haberme matado.

—Tal vez debería someterse a la histerectomía —especula Joanne.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tal vez sea eso lo que necesita.

—Nadie necesita una operación quirúrgica innecesaria.

—Quizá al ingresar en el hospital puedas persuadirla de que vea al psiquiatra del equipo... —Joanne es consciente de que está pensando en voz alta—. Y si el aborto es la fuente de su ansiedad, bueno, entonces puede que cuando le extirpen la zona problemática, el resto de sus problemas también desaparezca.

—Eso es correr un riesgo bastante grande, ¿no crees?

—No sé qué creer.

—Me tomaré ese café, si no te importa —le dice Brian.

Joanne se dirige hacia la cafetera con la esperanza de que su rostro no delate el fastidio que le produce la petición.

¿Para qué quiere café?, se lamenta. Ya se ha tomado dos tazas con el pastel. ¿A qué ha venido? ¿Por qué no se va a su casa? Joanne se preocupa por Eve, por todos. Qué fácil es perder el control, piensa recordando la discusión con la aterrorizada joven madre del hospital. En realidad, qué poco control tenemos.

—¿Has visto a Paul últimamente? —pregunta Brian cuando ella le lleva una taza llena de café a la mesa.

—El fin de semana pasado —le responde con voz impasible y la mirada baja—. Fuimos a visitar a las niñas al campamento.

—Eso suena prometedor.

Joanne no dice nada.

—¿Algún progreso?

—En realidad no.

Joanne no quiere hablar de eso. Quiere que se termine rápido el café y regrese a su casa.

—No puedo creer que Paul fuera tan estúpido como para dejarte escapar —le dice Brian.

—Yo no escapo a ninguna parte. —¿Adónde conduce esta conversación?

—¿Sales con alguien?

Joanne lo mira con sorpresa. No sabía que Brian fuese tan locuaz. ¿Qué pretende?

—No —dice rápidamente.

—¿Y el monitor de tenis?

—¿Qué pasa con él?

—Yo creía...

—Vino a cenar una noche —responde Joanne con firmeza—. Se fue pronto.

—No por su propia voluntad, estoy seguro.

Los ojos de Joanne se achican. ¿Qué intenta decir Brian?

—Eve tiene razón en una cosa. Estos días estás preciosa.

—Me siento como una mierda —dice Joanne sencillamente. Las palabras se amoldan a su boca con precisión—. No hay como una buena dosis de sufrimiento para hacerte parecer mejor, supongo.

—¿Cómo te las arreglas?

Brian ha dejado la taza de café sobre la mesa y camina alrededor de ella, donde Joanne está sentada.

—Bueno, he aprendido dónde está la caja de fusibles. Puedo cambiar una bombilla yo sola. Y he cancelado nuestra suscripción a Sports Illustrated.

Brian le pone los brazos sobre los hombros.

—Creo que me las arreglo perfectamente —prosigue, notando la calidez de los dedos de Brian a través del fino suéter.

—¿De veras? —vuelve a preguntar—. Debe de ser duro estar sola después de todos estos años...

Joanne retira la silla hacia atrás, obligando a Brian a quitarle las manos de los hombros. Se pone en pie.

—Los hombres no son tan buenos como los pintan —le explica—. ¿Quieres más café?

—No —dice avanzando hacia ella.

Joanne nota el canto de la encimera en la espalda.

—Brian —empieza. Pero ya es demasiado tarde.

Él está a sólo unos milímetros de su boca, la abraza por la cintura, la atrae hacia él y le presiona los labios con los suyos. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?, se pregunta Joanne. ¿Por qué me ocurren estas cosas? Un profesor de tenis doce años más joven que ella, el marido de su desquiciada amiga, un lunático que quiere azotarla antes de matarla... ¿Cuál es el secreto de su extraño atractivo?

Joanne mira el teléfono mientras Brian aplasta su boca contra la de ella. ¿Por qué no me llamas ahora, bastardo?, clama en silencio mientras la lengua de Brian busca la suya.

—Brian...

—No me detengas, Joanne. Te necesito.

—Brian...

—Y tú me necesitas.

Joanne consigue zafarse del abrazo.

—¡No necesito nada de esto! —grita—. Lo que necesito es un poco de cordura en mi vida. Lo que necesito es que me dejen en paz.

«Cuando quiero hablar con alguien inteligente...».

—¿Por qué no le pediste al teniente Fox que mandara un coche patrulla a vigilar mi casa? —reclama Joanne de improviso, sorprendiendo a Brian y a sí misma.

—¿Qué?

—Dijiste que lo harías.

—Joanne, ¿de qué me hablas?

—Dijiste que le pedirías a tu teniente que mandara un coche patrulla a vigilar mi casa.

Los ojos de Brian revelan que acaba de recordarlo.

—Se lo pedí.

—No, no lo hiciste. He hablado con el teniente Fox. No sabía de qué demonios le estaba hablando.

—Joanne...

Joanne se aleja de Brian enfadada y, a la vez, aliviada por haber encontrado algo que interponer entre ambos.

—¿Por qué no se lo pediste?

Se produce una larga pausa.

—No podía —admite por fin.

—¿Por qué? ¿Tú tampoco me crees? ¿Crees que imagino las amenazas telefónicas?

—No.

—¿Entonces por qué? ¿No crees que tenga motivos para preocuparme? ¿Sólo intentabas tranquilizarme?

—No.

—¿Entonces por qué?

—Porque tengo miedo —murmura Brian apartando la mirada de los iracundos ojos de Joanne.

Eso no es lo que Joanne esperaba.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

Se produce otra larga pausa.

—Miedo de que sea Eve la que te llama por teléfono —confiesa Brian con voz apenas audible.

Joanne no dice nada. Al fin y al cabo, sus afirmaciones son sólo un eco de sus propios temores.

—No estarás insinuando que crees que Eve pueda ser el estrangulador del extrarradio, ¿verdad? —susurra Joanne con incredulidad, considerando todas las connotaciones de sus palabras.

Brian sacude enérgicamente la cabeza. Su risa inoportuna llena otra vez el aire.

—¡Oh, Dios, no! —es obvio que esta idea le parece muy divertida. Su risa tarda un buen rato en desaparecer—. Pero tampoco creo que el que te está telefoneando sea el asesino. No creo que una cosa tenga que ver con la otra —sonríe tristemente a Joanne—. Creo que deberíamos calmarnos un poco. Parece como si todos nos hubiéramos vuelto un poco locos —levanta las manos en el aire—. ¿Qué puedo decir? Lo siento, Joanne. Todo. Siento no haber hablado con Fox, siento lo sucedido antes en mi casa, siento lo sucedido aquí hace unos minutos...

Suena el teléfono.

—¿Quieres que responda yo? —se ofrece Brian—. Reconocería la voz de Eve por mucho que la disfrazase. Debes de tener un teléfono en el dormitorio —añade. Y, antes de que a Joanne le dé tiempo a responder, ya está en mitad de la escalera—. Dame un minuto antes de contestar. Deja que suene tres veces. Descuelga a la tercera llamada a partir de ahora.

El teléfono continúa sonando mientras Joanne oye las pisadas de Brian sobre su cabeza. Tras la tercera llamada, descuelga despacio el auricular y escucha con apatía la voz que al otro lado de la línea le habla escuetamente.

Brian regresa al instante a su lado.

—Lo siento, Joanne —dice haciendo gestos de impotencia, como habiendo perdido su capacidad de consolar.

—Tarde o temprano tenía que suceder —responde Joanne—. Tenía noventa y cinco años.

Capítulo 27

Joanne mira alrededor de la sala contemplando a los asistentes al velatorio. Con ella, son seis las personas presentes. Su hermano, Warren, y su mujer, Gloria, que vinieron desde California hace dos días y ahora están sentados a su lado con las manos entrelazadas. Justo detrás de ella está su jefe, el doctor Ronald Gold. Cruzando el pasillo, al otro lado de la capillita, se sientan Paul, su marido, y la madre de Eve. Eve no ha acudido: estaba demasiado enferma; ni tampoco Brian: estaba demasiado ocupado. Al principio le sorprendió ver a la madre de Eve; ahora le está agradecida. Sonríe en dirección a la anciana. Paul le devuelve la sonrisa.

Sus hijas no están. Joanne decidió que no tenía sentido hacer volver a las dos niñas del campamento, aunque Paul se había ofrecido a ir a buscarlas. Se siente satisfecha de su decisión, pues no obedece a un instinto protector: se trata de una cuestión práctica y, hasta cierto punto, egoísta. En aquel momento, ni quiere ni necesita la responsabilidad de dos bocas más que alimentar, dos egos más que satisfacer. No desea pensar en nadie más que en ella misma, ni oír más voz que la suya. Quiere estar sola, como solía declarar Greta Garbo, y se siente extrañamente agradecida de que su hermano y su cuñada regresen a California poco después del funeral. Está a gusto con su soledad. Al menos, con ella sabe a qué atenerse.

Gloria aprieta la mano de Joanne.

—Esto es lo más triste de vivir tanto tiempo —dice tranquilamente—. Sobrevives a todos tus amigos. Y a la mayoría de tu familia —añade, reclinando la cabeza contra la de Joanne.

Joanne asiente. Había olvidado lo bonita que es Gloria. Una típica chica californiana: cabello rubio, tez bronceada. No representa sus treinta y cinco años. Sólo su voz la hace parecer mayor: tiene un tono vagamente gutural, casi masculino, un tono que le va que ni pintado para su trabajo de doblaje de anuncios de radio y televisión. Gloria le confesó una vez que, como la mayoría de sus amigas, todo lo que esperaba de la vida era ser actriz y casarse con un médico. A diferencia de la mayoría de sus amigas, ha conseguido tener

un trabajo en los aledaños del *show business* y su matrimonio ha resultado tan duradero como feliz. Tiene hijas sanas y hermosas que son un reflejo de los tiempos: quieren ser modelos y casarse con estrellas del rock. Como viven en California, esperan de todo corazón lograr lo que se proponen. Lo cual es probable que ocurra, piensa Joanne.

—Cuesta tanto creer que ha muerto... —dice Warren contemplando el ataúd abierto en la parte anterior de la capilla—. Siempre pensé que estaría con nosotros eternamente.

—Lo estuvo —le recuerda Gloria amablemente.

—Parece tan pequeño... —se maravilla Warren—. Había sido un hombre muy grande. No sé si lo recuerdas, Gloria...

—¿Cómo podría olvidarlo? —la voz ronca de Gloria llena la pequeña sala—. Fue el maestro de ceremonias de nuestra boda, por el amor de Dios. Cuando me presentó como tu «amante» creí que mis padres se caían muertos en el acto.

—Creo que llevaba algunas copas —se ríe Joanne recordando la escena.

—Y, luego, no podía recordar mi nombre. Me seguía llamando Glynis.

—Siempre le gustó el nombre de Glynis —comenta Warren; y, de repente, tanto Warren como Joanne se ríen.

—Me recuerda a mi abuelo —interrumpe Ron Gold inclinándose hacia adelante para descansar los codos en el respaldo del banco—. Estaba casi ciego y bastante senil cuando me casé. Cuando mi futura esposa y yo nos acercábamos al juez, mi abuelo, que estaba sentado en primera fila, exclamó: «¿Quiénes son esta joven y guapa parejita?» —se une a las risas.

—Tu abuelo siempre decía lo que pensaba —le dice a Joanne la madre de Eve, dejando a Paul para sentarse junto a Ron Gold—. Una noche llamé por teléfono a tu casa, interrumpiendo una gran cena familiar, para preguntar dónde estaba Eve. Tu abuelo me contestó al teléfono y me dijo que me metiera en mis propios asuntos. Le dije que Eve era asunto mío, y él me dijo: «Muy bien. Pero ella no es asunto nuestro y no está aquí». ¡Y me colgó! —también ella empieza a reír.

Joanne recuerda la ocasión, recuerda la expresión de horror y estupefacción que se adueñó del rostro de su madre. ¿Cómo has podido decirle esto, papá?, oye preguntar a su madre, observando a su abuelo encoger maliciosamente los enormes hombros por toda respuesta.

Joanne mira furtivamente a Paul. Está sentado aparte, solo. Su postura refleja un debate interno entre permanecer donde está o unirse al grupito. Durante un instante, Joanne experimenta la tentación de decidir por él,

acercarse y llevarlo hasta los demás. Una canción familiar resuena en su mente: Somos una familia, canta. No, decide, atajando la improvisada cantinela silenciosa. ¡Éramos-una-familia! Lo que ha pasado fue decisión de Paul. El hombre tiene piernas. Y ellas lo han conducido a donde quiere estar: separado. Sus ojos regresan a la parte delantera de la capilla.

La ceremonia es breve. Se recita un salmo, se pronuncian unas pocas palabras necesarias. Y se acabó.

—No quiero ir al cementerio —dice la madre de Eve cogiendo las manos de Joanne entre las suyas.

—Ha sido muy atenta viniendo a la ceremonia —dice Joanne sinceramente.

—Siempre admiré a tu abuelo. Quería que lo supieras.

—Gracias.

—Eve habría venido, pero...

—Lo sé...

—Intenté convencerla para que viniera conmigo...

—De veras, está bien...

—Tiene tantos dolores...

—Por favor, señora Cameron, está bien. Lo comprendo.

—¿En serio?

—Lo intento.

—No te alejes de ella, Joanne —le insta la madre de Eve—. No la abandones. Te necesita. Tú eres la única a la que siempre ha hecho caso.

—Está equivocada, señora Cameron —le dice Joanne en tono cortés—. Yo soy la única que siempre ha hecho todo lo que Eve decía; no al revés. Eve era la fuerte.

—No —le corrige enérgicamente la madre de Eve—. Eve era la más ruidosa. Tú eras la fuerte.

—¿De qué va todo esto? —pregunta Gloria dándole un codazo a Joanne.

—No estoy segura —admite Joanne.

—¿Estás preparada para ir al cementerio?

—Me gustaría quedarme a solas unos minutos con mi abuelo —dice Joanne mirando hacia el ataúd.

—Estamos fuera —le dice Warren.

Joanne observa cómo su hermano y su mujer desaparecen por el centro del pasillo detrás de Paul y Ron, que intercambian bruscos saludos con la cabeza.

Joanne avanza despacio hacia la parte anterior de la capilla.

Han elegido un sencillo féretro de pino. El cuerpo de su abuelo yace en él, vestido con un traje azul oscuro, con los ojos cerrados y las mejillas levemente maquilladas.

—Tenías razón, abuelo —susurra Joanne, confiando en que su abuelo la oyera—. Gracias.

Joanne busca en su bolso y, lentamente, saca el arrugado sombrero de Sherlock Holmes que le había regalado por su ochenta y cinco cumpleaños.

—Tienes que llevarte un sombrero —sonríe Joanne. Da forma al sombrero con dedos sorprendentemente firmes y lo deposita con cuidado sobre las manos juntas de su abuelo—. Así está mejor —dice, sabiendo que su abuelo está conforme. Casi ve la sonrisa en sus labios inertes.

Joanne se inclina y besa la arrugada y vieja cara. La piel está fría al contacto con sus labios.

—Te quiero, abuelo —susurra por última vez.

—Desearía que no tuviéramos que irnos tan de prisa —dice Warren mientras Gloria retira los platos de la mesa.

Han regresado del cementerio y están sentados a la mesa de la cocina de Joanne, tomando café y comiendo un pastel de ruibarbo comprado que, para fastidio de Paul, no está ni la mitad de bueno que los que hace Joanne.

—No seas tonto —dice Joanne a su hermano—. Claro que tenéis que regresar. Vas a ser una estrella de cine. Ésta es tu gran oportunidad.

—No hubo modo de cambiarles el calendario...

—No tienes que dar explicaciones ni disculparte —le dice Joanne—. Estaré bien, de veras —¿cómo explicarle que, en realidad, está deseando que se vayan?

—¿Por qué no vienes con nosotros? —pregunta Gloria de sopetón.

—No puedo —dice Joanne apresuradamente.

—¿Por qué no? —reclama Warren, alentando la sugerencia de su esposa—. Quedan dos semanas para que las niñas vuelvan del campamento.

—Y tengo un empleo —le dice Joanne a su hermano mirando a Ron Gold, que parece instantáneamente aliviado.

—Estoy perdido sin ella, lo juro —ríe Ron Gold—. Quiero decir que me gustaría ser noble, y todo eso, pero la necesito de verdad. Si me abandonara dos semanas, toda mi consulta, y no digamos mi vida, se vendría abajo.

Paul observa al doctor al otro lado de la mesa.

—Tenía entendido que Joanne dejaba de trabajar a final de mes —dice.
—He decidido quedarme —le explica Joanne, pillándolo claramente por sorpresa.
—Alabado sea el Señor —sonríe Ron Gold.
—No lo sabía —empieza Paul; luego, se interrumpe—. ¿Cuándo tomaste esa decisión?
—La semana pasada —le dice Joanne—. En realidad, mi abuelo tuvo mucho que ver con ello.
Ahora es Warren el que parece sorprendido.
—¿El abuelo? ¿Cómo?
—Es complicado —responde Joanne—. Me hizo darme cuenta de ciertas cosas —mira el reloj—. ¿No deberíais salir para el aeropuerto?
—Será un placer acompañaros —se ofrece Paul.
—No es necesario.
—Insisto.
—Muy bien —consiente Warren mirando a su hermana.
—¿Seguro que no podemos convencerte de que vengas con nosotros? —pregunta Gloria, aunque ambas mujeres saben que es sólo una pregunta de cortesía.
—¿Qué tal en Navidad? —sugiere Joanne.
—Maravilloso —exclama Gloria—. Conozco al hombre preciso... —se interrumpe, azorada, evitando cuidadosamente los ojos de Paul—. Lo pasaremos muy bien. Déjame a mí.
—Lo estaré deseando.
La pequeña comitiva se encamina hacia la puerta.
—Saluda a Eve de mi parte —dice Warren—. Dile que siento que no haya podido venir y que espero que se encuentre mejor.
—Lo haré.
—¿Éste es todo vuestro equipaje? —pregunta Paul mirando la pequeña bolsa de mano que está en el suelo junto al armario del recibidor.
—Sí —responde Gloria.
Se produce una embarazosa pausa en la que nadie sabe qué hacer con sus manos ni sus pies.
—Cuídate —dice Warren por fin, abrazando a su hermana—. Si necesitas algo...
—Os llamaré.
—Me siento tan culpable... —susurra desolado.
Joanne retrocede un poco para poder mirarlo fijamente a los ojos.

—La culpabilidad es una pérdida de tiempo valioso.

Warren sonrío.

—¿Cómo es que te has vuelto tan lista? —sus labios le rozan la mejilla.

—No soy lista —le susurra al oído—. Es que no soy tan estúpida como antes.

—Tú no eras estúpida.

—Te quiero.

—Yo también. Saluda a mis hermosas sobrinas.

—Lo mismo te digo —sonríe Joanne.

—Adiós, Joanne —dice Gloria, estrechando fuerte a su cuñada—. Si las cosas no se han arreglado en Navidad —le dice en confianza bajando su profunda voz, aunque sus palabras siguen siendo audibles—, conozco al hombre perfecto.

—Lo estaré esperando.

Paul mira alrededor del pequeño zaguán con impaciencia.

—¿Preparados? —pregunta, abriendo la puerta de la calle—. ¿Tú también te vas? —interpela a Ron Gold, como quien no quiere la cosa, cuando salen Warren y Gloria.

—Creo que me quedaré un rato haciendo compañía a Joanne —dice Ron con naturalidad. Si es consciente de la tensión, la ignora.

Paul asiente; un amago de sonrisa se le hiela en los labios. Mira a Joanne.

—Creo que deberíamos hablar —le dice.

—Me parece una buena idea.

—Tal vez podría dejarme caer por aquí esta noche.

—Está bien.

Paul se queda, azorado, en el umbral.

—¿A qué hora te va bien? —pregunta por fin.

¿Debería pedirle que venga a cenar? —se pregunta Joanne. Luego, decide que no se siente con ánimo de hacer cenas.

—A las ocho y media.

—Hasta luego, entonces. —Paul echa un último vistazo a Ronald Gold antes de seguir a Warren y a Gloria por los escalones de la entrada.

—¿Crees que intentará convencerte para que dejes el trabajo? —le pregunta Ron Gold cuando Joanne ha cerrado la puerta.

Joanne se encoge de hombros, dándole una palmadita consoladora a su jefe, y echa a andar hacia la cocina. Ron la sigue.

—Tu hermano es un buen tipo —dice Ron—. No le recuerdo de la escuela.

—Es algunos años más joven.

—¿Seguro que no quieres ir a California con ellos? —le pregunta—. Por favor, dime que estás segura.

Joanne se ríe.

—Estoy segura.

—Debo decirte que hoy me has sorprendido.

—¿A qué te refieres?

—Pensé que tú...

—Pensaste que me vendría abajo.

—Pensé que te vendrías abajo —repite él.

Joanne lo mira pensativa.

—¿Cuántas veces puede uno venirse abajo? Con el tiempo comprendes que o te levantas o descubres que no queda nada.

—¿Y tú te has levantado?

—Digamos que estoy en ello —explica Joanne.

—Me alegra oírlo. ¿No te molestará que Paul venga más tarde?

—Probablemente sí —admite Joanne.

—¿Crees que te encontrarás bien para ir a trabajar mañana?

—Admítelo, Ron —bromea Joanne—: sin mí no puedes funcionar.

—Lo supe desde el instante en que encontraste mi bolígrafo.

Esa noche, Paul sube nervioso hasta el recibidor, poco antes de las ocho y media. Joanne nota que se ha cambiado de ropa, se ha vestido más informal, con unos pantalones marrón claro y una camisa *beige* pálido que acentúa el intenso color chocolate de sus ojos.

—¿Cómo estás? —le pregunta Paul.

Sigue a Joanne hasta la sala de estar, donde ella, rápidamente, se sienta en la mecedora que Paul siempre ha creído suya. ¿Lo he hecho deliberadamente?, se pregunta ella mientras Paul intenta acomodarse en el sofá.

—La casa está estupenda —comenta Paul mirando distraídamente a su alrededor.

Joanne asiente.

—¿Quieres una copa?

Paul se pone en pie de inmediato.

—Sí, gracias. ¿Puedo servirte algo?

—No, gracias.

Joanne nota cierta vacilación en su modo de andar, a pesar de la aparente seguridad de su voz. Paul es consciente de un sutil cambio en lo que siempre ha considerado su hogar y, aunque todo parece igual, se siente un tanto desplazado, se siente inseguro de dónde están las cosas, duda si aún ocupan el mismo lugar en que las dejó.

Joanne le oye servirse una copa; nota su incertidumbre en el umbral, antes de volver a entrar en la habitación.

—Me ha gustado volver a ver a Warren —dice, sentándose y dando un sorbo a la bebida.

—Tiene buen aspecto —coincide Joanne.

—No puedo decir que a su mujer le tenga yo un cariño desmesurado.

—Nunca se lo has tenido.

—Algo en ella me hace desconfiar.

—Es buena chica. Creo que tiene buenos sentimientos.

—Supongo que es sólo que no me gustan las mujeres cuyas voces son más graves que la mía.

Joanne sonrío.

—Qué lástima que hayan tenido que irse tan pronto.

—Bueno, ahora soy una chica mayor —dice Joanne. Le impacienta una conversación que hoy ya ha mantenido una vez—. Tengo que aprender a cuidar de mí misma.

Paul parece sorprendido de la afirmación.

—¿Lo decías en serio eso de visitarlos en Navidad?

—Claro que sí. ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

—Hace mucho tiempo que no voy a California.

—¿Estás segura de que Ron te dará vacaciones? —la pregunta es deliberadamente tendenciosa; oculta una cuestión más importante—. ¿Estás segura de que es una buena idea que sigas trabajando? —añade mirando el vaso para evitar los ojos de Joanne.

—Estoy completamente segura —responde con sencillez.

—¿Y las niñas?

—¿Qué pasa con ellas?

—Están acostumbradas a tenerte en casa.

—Se acostumbrarán a tenerme trabajando.

—Te será difícil desempeñar un trabajo de jornada completa y llevar la casa.

—Pues comeremos más veces fuera de casa, pediremos más comida preparada y las niñas tendrán que aprender a colaborar más de lo que están acostumbradas. Creo que les irá bien. Creo que me irá bien —añade, con voz segura.

Paul apura su bebida y deja el vaso vacío en la mesa de café que hay entre ellos.

—Has cambiado —dice, tras una larga pausa.

—No me has dejado otra opción.

Es evidente que su respuesta le molesta.

—No tienes ninguna necesidad de trabajar, Joanne. Prometí que te mantendría. No tienes que preocuparte por el dinero.

—No es por el dinero —dice con apremio. Luego, rectifica—: Bueno, no, eso no es del todo cierto. En parte es por el dinero. Me gusta ganar mi dinero. Me da... un poco de energía, supongo. Me da cierta independencia. No digo que no espere que tú contribuyas. Mi sueldo no es gran cosa y tengo una casa que atender. Tú tienes dos hijas que mantener...

—Hablas como si no fuera a regresar nunca —dice Paul en voz baja.

—¿Vas a regresar? —le pregunta Joanne directamente.

—Te pedí tiempo.

—Ya te he dado tiempo —la mirada penetrante de Joanne obliga a Paul a fijar los ojos en ella—. El tiempo se ha agotado.

—No lo entiendo. Hace unas semanas...

—Hace unas semanas mi marido y yo hicimos el amor y pensé que todo volvía a ser como antes. A la mañana siguiente, me desperté con la noticia de que nada había cambiado y con la certeza de que, mientras yo esté dispuesta a tolerarlo, nada cambiará.

—¿Tiene Ron Gold algo que ver con esta súbita epifanía? —pregunta Paul, cortante.

Joanne casi se echa a reír de la palabra que Paul ha empleado. Se da impulso en la mecedora, se balancea sobre el *parquet*.

—Ron Gold es un hombre encantador y generoso que me ha devuelto un poco de lo que he perdido en el curso de los años —de lo que había cedido—: el respeto a mí misma. Por eso, siempre le querré y le estaré agradecida. Pero no tenemos ningún lío, si es eso lo que estás insinuando.

Paul parece aliviado.

—¿Entonces, por qué este súbito plazo? ¿A qué viene tanta prisa?

—Hace casi cuatro meses, Paul —le informa—. No puedo perder más tiempo esperando a que tú decidas qué es lo que quieres hacer con tu vida. Yo

tengo que resolver mi propia vida. Mi abuelo me lo dijo. —Paul parece confuso—. Fui a visitarlo cuando regresamos del campamento. Yo estaba muy preocupada. Me sinceraba como de costumbre, quejándome de todas las cosas horribles que me sucedían, cuando, de súbito, abrió los ojos y me preguntó si quería cambiar los papeles con él —se detiene, oye resonar aún las palabras de su abuelo—. No sé qué sucedió. Supongo que, de repente, se disparó un resorte y caí en la cuenta de que no, que no quería cambiar los papeles con un anciano moribundo. Soy joven, o al menos no soy vieja, y aún quiero hacer un montón de cosas. —Joanne respira hondo y observa que Paul hace lo mismo—. Te quiero, Paul. Te quiero mucho. Tú eres el único hombre que he querido. Quiero que regreses a casa. Pero no quiero ser manipulada por más tiempo y no estoy dispuesta a esperar más a que tú recuperes el juicio y te enteres de que yo valgo un cargamento entero de pequeñas Judys...

Una expresión de sorpresa pasa por el rostro de Paul.

—... y si no lo has descubierto todavía, entonces es problema tuyo. No mío. Ya no —traga saliva antes de continuar—. Las niñas volverán, más o menos, dentro de dos semanas. O por entonces somos una familia o no lo somos. Esperaré hasta entonces para llamar al abogado.

—Joanne...

—No quiero volver a verte, Paul —dice Joanne con firmeza—, si no es para verte subir tus maletas por los escalones de la entrada —se dirige hacia la puerta—. Por favor, vete.

Un timbrazo la despierta poco antes de las siete de la mañana siguiente. Aturdida, Joanne busca el despertador, que se le cae de las manos.

—¡Jesús! —exclama sobresaltada, despertándose al instante y saliendo de la cama. Se da cuenta de que hay alguien en la puerta principal y se dirige al interfono de la pared de la habitación—. ¿Sí? —pregunta, con el sueño aún pegado a la voz—. ¿Hay alguien ahí?

No obtiene respuesta.

Joanne se queda absolutamente inmóvil ante el interfono. Comprende que la llamada no pertenecía a ningún sueño. Sabe que hay algo, o alguien, allí abajo, esperándola.

Con deliberada lentitud se dirige al armario y saca una bata. Tiene los pies desnudos sobre la alfombra de la escalera.

Llega al vestíbulo, aprieta el cuerpo contra la puerta de roble macizo para mirar por la mirilla. No ve nada. Cuidadosamente, alarga la mano para apagar la alarma y retira bruscamente los dedos al comprobar que la luz de la alarma no está encendida. Contemplando la puerta de la entrada como si pudiera ver a través de ella, Joanne repasa en un instante los acontecimientos de la noche anterior. Ve a Paul salir al aire cálido de la noche, lo ve alejarse en coche por el camino, nota el peso de la puerta en el hombro cuando la cierra detrás de él. Joanne recuerda haber ido a la cocina para hacerse un té, siente el reconfortante calor bajando por su garganta reseca, vuelve a experimentar una repentina oleada de cansancio mientras su imagen se desnuda y se mete en la cama para lo que resulta ser un largo sueño reparador. Un golpe fuerte en la puerta principal la despierta justo antes de que suene el despertador a las siete de la mañana.

No recuerda haber accionado la alarma antirrobo. Se ha olvidado otra vez. ¡Te olvidarías la cabeza si no la tuvieras pegada al cuerpo!, oye a su madre reprenderla amablemente.

—¡Es hora de salir, Joanne! —exclama en voz alta abriendo la puerta principal.

Está a sus pies, junto al periódico de la mañana: grande, negra y, obviamente, terrorífica.

Joanne se agacha y coge con mucho cuidado la corona mortuoria en los brazos. La entra en casa y saca despacio el pequeño sobre blanco adherido a las delicadas ramas de la corona. Con dedos curiosamente serenos, rasga el fino sobre y saca la nota que contiene. En ella está escrita una palabra en grandes letras negras: PRONTO.

Capítulo 28

Joanne está ordenando la casa.

Es sábado por la noche. Se ha pasado el día yendo de una habitación a otra, arreglando, desodorizando, reorganizando, limpiando a fondo, pues pronto llegará el otoño. Durante las últimas horas ha estado en los dormitorios de sus hijas tirando papeles que ya no necesitan, sacando de los armarios la ropa demasiado pequeña o demasiado gastada para que no se la vuelvan a poner. Se guarda de no tirar viejas prendas favoritas, de no imponer sus preferencias a las niñas. Ellas tienen que tomar sus propias decisiones. Sólo intenta hacerles las cosas más fáciles cuando regresen del campamento la semana próxima. Ya les resultará bastante difícil llegar a casa y recibir la noticia de que su madre se ha ido. No es que intente irse a ninguna parte sin luchar.

Aún está a tiempo, a tiempo de coger el teléfono y llamar a California, de decirle a su hermano que ha cambiado de idea, que saldrá en el próximo avión. Pero sabe que sólo demoraría lo inevitable y está cansada de demoras, cansada de esperar. Esperar sólo pondría en peligro las vidas de sus hijas y no salvaría la suya. No puede quedarse en Los Ángeles para siempre. Un día tendrá que regresar y él la estará esperando cuando lo haga. Sigamos con esto, decide, devolviendo el último libro de Robin a la estantería después de quitarle el polvo.

Todo está en orden. La casa está limpia. Hay ropa de otoño limpia colgando de los armarios. La nevera está llena de comida. Está preparada para septiembre, aunque no sabe si seguirá con vida para disfrutarlo. Comprende por instinto que su torturador atacará esta semana. Antes de que sus hijas vuelvan a casa. Antes de que los vecinos que se han ido de veraneo empiecen a aparecer.

Joanne cruza el vestíbulo del piso de arriba hasta su dormitorio y se dirige directamente al teléfono de la mesilla de noche. Tiene que hacer muchas llamadas. Se sienta al borde de la gran cama, descuelga el auricular y marca.

Sorprendentemente, Paul contesta el teléfono a la primera llamada.

—Precisamente estaba pensando en ti.

Cuando deja de explayarse, Joanne habla.

—Quería asegurarme de que la semana que viene —empieza fríamente— recogerás a las niñas en la estación de autobuses.

—Dentro de una semana —confirma Paul—. A la una.

—¿Lo has apuntado? —presiona ella—. ¿No te olvidarás?

—Joanne, ¿todo marcha bien?

—Todo va perfecto —le dice con voz firme—. Sólo quería asegurarme. Paul... —se contiene.

¿Cómo va a decirle sin alarmarlo que cuide bien de las niñas si algo le ocurriera? No puede. Sólo puede confiar en que lo haga. Sabe que lo hará.

—¿Sí?

—No te retrases. Ya sabes cómo se preocupan cuando esperan.

Joanne se despide sin darle la oportunidad de añadir nada. Sus dedos regresan al teléfono. Llama a su hermano, a California.

—¿Warren?

—¿Joanne? ¿Todo va bien?

—Todo en orden. Sólo quería saludarte, saber cómo te fue con la película.

—Estuve fantástico. Ha nacido una estrella, ¿qué más puedo decir? ¿Cómo va todo?

—No ha cambiado nada —le explica Joanne comprendiendo que ésta es la verdadera pregunta que le ha planteado. Nada ha cambiado salvo yo, piensa, pero no lo dice—. ¿Y ahora qué?

—De nuevo a los pechos rellenos de silicona y a los culos metidos que veo cada día —ríe él—. Tetas y culos. Esto es California... ¿qué quieres que te diga?

—Te quiero, Warren.

—Yo también.

Joanne mira el reloj al colgar el auricular. Son casi las nueve de la noche. Aún tiene una llamada que hacer, pero tiene que ir abajo a buscar el número.

Se encamina presurosa hacia la cocina. Hojea su agenda telefónica hasta que localiza el número deseado.

—Campamento Danbee —anuncia la mujer momentos más tarde.

—Me gustaría hablar con mis hijas —pide Joanne—. Sé que va contra las normas del campamento, pero es muy importante.

—¿El nombre de sus hijas, por favor? —pregunta la mujer sabiendo que sería inútil discutir.

—Robin y Lulu... Lana... Hunter.

Hay una breve pausa y le llega el sonido de movimiento de páginas.

—Están en el centro recreativo viendo una película.

—¿Puede avisarlas, por favor?

—Tardaré unos minutos. ¿Por qué no las vuelve a llamar?

—¿Dentro de cuánto tiempo?

La mujer está claramente desconcertada.

—Bueno, tardaré un par de minutos en llegar y unos cuantos más en traerlas. En total, no tardaré más de cinco minutos. ¿Es una emergencia, señora Hunter? ¿Algo para lo que deba preparar a sus hijas?

—No —le dice Joanne—. No es ese tipo de emergencia. Es sólo que necesito hablar con ellas.

—Haré que la llamen dentro de unos minutos.

—Gracias. —Joanne cuelga el teléfono y se queda en pie con las manos sobre el auricular, esperando a que suene.

Por fin, suena.

—Diga. ¿Robin?

La voz al otro lado de la línea es aguda y bordea la histeria.

—Joanne —consigue escupir—, soy la madre de Eve.

—Señora Cameron —dice Joanne con voz apagada, preocupada. No desea ocupar la línea: las niñas estarán intentando llamar—. ¿Qué ocurre? ¿Le ha sucedido algo a Eve?

Las palabras que siguen, surgen a borbotones entrecortados, y a Joanne se le hace difícil entenderlas.

—No sé. La he llamado para saber cómo estaba y ha empezado a gritar, a insultarme y a decirme a voces que soy una bruja, que he arruinado su vida, que le gustaría que estuviera muerta.

—Señora Cameron, por favor, intente calmarse; estoy segura de que Eve no quería decir tales cosas. Usted sabe que no lo decía en serio.

—Yo ya no sé nada —solloza la anciana—. Tenías que haberla oído, Joanne. Ni siquiera parecía ella. Parecía algo inhumano. No era su voz. Dice que es mi Evie, pero, Joanne, no es ella. Es alguien que está usando su cuerpo. No es mi niñita. Una niñita nunca desearía que su madre estuviera muerta.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta Joanne, desolada, mirando el reloj; aunque ya sabe la respuesta.

—Ve a su casa, Joanne —le dice la madre de Eve—. Por favor. Brian no está en casa. Está sola. Le dije que iba para allá, pero me contestó que me

mataría si intentaba acercarme a ella. No sé qué hacer. Tú estás al lado. Ella nunca te hará daño. Por favor, ve a verla. Asegúrate de que se encuentra bien.

Joanne mira la oscuridad a través de la cristalera.

—Muy bien —dice después de una ligera pausa.

—Lláname luego —le pide la madre de Eve cuando Joanne está a punto de colgar.

—¿Cuál es su número? —Joanne busca frenéticamente un lápiz con punta en el pequeño escritorio. Por fin localiza uno con la punta mínima para escribir y anota el número que la madre de Eve le dicta.

—Lláname —la oye repetir cuando se dispone a colgar el aparato.

Aún tiene la mano en el teléfono cuando éste vuelve a sonar.

—Diga. ¿Robin? —pregunta en seguida.

—¿Mamá? —la voz de Robin parece asustada pero segura—. ¿Todo va bien?

Todo el mundo me hace la misma pregunta, piensa Joanne, aliviada de oír la voz de su hija.

—Todo va bien, querida.

—¿Entonces, por qué llamas? —Robin está claramente perpleja.

—Te echaba de menos —se encoge de hombros Joanne—. Sólo quería hablar contigo un par de minutos.

La voz de Robin se vuelve bajita y muy grave. Joanne puede ver a la adolescente cambiando de posición, poniendo las manos sobre el auricular para que nadie más a su alrededor oiga lo que va a decir.

—Mamá, ya sabes que esto va contra las reglas. Todo el mundo me está mirando como si esperase que alguien se hubiera muerto o algo por el estilo. ¿Qué voy a decirles?

—Diles que sientes desilusionarles, pero que, por el momento, aún estoy vivita y coleando.

—¡Mamá! —se produce una larga pausa—. ¿Has bebido?

Joanne se ríe en alto.

—No. ¿He de estar bebida para querer hablar con mis hijas, a las que tanto quiero?

—Bueno —tartamudea Robin—, va contra las reglas.

—Diles que ha habido un cambio de planes para ir a buscaros y os he llamado porque no estaba segura de que si os escribía llegara la carta a tiempo.

—Eso es muy poco convincente, mamá —comenta Robin.

—Bueno, entonces piensa algo mejor.

Se produce otra pausa más larga.

—¿Y si les digo que llamaste para decimos que papá y tú os habéis reconciliado?

Joanne no dice nada.

—¿Es cierto, mamá? ¿Es ése el motivo de tu llamada?

Silencio.

—No.

Otro silencio.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cariño.

—Lulu está aquí, de pie, gruñendo porque se está perdiendo la película. Será mejor que hables con ella.

—Adiós, cariño —dice Joanne cuando Robin pasa el teléfono a su hermana menor.

—¿Qué sucede? —gime Lulu.

—Nada, cielo, sólo os echaba de menos y quería saludaros.

—Se supone que no puedes hacer eso.

—Sí, lo sé.

—Me estoy perdiendo la película, mamá. La señora Saunders vino y nos sacó en el momento más excitante.

—¿Así que está siendo un buen verano?

—Sí, está siendo fantástico. —Joanne puede ver la mirada de confusa impaciencia en los ojos de su hija.

—¿Crees que estarás preparada para ir al colegio dentro de unas pocas semanas?

—Eso creo. Mamá, ¿no podemos hablar de esto cuando volvamos a casa?

—Claro que podemos —dice Joanne con apremio—. Lo siento, cariño. Vuelve al cine.

—¿Papá está bien?

—Está bien.

—¿Y tu abuelo?

La pregunta pill a Joanne desprevenida.

—Ha muerto —dice por fin, sin saber qué otra cosa responder.

—¿Qué? ¿Por qué no lo decías? —Joanne puede ver a Lulu volverse hacia su hermana y a quien quiera que esté presente—. El abuelo de mamá ha muerto —les dice.

—¿Qué? —exclama la voz de Robin desde el fondo. Joanne es consciente del ligero alboroto mientras su hija mayor regresa a la línea—. ¿El abuelo ha

muerto? —repite Robin, relacionando al abuelo de Joanne con ella misma por primera vez—. ¿Cuándo?

—Hace una semana... quizá diez días. Yo estoy bien —se apresura a añadir Joanne—. Ahora podréis decirles que alguien ha muerto —dice, luchando contra la tentación de reírse.

—¡Madre!

—Vuelve al cine, querida. Tu padre os recogerá en la estación de autobuses la semana que viene. Te quiero.

—Yo también te quiero —dice Robin con aplomo.

—Te quiero —oye gritar a Lulu.

—Te quiero, ángel —susurra Joanne.

—¿Señora Hunter? —dice otra voz menos juvenil.

—¿Sí?

—Soy la señora Saunders. Sólo quería decirle que siento mucho lo de su abuelo.

—Gracias —responde Joanne antes de colgar.

Camina hacia la cristalera corredera y se queda contemplando la noche. Despacio, sin ningún plan consciente en la cabeza, abre ambas cerraduras y corre la cristalera. El cálido aire nocturno la rodea de inmediato, la atrae al patio, como si los brazos de un amante la llevaran hacia un rincón escondido para un beso furtivo.

Contempla el agujero abierto en que se ha convertido buena parte de su patio trasero. Una noche perfecta para nadar, piensa bajando lentamente los escalones, que aún aguardan su última capa de barniz. Se imagina a sí misma surcando grácilmente la piscina. Es lo bastante grande para una nadadora decente; no sólo es apta para chapotear. Sin embargo, chapotear es lo que Joanne hace mejor. Toma nota mentalmente de que si sobrevive al verano irá a clases de natación. Tal vez reanude las de tenis, piensa acercándose al borde de la piscina y escudriñando la oscuridad en busca de la raqueta que lanzó, pero no consigue localizarla. Mierda, decide impensadamente: si sobrevive al verano, tendrá que comprarse la raqueta nueva que Steve Henry le recomendó.

Todo está en calma. Es consciente de la cálida brisa contra sus brazos desnudos. Oye el familiar murmullo de las hojas de los árboles, que la devuelven por un momento a la casa de campo de sus abuelos. Le parece encontrarse cómodamente arropada en la camita, observando los árboles a través de la cortina de la ventana abierta. Cierra los ojos, capta las voces bajas

de sus padres y abuelos en la habitación contigua. En el recuerdo, oye el distante lamento de un tren que pasa. Se siente en calma, serena.

El timbre del teléfono sonando en la cocina devuelve bruscamente a Joanne al presente. Se vuelve hacia el sonido y sorprende a Eve observándola desde la ventana del dormitorio de enfrente.

Joanne sube raudamente los escalones del patio y entra, dejando la cristalera abierta.

—¿Diga? —responde al teléfono casi sin aliento.

—¿Has hablado con Eve? —pregunta la voz sin más preámbulos.

—Señora Cameron...

—¿La has visto?

—Aún no me ha dado tiempo...

—¿Qué quieres decir con que no te ha dado tiempo?

—Voy a telefonar a Eve ahora mismo, señora Cameron. La llamaré a usted después de hablar con ella.

—No la telefonees. Preséntate en su casa...

—La llamaré más tarde —dice simplemente Joanne. Y cuelga.

Últimamente parece como si toda su vida girase en torno al teléfono. Vacilante, marca los números precisos para conectar con la casa de al lado. El teléfono suena cinco, seis veces antes de que descuelguen. Luego, no hay ningún ruido al otro lado.

—¿Eve? —pregunta Joanne—. ¿Eve, estás ahí?

La voz que responde es remota, como si la llamada fuera de larga distancia.

—¿Qué quieres?

—Quiero saber qué está pasando —responde Joanne—. Me ha llamado tu madre. Está muy preocupada.

—Como en los viejos tiempos —se carcajea la voz.

—¿Dónde está Brian?

—¿Quién?

—¿Estás sola?

—Sola con mis dolores —se ríe Eve, dando su conocido estilo a la conversación—. ¿Quieres unirte a nosotros?

—¿Quieres que vaya? —pregunta Joanne.

—Me estoy muriendo, Joanne —llora, de repente, Eve.

—No te estás muriendo.

—Sí —grita Eve—. Me estoy muriendo y no consigo que nadie me crea.

—Iré a verte.

—¡Ahora!

—Ahora mismo.

—Me estoy muriendo, Joanne.

—Aguanta hasta que yo llegue.

—No sé si podré.

—Claro que puedes —repite Joanne—. Aguanta, voy ahora mismo.

—Date prisa.

—Ahora mismo voy. —Joanne devuelve el auricular a su sitio.

Casi olvida las llaves de la casa, regresa a la cocina a pescarlas del bolso, se dirige a la puerta principal y, de pronto, se acuerda de que ha dejado la cristalera de la cocina abierta de par en par.

—Estúpida —murmura. Corre otra vez a la cocina para cerrarla y se apresura a afianzar las cerraduras—. Te olvidarías la cabeza si no la llevaras puesta —dice en voz alta.

El teléfono suena cuando ella pasa delante de él. Su mano lo coge automáticamente.

—Ahora mismo salía —promete Joanne con rapidez.

—Señora Hunter... —empieza la voz. Y Joanne nota que su corazón se detiene. No dice nada—. ¿Le gustaron mis flores, señora Hunter?

Joanne aprieta las llaves en la mano. Nota que se le clavan en la palma.

—Sentí lo de su abuelo al enterarme —prosigue la voz—. Sin embargo, apuesto a que usted se alegra. Una obligación menos. Le da más tiempo para divertirse.

—¿Quién es usted? —responde Joanne con firmeza.

—Bueno, si se lo dijera estropearía la sorpresa, ¿no le parece, señora Hunter? Y no queremos que eso ocurra, ¿verdad? Sobre todo, dado que estaré ahí muy pronto y usted me podrá ver con sus propios ojos. Voy por usted, señora Hunter.

Joanne nota que un suspiro involuntario se le escapa por la garganta.

—Oh, eso me ha gustado, señora Hunter. Ha sido sexy. Erotismo y miedo. Mi combinación preferida.

—¡Está usted loco!

La voz pierde el tono bromista.

—Y usted está muerta —hay una segunda pausa antes de recuperar la suave cadencia—: Voy por ti, Linda —repite en el tono anterior.

—Aguarde un minuto... no me llamo... Tiene equivocado el...

¿Qué iba a decir?, se pregunta mientras la comunicación se corta en sus manos. ¿Tiene el número equivocado? ¿Usted busca a otra señora Hunter?

¿Qué importa eso si es ella la señora Hunter a la que va a matar? «Y usted está muerta», oye repetir a la horrible voz.

Apresurándose hacia la puerta de la calle, con las llaves apretadas en la mano, activa la alarma y sale corriendo de la casa.

Capítulo 29

Joanne cruza rápidamente los dos jardines principales mirando de soslayo la calle mientras se guarda las llaves en el bolsillo trasero de los tejanos. En la esquina hay una cabina telefónica. Desde esa distancia, en la oscuridad, es imposible distinguir si hay o no hay alguien dentro. Las luces de la calle iluminan poco; sólo sirven para definir y acentuar las sombras. ¿Hay alguien allí?

Voy por ti, Linda.

Vaya suerte, piensa socarronamente al subir los escalones de la casa de Eve. Golpea fuerte en la puerta. Ella no es la mujer que él busca. La historia de mi vida, decide. La historia de mi muerte.

Nadie responde a su llamada.

—¡Eve! —grita, tocando el timbre y volviendo a golpear en la puerta—. Eve, soy yo, Joanne, déjame entrar.

Voy por ti, Linda.

A Joanne le da vueltas la cabeza.

—Eve, abre. Vamos. No voy a quedarme aquí toda la vida.

—No puedo contestar a la puerta, Joanne —oye decir levemente desde dentro de la casa.

—¿Por qué no?

—Moriré si contesto a la puerta.

Y yo moriré si no lo haces, piensa Joanne.

—Eve, por Cristo bendito, abre la puerta.

Voy por ti, Linda.

—No puedo.

—¡Abre la maldita puerta! —grita Joanne. Y, por fin, la puerta se abre. Joanne entra con rudeza y cierra la puerta—. ¿Qué tontería es ésa de que te morirás si respondes a la puerta? —exige Joanne, enfadada pero aliviada de encontrarse ya a salvo en el interior de la casa.

—Estoy tan asustada... —gime Eve retrocediendo hacia la escalera y cayendo en posición semifetal en el peldaño inferior.

Joanne contempla a su amiga: el rostro macilento, el cabello sujeto erráticamente hacia atrás por unas pinzas demasiado grandes, la bata de algodón de estar por casa llena de manchas y oliendo a transpiración, los pies desnudos dentro de unas viejas y raídas pantuflas.

—¿De qué?

—No quiero morir.

—No vas a morir.

—Quiero vivir, Joanne. ¿Qué me está ocurriendo? Ayúdame.

Joanne se acerca a Eve al pie de la escalera.

—Óyeme, Eve —empieza—. Escúchame bien. —Eve asiente. Joanne nota que el cuerpo de su amiga se estremece sin querer cuando le pasa los brazos alrededor de los hombros—. Probablemente no te gustará lo que voy a decirte...

—Dilo —pide Eve con sorprendente docilidad.

—Estás sufriendo una crisis nerviosa —le dice Joanne con toda la delicadeza que le es posible—. No te estás muriendo. Sé que es así como te sientes, pero no te estás muriendo.

Otra vez resulta sorprendente que Eve no discuta. En cambio, mira fijamente a Joanne con ojos interrogantes.

—¿Cómo describirías una crisis nerviosa? —pregunta tranquila, clínicamente.

Joanne casi se echa a reír pensando que ella también podría estar sufriendo una. Un ejemplo clásico del ciego que guía a otro ciego.

—No estoy segura —responde con sinceridad—. No estoy segura de cómo lo definiría un psiquiatra, pero yo diría que alguien que está atravesando una crisis es alguien que deja de funcionar.

—¿Y tú crees que ésa soy yo?

—¿Acaso no es así?

Eve no dice nada.

—Hace cuatro meses —explica Joanne— eras una mujer activa, vital, una profesora de psicología que asistía a cursos nocturnos para sacarse el doctorado, una central de energía que empollaba treinta horas al día, que asistía a clases de tenis y a clases de gimnasia y siempre estaba ocupada. Yo te observaba con admiración. No podía creer que una persona pudiera hacer tantas cosas.

Joanne es consciente de la rigidez de los hombros de Eve.

—¿Y ahora? —pregunta con voz apagada.

—Y ahora no haces nada —afirma simplemente Joanne—. Toda tu identidad está absorta en la idea de que estás enferma.

—¡Me duele! —replica Eve, librándose del abrazo de su amiga—. ¿Qué quieres de mí? ¿Crees que disfruto siendo una inválida?

—No creo que te esfuerces por controlarte...

—¿Qué se supone que debo hacer, Joanne? ¿Qué se supone que debo hacer con el dolor? —Eve se pone en pie y pasea por el vestíbulo como un animal enjaulado—. Sé que no crees lo del dolor...

—Claro que lo creo...

—Pero piensas que es un producto de mi mente.

—Sí —dice Joanne sin rodeos, y observa cómo Eve, frustrada, levanta los ojos al techo—. Pero pongamos que estoy equivocada —continúa Joanne. Se levanta, intenta ganar tiempo al frenético deambular de Eve—. Digamos que tu dolor tiene un origen físico y que ningún médico ha acertado a descubrirlo. Eve, miles de personas en este país sufren un dolor crónico que los médicos son incapaces de diagnosticar ni aliviar. Al final, estas personas tienen que tomar una determinación. Pueden hacer del dolor el centro de sus vidas, que es lo que tú has estado haciendo, o pueden aceptar que el dolor está ahí, que va a quedarse ahí y que no pueden hacer nada salvo continuar viviendo.

—Se supone que debo ignorar el dolor...

—Lo mejor que puedas. Ya sé que piensas que para mí es muy fácil decirlo...

—Es que para ti es muy fácil decirlo...

—No —discute Joanne—. No es así. Y no es así porque yo he pasado por lo mismo que tú durante estos últimos meses.

Eve deja de caminar.

—¿De qué hablas?

Joanne vacila.

—Las amenazas telefónicas —dice por fin.

Eve tarda algunos segundos en comprender la alusión de Joanne.

—Las amenazas telefónicas —repite con desdén—. Estás convencida de que eres la próxima víctima del estrangulador ¿y soy yo la que está loca?

—Muy bien —admite Joanne—. Quizá sea yo la loca. Sinceramente ya no lo sé. La cuestión es que eso no importa. Yo creo positivamente que estoy recibiendo esas llamadas telefónicas de alguien que dice que va a matarme. De hecho, me ha llamado esta noche, poco antes de llegar aquí. Dice que vendrá muy pronto.

Eve se ríe fuerte.

—La cuestión es —repite Joanne— que lleva meses sucediendo y nadie me cree. O, si me cree, dice que no se puede hacer nada al respecto. Y, por fin, me he convencido de que yo tampoco puedo hacer demasiado. He hecho todo lo que he podido: he informado a la policía, he cambiado el número de teléfono dos veces, me he puesto cerraduras nuevas, he instalado un sistema de alarma. Ahora tengo una alternativa. Puedo encerrarme en casa para siempre o puedo aprovechar al máximo lo que me queda de vida y limitarme a afrontarlo —busca en los ojos de Eve un destello de comprensión, pero siguen en blanco, no revelan nada—. Yo no quiero morir —admite Joanne—. Mi abuelo me hizo ver eso. Pero hay ciertas cosas que escapan a mi control, y supongo que parte de la vida adulta consiste en aprender a aceptar cuáles son estas cosas. No me gusta. Me cago de miedo, para serte del todo franca. Pero ¿qué otro remedio me queda? Puedo hacer del miedo el centro de mi vida o puedo...

—Afrontarlo —interrumpe Eve con la voz cargada de sarcasmo.

—Muy bien, me callo. Empiezo a repetirme.

—Nuestras situaciones no son en absoluto comparables —le corrige Eve enérgicamente.

—Yo creo que sí.

—Me importa una mierda lo que tú creas —exclama Eve de repente empujando a Joanne para abrirse paso. Y sube corriendo la escalera.

—¡Eve!

—Vete a casa, Joanne.

—Déjame ayudarte —insiste Joanne siguiendo a Eve por la escalera hasta el mayor de los dormitorios de delante, la habitación que Brian usa de gabinete—. Dios mío, ¿qué ha pasado aquí?

Joanne contempla pasmada la antaño pulcra habitación, que ahora presenta todos los signos de un fallido intento de robo. Los libros están esparcidos por el suelo; detrás del escritorio, la silla está patas arriba; la gran alfombra oriental está cubierta de papeles y archivadores, el contenido de éstos, disperso indiscriminadamente y pisoteado.

—¿Qué ha pasado aquí? —repite Joanne en un susurro.

—El huracán Eve —le dice Eve. Y sonríe, barriendo de un manotazo los pocos papeles que aún quedaban sobre el escritorio de Brian, desparramándolos por el suelo.

—Pero ¿por qué?

—Dijo que iba a hacer que me encerraran —se mofa Eve, sentada en el centro del desorden, arrugando un puñado de papeles en la mano—. Usa una

botella, ¿sabes? —añade crípticamente.

—¿Quién? ¿De qué me estás hablando? —Joanne ya está arrodillada, recogiendo papeles.

—El estrangulador del extrarradio —susurra Eve con voz cantarina—. Parece que no puede hacer el trabajo solo —sostiene unos cuantos papeles al azar, como si de algún modo apoyaran sus palabras—. He estado leyendo. Dicen que incluso podría ser una mujer.

Su voz tiene un sonsonete fantasmal, perverso. Joanne deja lo que está haciendo y se descubre a sí misma mirando a la mujer que ha sido su mejor amiga durante treinta años.

—Incluso podría ser yo —sonríe Eve. Es evidente que disfruta.

—Estás diciendo tonterías —asegura Joanne, tajante.

—¿Cómo sabes que no soy yo? Tú crees que estoy loca. ¿Por qué no podría ser yo?

—Porque te conozco. Porque sé que no podrías hacer daño a nadie más que... —Joanne se interrumpe.

—¿Qué? —pregunta en seguida Eve—. Te has frenado. Acaba lo que ibas a decir.

—Tú no podrías hacer daño a nadie —continúa Joanne en voz baja— más que a ti misma —deja que los papeles que ha reunido en las manos caigan al suelo—. Eve, has tenido un aborto —dice serenamente, mirando a su amiga a los ojos—. Eso no te convierte en una mala persona. Eso no significa que hayas fallado. Significa que algo que escapa a tu control fue mal. ¿Cuánto tiempo más vas a seguir castigándote por ello?

—Todo el tiempo que tú sigas practicando la psiquiatría sin licencia —bromea Eve sin humor dando una patada a unos archivadores.

—Muy bien. Entonces, puesto que he llegado hasta aquí, voy a seguir hasta el final...

—Lo estoy esperando.

—Yo no creo que tengas miedo de la muerte —afirma Joanne—. Yo creo que tienes miedo de la vida.

—Interesante teoría —dice Eve. Empieza a mover nerviosamente el pie izquierdo.

—Creo que te has marcado metas imposibles. Tú no eres la única. Yo soy tan culpable como tú. A veces tenemos la impresión de que no basta con ser esposas y madres: tenemos que ser esposas y madres perfectas. Y mientras llevamos nuestros perfectos hogarcitos, también esperamos ser las mujeres de negocios perfectas y triunfadoras. Oh, también ayuda el mantenerse joven y

guapa mientras haces todo esto. Bueno, ¡al infierno con ello! Envejecemos. Ganamos peso. Nos salen venas y arrugas y, maldita sea, nos cansamos. No somos perfectas. Pero eso no nos convierte en unas fracasadas. Eve, ¿comprendes lo que intento decirte? El aborto no fue culpa tuya...

—Ya lo sé.

—¿De veras?

Eve baja la cabeza, meciéndose adelante y atrás. Cuando habla, su voz es grave y plañidera.

—Cualquier idiota puede tener un bebé, Joanne. ¿Por qué yo no?

Joanne no dice nada. Se mueve despacio hasta ponerse al lado de su amiga y la rodea con un brazo confortador.

—Nuestras madres lo tenían más fácil, desde un perverso punto de vista —susurra distraída mientras Eve empieza a sollozar—. Tenían reglas que seguir, roles que desempeñar. Y no todos los roles. Ellas... ¡Dios mío! —Joanne deja caer los brazos a los costados.

Por un momento, Eve se sobresalta ante el repentino enmudecimiento de las palabras dulces y tranquilizadoras.

—¿Qué ocurre? —pregunta a través de las lágrimas.

—Nuestras madres...

—¿Qué pasa con ellas?

—Mi madre se llamaba Linda.

—Joanne, ¿te encuentras bien?

Impensadamente, Joanne se pone en pie.

—Él me llamó Linda. No era un error.

—¿De qué estás hablando?

—Me llamó Linda porque cree que ése es mi nombre. ¿Por qué no iba a creerlo? Es el único nombre que oyó llamarme a mi abuelo.

—¿De qué estás hablando? —repite Eve.

—Todo encaja. De allí sacaba la información, así es como se enteraba de todo. Estaba allí todo el tiempo, escuchando cómo yo vaciaba mis entrañas cada sábado por la tarde. ¡Dios mío, Eve, sé quién es!

—Joanne, me estás asustando.

—Tengo que usar tu teléfono —dice Joanne dirigiéndose hacia el escritorio—. ¿Dónde está el maldito teléfono? —pregunta. Por fin, lo encuentra a su lado: desconectado y en el suelo.

—¡No puedes usarlo! —grita Eve de repente.

—Eve, tengo que llamar a la policía.

—¡No! Ya sé lo que en realidad quieres hacer. Quieres llamar al hospital. Crees que estoy loca. Quieres que vengan a buscarme. Brian te metió en todo esto.

—No, Eve, te lo juro...

—Quiero que te vayas de aquí.

—Eve, sé quién ha estado llamándome, amenazándome de muerte. Es ese chico de la residencia de ancianos. Incluso podría ser el estrangulador del extrarradio. Tengo que llamar a la policía.

—¡No!

Eve está al lado de Joanne, manotea salvajemente en el aire, le arranca el teléfono de las manos y lo lanza al otro lado de la habitación. Luego, grita triunfante cuando se estrella contra la pared, abollando la pintura y dejando una gran mancha de color sangre.

—¡Vete de aquí! —grita Eve—: ¡Vete de aquí antes de que sea yo quien te mate!

—Eve, por favor...

—Vete de aquí.

—Llama a Brian —suplica Joanne esquivando los puños de Eve y corriendo hacia la puerta del dormitorio—. Por favor, dile que sé quién ha estado telefoneándome, que sé quién es el asesino. Dile que me llame.

—¡Vete!

Eve se agacha y coge un libro del suelo. Joanne ve que se dirige hacia ella, pero es incapaz de desviarse a tiempo para esquivar el impacto y el libro le golpea dolorosamente en la espalda. Nacen lágrimas de sus ojos. Baja apresuradamente la escalera. Eve aún grita a su espalda. Llega a la puerta de la calle, la abre y escapa hacia la noche.

Al cabo de unos segundos se encuentra ante la puerta de su casa, oye cerrarse la puerta de Eve, busca las llaves dentro de los bolsillos de los tejanos. Le parece oír algo a su espalda y se da media vuelta rápidamente. Allí no hay nada.

Cálmate, dice para sí. Tómame las cosas con calma. Que no te domine el pánico. Las llaves están aquí, en alguna parte. Te las metiste en el bolsillo, se recuerda a sí misma rezando en silencio para que no se le hayan caído durante la pelea con Eve.

—¡Tienen que estar aquí! —grita. Y las localiza por fin en el bolsillo de atrás, ocultas bajo un pañuelo de papel—. Gracias a Dios —murmura.

Joanne gira la llave en la cerradura, abre la puerta y la vuelve a cerrar inmediatamente tras ella. Luego, en un fluido movimiento, se dirige hacia la

alarma.

La luz de la alarma no está encendida.

—Oh, no, otra vez no —gime—. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿De qué sirve tener un sistema de alarma si me olvido de conectar el maldito aparato?

Aprieta, enojada, el botón que activa el sistema. Luego, respira hondo y se dirige hacia el teléfono. Marca el número de urgencias: 911.

Después de tres llamadas, le contestan al teléfono.

—Oiga —pide Joanne—. Me gustaría hablar con un policía...

—Éste es el número de urgencias de la policía —empieza la voz.

—Sí, me gustaría...

—Esto es una grabación. En este momento nuestras líneas están ocupadas...

—Oh, Dios.

—Si necesita asistencia policial, por favor, no cuelgue. Contestaremos su llamada lo antes posible. Si desea que un coche patrulla acuda a su casa, deje su nombre y dirección después de oír la señal...

Joanne cuelga. Se frota la frente con la palma de la mano. ¿Qué sentido tiene dejar mi nombre y mi dirección? En seguida descuelga el teléfono y vuelve a marcar el número de urgencias. La cuestión es sobrevivir, se dice a sí misma escuchando el canturreo del mensaje que le da instrucciones para que deje su nombre y dirección después de oír la señal.

—Joanne Hunter —dice con claridad; luego, da minuciosamente su dirección completa—. Por favor, dense prisa —añade. Y decide no colgar por si algún humano contesta a su grito de auxilio.

Exactamente al cabo de treinta minutos, Joanne oye aparcar un coche delante de la casa. Aguarda el familiar ruido de pisadas en los escalones exteriores, el fuerte golpe a la pierna; pero no oye nada salvo el inacabable torrente de la música grabada que procede del auricular que sostiene en la mano.

Se cambia de mano el teléfono al notar que las articulaciones se le anquilosan por la tensión de sostener el auricular contra el oído. Echa la cabeza hacia atrás, oye el ruido y experimenta un calambre en los músculos de la espalda. Lenta y cuidadosamente, levanta la cabeza. Sus ojos se dirigen como ausentes hacia la puerta corredera de atrás.

Lo ve de pie en la oscuridad: el rostro apretado contra el cristal, espionando el interior. Antes de que le dé tiempo a pensar, a reconocer el uniforme, grita como una loca.

—Agente de policía —avisa la figura mostrando algo en su mano derecha. Joanne comprende que es una placa.

En el mismo momento, percibe un fuerte estruendo en la puerta principal. Joanne deja caer el teléfono y lo oye golpear contra el borde de la encimera, repitiendo el estruendo que procede del exterior de la parte delantera de la casa.

Corre hacia la puerta.

—¿Quién es? —clama contemplando por la mirilla al agente uniformado.

—Policía —le informa, tajante, la voz—. Hemos recibido un aviso de urgencia en esta dirección.

—Sí, he telefonado yo —dice Joanne.

A punto de abrir la puerta, recuerda que la alarma está conectada, aprieta el botón para apagarla y abre. El joven y esbelto policía, que parece apenas mayor que Robin, mira nerviosamente a su alrededor.

—¿Cuál es el problema? —pregunta. Y se dirige a la cocina—. ¿Puedo? —añade señalando a su compañero que se encuentra al otro lado de la cristallera.

Joanne le observa abrir la cerradura lateral.

—Hay otra abajo —le informa.

Al instante, su compañero, tal vez algo más alto y quizá unos pocos años mayor, se encuentra junto a él.

—Soy el agente Whitaker —se presenta el primer policía— y éste es el agente Statler. ¿Cuál es exactamente el problema?

Joanne está a punto de responder cuando oye una débil vocecilla. Los agentes también la oyen y los tres se dirigen hacia el teléfono, que aún cuelga de un gancho de la encimera. Joanne se apresura y lo coge.

—Diga.

—Urgencias de la policía —responde una voz humana—. ¿Podemos ayudarla?

—Urgencias de la policía —explica Joanne a los dos agentes—. Estaba esperando.

El agente Statler le quita el teléfono de la mano.

—Aquí el agente Statler. Ya estamos aquí. Sí. Gracias —devuelve el teléfono a su sitio—. ¿Cuál es exactamente el problema? —le pregunta, inspeccionando la habitación con los ojos—. ¿Ha visto algún merodeador? ¿Está usted herida?

—No. —Joanne sacude la cabeza, observando la mirada de sorpresa en el rostro de cada hombre—. Sé quién es el estrangulador del extrarradio —

anuncia, intentando pasar por alto la mirada de impaciente escepticismo que se cruzan los dos hombres.

—Esto es urgencias de la policía, señora —le recuerda el agente Whitaker.

—Y esto es una urgencia policial —afirma vehementemente Joanne.

—Ya veo. ¿Está esa persona aquí con usted, ahora?

Joanne sacude la cabeza.

—No... pero me ha llamado antes. Ha dicho que venía.

—Muy amable por su parte al hacérselo saber —comenta el agente Statler reprimiendo una sonrisa.

—Oigan, no soy una chiflada —les dice Joanne, sabiendo que eso es exactamente lo que parece—. El sargento Brian Stanley vive aquí al lado. Él me conoce. Él les dirá que no soy una chiflada.

—Muy bien, muy bien, señora Hunter —dice el agente Whitaker comprobando su nombre en su cuaderno de notas—. Usted llamó e informó de una urgencia policial. Solicitó que un coche de la policía acudiera a su casa. Aquí estamos. ¿Por qué no nos dice lo que cree que sabe y haremos lo que podamos para seguirle la pista en cuanto podamos?

—¿En cuanto puedan? ¿Qué significa eso?

—Díganos lo que cree que sabe —declara otra vez; y Joanne intenta no enfadarse ante la condescendencia implícita en sus palabras.

¡Díganos lo que cree que sabe! Como si no supiera nada, como si sólo creyese saberlo. ¿Por qué se ha molestado en llamar? ¿Qué esperaba conseguir? ¿Qué pensaba ella que sucedería?

—Lleva meses llamándome —les explica Joanne de todos modos—, diciéndome que soy la siguiente...

—¿Ha informado a la policía de estas llamadas?

Joanne asiente.

—No sabía quién era. La voz me sonaba familiar, pero era una voz muy extraña, difícil de identificar con precisión. Ahora me doy cuenta de que estaba imitando la voz de su abuelo, no exactamente, claro, pero esa ronquera que tienen los ancianos, a veces...

—No la sigo...

—Verá, cada sábado visito a mi abuelo; bueno, lo visitaba hasta que murió hace diez días; y, cada sábado, ese chico estaba allí a la misma hora visitando a su abuelo. Siempre acompaña a su madre, pero su madre no puede ser la asesina porque no siempre estaba en la habitación cuando yo conversaba con mi abuelo. A veces, ella salía a fumarse un cigarrillo y el

chico se quedaba durmiendo, pero supongo que sólo simulaba dormir. En realidad estaba escuchando. Escuchando todo lo que yo le confiaba a mi abuelo. Así es como supo que mis hijas se irían de campamento, que mi marido me había dejado...

—¿Está divorciada? —interrumpe el agente Statler.

—Separada —le dice Joanne.

¿La convierte eso en menos relevante?, se pregunta, volviendo a captar la expresión del rostro del agente al escribir esta nueva información.

—En cualquier caso, hasta que Sam Hensley no fue trasladado a la habitación de mi abuelo no empecé a recibir llamadas telefónicas. Eve me preguntó una vez cuándo empecé a recibir esas llamadas y no podía recordarlo con exactitud...

—¿Sam Hensley? ¿Eve? —pregunta el agente Whitaker.

—Sam Hensley es el abuelo del chico y Eve es mi amiga. Es la esposa de Brian Stanley. La esposa del sargento Stanley —puntualiza—. ¿Lo ven? Todo encaja. Cómo consiguió mi número de teléfono, cómo se enteró cuando me lo cambié. Me refiero a que es muy fácil para cualquiera comprobar los archivos. Se guardan en la central de enfermería.

—¿El nombre del chico es Hensley? —pregunta el agente Statler. La hilaridad de sus ojos traiciona la seriedad de su tono—. ¿Puede deletrearlo?

—Hensley es el nombre del anciano —corrige Joanne—. El nombre del chico es diferente —busca el nombre en su memoria—. Dios, ¿cuál es?

Ve ante ella la imagen del joven, pero sus rasgos son indistintos, borrosos. En realidad, nunca se ha fijado en cómo era. Siempre estaba allí, confundido con el mobiliario. Atractivo, piensa, pero no memorable.

La imagen de la madre aparta rudamente a la del chico. Ella es, de las dos, la más fácil de describir. Tiene consistencia, peso, una voz que se transporta, que se adhiere a la memoria. Alan, oye Joanne llamar a la mujer, alejando al reticente muchacho de la pequeña televisión en blanco y negro de la sala de espera.

—Alan —repite Joanne en voz alta—. Dios, ¿cuál era su apellido? Alan... Alan algo... ¡Alan Crosby! —exclama triunfante—. Eso es. Alan Crosby. Tendrá unos diecinueve o veinte años. Eso es todo lo que puedo recordar. En realidad, nunca había reparado en él.

—Gracias, señora Hunter. Lo comprobaremos —le dice el agente Statler cerrando la libreta de notas.

—¿Cuándo? —exige Joanne.

—Empezaremos ahora mismo —dice el agente Whitaker antes de que su compañero pueda responder—. Es sábado por la noche, pero haremos lo que podamos —estudia el teléfono—. ¿Es éste aún su número? —pregunta volviendo a abrir la libreta y copiando los números del frontal del teléfono.

Joanne asiente.

—Intente no preocuparse, señora Hunter —dice el agente Statler abriendo la puerta principal—. Atrapamos a un tipo anoche y estamos casi seguros de que es nuestro estrangulador. Estamos haciendo algunas comprobaciones antes de hacer pública la noticia. De todos modos, mantenga esto cerrado —le aconseja saliendo al exterior—. Hay un montón de chalados sueltos ahí afuera. Si este Alan Crosby la ha estado amenazando, nosotros pondremos fin a todo esto muy pronto. No creo que deba preocuparse por nada, pero, si eso le permite dormir más tranquila, esta noche patrullaremos por la casa todo lo que podamos.

—Se lo agradezco. Gracias. —Joanne cierra la puerta tras él, con dos vueltas, y reactiva el sistema de alarma al mismo tiempo—. Así que parece que estoy a salvo, después de todo —dice en voz alta.

Apaga la luz del recibidor y empieza a subir la escalera hasta el dormitorio.

Capítulo 30

Joanne está exhausta. Ha sido un día largo y una noche más larga todavía. Pero la pesadilla ha terminado y, al contemplar en la habitación la gran cama, sólo piensa en lo bien que se sentirá cuando su cabeza entre en contacto con la almohada. Incluso se está acostumbrando a dormir sola. Es como cualquier otro espacio, piensa mientras se desnuda, tirando la ropa sobre el sillón azul a los pies de la cama: creces en él.

Deslizando los pies sobre la gruesa alfombra mientras oye la voz de su madre decirle que no arrastre los pies al andar, entra en el cuarto de baño y empieza a llenar la bañera. Le duele el cuerpo, le duelen los músculos, necesita la ayuda de una relajadora bañera de agua caliente para asegurarse una buena noche de sueño.

Eve, la policía, Alan Crosby, llenan su cabeza. No quiero pensar, decide, ahuyentando con rudeza esos pensamientos.

Al verse desnuda en el espejo de cuerpo entero, no gira la cabeza. Por el contrario, camina con decisión hacia su imagen, concediendo a sus ojos todo el tiempo que necesiten para repasar la mercancía.

—Tengo más de cuarenta años —dice en voz alta—. Soy de mediana edad —se mira fijamente a los ojos—. Soy una adulta —sus ojos caen hasta los pechos, luego pasan de largo por el redondeado vientre hasta la mata de vello púbico—. Soy una mujer.

Obedeciendo a un impulso, se sienta de repente en la alfombrilla rectangular enfrente del espejo y se coloca en la posición que recuerda haber visto hace meses en la revista de Paul. Con los hombros hacia atrás y las rodillas levantadas y muy separadas, desafía en silencio a su reflejo.

—Sigues pareciendo ridícula —se ríe. Y ve a su imagen reírse con ella—. Tal vez deberías posar para una de esas revistas —le dice, riéndose más fuerte. Siempre estaba allí, confundido con el mobiliario. Atractivo, piensa, pero no memorable. Enseñar al mundo unas tetas y un culo auténticos, no esas infladas imitaciones que intentan hacer pasar por auténticos, aberraciones perfectamente redondas que nunca se mueven ni envejecen. Recordar a la

gente cómo eran las mujeres antes de que la silicona y la cirugía intentasen engañarlas induciéndolas a creer que podían ser jóvenes eternamente.

Joanne se incorpora con diligencia y se inclina hacia adelante para tocarse con las manos los dedos de los pies y mirarse entre los muslos abiertos.

—Bien, hola, Joanne Hunter, te conozco de algo —saca la lengua—. Lo mismo que a ti, amiguito —le dice a su cuerpo incorporándose y girando para trazar un círculo completo, sorprendentemente satisfecha de lo que ve—. No está mal para una mujer de más de cuarenta —felicita a la imagen.

Joanne regresa a la bañera y cierra el grifo del agua. Está muy caliente, quizá una pizca demasiado caliente, piensa mientras se sumerge. Aprieta los hombros contra la porcelana blanca y nota la ondulación del agua por debajo del mentón. Inmediatamente, se le forman gotas de sudor en la frente y sobre el labio superior. Cierra los ojos, estira brazos y piernas. Podría dormirme ahora mismo, piensa. Dejar que mi cuerpo se hundiera y dormirme.

Oye un ruido, se nota el cuerpo repentinamente tenso. Endereza los hombros, se sienta, atrae las rodillas hacia el pecho. Espera volver a oír el ruido. Pero no sucede nada y, al cabo de unos minutos de escucha, se relaja otra vez en la bañera. No hay nada de qué preocuparse. La alarma está conectada. Han capturado al estrangulador del extrarradio. La policía echa un vistazo a la casa, de todos modos. La pesadilla ha terminado. Casi oye una vocecilla susurrar: No cierres los ojos. No te duermas.

A pesar de la silenciosa advertencia, cierra los ojos, pero es demasiado tarde. Ya no está sola en la bañera. Eve la acompaña; y los dos oficiales que han estado allí hace lo que parece ya tanto tiempo; y Alan Crosby, con sus rasgos indefinidos y una odiosa sonrisa. No le dejan sitio para relajarse, no le dejan sitio para estirarse. Joanne vuelve a abrir los ojos y coge la pastilla de jabón de la repisa, se enjabona rápido y luego se enjuaga, se pone de pie y sale de la bañera. La bañera se ha convertido en una piscina pública. Está demasiado poblada. Joanne desea soledad.

De nuevo en su habitación, Joanne saca una camiseta del cajón y pasa la cabeza por la abertura del cuello y los brazos por las mangas cortas. Se dispone a meterse en la cama cuando algo la obliga a dar media vuelta, a rectificar su rumbo. Casi contra su voluntad, cruza de puntillas el vestíbulo de arriba, inspecciona primero el cuarto de Robin y luego el de Lulu, satisfecha de que ambas habitaciones estén vacías. Piensa por un momento en lo bonito que será cuando vuelvan a estar ocupadas la semana que viene. Anhela con ilusión el regreso de sus hijas, la llegada del año próximo. Su primer año, piensa, como una adulta madura.

Al pasar por el hueco de la escalera, decide hacer una última comprobación de la alarma. Recuerda haberla encendido después de que la policía se marchara, pero su memoria no le funciona bien últimamente y desea asegurarse.

Al cabo de unos segundos, se encuentra en el vestíbulo de abajo. La luz verde que parpadea en la cajita de la pared le dice que la alarma está encendida. Está a salvo.

Se dirige hacia la sala de estar y contempla la calle a través de la ventana. Y aún se siente más segura cuando, al cabo de un minuto, ve acercarse un coche de policía, que aminora la marcha para echar un buen vistazo a la casa. Les hace señas, pero la habitación está oscura y la policía no puede verla. Sin embargo, se siente mejor sabiendo que rondan por allí.

Está cansada, tan cansada que empieza a dar cabezadas. Una vez arriba, y ya entre las sábanas, Joanne deja de inmediato que se le cierren los ojos. No cierras los ojos, le advierte una voz interior. No te duermas.

—Vete —dice con impaciencia observando a un joven Kevin McCarthy abrazar a una hermosa Dana Wynter por última vez. Joanne casi se ha dormido antes de que su cabeza llegue a la almohada.

Joanne juega a cartas con su abuelo.

Él está ganando, lo cual no le sorprende. Lo que le sorprende es el número de personas que se encuentran en esa habitación de la residencia de ancianos Baycrest mirándolos jugar. Al principio, sus caras son indiferenciables, una se mezcla con otra, como trazos impresionistas, sus límites no están claramente definidos, unos simples toques de color y luz. Cuando Joanne inspecciona estos rostros, ve rasgos familiares mezclarse, combinarse, desaparecer. Los ojos de su madre la miran al frente del despampanante cabello rojo de Eve. Los brazos de Lulu se tienden hacia ella desde los hombros de Robin. La profunda risa gutural de su padre surge de la boca abierta de Paul.

Largaos, les dice en silencio. No puedo concentrarme si no paráis de moveros. Quedaos quietos o iros. En lugar de eso, los espectadores se quedan y las cartas desaparecen. Se encuentra en una cabina insonorizada. Su abuelo, un anciano maestro de ceremonias, le hace una pregunta. Advierte que está en un programa-concurso y se pone derecha y mete estómago ante la cámara. Si responde correctamente a la pregunta, dice alguien, ganará un rollito de primavera gigante. Pero el sonido de la cabina es defectuoso. Las frases empiezan apenas para desvanecerse después. ¿Cómo va a responder a la pregunta si no la puede oír?, se interroga, captando fragmentos de buena voluntad de la excitada multitud.

Estamos contigo, anuncia su madre claramente, aunque ella no puede oír las palabras.

Joanne asiente, pero está preocupada. No quiere defraudar a su madre. Ha sido una buena chica. Ha estudiado duro. Todos sus amigos están allí. No quiere decepcionarlos.

No puedes defraudarnos, dice su padre nítidamente; y, luego, el sonido se pierde. Te queremos, vocaliza en silencio.

Ahora debemos irnos, dice Eve. Dejar que te concentres.

Te quiero, le dice Paul.

Te necesito, le recuerda Ron Gold.

Y, luego, se van. Se queda sola. El sonido de la cabina chirría espantosamente, como si estuviera electrificada.

¿Has... la pregunta?, le interroga su abuelo; su voz va y viene.

No te oigo, gesticula Joanne como una loca. Pero él no puede verla o la ignora deliberadamente.

He aquí... la pregunta, dice la voz.

No puedo oírte. No te he entendido...

¿Cuál es... la fecha... inicio de...?

Lo siento, no puedo oírte. Sigo perdiéndome palabras. No sé la pregunta.

Joanne nota los primeros estremecimientos de pánico en el pecho, sabe que la cabina se ha convertido en una prisión sin aire. Desea salir. Pero debe responder correctamente a la pregunta para que la liberen. Repasa frenéticamente los rostros, que, de golpe, la rodean. Pero está en una habitación llena de extraños, cuyos rostros se mezclan con el entorno, cuyos cuerpos son inseparables de las paredes en las que se apoyan. El aliento se le paraliza en la garganta, observa que está en una habitación llena de Alan Crosbys.

Desesperada, se cerciora de que la cabina no es una prisión al verla desaparecer. Es lo que la mantenía con vida. Ahora está sola y desprotegida en una habitación llena de asesinos.

¿Cuál es la fecha del inicio de la guerra de los bóers?, la tientan las voces colectivas mientras los cuerpos se acercan cada vez más.

No lo sé, implora Joanne.

Claro que lo sabes, insisten las voces. Pregúntaselo a Lulu. Nos dijo que a ella nunca se le olvida.

¿De qué hablas?

—Linda...

Estábamos allí cuando se lo contaste a tu abuelo.

—Linda...

Sabemos la combinación de tu alarma.

—Linda...

La voz de Eve destaca de repente a través de las otras.

Me muero, Joanne, grita. ¡Ayúdame!

Ahora mismo voy, dice Joanne abriéndose paso a empujones, a través del estrecho círculo de Alan Crosbys que se encuentran en el vestíbulo principal, con las llaves fuertemente apretadas en la mano. Se detiene durante un instante para apretar los números del sistema de alarma antes de salir precipitadamente por la puerta.

¿Cuándo empezó la guerra de los bóers?

He puesto la alarma.

—Linda...

La puse al salir, pero estaba apagada cuando regresé.

—Linda... La he puesto. Alguien la ha apagado.

Él está en la casa.

Él ha estado aquí todo el tiempo.

Joanne se yergue en la cama, con los ojos muy abiertos de terror.

—Linda...

La voz llena la habitación.

—Linda...

Los ojos de Joanne se mueven hasta el interfono de la pared del dormitorio. No está dormida. Está perfectamente despierta. La voz que ha estado oyendo no pertenece a ningún sueño. La voz es real. Forma parte de la pesadilla. Y es real.

Alan Crosby está en la casa.

—Despiértate, Linda —canturrea tétricamente la voz, como un niño—. Voy por ti.

Joanne nota que le empiezan a temblar las manos y el cuerpo. Siente un vacío en el estómago. ¿Dónde está él? ¿Desde qué habitación le habla? ¿Dónde puede esconderse ella? ¿Adónde puede huir?

¿Por qué no instalé botones de pánico?, se regaña a sí misma. Karen Palmer le dijo que instalara botones de pánico.

—Linda... sé que ahora estás despierta. Lo noto. Noto tu miedo. Me estoy acercando.

No cambiaría nada, se percata. Él habría encontrado un medio de evitarlos, del mismo modo que ha entrado aquí esta noche. Debió quitarme las llaves del bolso y me las devolvió después de hacer copias. Me

desaparecieron después de visitar al abuelo y me las devolvieron después de otra de esas visitas. ¿Por qué no había reflexionado para hacerlo encajar todo?

—Preparada o no, Linda... ahí voy.

Él juega con Joanne. Estúpidos juegos infantiles. Juegos crueles. Al escondite. Al gato y al ratón.

Joanne mira desesperada a su alrededor cuando el silencio total la rodea. La voz ha desaparecido. La casa estaría en completo silencio a no ser por el sonido de su propia respiración agitada. En alguna parte de la casa, él avanza. Viene por ella.

¿Vas a limitarte a sentarte en la cama y esperarle?, le exige, enojada, la voz interior. Muévete.

Joanne sigue pegada a la cama.

¡Muévete, gilipollas!

Joanne se pone en pie. ¿Adónde voy, sabihonda?, implora. Las rodillas chocan dolorosamente entre sí. Ahora que estoy en pie, ¿qué demonios hago?

Coge el teléfono, se apoya el auricular en el hombro mientras intenta marcar. Pero los dedos se le traban en los pequeños círculos de plástico y tiene que volver a empezar. Con los ojos fijos en la puerta, marca los tres dígitos que le conectarán con urgencias de la policía.

—Ha llamado a urgencias de la policía —le informa el familiar mensaje grabado, segundos después—. Todas nuestras líneas están ocupadas...

Joanne oye un clic. Una voz diferente aparece en la línea.

—¿Puedo ayudarte, Linda? —pregunta una voz menos humana que la cinta.

Joanne deja el auricular en su sitio, conteniendo el aliento, demasiado aterrorizada para moverse.

Puedo encerrarme en el baño, piensa, pero inmediatamente lo descarta. Como su ser imaginario de la cabina, estaría atrapada dentro. Una horquilla bastaría para abrir la cerradura, y en el baño no hay nada que pueda utilizar para defenderse. Paul se llevó las hojas de afeitar cuando se marchó.

Su única esperanza es salir al exterior.

Joanne mira las ventanas del dormitorio. Pero están a dos pisos de altura —tres del suelo— y, aunque pudiera romper una de las ventanas, la caída la heriría sin duda de gravedad, lo bastante como para que él la encontrase y acabara el trabajo.

Tiene que salir afuera. Quizá la policía aún está dando la vuelta a la manzana. Comprueba la hora. Son las dos pasadas. ¿Están aún ahí fuera? ¿Puede ella salir al exterior?

¿Dónde está Alan Crosby? ¿En qué habitación la espera? ¿Está aún junto al teléfono de la cocina o ha subido ya la escalera?

Sigue conteniendo el aliento, atenta al más leve sonido, sin oír nada. Mira frenéticamente alrededor del dormitorio. ¿Qué puede utilizar para defenderse? ¿Una percha? ¿Un zapato? Sus ojos reparan en el teléfono. Bueno, ¿por qué no?, piensa. Arranca el cordón de la pared y blande el alambre del teléfono como un látigo.

Lentamente, se dirige hacia la puerta del dormitorio.

Sus ojos repasan el vestíbulo de arriba en la oscuridad. No ve nada. ¿Está escondido en el cuarto de Lulu? ¿En el de Robin? ¿Estaba allí, debajo de la cama, cuando antes comprobó las habitaciones? ¿Estuvo observándola con morbosa antelación mientras dormía? Tiene el corazón atravesado en la garganta, las mariposas de su estómago se multiplican e invaden cada milímetro de su cuerpo. Joanne saca, reticente, los pies de la habitación. Si pudiera bajar la escalera...

Sus dedos desnudos se deslizan por la alfombra, la conducen muy despacio hacia el peldaño de arriba. ¿Dónde está él? ¿Le dejará bajar la escalera?

Con cuidado, el pie derecho baja el primer escalón. Joanne ve la imagen fugaz de una joven de rostro rectangular y pecho plano. Oye la voz de Eve. Sabe que la superviviente no tiene novio ni tetas. Bien..., piensa Joanne mirándose a sí misma: me parezco bastante. ¿Cómo escapa la chica?, se pregunta.

Joanne rebuscando en su memoria sin encontrar nada. Fantástico, piensa, lo que me faltaba: ahora también tengo la enfermedad de Alzheimer.

Joanne está en el último escalón. Si pudiera llegar a la puerta de entrada...

Percibe el movimiento antes de oír el ruido, oye el penetrante grito del asesino antes de oír el suyo, antes de notar las manos de él buscándole la garganta. Presa total del pánico, le lanza el teléfono que acarreaba para defenderse y sabe que se estrella muy cerca de ella; oye otro grito agudo, esta vez de dolor, y la palabra «¡mierda!» escapa de los labios de él. Nota que retira las manos; todo sucede tan rápido que ya está saliendo por la puerta cuando se da cuenta de que le ha tirado el teléfono a los pies y que sus gritos se mezclan ahora con la estridente sirena de la alarma.

Está fuera y la alarma se propaga, indómita, por el vecindario.

Ve a Eve espiándola desde una de las ventanas del dormitorio.

—¡Eve! —grita, corriendo por la hierba hacia la casa vecina. Ve cómo Eve desaparece de su vista—. ¡Abre la puerta! —chilla.

Se detiene a mitad de camino entre las dos casas, aguardando a que Eve le abra la puerta. Vuelve la cabeza para ver a Alan Crosby, quien le sonríe enfermizamente bajo las luces del porche. Sostiene algo en la mano. Al mirarlo, una gran hoja plateada aparece amenazadora ante sus ojos.

 Mu evete!, le ordena la voz interior. Y, al instante, obedece. Los pies desnudos la llevan por el callejón de hierba que separa las dos casas hasta su patio trasero.

 Ahora qu e?, se lamenta en silencio contemplando el gran agujero de cemento. Mi tumba, piensa. Corre hacia el lado menos profundo y baja los tres escalones hasta la piscina vacía.

No hay luna y s olo unas pocas estrellas. Tal vez no la vea. Tal vez no vea el agujero. Tal vez se caiga y se parta la crisma.

S , claro, piensa al momento, oyendo el fuerte latido de su corazón contra el pecho. Como si él no hubiera recorrido minuciosamente cada palmo de su patio trasero. Palpando con los dedos las paredes de la piscina, Joanne se arrastra hacia el lado hondo mientras el sonido continuo de la sirena de alarma a ulla en la noche.  D nde est  la policía? Si pudiera evitar al chico hasta que llegaran...

Quizá ya se ha ido. Quizá el ruido de la alarma lo ha espantado. Quizá ella est  a salvo...

Joanne lo oye. Está en alguna parte encima de ella, avanzando por las losetas.  Puede verla?  La ha visto ya?

Joanne baja la barbilla hasta el pecho, tratando de amortiguar el sonido de su respiración. Nota el rasposo cemento contra el dorso de sus piernas desnudas.  Qu  lleva puesto? Baja la vista, sus manos trazan el contorno de sus pechos, ve las letras blancas con relieve saltar contra ella como si estuvieran impresas en tinta tridimensional. HE PASADO LA NOCHE CON BURT REYNOLDS... proclaman orgullosas. Maldita sea, exclama para sí. Se agacha hacia adelante y se tapa las letras con las manos.  De todas las camisetas tenía que ponerse ésta?

No puedo creer que me preocupe por lo que llevo puesto, se regaña de repente Joanne recordando las observaciones de Karen Palmer.  Qu  debe de pensar la gente cuando se enfrenta a una muerte casi segura? Mis pensamientos nunca han sido tan profundos en vida, se disculpa ante la imagen de Karen. No esperarías que se volcasen hacia Kant o Hegel s olo porque me quedan pocos minutos de vida.

—Linda...

La voz reptaba en la oscuridad como una serpiente a través de la hierba. Se encuentra en alguna parte sobre su cabeza, encima de donde ella está acucillada. ¿La está mirando? Teme levantar la cabeza, teme atraer su atención moviéndose. Es posible que no la haya visto. Tal vez espera que el sonido de su voz la asuste y le haga salir de su escondite. Es importante que se quede muy quieta.

—Linda... —llama de nuevo la voz; ésta vez más cerca.

¿Dónde está la maldita policía? ¿Por qué no están aquí? ¿Qué sentido tiene disponer de un sistema de alarma si nadie le presta ninguna atención cuando se dispara?

La chica que gritó: «¡que viene el lobo!», piensa, recordando las anteriores falsas alarmas. ¿Dónde están los oficiales Whitaker y Statler? Dijeron que vigilarían la casa. Pero eso fue hace horas. Son más de las dos de la mañana. Probablemente, ahora ya están en la cama, dormidos desde hace un buen rato.

Por encima de su cabeza se produce un ligero movimiento. Un segundo demasiado tarde, Joanne se da cuenta de que se trata de una mano que avanza hacia ella. Al instante, la coge del pelo; la fuerza de los dedos de su asaltante le levanta los pies. Ella vuelve la cabeza para ver el destello de un cuchillo en el aire; un horrible alarido escapa de sus pulmones cuando el cuchillo ondea sobre su cabello.

—¡Indios y vaqueros! —exclama el chico mientras Joanne viaja sobre sus pies hasta el otro lado del bumerang, en el lado hondo de la piscina.

—¡Déjame en paz! —aúlla, divisando los ojos de él en la oscuridad.

—Aún no he acabado contigo —se ríe. Aguarda para distinguir hacia qué lado se moverá.

—La policía estará aquí...

—Tengo mucho tiempo —dice él, confiado.

—Por favor...

—Tal vez tengas razón. Tal vez yo no debería ser tan orgulloso. Tal vez debería empezar a enseñarte a pasar ese buen rato que te prometí...

Joanne comienza a avanzar lentamente por el costado de la piscina hacia el lado menos profundo.

Él se mueve con ella.

—Es sólo una niña —dice él—. Ven con papá.

Joanne observa con horror cómo Alan Crosby salta con facilidad al lado poco profundo de la piscina, precipitándose tras ella.

Gateando enloquecida, Joanne corre hacia los escalones. Algo le golpea los dedos de los pies y, luego, salta dolorosamente contra sus espinillas, haciéndole perder el equilibrio. Se tambalea, nota caer su cuerpo, sus dedos agarran las familiares cuerdas de la raqueta de tenis mientras alarga reflexivamente las manos para detener su caída. De manera milagrosa, los pies mantienen el equilibrio. Se aferra a la raqueta y sube a gatas los escalones, pero manos hostiles la alcanzan por detrás y la cogen de la camiseta.

Lucha por zafarse de la férrea presa del muchacho, pero éste la coge tan fuerte de la camiseta que empieza a atraerla hacia él como un pez en un hilo de pescar. De nuevo, oye el amedrentador clic de una navaja automática.

—Me prometiste un buen rato —exclama Joanne de repente. La vehemencia de su voz sorprende a ambos—. ¡No estoy pasando un buen rato!

¿De qué demonios estoy hablando?, se pregunta Joanne; y, al notar que el chico suelta su presa, aprovecha la confusión para escapar de su alcance.

Intenta correr, pero él sólo está a unos milímetros de ella. Una vez más, lo nota a su espalda. Oye el cuchillo cortar el espacio que los separa. Mientras la hoja se desliza hacia el dorso de su camiseta, una serie de disparos, minúsculas fotografías de las víctimas del estrangulador, destellan ante sus ojos.

—¡No! —clama desafiante.

Su mano izquierda se une a la derecha en la empuñadura de la raqueta de tenis. Viéndose a sí misma dar media vuelta, casi a cámara lenta, Joanne Hunter flexiona las rodillas, planta firmemente el pie trasero en el suelo y empieza a mover la raqueta con todas sus fuerzas, derecha y revés.

Capítulo 31

Joanne oye llegar el coche cuando está acabando la tercera taza de café matinal. Deja la taza y espera a que suene el acostumbrado timbre. Dirigiendo al interfono una mirada perversa, camina de prisa hacia la puerta y observa por la mirilla.

—¡Hola! —dice abriendo la puerta.

—Hola —contesta él a su vez. Y marido y mujer se miran embarazosamente el uno al otro desde ambos lados del umbral—. ¿Puedo pasar?

Joanne no dice nada. Simplemente, se hace a un lado para permitir que Paul entre.

—Pareces cansado —observa Joanne—. ¿Quieres una taza de café?

—Estoy exhausto —responde—. Y, sí, me encantaría una taza de café.

Paul la sigue hasta la cocina, se acerca a la cristalera corredera para contemplar el patio trasero.

—Hace casi una semana —dice Paul, como ausente, como si apenas fuera consciente de que está hablando en voz alta.

Joanne hace un sonido, mitad risa mitad llanto, y deposita la taza de café en la mesa.

—Te estuve buscando —continúa Paul—. En cuanto me enteré de lo sucedido, llamé... Vine. La madre de Eve me dijo por fin que te habías ido a California.

—Necesitaba pasar un par de días fuera —explica Joanne—. Lo siento. Debí llamarte por teléfono. No estaba demasiado centrada. Todo sucedió tan de prisa... —mira a su alrededor, distraída—. No todos los días estoy a punto de matar a alguien —dice tranquilamente.

—No podía haberle sucedido a un tipo más agradable. Ése sí que fue un buen golpe —bromea Paul—. Entiendo que se rompiera el brazo y la pierna al caer a la piscina. Supongo que, al fin y al cabo, fue una buena cosa que no estuviera llena.

—Las cosas se arreglan solas —sonríe Joanne—. Se te va a enfriar el café.

Paul se sienta a la mesa de la cocina en el que solía ser su asiento. Joanne ocupa una silla frente a él y se pregunta por qué ha venido. Las niñas regresarán del campamento en menos de una hora.

—Me siento tan culpable... —dice por fin.

Joanne se encoge de hombros, no dice nada. ¿Qué va a decir?

—Debí haber estado aquí —continúa, desolado—. Debía estar aquí contigo. Nada de esto habría sucedido si hubiera estado aquí.

—No es cierto —le dice Joanne—. Y no lo digo para que te sientas mejor. Lo digo porque es la verdad. —Paul la mira irónicamente—. Esas mujeres que asesinó el estrangulador del extrarradio tenían maridos que las protegían. Y, de todos modos, murieron. Yo no. Quizá el hecho de que tú no estuvieras aquí, que sólo dependiera de mí misma, me salvó la vida. No lo sé. Es una bonita teoría. Además, ya ha terminado y estoy bien. Así que, a menos que te guste esa sensación, te sugiero que no te empeñes en sentirte culpable.

Paul mira a Joanne con sorpresa.

—Tal vez no habrías pasado por eso —dice en voz baja. No va a renunciar a su culpabilidad tan fácilmente.

—No, tal vez no —admite Joanne—. Pero entonces te habría tocado pasarlo a ti.

Joanne vuelve la cabeza hacia la piscina. Ve la oscuridad, nota el cuchillo deslizándose por el liviano tejido de la camiseta, oye el silbido de la raqueta de tenis estrellándose contra la cabeza del chico, lo ve desplomarse en el agujero de cemento.

—Me gustaría vender la casa —le anuncia Joanne con serenidad.

—Lo comprendo.

Joanne asiente. Está agradecida de que no se lo discuta.

—Buscaré algo sin piscina —añade.

—De acuerdo —dice él con indulgencia, dando un largo sorbo al café—. ¿Qué tal California?

Joanne se ríe.

—En realidad, comparado con esto, estaba bastante tranquila.

—¿Cómo está tu hermano?

—Bien. Ha intentado convencerme de que me mude allí.

—¿Lo estás pensando? —pregunta Paul tensando los hombros, aunque su voz sigue firme.

—En realidad no —responde Joanne—. Significaría desarraigar a las niñas, llevarlas a colegios nuevos, alejarlas de sus amigos. Además, tengo mi trabajo...

—¿Aún piensas seguir trabajando?

—Sí.

Paul relaja los hombros.

—Me parece una buena idea.

—Mañana pienso llevar a las niñas conmigo a la consulta —le dice Joanne—. Les enseñaré dónde trabajo. Les enseñaré lo que hago.

—Creo que les gustará.

—Yo pienso que es importante que vean que su madre es más que un simple felpudo con un letrero de bienvenida en la espalda.

—Estoy seguro de que no es así como te ven.

—¿Cómo iban a verme de otro modo? —pregunta Joanne—. He estado tan ocupada sumergiéndome en las expectativas de todos los demás que he desaparecido. No te culpo —añade en seguida—. No ha sido culpa tuya. Tú no me has hecho esto. Me lo he hecho yo. En alguna parte del camino me olvidé de ser yo misma. No te culpo por marcharte, de veras que no. ¿Cómo podías vivir con una sombra?

—Yo tampoco estaba en buena forma.

—Bueno, al menos tú fuiste honesto.

—¡Honesto! ¡Y una mierda! —exclama Paul—. Fui un estúpido hijo de puta indulgente consigo mismo —se levanta. Se lleva la taza de café vacía al fregadero y la enjuaga—. Quiero decir: ¿qué creía que iba a encontrar ahí afuera? ¿Aventura? ¿Juventud? —sonríe con amargura—. No hay nada más triste que un hombre de mediana edad intentando recuperar su juventud perdida. ¿Y qué pasa si no soy Clarence Darrow? Aún soy un maldito buen abogado. Por fin he descubierto que, en realidad, no quiero ser otra cosa cuando sea mayor.

Paul la mira, espera a que ella hable, pero Joanne no dice nada. Simplemente, le aguanta la mirada.

Paul es el primero en romper el hielo, desviando la vista hacia la puerta.

—¿Cómo está Eve? —pregunta, buscando terreno seguro.

—Está en el hospital. Consintió en que Brian la llevara. Creo que lo que sucedió esa noche, finalmente le infundió un poco de sentido común. Ella es la que llamó a la policía, ¿sabes?, se puso en contacto con Brian, se aseguró de que llegaran a tiempo. Probablemente me salvó la vida.

—Vaya veranita.

—No me gustaría repetirlo —admite Joanne pasándose una mano por la cabeza—. Él me cortó el pelo a lo punk —ríe—. ¿Crees que a las niñas les gustará?

—¿Por qué no se lo preguntas a ellas cuando vayamos a recogerlas? — sugiere Paul.

—No creo que sea buena idea —responde Joanne despacio. Le cuesta pronunciar las palabras.

—¿Por qué no? —pregunta Paul.

—Porque creo que si las niñas nos ven juntos en la estación de autobuses, eso alimentará sus esperanzas. Y, luego, las desilusionaremos.

—¿Seguro?

Joanne mira a su marido.

—¿Qué intentas decirme, Paul?

Se produce una ligera pausa.

—Que me gustaría volver a casa.

—¿Por qué?

La pregunta es sorprendente por su simplicidad.

—Porque te quiero —responde Paul—. Porque en los cuatro meses que he estado fuera me he dado cuenta de que fuera no hay nada...

—Ahí afuera está todo —le interrumpe Joanne con calma.

Paul sonrío con tristeza.

Joanne mira a través de la cristalera.

—Han ocurrido tantas cosas... Han cambiado tantas cosas... Yo he cambiado.

—Me gustan los cambios.

—Ése es el problema. —Joanne se vuelve para mirar de frente a su marido—. ¡No siempre voy a tener a un asesino psicópata pisándome los talones para sacar lo mejor que hay en mí!

De repente, ambos se echan a reír.

—Deberíamos irnos ya —dice Joanne por fin.

—Antes tengo algo que hacer —le dice Paul caminando con aplomo hacia la puerta principal.

Detrás de él, Joanne le observa bajar los escalones hasta el coche y sacar presuroso dos maletas del asiento trasero.

Sonriente y confiada, Joanne observa al que ha sido su marido desde hace veinte años subir los escalones de la entrada con sus maletas.

* * *



JOY FIELDING (Toronto, Canadá, 1945). Empezó a escribir a la temprana edad de 8 años. Envío su primera historia a una revista llamada *Jack and Jill*, pero su historia fue rechazada. A los 12, escribió su primer guión de televisión, también rechazado. Joy continuó escribiendo durante toda su adolescencia pero cuando empezó la universidad cambió de opinión y decidió ser actriz. En 1996 se graduó en Literatura inglesa y se dedicó de lleno a su pasión: actuar. Hizo sus pinitos en algunas series, trabajó en anuncios de televisión en Los Ángeles. Después volvió a Toronto donde retomó su pasión por la escritura, decantándose por las novelas de misterio, género en el que consiguió un rápido y sorprendente éxito con todas sus obras.

Joy dice que le encanta escribir porque es el único momento de su vida en que siente que tiene totalmente el control. Con su marido y dos hijas distribuye el tiempo entre sus residencias de Toronto, Ontario y Palm Beach, Florida.

Según Joy Fielding, todo es una posible escena de un libro, y cada persona es un personaje en potencia. Otras veces, saca la inspiración de titulares de periódicos, de vivencias personales de gente que conoce o, incluso, de ella misma: «Uso todo lo que puedo y nada es sagrado». Su gran capacidad para plasmar la mentalidad de mujeres que se ven amenazadas, incluso por personas de su entorno más cercano, contribuye sin duda a crear un ambiente de tensión que atrapa al lector hasta la última página.

Entre sus principales obras cabe destacar: *Decidle adiós a mamá*, *La otra* y *Huye, Jane, huye*. Todas ellas han sido traducidas a diversos idiomas y han alcanzado un merecido reconocimiento entre las mejores novelas de misterio de las últimas décadas.

Notas

[1] Bar mitzvah: Ceremonia judía de iniciación en la que los muchachos de trece años de edad asumen responsabilidades religiosas. (N. de la t.) <<